



14182

92 / 114



1075698
DL 1261

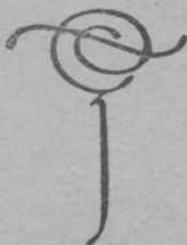


3375698 DL 1261

176-19.

Je
Alberto Risco, S. J.

Claveles Sevillanos



B.P. BURGOS
N.R. 103319
N.T. 16847
C.D. 75698
DL
1261

Editorial "Razón y Fe"
Apartado 8001.-Madrid

IMPRESA ALDECOA.—BURGOS

I

LAS HIJAS DE DON RAMIRO

Mejor que el nombre de azotea, podría aplicársele el de jardín. El pretil que daba a la calle, estaba cubierto por una línea de macetas, sembradas de alelís, de nardos y de begonias raras. Los claveles, amarillos y grana, tenían su sitio de honor en una gradería de madera de pino, pintada de azul, donde la humedad, que los tiestos de Triana despedían por el fondo, habían ido dejando redondeles oscuros, al cambiar incesantemente de domicilio, según el gusto de la dueña, más veleidosa para trasladarlos que el errátil vagar de una horda de gitanos.

De un macetón rojo, agrietado, y sostenidas sus paredes con un aro de alambre, levantaba su tronco un jazmín trepador, cuyas ramas se iban agarrando a los cordeles y a las cañas, clavadas en la pared maestra, que dividía aquella casa de la vecina.

Entre las finas hojas del jazminero, llenaba el aire de notas agudas y cadencias de flauta un canario, y al pie del tronco del jazmín, arrellanado en el fondo de una espuerta llena de tierra, miraba de hito en hito al dorado cantor un gato, negro como el azabache, con una expresión tan indefinida, que nadie podría decir si era el instinto de la música el que le ponía a las puertas del éxtasis, o si era más bien el instinto del carnívoro, que le estaba diciendo, al señalar los alambres de la jaula, que defendían la presa: "No te molestes, que no están maduras".

Una puerta, que daba en frente del jazminero, se abrió, y en el hueco de ella apareció la dueña de aquel jardín azotea, de aquellos claveles, de aquel canario y de aquel gato, que por lo visto sentía más bien instinto de carnívoro que de filarmónico, pues al percibir el ruido de los goznes que gemían, cual si la conciencia le dijese que en aquel momento estaba entretenido en un pensamiento pecaminoso, dió un salto desde la espuerta, y se ocultó detrás de un cajón de madera, que vió en el extremo de la azotea, para salir desde allí con el rabo enhiesto, el andar mimoso, y en sus ojos, amarillos como dos topacios, la dulzura de su persuasión íntima de favorito.

La joven, que acaba de entrar en sus dominios encantados, se detuvo un instante en la puerta; se acercó a los alelíes del pretil, y percibió su aroma, uniendo a ellos su cara; se inclinó hacia el gato y le dió un tironcito suave de la punta del rabo; después llegó hasta el canario, descolgó la jaula, y el pajarito comenzó a saltar de los alam-

bres a las cañas, que dentro tenía, para formarse tal vez la ilusión de que eran ramas de corpulentos plátanos orientales, y que el estrecho recinto que le formaban los alambres de la canariera tenía por límites la extensión inconmensurable del firmamento.

Angeles puso la jaula sobre el pretil; la limpió cuidadosamente; renovó el alpiste en el cajoncito de hoja de lata; echó agua fresca en el vaso, y volvió a poner la jaula entre el ramaje del jazminero, silbando algunas notas al canario, que éste repitió, una por una, para seguir después desgranando a su placer, y sin cauces de pentágrama que le sujetasen, una variadísima sarta de arpegios.

El gatito mayaba, roído de celos, siguiendo los pasos de la dueña tirana, que sólo había tenido hasta entonces para él una muestra indecisa, o de cariño o de ira, y Angeles lo tomó entre sus brazos, le acarició su cabeza negra, de orejas cortas y largos bigotes, y se puso a mirar a la calle desde el pretil de la azotea.

De la que estaba enfrente de la suya vino una voz, amiga y juguetona, que la llamaba:

—¡Angelita! ¡Angelita!

La joven miró a la casa de enfrente, y respondió, mientras pasaba una mano por el brillante lomo del felino, que se arqueaba, temblando de placer y de agradecimiento nervioso:

—No te había visto, mujer. ¿Qué haces, Josefa?

—Estoy tendiendo para tener libre la tarde.

—¿Adónde vas a ir?

—¡Psh! Hay cine en Villasís, tómbola en las Catequistas, y en San Fernando dicen que la función de hoy es muy hermosa. No sé lo que querrán hacer mamá y Fernando.

—¿Cómo se llama esa función?

—*El paso del camello*. Es de Fernández del Villar, y en la *Estrella del Mar* se clasifica entre las blancas.

—Si vas a San Fernando, quizás vaya contigo. Me ha dicho Blanquita que es una monada.

—Pues... dicho y hecho. Díselo a tu madre, y venís las dos.

Desde el fondo de la azotea, donde se asomaba la amiga de Angeles, salió una voz de soprano, pastosa y llena, que se descolgó con esta copla:

Si por vengarte de un hombre
le quieres dar malos ratos,
dale una mujer del día,
que tenga el bachillerato.

Que tenga el bachillerato
y que no sepa coser,
que es, para avío del hombre,
lo mejor de la mujer.

La azotea de María Josefa no tenía tantas flores. El alero, que daba a la calle, estaba desembarazado y libre. Sólo en los dos muros que la separaban de las casas contiguas, se alzaban, en uno, sobre una media pipa de madera, pintada de verde, un frondoso arbusto de damas de noche, que a la caída de las tardes llenaban con su fuerte aroma de clavo toda la vecindad.

En el muro opuesto, se tendían unos caballetes con geranios de enredadera, blancos y rojos, que a la sazón, heridos por los primeros rayos del sol naciente, parecían como gotas de sangre en medio de nieve inmaculada.

De un extremo a otro de la azotea, y llevando varias direcciones, tendíanse cuerdas, sujetas a postes de hierro, clavados para el efecto. La de voz de soprano, era una mujer metida en años, hasta unos cuarenta, rolliza y alta, de cara asoleada pero blanca, en cuyos brazos, desnudos hasta más arriba del codo, pugnaba por salir la sangre, revuelta con el ajetreo de la rentada y del lavado. Llevaba al aire el macizo cuello, y entre su pelo, desengañado ya por canas traicioneras, asomaba un montón de geranios.

Las dos amigas rieron la copla, y Angeles gritó desde su azotea:

—Manolita; ¿pero usted sabe lo que es bachillerato?

La cantora acabó de fijar uno de esos broches especiales de madera sobre la camisa que estaba tendiendo, para sostenerla bien a la cuerda, y se acercó al pretil, secándose las manos con la punta del delantal, para decir a su interlocutora:

—Señorita Angeles, yo no le puedo decir lo que es eso; pero la copla dice así, y por algo lo dice.

—¡Si ahora todas las niñas lo estudian!

—Y pocas aprenden a zurcir un camisón; conque, aplique el verso. Pero eso no va con ustedes, que sois un acerico de raso cada una.

—¡Ah, vamos! Ya ve que María Josefa le está ayudando a tender la ropa.

—¡Esta! ¡Esta vale más pesetas que la torre del Oro, si fuera de lo que dicen y no de lo que es!

Y se volvió hacia el canasto de la ropa, blanca y húmeda, como un montón de espuma de mar, para seguir su faena.

Angeles se asomó entonces al pretil, hasta echar sobre él todo el cuerpo, para ver mejor, y dijo clavando sus negros ojos en la esquina de la calle:

—Ahí viene mamá de la iglesia. Voy a decirle que me deje ir a San Fernando.

—Después me dices lo que hayáis determinado. Haz lo posible por venir.

—Supongo que no pondrá inconveniente, yendo contigo.

—Pues... hasta luego.

—Agur.

Angeles dejó el gato en el suelo; se fué hacia el canario para dar dos o tres golpecitos en las rejas de su prisión, que le valieron un montón de notas vibrantes; se acercó a los claveles, tronchó dos, que estaban ya abiertos del todo, y se perdió por el vano de la puerta de la azotea, poniéndose las dos flores sobre el bosque de cabellos castaños.

María Josefa se volvió a la faena de ayudar a Manolita en el tendido de la ropa, y el sonido, seco y metálico, de un timbre que sonó muy pronto en la calle, anunció que la mamá de Angeles esperaba a que se le abriese la cancela para entrar en su casa.

Aquella era una casa típica sevillana; una de

tantas de la clase media, que vive con desahogo. Su fachada la forma un muro blanquísimo de dos pisos, cuyo remate es el pretil, lleno de macetas, que ya hemos visto. El piso bajo está defendido por severas y cautelosas rejas. El principal con un balcón largo en el medio y dos cierres de cristal a los lados, oculto siempre el interior por visillos de blancos encajes.

Un zaguán pequeño con piso de mármol blanco y zócalo de azulejos sevillanos, da paso hasta llegar a la cancela de hierro forjado, que ocupa todo el fondo del zaguán. Detrás de la cancela, fabricada con bonitísimas labores en el taller de San Antonio, se ve el patio principal, también de mármol y también con zócalo de azulejos alicatados, que dan tonalidades metálicas de imitación mudéjar.

En el centro, una fuente de mármol con surtidor de agua que, al caer sobre la marmórea concha, formada de hojas de acanto, parece que está narrando algún cuento de hadas con monorrítmico sonsonete, que nadie escucha, pero que, si enmudece, forma la ilusión de que se ha cortado de pronto el hilo de la vida en aquella casa.

Varias columnas de hierro sostienen el corredor del piso principal, fabricado con cristales, que da la vuelta entera a los cuatro lienzos del patio.

En las paredes, cabezas de ciervos disecadas: dos de jabalíes con sus colmillos marfilinos, saliendo a uno y otro lado de su hocico negro, en uno de los cuales hay colgado un sombrero de paja. Varios lienzos antiguos decoran el patio, en-

tre ellos, uno atribuido a Valdés Leal y otro que pasa por un Van-Dick.

En el pavimento, un cerco de plantas aroideas que rodean la fuente, y así otros adornos, los de todos los patios sevillanos, porque éste es uno de tantos, y como tal, y habiendo ya comenzado el mes de Abril, con sus calores prematuros y su sol que deslumbra, no falta el toldo de fuerte lona blanca, tendido sobre gruesos alambres desde la azotea, cuando el sol comienza a caldear, y que se descorre cuando la brisa por la tarde llega desde el mar hasta Sevilla, y eso cuando llega, que suele quedarse por el camino.

En esta casa vive un señor don Ramiro Arias de Pedraza, ejemplar vulgarísimo de políticos de tercer orden, que por falta de habilidad en el acrobatismo de la carrera, o por defecto de suerte y de fortuna, o, a juicio de él, debido a obstáculos, puestos en su camino por la mano de la envidia, es lo cierto que, después de subir con premioso e inseguro paso algunos peldaños de la escala social, se ha encontrado con su jubilación y la dispensa de los ayunos de la santa Iglesia, sobrado de cansancio, falto de ilusiones, y resignado a terminar sus días en el mayor o menor horizonte de comodidades que su retiro le proporcione.

Don Ramiro había ido subiendo de abogado a redactor de un buen diario de Madrid; luego a magistrado; luego a secretario de un Gobierno Civil de Provincias; más tarde a gobernador civil de otra de tercera categoría, y envidias o razones de honor le hicieron dar el salto de retroceso a las honduras de secretario, de periodista, de ma-

gistrado, de abogado, con el cual título se ha tenido que conformar sin ponerle delante el ex tan pedantesco y cursi, porque al fin y al cabo el de la abogacía es título académico de esos que, una vez pagado el diploma oficial, imprimen carácter, como le pasa, por ejemplo, al sacramento de la Confirmación.

Su esposa doña Cándida, la que acaba de tocar el timbre para que se le abra la cancela de la casa, es de la pasta de su marido. De haber nacido hombre, tal vez hubiese quedado en el peldaño social de secretario de su esposo, cuando éste llegó a comprarse con todo derecho el bastón de borlas doradas, que se guarda ahora en una vitrina de la sala de visitas, junto con la placa de Isabel la Católica, con la cual le había azucarado la dimisión el jefe del partido, cuando le obligó a presentarla *por razones de salud*.

Dos hijas formaban la esperanza de perpetuar las virtudes, ya que no el apellido directo, del no muy afortunado político. La mayor es María Victoria; la más pequeña es la del gato, el canario, los jazmines y los claveles: María de los Angeles.

María Victoria poco podrá hacer, aunque quiera dar perpetuidad indirecta al apellido de su padre. Nació enfermiza; vivió artificialmente, gracias a los cuidados de sus padres, que creyeron ver en ella el único fruto de sus amores, y hoy, con veintitrés años de edad, amagados los pulmones por el fatídico *bacillus*, puede decirse que no queda en ella sino un cuerpo flaco, un rostro bello, con esa hermosura especial que da a los rostros blancos la demacración de la tuberculosis, y den-

tro de ese cuerpo, consumido y enjuto, un alma, la más diáfana, la más tranquila, la más equilibrada y dulce que pudo modelar la educación cristiana, dada por las Madres Irlandesas de Castilla de la Cuesta, en un espíritu dispuesto, como cera virgen, para recibir el molde de la piedad.

Más pequeña que María Victoria es María de los Angeles; cuenta a la sazón veinte años. Angeles es el ángel que lleva a la casa la felicidad y el amor en el aleteo de sus caricias. Dotada había sido por Dios de una hermosura peregrina en el cuerpo, algo moreno y sanguíneo, de rizado y abundantísimo cabello castaño, que su hermana se complace en peinar con todo el primor de su alma de artista.

La casa toda, con su patio de mármoles, con su azotea de flores y de alegres arpegios de canario, giraba alrededor del capricho de Angeles, y todo lo esenciaba el jugueteo de su carácter sevillano.

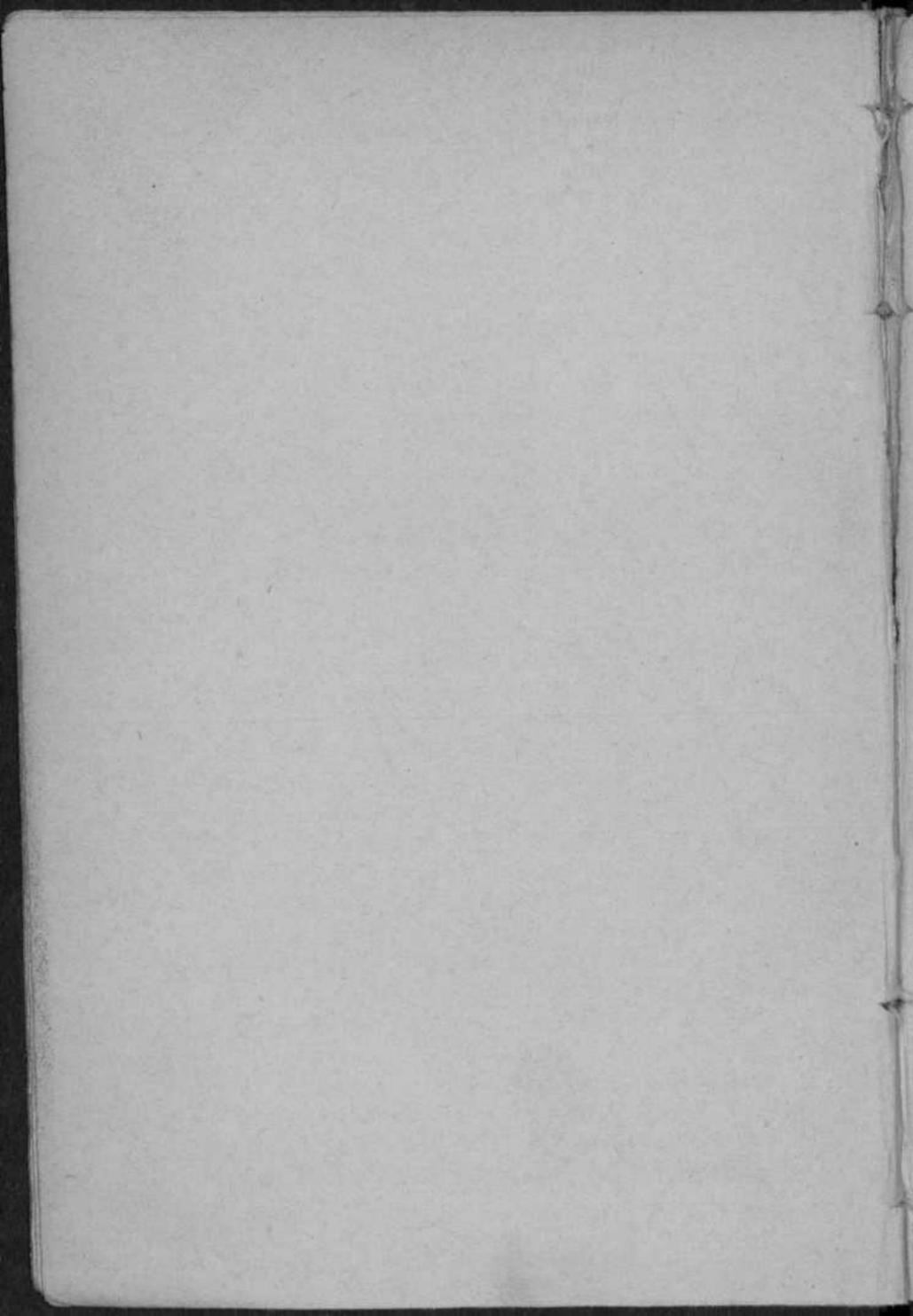
Nada tiene, pues, de extraño, que al proponer los deseos de acompañar a su amiga María Josefa al teatro de San Fernando para divertir un rato el espíritu con una escena tan vulgar como es ver *el paso del camello*, se le concediera en el acto la licencia necesaria.

Doña Cándida no quiso ir. Sus distracciones estaban dentro de la casa, mirando por su María Victoria, ayudándola en el corte de prendas para el Roperó, o tomando en su manos un libro, calándose las gafas de oro, y preparando sus ojos para el lloriqueo, si el libro hablaba de cosas tristes, que eran los asuntos de que más protestaba y

en los que, sin embargo, con mayor interés solía enfrascarse.

Dejar a Angeles con una vecina como la de enfrente, era para doña Cándida como ir con ella, porque conocía muy bien el fondo de aquella casa y estaba segura del cuidado que habían de tener con su angelito.

Por eso, después de la comida fuerte, que se tenía a las ocho de la noche, los habitantes de la casa de don Ramiro se dividieron en tres caravanas; una, la sedentaria de la madre con María Victoria, que quedó guardando los bagajes; la de don Ramiro, con dos amigos suyos, que vinieron a buscarle, y se dirigieron al casino; la tercera formada por Angeles y las vecinas, que se encaminaron al teatro más aristocrático de Sevilla, el que formaba las delicias del famoso Gayarre, y que, siendo la ciudad que es, bien pudiera darse el lujo de tener un teatro más lujoso.



II

©URIOSIDAD FEMENINA

Fernando Téllez era un muchacho formal, huérfano de padre y madre. No podía ponérsele más pero que el de no ser rico; por lo demás, ¿qué otra cosa pudiera pedir una mujer no rica, como lo era María Josefa? Y como ella no había puesto su meta en las alturas de la fortuna, sino en los valles deleitosos de una honrada medianía, con la cual podía brindarle Fernando, de ahí que las relaciones se llevasen a gusto y placer de la familia.

Josefa, desde un principio, desde que dió el suspirado sí al pretendiente, se había echado las cuentas de ser feliz con él sin necesidad de ser rica.

Midió su porvenir. Una dotecita de diez mil duros, que ella podía llevar al matrimonio, y el destino propio de un empleado, sin manos aupadoras, con que él pudiera contar, no era para soñar en

automóvil y en abonos a la ópera de San Fernando; pero sí un buen fundamento para no abrigar temores de miserias, y lo bastante para formar un nido, blando y cómodo, que, por otra parte, ella pensaba caldear con el amor de su cariño, hondo y casto.

Doña Rosa Amores, viuda del general de brigada don Vicente de las Cuevas, muerto gloriosamente en Filipinas, tampoco abrigaba pretensiones de más alcances para su hija Mari-pepa, y desde luego había consentido en aquellos amores, que tal vez en vida de su esposo hubieran a todos parecido muy poquita cosa para la hija del prestigioso militar.

Por eso, está sentada en la quinta fila de butacas, la primera que da al pasadizo central, teniendo a la derecha a su hija, después a Fernando y finalmente a la vecina de enfrente de su casa.

Angeles se está divirtiendo mucho, no tanto con el espectáculo cuanto con uno de los espectadores. Desde uno de los palcos, que caen cerca de su butaca, ha tenido que fijarse necesariamente en que la miran con sumo interés.

Ha tenido que fijarse, porque Josefa en el primer entreacto se lo ha hecho notar, después de advertirlo ella con perspicacia femenina.

—Oye, Angeles—le ha dicho—. ¿Te has fijado en aquel palco?

—¿En cuál?

—En el del lado de las de Gutiérrez. Fíjate.

—¿En qué quieres que me fije? ¿En que no hay más que hombres?

—No. En que hay allí un hombre que te mira

con un descaro, que parece ha equivocado el sitio del escenario.

—¿Cuál? ¿Aquel calvo, que parece un puchero boca abajo?

—No. El que está al lado. Ese muchacho simpático, de bigotillo negro.

—¿Sabes que no le conozco? ¿Le conoces tú?

—No le había visto hasta ahora. Mira, mira cómo mira.

—¡Será a ti! ¡No sé por qué ha de ser precisamente a mí!

—No, tonta; será a Fernando. Oye, Fernando, ¿conoces a aquel muchacho que está en el palco tercero?

—¿El calvo?

—No. El del bigote negro.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque en toda la noche no hace más que mirar a Angeles.

—Dale conmigo—refunfuñó con disgusto la aludida—. Está mirando a los tres. ¿Será algún amigo tuyo, Fernando?

—Te repito que no.

Fernando comenzó a fijarse en el palco, donde no había más que hombres, en donde... ¡oh perspicacia femenina! ya las dos amigas habían advertido que uno de ellos miraba con mal disimulada insistencia hacia aquel lado, y que miraba a una de las dos, y que, entre las dos, era Angeles la preferida.

Fernando, después de fijarse bien en las caras de todos, se volvió hacia la que se llevaba aque-

llas preferencias, para dictaminar sobre el incógnito observador.

—No le conozco, Angelita; pero creo que ese es el palco de los redactores de *La Unión*; así que deduzco por consecuencia, que el que aspira a la unión legítima con alguna de las dos, es un legítimo periodista de *La Unión*.

—¡Jesús, qué chiste más descabellado! ¡Ni en *Informaciones* te lo admitirían!—gruñó Angeles, volviendo la cara hacia el palco tan debatido, por mirar a algún sitio.

—¡Fusilable, Fernando!—coreó María Josefa, riendo del poco acierto que había tenido el retruacanista.

—¡Mujer! ¡No tanto! ¡Ya tiene su punta! ¡No es tan fusilable!

—¡Bueno! Rebajaremos a cadena perpetua.

Fernando, que se las daba de hacer juegucitos de palabras mejor que el mismo Muñoz Seca, enmudeció, persuadido de que no había despuntado entonces de agudo, y efectivamente, así lo era. Volvió a mirar al palco; se persuadió de que en él no conocía ni al calvo ni al de los bigotes negros ni a ningún otro, y dió la espalda al escenario para distraer la vista mirando a los que entraban y salían por la puerta del fondo.

En aquella postura dió con la solución del enigma, y llamó con la mano a algún incógnito personaje, mientras decía en voz alta.

—Ya vamos a dar gusto a Angeles. Allí está Manolito Salinas. De seguro que él lo sabe.

Manuel Salinas, que entraba a la sazón en el patio de las butacas y advirtió las señas de Fer-

nando, no tardó en presentarse en la fila donde hacía tanta falta su presencia.

El nuevo personaje era ya conocido. Salinas era un hombre amigo de toda la Sevilla alta, media y plebeya. Era un cordobés, abierto y franco, como lo suelen ser todos los de la simpática ciudad de los califas. Hombre que gozaba haciendo favores a cualquier amigo más que si a él se los hiciesen. Hombre de hasta cuarenta años; soltero de profesión, que pagaba con garbo la cédula de soltería sin intención de trocársela por otra que demostrase debilidad de esclavitud y coyunda. Hombre, a quien nadie preguntaba de dónde ni de qué vivía; pero que vivía bien, hasta los límites del derroche cuando se terciaba un convite en la Eritaña o una apuesta en el campo de Tablada o un cuarto a espadas en alguna caja de doble fondo, de esas que ocultan misteriosamente detrás del inocente lujo de mesas y divanes de terciopelo rojo los casinos aristocráticos de Sevilla y de fuera de Sevilla.

Manuel Salinas saludó a la viuda del general, luego a las niñas, y apretó después la mano de Fernando con sus hercúleos dedos mientras le decía:

—¡Hola, pollito! ¿Me llamabas?

—No, Salinas—interrumpió Josefa—. No era él; éramos nosotras, para que nos saque usted de una curiosidad que tenemos.

—A sus órdenes de las dos, si puedo ser tan feliz que satisfaga sus órdenes.

—Mire hacia aquel palco; pero con disimulo. ¿Conoce a todos los que están allí?

—A todos. Y a las der parco del lado derecho, que son las de Gutiérrez, y a las der parco de la izquierda, que son las de don Rafaé...

—¡No!; el de los hombres. ¿Ve? Aquel que mira ahora.

—¡Ah, sí! ¡El carvo! Ese es... un muchacho bien. Ese se yama...

—No, el que está detrás. El del bigotito negro. Mire cómo nos mira. ¿Quién es ese muchacho?

—¡Ah! ¡Er der bigote negro!... Mire usted, Mari-pepa, el único que no conozco de toda esa banda. ¡Mire que es negra mi suerte! Pero verá usted lo que tardan en saberlo, y en saber su fe de bautismo y su fe de sortería, que es lo que me parece que interesa por ahora.

—A mí, maldita la falta que me hace el saberla—respondió María Josefa, riendo la agudeza del cordobés, que había dado en el clavo a la primera de cambio.

Manuel Salinas se perdió entre el gentío, que iba entrando por el pasillo del centro para ocupar sus butacas, porque había sonado ya el tercer aviso y pronto iba a comenzar el segundo acto.

La curiosidad femenina de las dos amigas siguió mortificándolas durante la representación, y el pollo incógnito seguía mirando sin disimulo, diríase mejor, con una tenacidad rayana en el cazurismo.

El telón volvió a caer sobre el tinglado de la farsa que se representaba en público, trasunto débil quizás del tinglado que levantaba la conciencia en el interior de cada escenario secreto de cada uno de los espectadores. En el de Angeles y

María Josefa se estaba representando un sainete. ¡En otros escenarios, recónditos y adornados con bambalinas de papeles de colores, quizás la farsa era un drama, una tragedia, el paso del huracán de sangre o de cieno, mientras los ojos materiales y los sentidos externos se deleitaban con *El paso del camello*.

Al bajar el telón, apareció de nuevo Salinas a dar razón de su cometido. Ellas le habían visto entrar en el palco del calvo y del incógnito de los bigotes negros; saludar a todos, uno por uno, exceptuando al que se trataba de identificar; llamar aparte a un señor de bastantes años y de bastantes libras, que con un bloque de papel en una mano y un lápiz en la otra, miraba, observaba y escribía.

Al llegar Salinas a la fila de butacas, las dos muchachas le preguntaron, más con los ojos que con las palabras:

—¿Qué tal? ¿Quedaré cumplido nuestro capricho?

—¡Mala sombra tengo yo para ustedes esta noche! ¡Parece que estoy representando ar vivo la sombra der cameyo!

—¿Pero tampoco saben nada de ese hombre sus mismos amigos?

—Lo que saben ustedes y lo que sé yo. Ahí lo ha traído Pepe Piña, el encargado de las noticias extramuros; lo ha presentado; nadie se ha fijado en er nombre que ha dicho, y hablando están con ér como si fuera un ingrés que viene a ver los pasos de Semana Santa o a pintar en er barrio de Santa Cruz.

—Pero ese Piña...

—Pepe Piña se ha tenido que salir, porque le han yamado a una información en Triana. Dicen que un gachó se ha arrancado esta tarde por pe-teneras con su suegra y ha dado que hacer a los del casco negro.

—¿Alguna riña?

—Sí, y con alevosía; pero no tengan miedo, que según parece, se trata de una suegra.

En esto andaba el bondadoso Salinas, cuando en el palco de los redactores de *La Unión* se movieron los cortinajes de terciopelo rojo y un hombre penetró en él.

—¡Pepe Piña! ¡Ayí está Pepe Piña! Ahora se va a saber todo de una vez.

Y como si se tratase de saber la filiación de un hombre, cuya noticia trajese en pos de sí una fortuna, Manuel Salinas dejó entre sus labios la importante circunstancia de ser suegra la víctima del crimen, que podía tranquilizar la natural compasión de las dos amigas, sobre todo de la madre de María Josefa, y se dirigió al palco que tan a mal traer traía a nuestros conocidos interlocutores.

Le vieron por segunda vez entrar en el palco; hablar con Pepe Piña; pudieron observar que Piña hacía la presentación de Salinas al incógnito pollito del bigote negro, y respiraron de satisfacción seis pulmones; dos de cada uno de los tres que tan intrigados andaban en un asunto de tanta transcendencia.

Salinas salió del palco de *La Unión* cuando ya daba a su fin el entreacto. Venía abatidísimo. En su rostro, asoleado y moreno, en sus ojos, de pro-

cedencia árabe legítima, se vislumbraba el desencanto del que ha querido hacer bien su papel y le ha resultado papel de estraza.

—¿Quién es? ¿Quién es?—preguntaron a coro Fernando, Angeles y Mari-pepa.

—Pues... yo creo que su madre der niño debe saberle er nombre, pero debe haberlo guardado para que no se lo roben.

—Pero... Pepe Piña...

—Está a la artura de nosotros sobre er niver der mar, es decir, en plena praya. Don Servando, er dirertor de *La Unión*, se lo ha presentado esta noche; le ha dicho que lo yeve ar parco y que lo presente como reporter que va a ser der diario desde mañana, y que... y se ha quedado en limpio con que er niño se yama Antonio.

Fernando comenzó a tararear la sabida canción:

Que porque sí, que porque no,
que porque sí, que tengo un novio;
que porque sí, que porque no,
que porque sí, se llama Antonio...

—Pero... ¿Antonio qué?—preguntó impaciente Angelita.

—Pues... llámale Antonio er der bigote.

—Manolo—dijo con sorna Fernando—, si Primo de Rivera sabe todo lo que tú vales para seguir una pista, ten por seguro que te nombra de la policía secreta mañana mismo.

—Mira, Fernandito—contestó el pobre Salinas, amoscado con aquella alusión tan clara sobre la virtud que precisamente más se gloriaba de po-

seer—, ar que hace lo que puede, creo que no se le puede pedir más.

—Claro está, Salinas, ¡si estamos agradecidísimas a su buena voluntad!—le interrumpió María Josefa, que en efecto, veía lo mucho que el buen hombre se había interesado por satisfacer aquel capricho.

Salinas, sin embargo, no estaba dispuesto a darse por vencido. Había formado la resolución de quedar airoso en el lance, y como en aquel instante comenzaba el tercer acto, se retiró, despidiéndose mientras decía:

—Fernandito, si la pista se descubre, aunque no sea ar primer intento, er policía se acredita. Veremos a ver si me tienes que recomendar a Primo de Rivera.

—No, Salinas, no se moleste más. ¡Si fué un capricho!—dijo María Josefa al estrecharle la mano para despedirle.

—No. Ya no es molestia. Es pundonor cordobés—respondió Salinas al retirarse de la fila de butacas.

Terminó el tercer acto y Manuel Salinas no volvió a aparecer en todo el teatro. ¿Habría ido a casa del director de *La Unión* para informarse en la fuente misma sobre la procedencia tan misteriosa de su recomendado?

Al salir del teatro, creyeron todos cuantos estaban interesados en el descubrimiento del incógnito personaje encontrar a Salinas en la puerta para enterarles de la vida y virtudes del muchacho con todos sus pelos y señales. El cordobés no apareció. No quería dejarse ver para anunciar un nue-

vo fracaso en el resultado de sus investigaciones.

El director de *La Unión*, al que efectivamente había ido a *interviewar*, calaba menos que él en la historia del de los bigotes negros, porque ni aun siquiera sabía que tuviese negros los bigotes. La condesa de Las Cabezas de San Juan se lo estaba recomendando hacía tiempo y con muchas instancias, como hombre de valer. El le había llamado aquella tarde. El muchacho había venido a la cita cuando el director estaba comunicando impresiones con Pepe Piña, y éste, sombrero en mano, se mostraba impaciente por ir al teatro con sus amigos. El director le rogó que llevase al nuevo reporter y lo presentase en el palco a sus colegas, sin decirle ni el nombre, que tal vez él no sabía, y sin fijarse si tenía bigote o si lo tenía rubio o negro, en el caso de que lo tuviese.

Con tan vagas e indecisas noticias, Salinas no quería presentarse delante de la burlona sátira de Fernando Téllez, que hubiese insistido en ponderar sus dotes de sabueso para una plaza de policía secreto.

Al embocar en la plazoleta de la calle de Rioja, notaron todos los de la caravana que una sombra negra les seguía los pasos a distancia.

La sagacidad femenina de ambas amigas no tuvo que volver sus ojos para adivinar quién fuese aquella sombra oscura. Lo sabían muy bien.

—Ahí viene—dijo María Josefa a la vecina pellizcándole suavemente el brazo.

—Ya lo he visto. Me está ya cargando ese hombre—respondió Angeles con muestras inequívocas de disgusto.

—Déjalo. ¿Qué menos puede hacer por ti el pobre muchacho que perder unas horas de sueño? Además, como simpático, parece que lo es.

Fernando, que aún tenía por lo visto ganas de retruécanos, exclamó:

—La tiranía de la mujer es la herencia del hombre que...

—Que tenemos mucho sueño, Fernando, y no vamos a saborear el juegucito que vas a hacer con la tiranía de las mujeres—le interrumpió Josefa, que en efecto se iba durmiendo a chorros.

—No, ya verás. No es a lo Arniches, es a lo Schoppenahuer. La tiranía de la mujer es la herencia del hombre cuando la comienza a amar.

María Josefa, a pesar del sueño que tenía, completó la sentencia.

—¡Sí! Y después, la tiranía del hombre es la herencia de la mujer que consintió en el amor.

La madre de Mari-pepa dió un bostezo, de esos que no se dan, sino se cantan, a manera de escala, y pudieran llamarse bostezos puestos en música. Schoppenahuer y Arniches, asustados tal vez con aquel jarro moral de agua fría que les acababa de echar la militar, abandonaron sus cátedras, y siguió el silencio del aburrimiento como único guía, hasta que se vieron todos en las puertas de ambas casas.

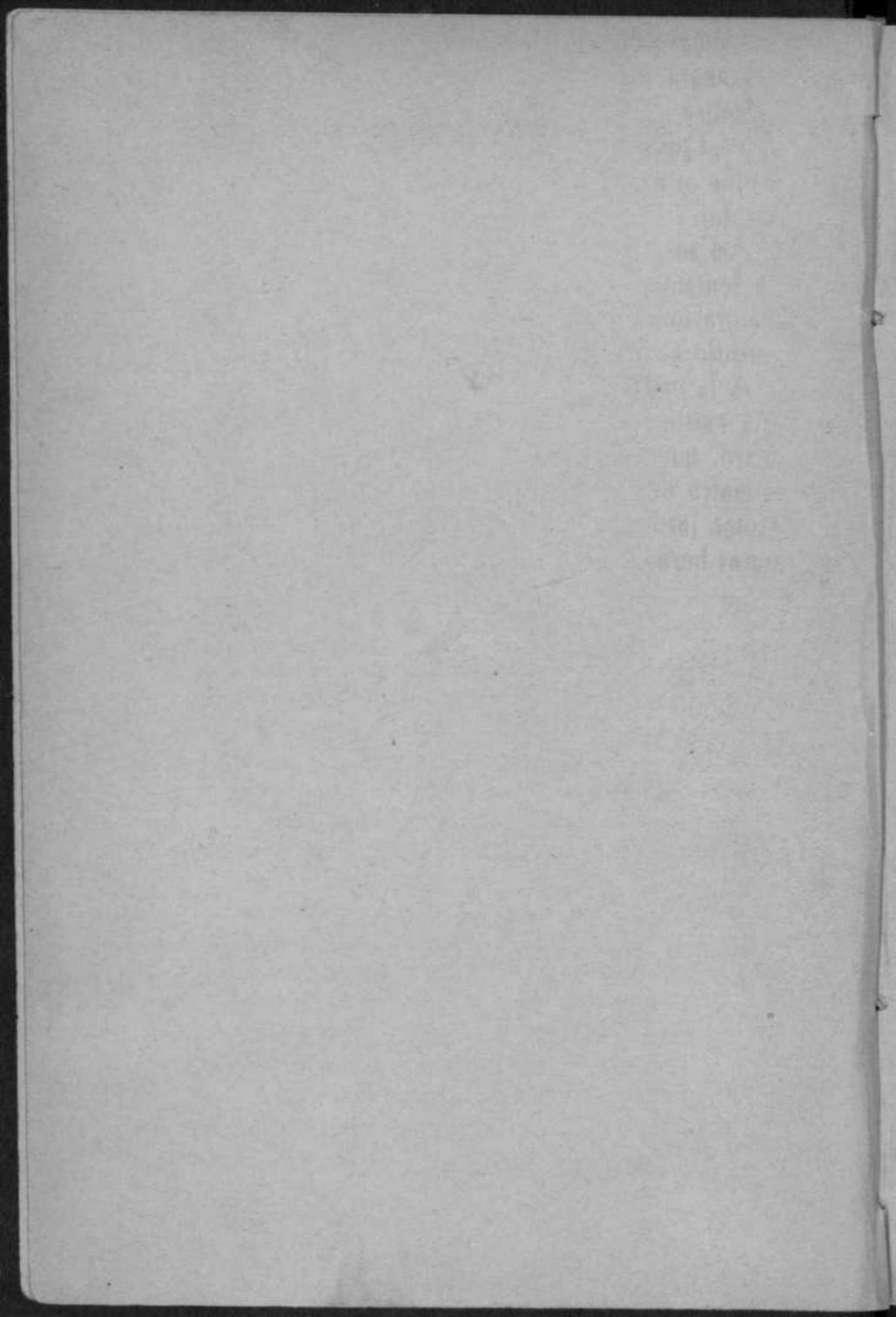
María de los Angeles entró en la suya, después de los besos de despedida, y de dar las gracias a Fernando por su amable compañía, y al poco rato la calle estaba sepultada en el silencio que había acompañado a la comitiva en su último tercio de jornada a la vuelta del teatro.

Al cerrar las contraventanas de madera, que detrás de los cristales amparaba el sagrario de las habitaciones de Angeles, ésta miró a la calle. La sombra negra pasaba a la sazón por delante de los balcones.

—¿Quién será? ¿Qué carrera tendrá? Porque lo que es como simpático no deja de serlo el muchacho.

Así se preguntaba a sí misma, mientras cerraba lentamente las contraventanas. Después rezó sus oraciones, y antes de un cuarto de hora había perdido el mundo de vista.

A la mañana siguiente, apenas si recordaba ya que existía un muchacho simpático, de bigotillo negro, que la había seguido hasta su casa desde el teatro de San Fernando. Los quehaceres de la azotea jardín le robaron las atenciones de las primeras horas de la mañana.



III

EL DEL BIGOTE NEGRO

Dice un refrán castellano que "el que nace para ochavo, nunca llega a ser cuarto". Como por otra parte nos dice un adagio de filosofía que "la excepción confirma la regla", vemos con frecuencia bastantes ochavos que suben de categoría, no a cuarto, sino a real, a peseta, y aún a dólar, que es el rey de la escala social a que nuestro refrán alude.

Una familia de ochavos es la que vive en el último piso de una de esas casas que forman la única manzana habitada de la plaza de Santa Bárbara. Su historia es vulgarísima. Puesta en aleluyas, apenas valdría los dos cuartos a que aspiraban la "leyenda de la Tierra de Jauja" o la que daba comienzo con el sugestivo título de

Aventuras, vida y fin,
del enano don Crispín.

El cabeza de familias, descartado ya hace años del número de los vivos, había sido un teniente de aquellos que, durante la guerra de las Antillas, habían subido por heroicos hechos de armas desde soldados a sargentos, y de sargentos a alféreces, quedando después la mayor parte de ellos empantanados en la carrera, porque los oficiales que procedían de Academia les miraban con todo el desprecio que reconcentraron en el apelativo con que les designaban, llamándoles *oficiales de cuchara*, que era una alusión al rancho comido en el cuartel.

Algunos se abrieron paso desde la hondura del ochavo militar hasta llegar al dólar del fajín y el entorchado. Otros, como el protagonista difunto, llegaron a tenientes, y allí le tomó a nuestro hombre el retiro, y poco después el fin de su mortal carrera, dejando a su cara mitad dos hijos varones, uno de seis y otro de dos años, y para los tres una viudedad de siete duros mensuales.

Habían crecido ya algo los hijos, y envejecido bastante la viuda, que, sin poderse levantar de un sillón, esperaba a las horas reglamentarias que se le sirviese la comida por manos ajenas, porque de las suyas no podía valerse, como tampoco era dueña para servirse de su cuerpo en ninguno de los demás menesteres.

Antonio, el mayor de los dos zagales, nunca se había resignado a ser ochavo de algún taller de carpintería o mozo de algún café de La Sierpe, y con los últimos ahorros de la casa había comenzado el bachillerato en el Instituto Provincial.

El muchacho era estudioso, callado, tímido de

carácter, y tan diverso del tipo vulgar de los estudiantes de *ogaño*, émulos de los de la tuna de antaño, que al dibujar el catedrático de Historia Universal la personalidad del célebre ministro de Luis XIII de Francia, los condiscípulos de Antonio, hallando no sé qué analogías entre los dos caracteres, comenzaron a llamar en adelante al huérfano del teniente con el apelativo de *Monsieur Richeliú*.

El *Richelieu español* se había captado el cariño y aún el respeto de sus compañeros, y lo que él más estimaba, el de sus profesores.

Dábase entonces un premio de honor en cada asignatura, disputado por oposición entre todos los que habían obtenido la nota de *sobresaliente*, y *Richeliú* se llevaba todos los de su curso, que, además de diploma, consistía en no pagar derechos de matrícula ni de exámenes para las asignaturas del curso inmediato.

Los profesores del Instituto, al divulgarse el modo tan extraordinario con que aquel estudiante había comenzado la carrera, tomaron la costumbre, sin convenirse en ello, de regalar al niño los libros de texto, los cuales él, después de haber devorado hasta aprenderse de memoria aun las mismas erratas, pocas o muchas que tuviesen, conservaba nuevos y flamantes para que, cuando su hermano menor, Luisito, metiese la cabeza por el túnel, largo y oscuro, del bachillerato, no se tuviera que preocupar con el censo de tales libros, que, en expresión de Fernando Téllez, el novio de María Josefa, era *un censo muy censurable* por varios conceptos.

Tenía trece años Antonio y su hermano Luis tenía nueve, cuando un descuento introducido en las pensiones de las clases pasivas acabó de reducir a casi cinco duros mensuales la entrada de aquella familia, es decir, ni para pagar las medicinas que la parálitica necesitaba, y mucho menos el alquiler de la casa.

Richeliú comprendió que era preciso meter dinero en casa, y que él era el obligado a hacerlo.

Había oído hablar de la caridad inagotable de la condesa de Las Cabezas de San Juan, aquella señora, aristocrática y fina, que tenía autos lujosos y nunca los usaba para sí.

Casi podía decir Antonio que era algo amigo de la condesa, porque una tarde, al volver del Instituto, la vió que salía con su criada de la iglesia de los jesuítas por la puerta que da a la calle de Trajano, y después de vacilar sobre el camino que había de emprender, se le acercaron ambas para preguntarle que dónde estaba la calle de Quevedo.

Antonio se les había brindado para acompañarlas, y la condesa, al despedirse de él, le había hecho una caricia en la mejilla, y le había dado dos reales para que se comprase dulces.

De este encuentro hacía más de un año, y Antonio llevaba impresa la imagen de la dama y el calor de aquella mano; pero esta misma impresión, fija en su alma, tímida y vergonzosa, hacía que, al ver venir a la dama por una calle, volviese instintivamente atrás sus pasos para echar por otra, diciéndose a sí mismo: "Si se acuerda de mí y me

saluda, ¿qué voy a hacer yo? ¿Qué habrá que hacer para saludar a una señora condesa?"

La miseria se apoderó en fin de aquel pisiño pobre de la plaza de Santa Bárbara, y Antonio pensó seriamente en la necesidad imperiosa de ganar dinero. Eso sí, tenía que ser en un sitio que no le impidiese concurrir a las clases.

Al salir una tarde del Instituto, sentía fiebre; era la fiebre del hambre, o quizás la otra, aún más fuerte, de la pena, o tal vez, las dos juntas.

En vez de volver a su casa, echó hacia la Campana, resuelto a no dar un beso a la tullida, sin haberle dicho antes que estaba colocado en cualquier sitio, en alguna tienda, en un portalón de un limpiabotas, en un almacén, para llevar de noche la carga desde los depósitos al mostrador, cualquier empleo, que le dejase libre el día y le robase la noche.

Siguió atravesando calles, pensando, sin pensar, en la caricia recibida un año antes en su cara flaca por las manos de la condesa de Las Cabezas, y acercándose, sin reflexionar siquiera en ello, hacia el palacio de la ya no muy joven señora.

Entró por una calle céntrica a paso muy lento, lentísimo, cual si esperase a alguien en aquel trozo de calle, y pasó por delante del palacio de la condesa. Este es de piedra de sillería, viejo ya, con un zaguán espacioso, cortado por cancela de hierro forjado, que da paso al patio central.

Cuando el famélico muchacho se detuvo en la puerta del artístico palacio, acertaba a llegar la caritativa condesa. Venía sola. Antonio vaciló, y

tuvo que apoyarse en el dintel de la enorme puerta de encina, adornada con cabezuelas de luciente cobre. La señora le miró, cuando ponía el pie en el zaguán, y posó en el niño sus ojos, como si quisiera reconocerle.

En seguida hizo ademán de penetrar en su palacio; pero Antonio, animado con aquella mirada, que había infundido algo de confianza en su alma tímida, murmuró suavemente:

—¡Señora condesa!

La dama se acercó a él, le posó cariñosamente la mano en la cabeza y le dijo:

—¡Hola! ¿Qué te pasa, muchacho?

Antonio, con la gorrilla entre sus manos, clavó los ojos negros en su futura bienhechora y se atrevió a decir:

—Señora condesa: yo fui el que le enseñé un día el sitio donde estaba la calle de Quevedo.

La señora hizo un mohín, que significaba tanto como decirle: ¡Vaya usted a recordar! Metió la mano en su bolsito de raso negro, y sacó unas monedas de cobre.

El niño la miró con espanto. ¡Le iba a dar una limosna! ¡Tal vez una perra chica! Hizo ademán con su brazo de impedir la acción de la dama, y murmuró, casi llorando:

—¡No! ¡No! ¡Señora condesa! ¡Yo lo que quiero es algo en donde gane un jornal! Mi madre se me está muriendo de hambre y yo quiero darle de comer.

Al vuelo comprendió ya la condesa que no era aquel un caso vulgar del golfo callejero, que comienza la carrera de vagabundo.

—¡Ah! ¿Conque quieres trabajo?—le dijo, tomándole la gorra para ponérsela ella misma sobre la cabeza al turbado muchacho. Este volvió a descubrirse e insistió:

—¡Eso! ¡Eso! Trabajo, que pueda hacer de noche.

—¿De noche? ¿Y por qué no mejor de día?

—De día no puedo, porque tengo que ir al Instituto.

—¡Ah... al Instituto? ¿Pero tú vas al Instituto?

—Sí, señora. Estoy estudiando el cuarto año.

La condesa reflexionó un instante. Después, acariciando la frente del niño, le hizo entrar en el patio, y subir con ella la amplia escalera de tramos acodados, con balaustrada barroca de ya gastado alabastro, y entró con él en un gabinetito pequeño y lleno de libros y de cuadros antiguos, donde se hacía servir el desayuno y el té por las tardes, cuando estaba sola.

—Vamos a ver—le dijo mientras tomaba una modesta silla, que para su uso allí tenía, y apretaba el timbre eléctrico para avisar al ayuda de cámara su presencia—. Vamos a ver. Conque estás estudiando el cuarto año del bachillerato. ¿Y quién te paga la carera?

—Señora, los libros me los regalan los catedráticos. Las matrículas...

—Te las pagas tú. ¿Verdad?

—Sí, señora... las pago... yo.

—¿Y con qué dinero?

—No me cuestan dinero. Estudiando mucho,

hago oposición al premio y me llevo las matrículas gratis.

La condesa atrajo hacia sí el cuerpecito famélico del niño y le dió un beso de madre en la frente. ¡Aquel chiquillo era un héroe en miniatura!

—Anda, siéntate—dijo acercándole una silla—. Vas a tomar de lo que me traigan. Un pastelito, un poco de jamón, una...

—Señora condesa, no puedo. Mi madre me está esperando y mi madre...

—Te reñirá si tardas.

—¡No! Le iba a decir que mi madre... todavía no ha comido hoy...

Aquella salida; aquella pincelada tan suave, pero tan maestra, de amor filial, acabó de inclinar el corazón, bondadoso de suyo, que tenía la dama, y al salir *Richeliú* del palacio de su bienhechora, llevaba a su casa un papelón de pastelillos, cinco pesetas y una colocación.

Vendría todas las tardes, después de las clases, para recoger el correo de la condesa y llevarlo al buzón. Se entrenaría en poner giros postales, en todo lo que al ramo de correos atañe, y al fin de mes recibiría de salario treinta pesetas.

Pocos meses después, la condesa de Las Cabezas de San Juan confiaba a la honradez de su diminuto secretario todas las cantidades que tenía que girar o traer del banco, plenamente cierta de que jamás habría de por medio ni una tentación de desfalco.

Pero la madre de *Richeliú* iba empeorando y necesitaba más cuidados, alimentos más nutritivos, y Antonio era incapaz de pedir a la condesa ni

aumento de salario ni limosna extraordinaria.

Cuando estudiaba ya el quinto año con todos estos apuros, vió que los libros de aquel curso eran demasiado voluminosos, llenos además de hojarasca de inútiles digresiones, y quiso ir tomando en apuntes la explicación oral del profesor, y cada día se formaba un resumen de lo explicado.

Estudiaba con él un gomosillo atacado de esa pedantería trivial de blasones y títulos, que en medio de la vulgaridad que suele formar la masa estudiantil de los Institutos del Estado, se destacaba como un ave rara, una especie de Quijote sin yelmo y sin adarga.

Le acompañaba siempre hasta la puerta del edificio, situado en la calle de Amor de Dios, y volvía después por él, un lacayo con bocamangas de galones rojos. El petrimetre, desde el primer día de curso, pegaba la hebra con todos los nuevos camaradas de carrera para venirles a decir que su padre era marqués, con un título italiano, que equivalía en España a príncipe, pero que el rey de España, para evitar disgustos y confusiones internacionales, le había prohibido usarlo, aunque, al fin y al cabo, y, pesase a quien pesase, él era marqués, o mejor dicho, príncipe de *Fornerini*.

Los condiscípulos del Instituto le dieron por el gusto de su prosapia, pero trastocando algo el título nobiliario y el sexo del presunto heredero, llamaban al fatuo gomosillo *la Fornarina*.

Fornarina se quiso aprovechar de los extractos, hechos en clase por *Richeliú*, y le comenzó a pagar a diez céntimos cada lección extractada. Gustó la idea, y a mitad de curso ya había quince es-

tudiantes que se valiesen de copias hechas por Antonio, pagando a diez céntimos por barba. Esta labor suponía en la casita de la tullida un ingreso mayor que la misma viudedad, pero suponía también en el muchacho dos o tres horas de escritura, que las pagaba el sueño.

Concluído el bachillerato, dudó Antonio si debía seguir estudiando, o si debía contentarse más bien con aquel modesto título académico, especie de descansillo, puesto en el primer tramo de la gradería en donde se bifurcan las diversas escalinatas oficiales, que llevan a las distintas cumbres de las múltiples carreras sociales.

Por fin se determinó a quedarse en el descansillo del bachillerato y moverse allí hasta donde le autorizasen los poderes del título académico: una oficina; dar clases particulares; cualquier modo de vida que le permitiese estar todo el tiempo posible al lado de su tullida madre, para que su hermano Luis comenzara también la carrera en el Instituto.

Mientras descansaba de la tarea, gloriosamente acabada, del bachillerato, sucedió un acaecimiento que le hizo variar de opinión respecto del plan futuro de su nueva vida.

Era una tarde de primavera sevillana. En el colegio de Castilleja de la Cuesta celebrábase una función a beneficio de las niñas pobres, que sostienen las Madres Irlandesas, para descanso de sus labores con las niñas ricas, que educan en sus dos hermosos colegios de Jesús del Gran Poder y del pueblecito de Castilleja.

A la condesa de Las Cabezas se le ocurrió

enviar a su pequeño secretario con el fin de que hiciese una relación de la fiesta, que fuese como un tanteo de su vida literaria, porque veía en su favorecido condiciones de escritor, y tal vez le llamase Dios por aquel camino.

No asistió ella al acto, pero fué Antonio en el auto del hermano de la condesa.

Era la primera exhibición pública de *Richeliú*, y la hacía casi como un criado del prócer sevillano, que no juzgó digna del caso la presentación.

Antonio penetró en el airoso y bellissimo patio de entrada en cuyo fondo se eleva uno de los muros de la capilla; por el lado derecho un lienzo de pared, fabricado de ladrillo rojo, medio cubierto por un tapiz de enredaderas, y a la izquierda una columnata que forma el pasadizo para la capilla, y entre cuyas columnas se goza la visión del jardín, con sus paseos de variadísimas flores y espesuras de pimientos indios y diamelas sevillanas, cortados a veces por quioscos y cenadores de rejillas verdes o grutas de abigarradas estalactitas.

Antonio quedó como aturdido al entrar en aquel palacio de hadas. No conocía a nadie. Nadie se ocupaba de él ni de rendirle honores.

En medio de aquel bullir de sedas de color fuerte, de cascadas de risas alegres y de carreras infantiles de colegialas, era como el pastor de la cabaña, que se queda dormido a la sombra de la encina de fuertes raíces, musculosas y desenterradas, y sueña con una vida, que sólo puede vivir soñando, porque, al despertar, ha de encontrarse de nuevo con la abuela encina y con los merinos que seestean, posadas las cabezas sobre el cuello

de su compañero, formando apiñados racimos.

Entró en el salón del teatro, bajando al jardín, confundido entre la perfumada masa de invitados, y una religiosa, esbelta, delgada como una palmera del Parque sevillano, le dijo con un acento muy dulce y un dejo más irlandés que el mismo nombre de su Instituto:

—¿Viene a ver una su hermanita? ¿Verdad?

—No, madre, vengo en nombre de la señora condesa de Las Cabezas: traigo su tarjeta.

—¡Oh! ¡Basta! ¡La condesa! La conocemos, venga, venga.

Y le colocó en segunda fila, al lado de unas niñas pequeñinas, cuyas ropas, pesadas en una balanza, por lo cortas y lo vaporosas, no pesarían un cuarto de kilo.

Se alzó el telón: se representaba un cuento de hadas de los preciosísimos de Anderson. La reina de las hadas apareció ante los ojos del muchacho como una aparición misteriosa. ¡Qué hermosa estaba! Una niña de poco más de quince años, la edad de él, algo morena, con el pelo rizado y castaño, y los ojos negros y expresivos. Miró al programa y supo el nombre. La reina de las hadas se llamaba en la realidad de la vida María de los Angeles Arias de Pedraza.

Detrás de los ojos se le fué el corazón al incauto pastorcillo de los merinos que sestean, apoyada la cabeza sobre el cuello del compañero... y comenzó a soñar. Era la vez primera que abría su corazón para lanzarse por aquellos campos, más llenos de Quijotes y más desheredados de San-

chopanzas que los áridos, pero poéticos, campos de Montiel.

¡Si él terminase la carrera de abogado! ¡Si pudiese bufete! ¡Si comenzase a tener mucha clientela! ¡Si los periódicos y la voz de la fama, que en sus columnas sopla auras de gloria, comenzasen a hacer sudar las prensas con sus elogios! ¡Si todo esto llegase en alas de los céfiros a los oídos de la reina de las hadas!... Y soñaba con ser muy célebre; con subir a los escaños del Congreso, y después con sentarse en el banco azul, en aquel banco que ¿por qué le llamarían azul que es color de paz y no rojo que simboliza desastres, calamidades y fieros males? ¡Luego!...

A veces la reina de las hadas posaba en él sus ojos negros, como la noche de aquella realidad a que no quería volver para no hallarse con la abuela encina, de raíces musculosas y desenterradas, que era la viejecita que había quedado sola... Le miraba, sí, y a veces le sonreía con cariño, con interés, con...

El telón fué bajando lentamente: casi llegaba a tapar el rostro de las niñas, que formaban el cuadro final, y al desaparecer las cabecitas, adornadas con guirnaldas de flores y cascadas de oro, o de hilos de ébano, detrás del malhadado telón, lo vió, no le cupo duda, la última mirada de la reina del castillo encantado, con su última sonrisa, había sido para él.

El público abandonó el salón, y *Richeliú*, algo más ensoñador que el célebre omónimo francés, que tenía de ensoñador casi tanto como de cardenal y de eclesiástico, fué buscando a la reina de

las hadas por aquel jardín encantado, que da inimitable belleza al colegio.

¡Pobre *Richeliú*! El caos, el vacío, el aniquilamiento de su personalidad, en medio de tanta gente que se saludaba, que se detenía para hablarse, sonreírse, estrecharse las manos unos a otros, le volvió a la realidad de la vida, y se encontró solo, forastero entre la grandeza sevillana, un mísero reporter que venía allí para hablar de aquello, para adular a aquellos, y ganarse un par de pesetas con que poder comer y dar de comer a una vieja inquilina de un tercer piso de la plaza de Santa Bárbara.

Pero, al fin y al cabo, la reina de las hadas le había mirado, para él había sido el último destello de sus ojos al eclipsarse detrás del telón; y era preciso buscarla, conocerla, hablarle.

La vió; al vaporoso traje de hada acababa de sustituir el sencillo y elegante traje de colegiala de las Irlandesas. Llevaba atravesada del hombro izquierdo, hasta perderse en la parte derecha de la cintura, una banda azul. Antonio, desconociéndose a sí mismo, sintiéndose otro en audacia y en desenvoltura, se acercó a ella. María de los Angeles le vió acercarse con la indiferencia con que se aproximan dos desconocidos: como se mira por la calle el paso de un cartero que no es el de nuestro barrio, y cuando el muchacho estaba ya cerca, volvió ella la cabeza en sentido contrario, vió que se le acercaba una señora con los brazos abiertos, y dió un vuelo, como el de una paloma, para caer en ellos.

Richeliú se sintió caer en lo más hondo de las

profundidades de la realidad de su condición social. Le pareció que aquella sociedad rica, orgullosa, llena de perfumes y vacía de corazón, al verle acercarse por primera vez hacia ella, había dado un puñal a la reina de las hadas, para que con aquel gesto despreciativo se lo clavase en mitad de su alma.

agudo *Se sintió como herido por la hoja de aquel puñal, agudo y frío, y huyó del campo de su primera batalla, derrotado, sangrando por la herida, resuelto a no volver a intentar elevarse del polvo de la tierra que era su sitio, el único donde debía arrastrar su vida de harapos.

Sin esperar al que le había traído en su auto, maldiciendo del auto y de la clase social que lo gastaba, sin que nadie, al verle atravesar el dintel del colegio, intentase detenerle ni decirle con frases amistosas que se quedara, salió a la carretera, bajó por ella a paso lento, y se encaminó hacia Sevilla.

Cuando dobló el recodo que forma el camino al pasar por delante de un chalet, la cinta de vega donde Sevilla se extiende, apareció ante sus ojos. El Guadalquivir, oculto casi del todo por las arboledas y mimbres que forman sus orillas, aparecía a trechos reflejando las lumbres del sol que ya bajaba al ocaso, y allá en el fondo la populosa urbe, donde se alzaba la negra mole del Salvador, rodeada de casas, como una madre que vela por sus hijos, y más a la derecha, esbelta, airosa, dominándolo todo, elevándose al cielo como plegaria vespéral de la simpática ciudad concepcionista, la famosa torre de la Giralda.

Antonio apretó el paso, agujoneado por un amor, que no era el que dejaba tanto más atrás cuanto más hacia Sevilla caminaba: atravesó el barrio de Triana, luego el puente, internóse en el laberinto de las calles, y dejando unas y tomando otras, le llevaron a la plaza de Santa Bárbara.

Su madre le recibió como siempre: sentada en el anciano y descolorido butacón; la sonrisa en los labios, rugosos y amarillos; en la mano izquierda el rosario, y apoyado el brazo derecho sobre el brazo de aquel perpetuo pedestal de su martirio y de sus merecimientos cristianos.

Luisito le estaba leyendo un libro de piedad. Antonio se le acercó, sediento de cariño, y le besó la frente y luego una mano, que era el saludo reglamentario. Al sentir el contacto de aquellas arrugas, siempre le habían dejado en los labios la impresión de un calor, suave y apacible, que penetraba hasta el alma y venía a templarla y vigorizarla, aún en los pasos más difíciles del áspero calvario por donde había comenzado a subir tan a los comienzos de su vida.

Aquella tarde, lo que nunca había sentido, le pareció frío aquel rostro; notó que ya no despedían aquellas arrugas tan deleitoso efluvio de amor materno.

Se rezó el rosario: la madre, después de cenar, mandó a Antonio que se acostase, porque le veía muy fatigado: hasta la cara la tenía descompuesta con el cansancio.

Al siguiente día, aquel carácter tan original, mezcla armónica de un temperamento irresoluto

y acobardado y, al mismo tiempo, tenaz e indolegable en sus propósitos, había tomado una resolución: estudiaría la carrera de leyes hasta el doctorado inclusive: pondría bufete, defendería pleitos y subiría hasta ponerse en la escala social al nivel donde estuviese la familia de Arias de Pedraza. Era restar dinero en los exiguos sumandos que formaban la entrada de aquella pobre casita, pero no importaba: él podía multiplicar el trabajo buscando pesetas debajo de los adoquines con que entonces se estaba arreglando el pavimento de la plaza de la Campana.

Su viejecita no tendría que pagar los platos rotos de su nueva y quijotesca resolución; él, sólo él, sus horas de sueño, sus horas de descanso rendirían el tributo del nuevo presupuesto.

Su madre aplaudió aquella resolución; quería ver a su hijo todo lo más alto posible entre los hombres: ¡Era tan bueno! ¡Tenía tanto talento! ¡Era el orgullo de su alma!

Varios días más tarde, Antonio cruzaba muy de mañana la calle del Conde de Barajas, porque venía de rezar un credo a Jesús del Gran Poder a ruegos de su madre. Delante de él y a corta distancia, caminaban en el mismo sentido hacia la calle de las Palmas una señora y una niña, ambas cubiertas con negra mantilla sobre elevada peineta de carey. Antonio sintió que el corazón le había dado un vuelco al fijarse en ellas y que un temblorcillo suave se acababa de apoderar de su cuerpo. Dobló el paso, echando por la acera de enfrente, y miró con timidez. Era ella, la reina

de las hadas que iba a la iglesia del Sagrado Corazón en compañía de su madre.

Las siguió: entró en el templo: oyó; sin darse cuenta de que las oía, dos misas, una en pos de otra; vió acercarse al comulgatorio a la madre y a la hija; las dejó dar gracias al Señor, y cuando ya vió que se disponían a salir, se situó en la entrada de la calle de Rubens.

Era imposible que Angeles no le viera, y si, en efecto, se había fijado en él cuando gozaba el centro de reina de las hadas, al verle, tenía que expresar en su rostro alguna señal, algún signo de que le reconocía, y entonces... ¿qué haría, si Angeles mostraba en aquel signo que eran amigos?

Salieron las dos; Angeles delante; doña Cándida, voluminosa y algo torpe de extremidades, detrás; y la niña tuvo que mirarle porque instintivamente se encaminan los ojos de los que salen de la iglesia hacia aquel callejón, sucio y oscuro, que forma la entrada de esa calle dedicada a un pintor, digno de mejor muestra de admiración que le eternice.

María de los Angeles miró un instante, como distraída, al muchacho, y miró con la misma indiferencia a un perrazo de color atigrado que, apoyado en sus cuartos traseros, tomaba el fresco en la puerta del zaguán que formaba esquina, y se volvió a su madre para tomarla del brazo y ayudarla a bajar la grada que tiene la puerta de la iglesia. Poco después, doblaron hija y madre hacia la izquierda la calle del Conde de Barajas en dirección a la plaza de San Lorenzo.

Antonio se había fijado en el rostro de la ma-

dre de Angeles, y reconstituyó la escena de aquella tarde en que, a su juicio, la última mirada de la reina niña había sido para él. Había sido otro sueño de su ilusión de rico: recordó que él estaba sentado en segunda fila, y en la primera, delante precisamente de él, se sentaba aquella misma señora, la que después había tendido los brazos a la colegiala en el jardín y ahora se dejaba tomar ese mismo brazo para salir cómodamente de la iglesia de los jesuitas.

Varios meses después, María de los Angeles había vuelto al colegio de Castilleja de la Cuesta, y Antonio había comenzado sus estudios en la Universidad. Aquella resolución, lejos de restar sumandos en los ingresos de la casita pobre, los aumentó. Varios alumnos se contrataron a mediados de curso con Antonio para que les repasase las lecciones. Juntábanse en uno de los tres únicos aposentos del piso de *Richeliú* hasta seis universitarios, los cuales, después de la explicación, le llevaban consigo a tomar café y a expansionarse en el casino de la calle de O'Donnell.

Cuando no tenía clase con ellos por alguna causa, el paseo de *Richeliú* era muy misterioso: nadie sabía dónde pasaba la tarde: él sí que lo sabía muy bien. Emprendía a pie el camino de Castilleja; subía la empinada cuesta que sube, como una cinta blanca, en medio de olivares y huertos; llegaba al pueblo y, tomando a mano izquierda por uno de aquellos vericuetos, se sentaba debajo de un olivo corpulento, al lado de las tapias que cercan el colegio.

Allí oía las risas y los gritos infantiles y los chi-

llidos de las colegialas. Las distinguía ya todas: a casi todas las conocía *de voz*: también a ella; no tenía miedo de haberla confundido; era su voz aquella de arpegios limpios y agudos; tenía que ser aquella: no se confundía con ninguna.

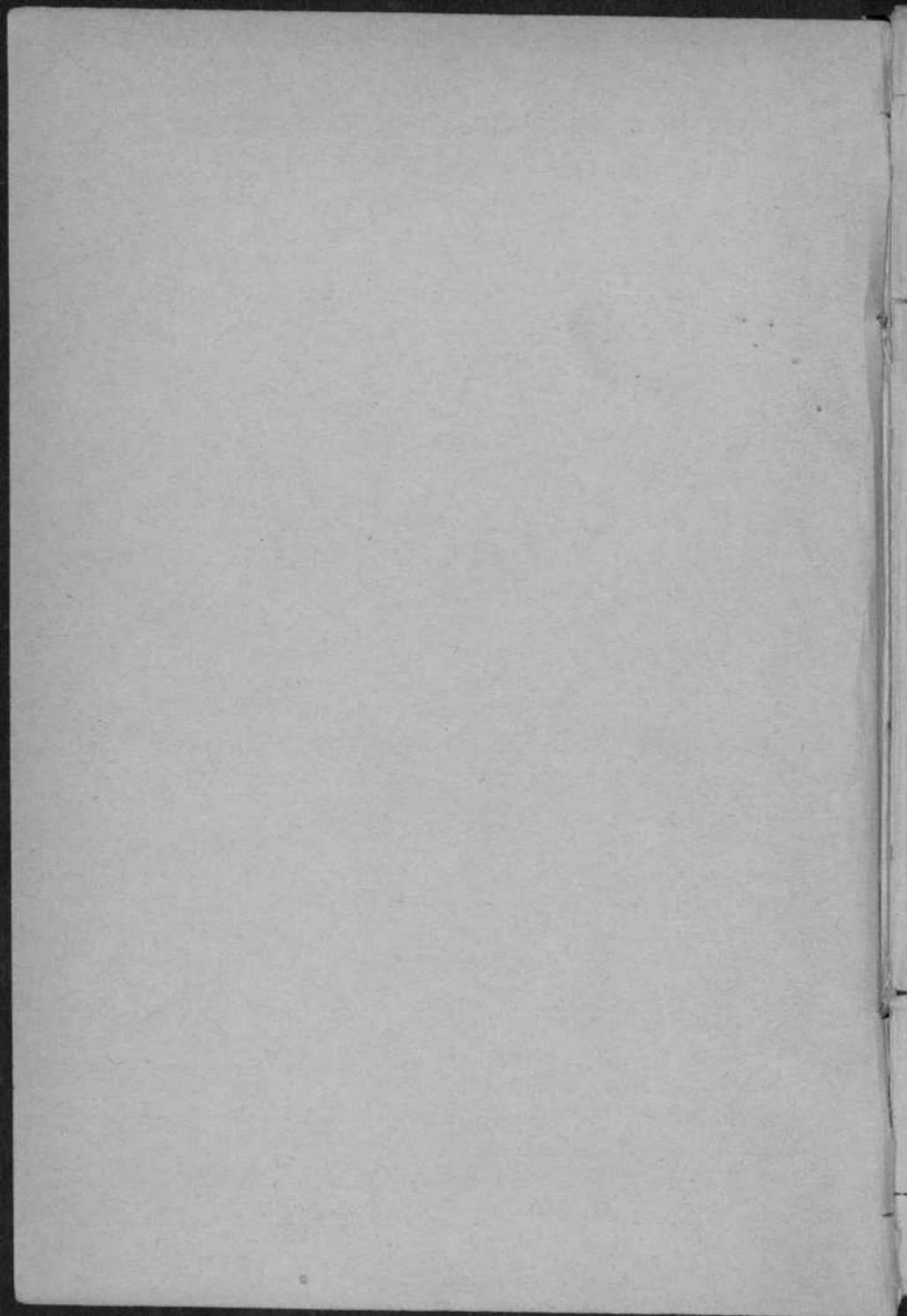
Pasaron cuatro años con variados sucesos sin importancia en la monótona vida de *Richeliú*: ya no tenía porqué tomarse el dulce trabajo de subir hasta Castilleja, pues María de los Angeles había terminado su educación. Sabía todos los sitios que frecuentaba; iba a esperarla, a verla entrar o salir: pero la timidez era cada día más profunda: jamás dejaba sentir su presencia.

Cursaba el segundo año del doctorado; vivía dando clases preparatorias para cualquier carrera: a su vieja no faltaba nada: hasta los muebles estaban sustituidos en aquel piso por otros nuevos, limpios y cómodos, y Luis, concluido el bachillerato, iba a comenzar la carrera de Medicina. Todo aquello salía de la intensa labor de *Richeliú*, que había quedado flaco, descolorido. Su tipo alto, señorial, alhajado con relativa pulcritud de oficinista, cuidadoso y limpio, no admitía más adorno que el bigotito, sedoso y negro, que comenzaba a esbozarse encima de su labio superior.

La condesa de Las Cabezas le obligaba de cuando en cuando a escribir artículos en *La Unión*, que él firmaba siempre con el pseudónimo de *Richeliú*. Al fin, la bienhechora rogó al director del diario que le admitiese oficialmente como redactor, y a los principios, por vía de prueba, como reporter.

Al presentarse Antonio en la dirección del pe-

riódico, departían el director y Pepe Piña amigablemente, y sucedió lo que Salinas pudo averiguar para hacer méritos con el Directorio por si alguna vez necesitaba buscar un buen sabueso para la Policía secreta.



IV

EL HOGAR DE ARIAS DE PEDRAZA

Jardín frondoso es la azotea con sus canario y gatito mimoso: lindas flores son la enfermita María Victoria y el ángel juguetón, que en el jardín de la azotea tiene puestas sus delicias. Larvas de dolor y de disgusto, ¡hay tanto gusano que las ponga y las encueve y las haga germinar para que el paraíso de los hogares, más dignos de ser felices, se convierta en paraíso terrenal después de la tontería de sus primeros y únicos moradores!

El gusano que en este jardín y junto a estas flores pone sin cesar larvas de dolor y de lágrimas es el carácter, más aún que raro, hasta brutal y despota del cabeza de familia.

Ha inventado la sociedad un nombrecito, que hasta engendra compasión y cariño, cuando el código penal debería incluirlo entre el censo de los que indican un crimen y merecen presidio: es el nombre de *neurastenia*, que muchas veces en el

código moral significa pasiones no domadas, genio inaguantable y caprichoso, constituido en única ley de la voluntad del que tal afección padece.

¡Y el pobre don Ramiro estaba neurasténico...!

Se había casado con un pedazo de mazapán de Toledo, más rico que él en cuanto a mazapán y en cuanto a fortuna, que se llamaba Cándida Villalobos, lo mismo que se pudiera llamar doña Cándida Villacorderos...

Durante los años de las vacas gordas en el Egipto de la carrera, don Ramiro no había pensado jamás en imitar la conducta de José, el depositario de Faraón, y el gusto refinado de su paladar nunca se dió el mal rato de una abstinencia, ni aun siquiera en aquellas en que la pobre víctima de los celos de los hijos de Jacob le había dado ejemplo antes de subir al pedestal de la fortuna.

A la sazón este régimen, poco vegetariano, seguía siendo la estrella de su brújula, a pesar de sus sesenta y cinco años. En la casa de don Ramiro se comía a lo sibarita, se vivía a lo príncipe, y sólo se había hecho el ahorro en una de las tres doncellas, que desde tiempo inmemorial formaban la servidumbre de la casa, y que se iban sucediendo a razón de una nueva cada dos meses, unas porque no se las podía aguantar el genio, otras porque no podían aguantar el genio de él o de ella, y otras por otros motivos no muy conformes con la edad ultra sexagenaria de aquel prócer que aún gastaba cosméticos y aguas de colonia añeja en su tocador, que vestía con la elegancia del *dandy* más esclavo de la moda, y que no

podía salir a la calle sin llevar un clavel o un ramo de heliotropo en el hojal de la americana.

Doña Cándida, que se había casado con don Ramiro enamorada ciegamente de su talento y de sus extraordinarias dotes públicas y privadas, vivía aún adorándolas en su marido, a quien aguantaba todo en paciencia, porque... ¡los hombres tienen también sus rarezas y es preciso llevarles el genio!

Por otra parte, ¡era tan intelectual! ¡Disputaba de todo y con todos! ¡Había leído todo cuanto se había escrito en el mundo, desde Aristóteles hasta Santo Tomás, desde las obras filosóficas de Kant hasta las novelescas de Víctor Hugo, y de todas había sacado jugo su talento ecléctico y positivista.

—¡Pobre don Ramiro!—solía decir Fernando, cuando hablaba con María Josefa y no le oían ni la mujer ni las hijas de aquella viviente enciclopedia—. ¡Pobre don Ramiro! Se obliga a meterse en la cama al hombre que padece una indigestión de besugo, y se le hace tomar una buena purga de aceite de ricino, y a este hombre, que sufre una verdadera indigestión de teosofismo, no hay quien le meta por lo menos en un manicomio y le propine una dosis de catecismo de Ripalda!

La noche en que María de los Angeles se había divertido tanto con *El paso del camello*, don Ramiro había ido a divertirse al casino con dos amigos que vinieron a buscarle.

Al volver del teatro la hija, todavía el papá no daba señales de vuelta. Doña Cándida, con

una de las dos criadas, se quedó a esperarle, sentada en una mecedora del patio con el rosario en las manos y una respetable cantidad de sueño en los ojos.

La criada se acurrucó en el sofá de rejilla, y aprovechó más el tiempo.

No solía recogerse don Ramiro hasta después de dadas las doce o la una; pero aquella noche andaba el minuterero del reloj de pared muy cerca de las cuatro, cuando sonó el aldabonazo que anunciaba la presencia del amo de la casa. Prisa debía traer, porque en los pocos instantes que doña Cándida tardó en despertarse, levantarse de la mecedora y, después de un desperezo, a que tenía pleno derecho, abrir la cancela y descorrer el cerrojo de la puerta, sonó otro y otro y otro aviso del impaciente trasnochador.

La esposa creyó de su deber reconvenir algún tanto a su marido, y tomando un tono de voz algo severo, que resultaba cavernoso, porque salía apagado por la misma soñarrera que embargaba su cuerpo, exclamó:

—¡Ramiro, por Dios! ¿Pero son éstas horas de venir?

—¿Y quién te ha mandado quedarte a esperarme?—le respondió el viejo, mientras penetraba en el patio, quitándose la chaqueta y detrás la corbata y el cuello, que fué dejando en una silla.

—Me lo ha mandado mi deber de esposa, que no debe recogerse mientras esté fuera de la casa su marido.

Entre tanto, la criada se había despertado y puesto de pie, y se restregaba los ojos con los nu-

dillos de ambas manos, sin ver nada de lo que pasaba a su alrededor. Dió dos o tres pasos, como un autómeta, bostezó fuertemente, y fué a sentarse sobre el sofá.

—Julia, vete a tu cuarto—le dijo doña Cándida, que había tomado de la silla la chaqueta, la corbata y el cuello postizo, y se disponía a subir la escalera de mármol que daba a la galería de cristales.

Don Ramiro detuvo a su mujer por un brazo y delante de la criada, con tono soez, la increpó, desfogando la bilis que sin duda traía almacenada.

—Oye, no consiento que nadie me vigile ni me espíe, ni mucho menos que esté esperando a que venga para insultarme. ¿Te enteras?

La esposa, que no esperaba aquel exabrupto, quedó desconcertada; perdió todos los aires de ofendida, y se declaró ofensora, diciendo con timidez:

—¡Si no te insulto, Ramiro, si es que!...

—Es que ya esto es inaguantable y no lo tolero, y no me da la gana de tolerarlo. O te quitas de en medio o no respondo de mí.

Y el trasnochador dió un empujón a la admiradora de su talento y se encerró en su alcoba.

La mujer se retiró al suyo, andando de puntillas, y mientras andaba, ya casi maquinalmente, iba persuadiéndose con razones, para ella incontrovertibles, de que a su esposo le sobraba la razón para lo que había dicho y hecho.

Era ya media mañana; la vela estaba tendida sobre el patio, desde que el sol comenzó a dar en los pretilos de la azotea. El calor de aquel día iba

a ser fuerte. El surtidor de la fuente contaba cuentos de hadas sin que nadie los escuchase: Angeles había dado ya su vueltecita por los dominios encantados de su azotea y había regado por su mano las plantas aroideas que cercaban la fuente del patio.

Había desayunado cuando la criada volvió de comprar los tejeringos, que en el puesto de la plaza de San Lorenzo fabricaba una gitana en presencia de los marchantes que formaban cola alrededor de la mesuca, y tosían con frecuencia al respirar el humo del aceite quemado.

Después, doña Cándida y las dos hijas habían establecido en el patio entoldado sus reales, y cosían para aumentar las prendas que María Victoria deseaba regalar al ropero establecido en las Reparadoras.

Los azahares de un jardín vecino y las damas de noche de la azotea contigua llenaban el ambiente con su perfume, que a veces, traído por alguna ráfaga perdida de aire, resultaba fuerte con exceso.

La conversación, como es natural, había recaído sobre el personaje misterioso del bigote negro. Angeles daba al pretendiente los honores de oficinista del Monte de Piedad; la madre, humillada en su amor propio, que por lo menos juzgaba a su hija digna de algún heredero de tres fincas de pan llevar y dos olivares de refino, rebajaba la posición del enigmático pretendiente a la de algún hortera de bisutería.

Victoria posaba sus grandes y dulces ojos en ambas, riendo los diversos augurios, y dió el suyo.

—Angeles, ¿no dices que tiene un pelo muy espeso y muy negro?

—Sí que lo tiene. Mira, lo lleva echado hacia atrás y le deja la frente, así, completamente libre.

—Y el bigote, bien peinadito ¿no es cierto?

—También.

—Pues... no te quepa duda. Tu pretendiente es un reclamo del Petróleo Gal, que como sabe que papá se resiste a quedarse calvo... ¡Verás lo que tarda en presentarse con un frasco en la mano!

Las tres soltaron el trapo a reír: los diamantes que formaba el agua al salpicar el borde de la fuente, semejaban notas de una risa de ocultos gnomos, y así las encontró el que, abriendo la puerta del zaguán, penetró hasta la cancela y puso el dedo índice en el botoncito del timbre, como si a nadie hubiese visto en el patio. No era el del bigote negro.

—¿Qué desea?—preguntó sin moverse de su silla doña Cándida.

—¿Vive aquí don Ramiro Arias de Pedraza?

—Sí, señor; aquí vive.

Una de las criadas se asomó a la galería de cristales del piso principal y tiró del alambre que desde aquel sitio abría la cancela. El hombre penetró en el patio y, saludando con una pulcritud exquisita, volvió a preguntar:

—¿Está don Ramiro?

—Está descansando.

—Mamá—repuso María Victoria—, son ya más de las once. Yo creo que es tiempo de llamarle.

El joven sacó la cartera, tomó de ella una tarjeta y presentándola a la señora, dijo:

—Creo que, al saber que estoy aquí, se levantaría. Me ha citado para las once.

Doña Cándida llamó en voz alta:

—¡Clara! Baja al patio.

Una criada joven se presentó. La señora le dijo que llevase aquella tarjeta a su esposo, y volviéndose al joven le invitó a sentarse. El lo hizo: hubo un rato de silenciosa pausa, que el recién venido cortó preguntando:

—¿Es usted la esposa de don Ramiro?

—Servidora.

Pausa corta, interrumpida nuevamente por el joven.

—¿Ustedes son hijas de don Ramiro?

—Servidoras.

—¡Qué buen gusto tuvo al escoger la familia!

—Gracias.

La mamá recibió un baño de agua de rosas por la parte que le tocaba a ella en la elección. Las niñas sonrieron, bañándose en el mismo rosado elemento, y desde las ventanas de cristales se oyó la voz, algo afeminada, del ex gobernador, que gritaba:

—Sube, marquesito, sube, buena pieza, que ya te estaba esperando.

El marquesito levantóse, y echando por delante el "con permiso de ustedes", subió a la galería de cristales.

Nuevo bocadillo para las conjeturas de las tres costureras del ropero y más sabroso que el de ave-

riguar la filiación sin importancia del muchacho del bigote negro.

El segundo anónimo, cuyo viviente problema se presentó a la sagacidad de las de Arias de Pedraza, era un hombre puesto ya en los dinteles que separan la juventud de la edad madura. Había pasado sin duda alguna la edad en que Núñez de Arce sintió, "si no blancos los cabellos, apagada el alma y fría". Sobre treinta, los que quisiese darle su cédula personal, que no siempre es tan ingenua como la partida de bautismo.

Era simpático: delgado, de complexión más bien enfermiza; de cara muy blanca, afeitado a lo inglés. Vestía con una pulcritud ravana en la condición de esclavo de la moda, y el título de marqués envolvió su físico y su moral, desde que llegó a oídos de las costureras, en un perfume tenue de respeto.

María Victoria, sin necesidad de inspeccionar con descaro al incógnito marquesito, había descubierto en él, sin embargo, un defecto: dos o tres manchitas rojas a manera de granos que cortaban la blancura de aquel rostro algo pálido.

Media hora más tarde volvió a bajar Clara pidiendo de parte del señor las llaves de la cómoda de cedro, y Victoria, que las llevaba en el bolsillo, las dió.

Poco después oyóse el hablar de ambos personajes que, saliendo amigablemente de las habitaciones del piso principal, bajaron la escalera y aparecieron en el patio de entrada. Don Ramiro venía vestido como para salir a la calle lo hacía: es decir, con refinamiento.

La presentación oficial que hizo de su amigo aclaró todas las incógnitas. Era el marqués de Fuentes Claras, íntimo amigo del ex gobernador y, como él, vocal de la Junta de Urbanización de extramuros, para una de cuyas sesiones le venía a buscar.

Don Ramiro besó en la frente a Victoria; Angeles se quitó del pelo un clavel rojo, que acababa de cortar en sus dominios encantados, y se lo puso a su padre en el ojal de la chaqueta; le acicaló el poco pelo que ya tenía; le puso coquetamente el sombrero; le besó con intenso cariño filial, y cerró la cancela detrás de los dos vocales.

El marquesito había resultado en esta segunda entrevista bastante displicente; mostraba prisa por llevarse a su amigo y apenas si se dignó posar los ojos en las que antes había elogiado con tan bonito piropo.

La tarde se pasó detrás del cierre de cristales, que daba a la salita recibidor. María Josefa la pasó también allí, porque Fernando estaba fuera de Sevilla. Quería hacer méritos para quedarse con el empleo de cajero en la fábrica de azulejos, de la cual no era hasta entonces más que un pobre escribiente, y aquel ascenso le suponía duplicar y casi triplicar la paga, asegurando para siempre la trabazón de aquel nido de amores con que ambos soñaban desde que se conocieron y se entendieron.

Por eso Fernando solía hacer excursiones pequeñas a los pueblos vecinos para solventar delicadas e íntimas dificultades que surgían con los agentes de la empresa de cerámica sevillana.

Desde la atalaya de cristales, descorrido uno de los visillos, veían el paso de las gentes por aquella vía, no muy transitada, de la ciudad. Pasaban pocos tipos de interés para la conversación. Ratos enteros y largos en que sólo se oía el castañeteo de dos cigüeñas que tenían formado su nido en el campanario de la torre de Santa Clara.

De cuando en cuando, un clásico vendedor de fruta, que no había podido despacharla por la mañana y estaba dispuesto a no volver con ella a su casa. El borrico, paciencioso y cansado de recorrer calles y más calles desde el rayar del alba, caminaba a paso lento, parándose a oler cuanto hallaba delante para cerciorarse de si era o no comestible, y detrás venía a paso más lento el viejo de músculos de pergamino asoleado, con la punta del cigarro detrás de la oreja, el enorme sombrero gitano en la nuca y la vara de fresno en la mano con la cual acariciaba maquinalmente el lomo del animal, que no se daba por entendido, mientras dejaba escapar, maquinalmente también, por sus ya cansadas y gastadas fauces el pregón: ¡Superiores a perra chica! ¡Seis un rear: finas y durses! ¡A las naranjas de Mairena!

Aquella monotonía quedó cortada de improviso. En la esquina de Santa Clara se destacó una sombra negra, que se metió de rondón por la calle, y cruzó con lentitud por la acera de enfrente. Era el del bigote negro.

Venía en son de conquista a no dudarlo; pero a no dudarlo también ignoraba la táctica moderna en los asedios de semejantes plazas.

En la Sevilla de los tiempos, que hoy añoran

nuestros viejos, que conocieron a Pepe-Hillo y a Currito Cúchares, los pretendientes de corazones sevillanos tenían que pasar por un sin fin de pruebas escalonadas y sucesivas, hasta lograr una primera entrevista, en la cual todavía el pretendiente daba por descontado el fracaso de fórmula o, si era muy feliz, alcanzaba tan solo un resquicio de luz y de esperanza que le alentase a la prosecución del asedio.

Hoy van suprimiéndose todas esas formalidades de protocolo: se ven en el parque o en la caseta de la feria: se presentan mutuamente, se tutean, se dan por novios y allí nadie sabe ni quién fué el asediado ni cuál el asediador. ¡El auto nos ha enseñado a acortar tanto las distancias!

Antonio se ve que pertenecía a la generación de los que conocieron a Currito Cúchares. Venía a la lid con todas las de la ley. Traje flamante: un puro en la boca, y en sus pies unos zapatos que crujían fuertemente al pisar sobre la acera de granito. Este detalle no lo olvidaba jamás un pretendiente antiguo.

Dió dos paseos, desde una bocacalle a la otra, y se estacionó en la que venía a desembocar casi enfrente del cierre de cristales, detrás del cual se le observaba.

El visillo de batista azul celeste, que había descorrido Angeles al sentarse junto al cierre, se volvió a correr en cuanto apareció la sombra en la calle. Es otra menudencia del protocolo antiguo en los amores sevillanos. Aquellos visillos no podían ya descorrerse, mientras la sombra de Antonio pasease la calle, porque el hacerlo sería darle una es-

peranza, a la cual no tenía derecho ninguno.

Detrás de aquellas trincheras, tan deleznable como seguras, las tres amigas pudieron examinar a su gusto el tipo del pretendiente.

—¿Qué te parece, Victoria?—preguntó María Josefa.

—Que tiene cara de hombre honrado.

—Y cara de hambre también—coreó Angeles.

—Es que le habrás desganado, chiquilla.

—No—volvió a replicar la que allí era ya claramente protagonista—. No, si a mí no me disgusta su tipo; pero me huele a "contigo pan y cebolla".

Y siguieron disparatando. De pronto, y sin convenirse en ello, por mera simpatía de voluntades, se les ocurrió a las tres tomar un helado de fresa. Inició Angeles la idea, preguntando:

—Oye, Victoria, ¿te apetece el cuerpo un helado?

—Eres una adivina: precisamente estaba pensando en proponerlo.

—¿Llamo a Clara para que lo traiga?—preguntó María Josefa mientras bordaba sus labios una sonrisa maliciosa.

—¡Sí! ¡Clara! ¡Clarita!

La criada se presentó inmediatamente.

—¿Llamaba la señorita?

—Mira, ve a la horchatería de San Lorenzo y compra tres helados con barquillos. De los que tú sabes. Pronto, ¿eh?

Clara desapareció del recibidor y apareció poco después en la calle. Los ojos de las tres amigas

siguieron con interés a la criada que, pasando por delante de Antonio, dobló la esquina.

Las tres se miraron y las tres se sonrieron sin decirse ni una palabra que celebrase el triunfo. En efecto, la sombra oscura había desaparecido a los dos minutos de haberlo hecho Clarita por el álveo de la bocacalle.

Algunos minutos después, Clarita venía trayendo el servicio con los tres helados, y la sombra volvió a estacionarse en su sitio.

Mientras la criada ponía un veladorcillo enfrente de las tres amigas y luego el servicio de plata, todas callaban; todas seguían la operación de la sirvienta, esperando con impaciencia a que concluyera. No les cabía duda a ninguna de las tres de que Clarita *la traía*. Sí, la traía en el bolsillo de su delantal blanco.

Clarita terminó su faena y preguntó:

—¿Desean algo más las señoritas?

Un instante rapidísimo de silencio. Angeles respondió con sequedad a la criada:

—No: puedes marcharte.

Pero al mismo tiempo decía María Josefa:

—Espérate, Clarita. Dale esa carta a Angeles. No tengas miedo, que somos de confianza.

Clarita enrojeció: Angeles palideció: María Victoria soltó una carcajada, y María Josefa extendió la mano a la sirvienta, diciéndole, mientras insistía, con tono imperativo:

—Tráela, que nadie te ha de reñir por eso.

Clarita sacó un sobre y lo entregó a Angeles diciendo con turbación:

—¡Como me dijo el señorito que lo entregara a la señorita Angeles cuando estuviese sola!...

Al sacar la carta de aquel modo tan nervioso, salió con la carta una moneda de peseta que rodó por el suelo.

Angeles no tendió la mano para recoger la carta, que era suya; pero lo hizo Mari-pepa y volvieron a quedar solas las tres. El helado había sido allí un pretexto, un punto secundario, el anzuelo para pescar aquella carta, que todas habían visto, sin verla, en los bolsillos de la americana del pretendiente. Eso era también de rúbrica.

—¿La leemos?—preguntó Mari-pepa.

Angeles se encogió de hombros, mirando al suelo. Victoria callaba.

—¿La leemos? Volvió a preguntar María Josefa.

—No creo que tenga ningún secreto. Léela y nos reiremos un rato.

Angeles hablaba con seriedad; estaba afectada. Su amiga le entregó el sobre, porque así lo pedía su delicadeza, y Angeles lo rompió con sus dedos ya muy nerviosos, y la leyó. Era bastante corta.

Comenzaba narrando algo de lo que ellas ignoraban por no haberse fijado nunca en él, y concluía suplicando que tomasen antecedentes de labios de la condesa de Las Cabezas de San Juan, que era su protectora. No decía más.

Iban las tres a comenzar los comentarios de la carta; pero éstos quedaron en suspenso al ver que doblaba la esquina un nuevo personaje. Don Ramiro, que no había vuelto desde su salida con el

marquesito, apareció en la calle. Venía con aire de conquistador.

En vez del clavel que le había puesto Angeles, ostentaba en el ojal de la solapa una rosita de pitiminí. Traía echadas las manos a la espalda sujetando con ellas el bastón por el puño de oro, y con el bastón vuelto hacia arriba se daba golpecitos suaves entre los homoplatos.

Pasó por delante de Antonio con aire distraído; pero cuando iba a cierta distancia, casi en la puerta de su casa, volvióse de medio cuerpo hacia el muchacho; le miró de soslayo, recorriendo con mirada torva toda la figura de Antonio desde el sombrero hasta los escandalosos zapatos.

Al subir al recibidor, se contentó con preguntar:

—¿Quién es ese pintamonas que está en la esquina?

Viendo que nadie complacía a su pregunta, murmuró con voz muy severa:

—Como le vuelva a ver haciendo el oso en la calle, bajo y le estrangulo.

V

EN EL PALACIO DE LA CONDESA

La condesa de Las Cabezas de San Juan estaba sentada en un sillón del gabinete particular, que ya conocemos, desde el desayuno con el cual empezó su protección sobre Antonio.

El muchacho estaba allí, y allí estaba también la marquesa de Casablanca y una mujer de modesto traje, a quien ambas señoras hablaban con respeto y llamaban, al nombrarla, doña Joaquina.

Era la directora de un asilo de niñas, a las cuales con las rentas de una fundación católica iba preservando de los peligros que las pobres, cuando tienen mucha hermosura, pocos años, menos experiencia y ningún dinero, suelen correr en el pantano de esas ciudades populosas, que no tienen que llamarse ni Sevilla ni Madrid, porque son todas.

Aquella señora pasaba su vida formando en la piedad a las niñas que recogía o le entregaban;

les enseñaba a distinguir bien los quilates del oro que se llama la propia estimación, y cuando podía hacerlo y ya estaban formadas, procuraba colocarlas de un modo honesto y decoroso.

Había venido a implorar el influjo social que ambas señoras disfrutaban en Sevilla y con él parar el golpe asestado al honor y decoro de la cristiana fundación.

Enfrente de aquel asilo del pudor se quería formar un pudridero de vicios, alquilando o comprando una casa grande y hermosa, cuyas ventanas daban frente a las ventanas del dormitorio de las niñas asiladas.

En el piso bajo se pensaba instalar un bar lujoso, completamente público e inocuo, servido por señoritas con toda pulcritud y decencia. En el fondo tenía la casa un jardín espacioso, sombreado con parrales, y con las paredes y tapias asaltadas por jazmineros y enredaderas de campanillas azules. Aquello se convertiría en merendero aristocrático, público y abierto a las miradas de todo el que quisiera tomar el fresco a la sombra de las parras o de dos corpulentos nísperos, y tomar un par de chatos, un vermouthe, una chica de la Cruz del Campo o lo que apeteciese su cuerpo.

Los dos pisos de encima se iban a preparar para vivienda de las señoras y señoritas encargadas de servir y atender al bar, donde se les daría habitaciones amplias, bien alhajadas y confortables.

La alta dirección del establecimiento iba a estar a cargo de dos señoras, de buen ver todavía, una con el cabello entrecano, y la otra con el pelo como hilos de plata. Era la primera una viuda

con dos hijas, muy vistosas, que ni se parecían entre sí ni parecido había entre la madre y ninguna de ellas. La otra había quedado soltera impenitente, y vivía del calor de dos sobrinitas, también dos preciosidades de estuche, que eran hermanas y se parecían como un huevo a una castaña.

Y por recomendación de las dos damas se habían admitido en el servicio del bar tres niñas de menor edad, tres monerías de aparador, vivarachas y ágiles como mariposas, que vivirían y se educarían con las señoras.

Para servir a la parte dura y de ajetreo, estaban destinados dos hombres fornidos y de edad casi juvenil todavía, capaces de defender la casa en un momento de agresión.

No podían faltar criadas en la casa para ayudar a la limpieza de los dos pisos superiores, y para este menester vendrían dos criadas jóvenes, hermanas entre sí, de belleza salvaje y con el pelo de las dehesas de Córdoba pegado aún a sus bruscos modales.

Toda esta *troupe* se quería meter en la enorme y elegante casa, revocada y pintada para el caso, que daba frente a frente del asilo.

Un nuevo bar, en estas condiciones y con todas estas miras al negocio, no había para qué abrirlo: con los mismos atractivos se cuentan bastantes por las calles céntricas y extraviadas. Pero este café aristocrático tenía una modalidad especial, una faceta distinta de la de los otros: y es que entre toda la tropa que allí se iba a meter, las protagonistas eran precisamente las dos criadas, dos hermanitas venidas de un pueblo enclavado en la se-

rranía cordobesa, de clásica belleza andaluza, de pudor refinadísimo y andaluz clásico.

Era la jaula de oro que con engaño les abrían dos funestos libertinos, cuyos nombres la señora del asilo de niñas no había podido averiguar. Solamente sabía que uno de ellos, el más jóven, era marqués de Fuentes Claras, y el otro era un viejo que más ganaría preparándose a bien morir que abriendo bares de doble y de triple fondo.

—Y vamos a ver, Antonio—preguntó la condesa con aquella calma imperturbable que le acompañaba en todos sus actos—. Aquí has de lucir tus habilidades; para eso vas a tomar pronto el doctorado. ¿Qué camino señalan las leyes para impedir ese mal paso?

—Señora condesa, ¿quiere que le sea franco? Las leyes en este mal paso, del modo como se ha preparado, favorecen en todo a los que van a darlo.

—¿Es decir?—insinuó la marquesa de Casablanca—. ¿Es decir, que se saldrán con la suya?

—Fíjese usted, señora marquesa, en los pasos que estos dos hombres van a dar. Dos señores particulares piden autoridad legal para abrir un nuevo bar: el paso no puede estar más dentro de la ley: se le concede.

—Pero es que no es un bar, es una...

—Pero ellos ante la ley abren un bar o llámele un café. Para servirlo contratan a varias señoritas y compran para establecerlo una casa, y para arrendar esa casa, hacen un contrato de alquiler con dos señoras.

—¡¡Señoras!!—gritó doña Joaquina sin poder refrenar la ira—. ¡Es decir, que las pone usted en el mismo plano social que a la condesa y a mí?

—Ante las leyes, es el mismo plano. Es como si usted y la señora condesa comprasen la casa y llamasen para habitarla a la familia del gobernador civil.

La condesa de Las Cabezas callaba. Cuando su protegido emitió su opinión con tanta crudeza, comenzó ella.

—Bien, Antonio, quedamos en que legalmente están en su pleno derecho para abrir un pudridero enfrente de un nido de pureza. ¿Pero esas leyes no nos dan también a nosotras armas para defender a las muchachas del asilo? Eso es lo que pedimos que nos busques.

Antonio bajó la cabeza con cierto aire de desencanto. Después dió su opinión:

—Señora condesa, las leyes viven en la región de las ideas, o si quiere mejor, de los universales. Los encargados de hacerlas cumplir son los que viven en la realidad de la vida para interpretarlas. Si esos intérpretes participan de los mismos sentimientos que a ustedes animan, entonces ese bar será para ellos un pudridero, y tiene la Ley multitud de artículos que impidan legalmente su instalación.

Y dirigiéndose a la directora del asilo, preguntó:

—Pero, diga usted, doña Joaquina, ¿quiénes son los principales urdidores de la empresa?

Doña Joaquina se contentaba con ir mirando

a los que hablaban y concluía por mirar a la alfombra, como si de ella esperase ver surgir un artículo del Código criminal que le dijese: "Aquí estoy yo". No contestó y Antonio prosiguió:

—El marqués de Fuentes Claras, que como saben ustedes tiene su influencia y no de poco prestigio en las altas esferas sevillanas. El otro es un señor cuyo nombre ignoramos aún, pero sabemos de él que ha sido gobernador civil de no sé qué provincia de España, y sabemos también que en su tiempo las ruletas funcionaban normalmente en casi todos los cafés de su jurisdicción, y que el buen señor, guardando el bastón de borlas en un rincón de su casa, como Júpiter escondía sus rayos cuando se le antojaba ir de amoríos, le sorprendieron más de una vez al salir a hombros ajenos de uno de esos bares inofensivos, a las tres de la mañana, para ser echado como un fardo de arroz en el interior de un coche de punto, que le esperaba a la puerta. Eso se cuenta de él.

La marquesa tomó con aire de reconcentrado encono el bolso de cuero negro que llevaba consigo, y que al sentarse para aquella conversación lo había dejado sobre la mesita de estudio del ama de la casa. Abrió el bolso, buscó en él algo, quizás una bomba de mano para arrojarla a la cabeza del libertino ex gobernador, y tal vez, al no encontrar en su bolso el dañino artefacto ni la víctima a quien arrojarlo, volvió a cerrarlo de nuevo, lo puso en el sitio donde había estado, y se contentó con decir:

—¿Y es posible que a esos hombres se les ponga para hacer cumplir las leyes? Mejor estaría-

mos donde nos puso Rousseau antes de su Contrato Social. Siquiera allí podíamos invocar la justicia del palo.

—Son excepciones raras, señora marquesa—replicó Antonio—, pero una de estas excepciones, aunque raras, son capaces de depositar cieno de cloaca en una ciudad para muchos años.

—En fin, Antonio—dijo la condesa que lo que deseaba era una solución legal a aquel atropello hecho a las leyes más elementales del decoro sevillano—, ¿qué hacemos?

—¿Han comprado ya la casa esos señores?

—Por ahora no, que yo sepa—contestó doña Joaquina.

—Pues la solución sería comprarla antes que ellos firmen el contrato. Aquí hay que prescindir de leyes; es una lucha personal y cuerpo a cuerpo.

Las tres mujeres se miraron. La marquesa preguntó:

—¿Sabe usted el precio, doña Joaquina?

—Creo que piden setenta mil duros.

—¡Setenta mil!

—Ellos no quieren dar más que cincuenta mil, y eso es lo que detiene la venta. El dueño rebajaría diez mil.

La marquesa de Casablanca tomó una resolución.

—Condesa—dijo con un tono que no admitía réplica—, usted treinta mil y yo treinta mil. Le ofrecemos sesenta mil duros.

—Pero... marquesa, ¿usted sabe que entre las escuelas de Triana y el ayudar mi sanatorio se me va casi la renta de mis fincas?

—Lo mismo me pasa a mí con las escuelas de la Macarena y otras menudencias que usted sabe; pero hay que comprar esa casa y se compra hoy mismo. Por otra parte, no es dinero perdido. Es una finca urbana.

—¿Y desistirían de abrir el bar?—preguntó doña Joaquina, que no veía la solución completa de aquel enigma.

Antonio respondió:

—Cuando menos, se evitará el daño de las almas confiadas a usted. Ahora que, si el fin es apoderarse de las dos criadas, se irán a otra parte con la música, pero el bar se abrirá.

—Es que hay que ganar la batalla en toda la línea—dijo la marquesa, con ardores de combate—. Antonio, usted se encarga con doña Joaquina de averiguar el paradero de las muchachas, y les ofrecen colocación en casa. Un duro a cada una sobre el salario que les ofrecían esos infames. ¿Se abrirá todavía el bar, Antonio?

—Creo que no, porque sin ese aliciente lo mismo les dará irse a la Eritaña o a la Venta de Antequera sin tenerla que comprar. Lo que siento, señora condesa, es que la primera consulta a que se me llama para buscar en las leyes un amparo a la inocencia perseguida, haya tenido que dar como solución un combate personal, dejando a un lado a la Ley.

Mientras ellos ultimaban aquella escaramuza contra los dos libertinos, había ido llegando hasta dentro del gabinete particular de la condesa un ruido lejano de voces de mujeres que, al final

de la consulta, se había trocado en ruidosa algarrabía.

Era la hora del ropero. En el palacio de la condesa de Las Cabezas se reunía todos los jueves por la tarde una colección de muchachas de la aristocracia sevillana para entregar las prendas recibidas el jueves anterior y tomar otras nuevas como tarea de la semana. Las prendas iban al Roperero de Santa Victoria. Después se charlaba, más que amigable, tumultuosamente; se hablaba de todo, y se concluía rezándose el santo Rosario.

La marquesa de Casablanca se levantó: levantóse doña Joaquina, y lo hizo también la condesa, más despacio y con más solemnidad, como sus años y su cuerpo se lo exigían.

Se dirigió al timbre y tocó. Un criado con librea de vivos plateados abrió la puertecita del gabinete, que iba a dar a la galería de cristales hacia el recodo por donde sube la escalera central.

—¿Deseaba algo la señora condesa?

—¿Están ya las niñas del ropero?

—Ya hace tiempo, señora condesa.

—¿Hay muchas?

—Bastantes. Quizás veinte.

—Me alegro; me alegro. Cada vez que viene una nueva me da un gozo especial. ¿Quiere pasar, marquesa? Le gustaría esta animación juvenil y tomará el té con ellas.

—¡Encantada!

La condesa volvió su cuerpo hacia Antonio para despedirle. En aquel instante se oyeron pasos menuditos y firmes en la escalera. La puerta del corredor se abrió y aparecieron tres jóvenes.

vestidas con elegante sencillez, tocada su cabeza con la alta y elegante peineta sevillana.

Una de ellas se dirigió a la condesa para darla con toda franqueza los besos de reglamento. Las otras dos quedaron en el dintel de la puerta de cristales, esperando la presentación. Antonio, que estaba ya en el álveo de dicha puerta para salir a la escalera, se retiró de pronto, dando unos pasos hacia atrás, y vino a tropezar con la puercecita del gabinete por donde acababa de salir. Esta se abrió con el peso del cuerpo que la empujaba y por arte mágico Antonio desapareció en la oscuridad del saloncito donde tan mala cuenta había dado de sus conocimientos legales.

La joven entre tanto había besado la frente de la condesa y hecho la presentación de sus dos amigas.

—Mira, tita, mira lo que te traigo, y no digas después que no me intereso por el ropero de nuestra simpática Reina doña Victoria.

La condesa dió la mano a las dos postulantes, mientras se le presentaban una a una.

—María Victoria Arias de Pedraza; María Josefa de las Cuevas. Son dos conquistas mías: ayer estando en casa de Victoria me dijeron que si te conocía. Figúrate, tita. Y les hablé del ropero, y aquí las tienes.

—Y nosotras encantadas de conocerla, condesa. Poco valemós, pero con sumo gusto le hemos de ayudar en tan hermosa obra.

—Ellas dicen que valen poco, pero... ¡verás, verás los primores de esas cuatro manos!... ¡Ah! Y el jueves próximo vendrá otra, que aún no ha

caído del todo: la hermanita de Victoria, ¡que borda!... ¡Eso es un encanto!

Todo esto iban hablando las cuatro, mientras cruzaban el corredorcito de cristales, lleno en todos sus cuatro lienzos de vitrinas con joyas antiguas, y, atravesando el *hall* con pavimento de cristal verde, entraban en la espaciosa sala donde bullía una animación franca y juvenil.

Antonio se repuso algo del susto que la presencia de las dos amigas le había causado, y salió de su escondrijo. En el corredor ya no había nadie. Dudó un instante lo que debía de hacer. Siguió el corredor por los mismos pasos que habían seguido la condesa y las tres muchachas, y se detuvo en el *hall* de cristal.

Allí permaneció largo tiempo, silencioso, oyendo el ruido alegre de las costureras del ropero; varias veces se acercó a la entrada, cubierta por un portier de seda roja, y otras tantas se retiró de allí hacia la galería de cristales.

Por fin se decidió a entrar. Separó el cortinaje, y quedó clavado en la misma entrada de la sala. Tenía que decir algo que justificase su presencia, y no se le ocurrió otra cosa que preguntar con voz tímida:

—¿Quería algo más, señora condesa?

—No, hijo mío, sino que salga bien el encargo. Yo creí que te habías ido ya.

Aquel *hijo mío*, que le sonó a recomendación de su persona, le dió valentía para hacer algo. Este algo fué mirar a María Victoria, como para decirle: Vea bien el cariño de hijo con que aquí se me trata.

María Victoria no recogió aquella mirada: tenía entonces los ojos clavados en la alfombra.

Antonio hizo un saludo cortés, y se marchó. Pero iba satisfecho. La carta había surtido su efecto. ¿Le querría Angeles? ¡Cuando su hermana venía para informarse de él!...

VI

EN EL TOMILLAR

Era ya la media tarde del domingo siguiente, y el auto de la condesa esperaba sus órdenes en la puerta del palacio para llevarla al sanatorio, de cuya Junta era presidenta, y el cual ella misma con su dinero y con el que iba recogiendo de donativos, rifas y fiestas de la Flor, sostenía.

Antonio acababa de dar cuenta de su campaña contra el mal paso de los dos traficantes de flores humanas. Doña Joaquina podía estar tranquila: ya no había peligro de que escandalizasen a sus huerfanitas los trasnochadores del bar. La casa había sido vendida por su dueña con sumo placer, cuando se le informó del destino que se le quería dar. Con un poco de gasto en lavarle la fachada y revocar algunos desperfectos, daría una buena renta, y podían las dos damas tenerla por una adquisición.

Sobre las dos mozuelas había dado Antonio

un paso en falso, debido a la precipitación con que quiso proceder. Una de las niñas, llamada Fuensanta, era menor de edad: tenía diez y ocho años. La otra, Eduvigis, era mayor: tenía veintitrés. Vivían interinamente por la calle de la Pimienta, en casa de una tía, que no miraba con malos ojos el que sus sobrinitas fuesen a servir en el bar, y aun parece que estaba en autos del papel que dentro habían de desempeñar las niñas.

Antonio había hablado con tía y sobrinas, descubriendo la trama urdida contra ellas, y las opiniones no podían estar más discordes. Eduvigis, la mayor, quedó completamente decidida a irse de criada con la marquesa de Casablanca; Fuensanta se encastilló en que servir en un café, con los gajes y emolumentos que de él esperaba, sin faltar a su decoro, bien estaba; pero de fregona en una casa particular, aunque fuese el palacio de la marquesa de Casablanca, eso no.

La tía se inclinaba a este mismo parecer, porque les brindaba a todas mayor fortuna; pero, si había peligro de que las niñas fuesen a ser engañadas, era preciso consultar a los padres y esperar la decisión que ellos quisieran tomar. Aquello podía ser una artimaña de la tía para ganar tiempo y dar el triunfo a los dos señores empresarios del bar, y era preciso tomar una resolución pronta y extrema, pues la actitud de la tía era muy ambigua.

Antonio, contando ya con la buena voluntad de Fuensanta, iba a escribir al padre de las dos muchachas para recabar un permiso, con el cual quedasen ambas provisionalmente en el asilo de

doña Joaquina y ver entre tanto un medio seguro o de volverlas al pueblo o de colocarlas honestamente.

Ultimando estos detalles andaban protectora y protegido, cuando el ayuda de cámara entró para anunciar una visita. María Victoria Arias de Pedraza y María Josefa de las Cuevas.

Antonio perdió el color: se levantó de un salto, y buscó algún escondrijo donde meterse; pero la condesa ordenó que entrasen las dos muchachas y éstas se presentaron con sendos paquetitos en sus manos, y ambas también se cortaron al notar la presencia del joven.

—Tal vez vengamos a molestarla, condesa —comenzó diciendo María Josefa.

—Todo lo contrario, amiguitas. ¿Quieren sentarse?

Y la dama señaló un sofá de raso azul celeste, que formaba juego con todo el mobiliario, del mismo color y de la misma época francesa Luis XIV.

—No, no veníamos más que... a entregar la labor que se nos dió el jueves y a pedir más. ¡Es tan simpática la obra del ropero!

—Dios les premie la diligencia, y ahora voy a pedirles por mi parte un favor. ¿Tienen mucho que hacer esta tarde?

—Cumplir su deseo nada más, condesa.

—Pues mi deseo es que vengán conmigo al sanatorio, a donde iba esta tarde. Será una hora y media el ir y volver. ¿Qué les parece?

Las dos amigas se miraron como para preguntarse la una a la otra, y ambas instintivamente mi-

raron de soslayo a Antonio, que estaba de pie, con el sombrero en la mano y los ojos distraídos en las labores grotescas de un inmenso jarrón de porcelana japonesa, colocado en uno de los ángulos de la sala.

La condesa interpretó aquella mirada como un reparo puesto a la compañía del muchacho, y le dijo:

—Antonio, apruebo cuanto me has propuesto. A ver si lo haces con presteza, y hasta mañana.

Antonio saludó, y desapareció detrás del cortinaje.

Algunos minutos después, el auto de la condesa rodaba por las calles de Sevilla, buscando en los encantadores paseos que la circundan la carretera de Dos Hermanas.

El coche pasó por la Puerta de Jerez, dejando a la izquierda el palacio de San Telmo, convertido hoy en Seminario Conciliar.

Al doblar hacia la izquierda, por el malecón del río, para tomar los jardines de María Luisa, Las Delicias y La Palmera, Sevilla ofrece uno de sus aspectos más ignorados para los extranjeros, el de su riqueza marítima, que, aunque sea aspecto comercial, por ser sevillano tiene que ofrecerse como saturado de alegría y de luminoso encanto.

Viene el río desde Córdoba, dando inmensos rodeos para regar huertas y saludar cortijos, encalados y blancos, desde el tejado, donde descansa la cigüeña, posada en un solo pie, como sobre un alambre de cobre rojo, hasta el suelo de chinarrros, donde suben, desde los arriates que circun-

dan la casa, los rosales de olor, y las madreselvas, que trepan curiosas para asomarse por la ventana de fuertes barrotes, y ver lo que pasa en el interior del santuario de sus alcobas, limpias y adornadas con cuadros de santos.

Al pasar el río por frente de Triana, Sevilla lo doma, echándole un puente, que es otro río de tráfico de autos, de carros y de bulliciosas moléculas vivientes, que lo llenan, cruzando en ambas direcciones, y desde allí el Guadalquivir deja de retozar y de campar por sus respetos, para convertirse en laborioso portador de la industria sevillana.

Vapores de diversos tonelajes se pegan a su muelle izquierdo, dejando y recibiendo riquezas en sus entrañas, y teniendo para descansar su vista la otra orilla, laboriosa también, pero donde no se sabe qué ocultos geniecillos parece que están, sin cansarse nunca, alegrando con sus castañuelas de cintas rojas la labor oculta de aquellas dos lindísimas trianeras, que ganan la vida en el horno de su alfarería, mientras añoran el momento de dar su sangre preciosa por la confesión de la fe. Lo que les cantan los geniecillos, para que ellas lo oígan, dice así:

Santa Justa y Rufina
son dos hermanas;
las dos mejores mozas
que hay en Triana.

Y las otras mozas de Triana los oyen, y no se ofenden ni les entra envidia ni celos.

En medio de aquel bullicioso tráfico moderno,

se levanta en la orilla misma del muelle una torre vetusta, que sube como un vigía o un gendarme que todo lo quisiese inspeccionar. Le llaman la torre del Oro, y es de abolengo añejo: diríase que los Veinticuatro de la ciudad, celosos de que se guarden con todo rigor las tradiciones de cuño genuinamente sevillano, han dejado al morir aquel austero representante de su famosa Casa de Contratación.

Río abajo, se acaba de construir un puente de hierro que da entrada al canal de la Corta; aquel puente, que por vez primera atravesó el crucero argentino, gallardamente empavesado, como la hija que ha venido, alegre y bulliciosa, desde su hogar a la casa solariega para dar un beso a su madre y romper la piñata en una fiesta de familia.

El puente se abre sobre los dos inmensos pilares fabricados a la orilla, elevando hacia la altura sus dos mitades, que quedan verticales, para dar paso a los barcos y volver a descender de nuevo, y unirse en medio del río. Esta maniobra, hiriendo la imaginación viva de los sevillanos, ha hecho que el puente se bautice entre el pueblo con el nombre de *el dominus vobiscum*.

Desde allí, el Guadalquivir se interna en las explanadas inmensas, que se llaman las marismas, con un nervioso y continuo zig-zag, dividiéndose en varios canales, cual si las atravesara medroso, esquivando el contacto de las numerosas ganaderías de reses bravas, que pacen en todas direcciones, y que buscan su corriente para meterse en ella, gozando el frescor del agua, mientras posan sus ojos, cargados de indiferente desprecio, sobre

los barcos que avanzan en medio del canal.

El auto de la condesa atravesó el paseo de las Delicias; siguió por la Palmera, fué en busca del aristocrático merendero, formado por varios chalets en medio del campo, y que llaman la *Sucursal de Antequera*.

Ya entonces la conversación se había animado: las viajeras apenas si se distraían con el paisaje.

La condesa había iniciado la conversación, preguntando:

—¿Y cuándo me trae María Victoria a su hermanita? ¡Ya ven que hay trabajo para todas en mi ropero!

María Victoria no contestó en seguida: le costaba trabajo dar respuesta a la pregunta que, por otra parte, era la puerta para entrar en el terreno donde ella quería meterse. Por fin respondió:

—No le extrañe que mi hermana no vaya al ropero. Yo misma venía con el ánimo de hacerle una proposición. Podía María Josefa llevarnos el trabajo señalado, y mi hermana y yo lo haríamos en casa.

—¿Y por qué no venir por él? ¿No les gusta el ratito de charla que tenemos?

—Nos encanta... pero... por lo que a mí toca, debo decirle que los médicos me han encontrado algún puntito de tuberculosis en un pulmón, y no sé si a las jóvenes que van al ropero les gustará que vava.

—¿Y no le da aprensión ir ahora al sanatorio, que es precisamente de tuberculosas? ¡Si yo lo hubiese sabido!

—No, condesa, ni Josefa ni yo tenemos reparo; vamos con verdadero placer.

La condesa enmudeció. El caso era para pensarse. Quizás por decir algo, porque el auto cruzaba por delante de la *Sucursal de Antequera*, en medio del silencio momentáneo de sus ocupantes, preguntó:

—¿Y su hermana? ¿Qué razón da para no venir?

—Mi hermana Angeles...

María Josefa salió al quite en seguida.

—Le da reparo por otra razón. Ese joven que estaba con usted cuando llegamos nosotras, le ronda la calle.

—¿Antonio? ¡Ah, pícaro!—exclamó la dama sonriendo candorosamente—. ¡Pues no me había dicho nada! ¿Y qué piensa la niña?

—¡Como no le conoce!... No sabe quién es, ni qué porvenir tiene, ni...

—Cuando menos, puede contar con mi más cariñosa recomendación. Yo le conocí...

Y la condesa fué contando la historia de Antonio, mientras el coche iba dejando atrás el alegre pueblo de Dos Hermanas, medio oculto entre sus extensos naranjales, que aún conservaban gran cantidad de blanquísimo azahar, y dejaban un círculo de nieve debajo de su capa de verde esmeralda.

En seguida el coche fué a tomar la carretera de la izquierda, y se detuvo por fin delante de la inmensa terraza del sanatorio. Es una floración hermosa de la caridad sevillana: va levantándose

con donativos que deja la Fiesta de la Flor en la capital y en los pueblos, con rifas y kermess, con limosnas particulares, y es el caso que de las cuatro alas que forman el proyecto, una es ya realidad, y los muros de la segunda se levantan rápidamente.

La fachada, donde el auto se detuvo, está formada por una terraza o galería abierta, de unos sesenta metros de largo, cortada en dos mitades por la escalera del vestíbulo, que tiene en el fondo la hermosa capillita.

Por ambas alas o terrazas, abiertas al campo por columnatas de ladrillo tallado, donde el aire de la tarde penetraba a su placer, saturado de polen de eucaliptus, de pinos y de azahares, descansaban hasta unas cincuenta enfermas, casi todas jóvenes, niñas algunas, tendidas en sus camas, porque era entonces la hora de la cura, es decir, de completo reposo.

La limpieza más exquisita y alegre reinaba en el aseo de las enfermas; en la blancura de las camas; en la nitidez del pavimento, formado por losetas sevillanas, y toda aquella blancura, aquella alegría penetró por los sentidos de las dos visitantes, llenándolas de gozo indecible, y por los sentidos penetró en el alma de las dos, cubriéndolas de profunda tristeza. De ambos espíritus se había posesionado un mismo presentimiento. ¿Sería aquel sanatorio, más tarde o más temprano, la mansión, tal vez el lecho mortuario de María Victoria?

La condesa les hizo ver las dependencias todas del edificio. Aumentóse la comitiva con una

el vestíbulo

turista joven, norteamericana, que se presentó de improviso en un auto para visitar la finca.

Recorrieron después la huerta, bebiendo agua fresquísimas de la noria, donde daba vueltas la vieja mula, bajo la sombra de un inmenso nogalón, cuyas raíces surgían de la tierra como para recoger el oxígeno del aire, y volvían a meterse dentro para distribuirlo por el tronco a las ramas, vigorosas y recias.

La norteamericana hizo buenas migas con las dos visitantes: preguntaba mucho: quería saber el nombre de todas las plantas raras, el nombre de los albaricoqueros, cuyas ramas bajaban hasta el suelo agobiadas por el peso del fruto; el de las higueras, por cuyas hojas, ásperas y lobadas, asomaban las brevas, maduras y negras, que a intervalos caían, produciendo un ruido sordo al chocar con la espesura o sobre la tierra endurecida por el sol.

Al cruzar a campo traviesa un plantío, María Josefa se extrañó de ver que la americana lo atravesase sin preguntar qué nombre tenían aquellos tallos verdes, formados en tupidas hileras, y llamándola cariñosamente, le dijo señalando el suelo:

—Mire, lady, éstas se llaman patatas.

La joven turista comenzó a reír con ganas de la advertencia hecha por la española, y buscando en el casi aún desalquilado almacén de frases españolas que tenía en su memoria, las necesarias para construir una frase, le dijo sin dejar de reír:

—Oh, señorita, patatas, pototos, muchas: ¡uf! muchas por toda América, América ser todo pototos.

María Josefa comprendió que había despuntado de aguda, y se rió de su propia simpleza.

Volvían, poco después, hacia el edificio del sanatorio. La joven turista llevaba en sus manos una ramita de hinojo, o como la llamó el guarda de la finca, *matalauva*, de cuya semilla se extrae la esencia del anís, tal vez para reírse en España de la ley seca, tan mal guardada por su conciudadanos.

En la puerta de la casa del guarda, pulcra hasta en el pavimento de ladrillo, que su mujer alojifaba dos veces al día, hallábase abandonada una sillita de enea: sobre la silla un cesto con ropa, que la joven guardesa acababa de zurcir, y dentro del cesto, una gata de piel cenicienta y lustrosa, que aguantaba con paciente cariño de madre el retozar de dos saladísimos hijitos, que se empeñaban en morderle el rabo, mientras ella lo movía en varias direcciones. Caminaba delante la norteamericana; detrás, la condesa en compañía de la simpática enfermera, una joven gruesa de cuerpo y hermosa de rostro, que había sanado allí de su tuberculosis, y allí se había quedado para ayudar a la salud de sus amigas.

Bastante más atrás caminaban María Josefa y Victoria, cada una con un ramo de flores silvestres.

Al llegar a la puerta de la casa del guarda, la turista se detuvo: miró complacida la escena íntima de los felinos, y con toda esa agudeza, seria y elegante, con que el pueblo inglés sabe dejar caer sus chistes, llamó con la mano a María Josefa, mientras le gritaba:

—Señorita, ¡oh!, venga. Cosa nueva yo enseñaré a usted.

Llegaron ambas amigas, y la norteamericana, con seriedad cómica, dijo señalando al cesto con el dedo índice:

—Mire, señorita, estos se llaman... gatos.

Todos rieron la salida y María Josefa más, comprendiendo la agudeza, que hacía referencia a la noticia de los pototos, y enlazando cariñosamente su brazo al cuello de la turista le dió un beso en la mejilla, que fué contestado como signo de amigable concordia entre las dos naciones.

María Victoria volvió de aquella excursión algo cansada; por eso mismo, algo tristona. Esta tristeza no fué, sin embargo, obstáculo ninguno para sostener con Angeles una charla fraternal, que duró hasta bien entrada la noche.

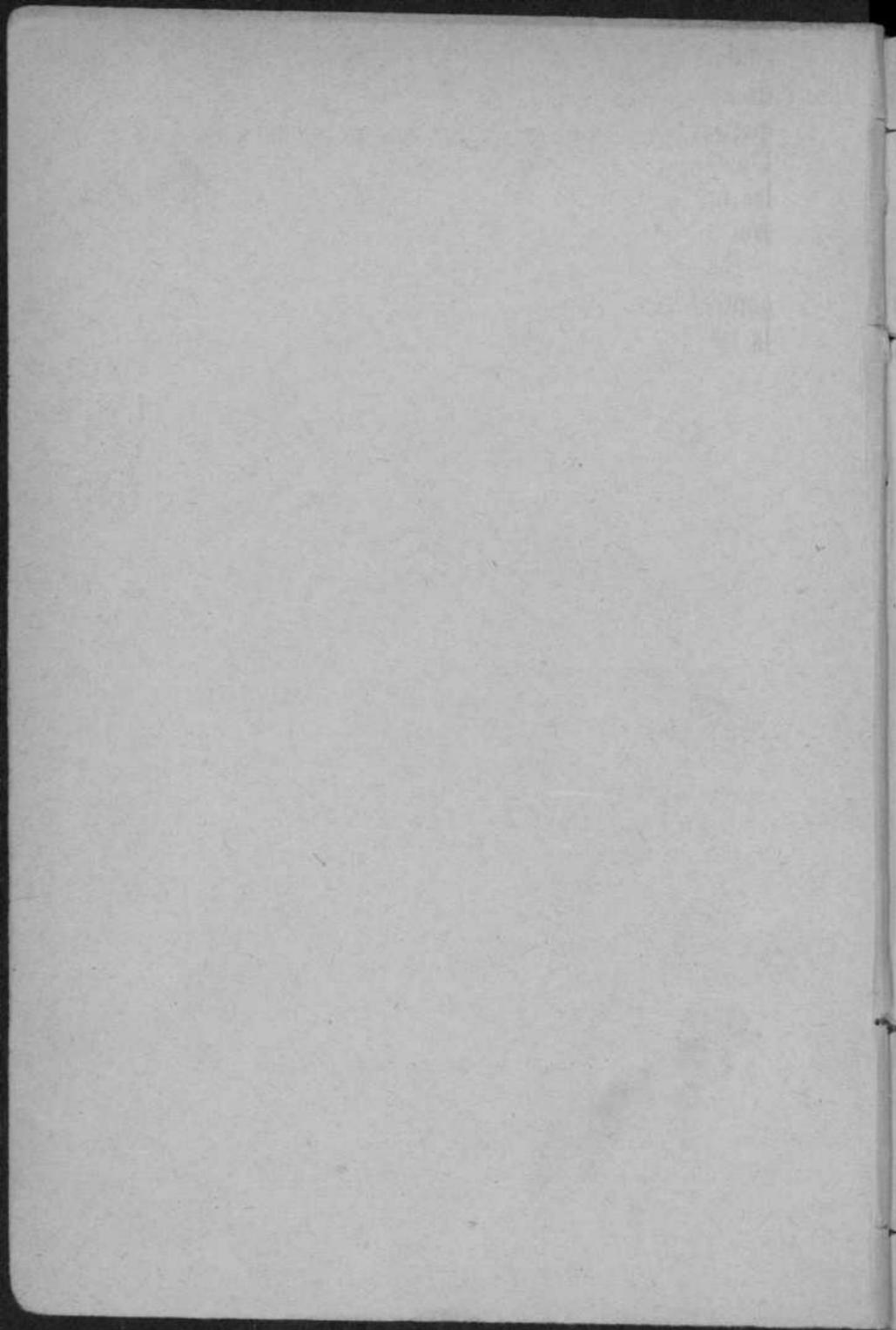
La conversación giró en derredor del joven de los bigotes negros. Angeles comenzaba a sentir que su corazón se interésaba por él. Al fin y al cabo ¿qué culpa tenía él de haber nacido pobre? Más mérito por eso mismo tenían los esfuerzos titánicos hechos por el muchacho para alimentar a su madre y abrirse paso en el mundo. Todo esto era una recomendación para él, y un motivo para que se le estimase y aun se le admirase.

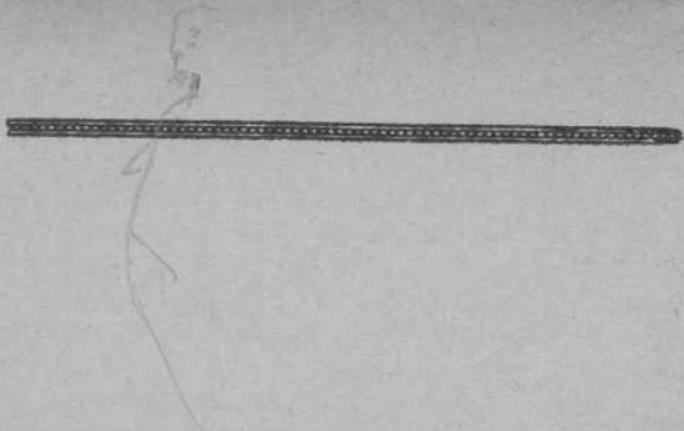
Los visillos, por supuesto, siguieron ocultando los secretos que, detrás de los cierres de cristales, se velaban a los ojos del profano pretendiente. La primera carta de Antonio quedó sin contestar. Suficiente contestación era la presencia de las dos jóvenes en el palacio de la condesa.

Dos tardes después, Clarita entraba con una

segunda carta del de los zapatos que rechinaban al andar. Venía llena de fuego: era muy larga; contaba la historia que, año tras año, se había ido desarrollando en la vida de forzado del deber, que la fortuna había impuesto al futuro doctor en Derecho. Pedía finalmente una entrevista, con tales palabras y tan insinuantes, que sólo un corazón de piedra hubiese podido negarla.

Sin embargo, aquella carta quedó también sin contestación, y cuatro o cinco días después llegó la tercera.





VII

PENSANDO EN EL NIDO

En el famoso parque sevillano, donde se está preparando la Exposición hispano americana, hay un rinconcito tal, que difícilmente encontrarán los extranjeros otro donde se derrame tanta esencia de poesía sobre el ambiente que le circunda.

Está a mano derecha, conforme se entrá en las primeras alamedas, dejando a la izquierda la plaza de España. Adosado al corpulento tronco de un sauce añoso y en el sitio donde comienza la expansión de sus ramas, aparece el busto de Gustavo Adolfo Bécquer, tallado en mármol, surgiendo de una columna, sostenido con el tronco del árbol.

Da vuelta a este sauce un poyete o asiento de azulejos en donde tres mujeres andaluzas, esculpidas también en mármol, están sentadas oyendo estáticas las rimas que un amorcillo de bronce les recita. Detrás de ellas, el genio del pecado, her-

mosa figura de bronce, ha caído apuñalado en el corazón y yace sobre el poyo que al árbol circunda.

Bajo la sombra de este poético sauce están rimando el porvenir dos almas, que piensan colgar juntas un nido entre las ramas del árbol frondoso de la juventud. Dos ruiseñores se han anticipado a ellos y lo han formado ya. Ella da su calor a la cría, echada sobre el muelle nidito de plumas que se sostiene entre las malezas que forman las varetas de un rosal de enredadera. El, sobre la espesura del sauce, le canta para hacerle más llevadera la ruda tarea de la maternidad.

Oyéndolos están Fernando y Mari-pepa, sin darse cuenta de que los dos ruiseñores, la viviente pareja y el grupo de andaluzas que recibió la vida en las entrañas del mármol, fecundada por la inspiración genial de Coullaut Valera, están repitiendo, sorprendiendo los celajes que cruzaron un día por el cielo de la ilusión de aquella figura que, sin escucharles, les mira, las *rimas de Bécquer*.

—Mamá no lo juzga así, Fernando—dice la joven con cierto dejo de tristeza.

—¿Y tú?

—¡Yo!... Puedes comprenderlo. ¡Tantos años esperando!... Pero tengo que obedecer a mamá.

—Estas dilaciones me matan, Mari-pepa. Cuando no era más que un simple oficinista, quedamos en que, al subir mi paga, vendría con ella la boda. Ya soy cajero: tengo ochenta duros de sueldo más los gajes de las comisiones, y ahora salís con que es preciso más.

—Fíjate, Fernando, que no es eso. Hasta aho-

ra no has podido apenas ni vivir tú; ya puedes vivir tú y hacerme vivir a mí, ¿no has de esperar siquiera unos meses para formar un fondo con que hacer frente a las primeras necesidades de nuestra nueva vida?

—¡Tengo ahorrados... varios miles de pesetas!

—¡Muchos! ¿Cuántos?

—Los suficientes. ¿Es que necesitamos muchos miles de pesetas para ser muy felices? Antes no pensabais tanto ni tu madre ni tú en ese fondo de reptiles. Ahora todo se vuelve aconsejarme que ahorre; que gaste poco, que no te traiga tantas flores. ¡Cuando a mí me parecen pocas todas las de Sevilla para ti!

—Fernando, es que antes miraba nuestro nido allá, muy lejos. Lo veía solamente con los ojos de la ilusión. Ahora lo veo con los ojos de la realidad, y todo me parece poco; todo lo quisiera ir almacenando en él. Calor no nos ha de faltar; pero...

—¡El alpiste! ¿Verdad?... Mira, mira ese jilguero que se ha parado en la rama de aquel magnolio. ¿Lo ves? ¡Aquél!

—¡Sí!; ese que trae no sé qué cosa en el pico.

—Ya verás cómo extiende en seguida las alas, y se interna en el árbol. Va a llevarle el alpiste a su esposa y a sus hijos.

—Entonces... ¿serás tú?—preguntó María Josefa riéndose más bien de su felicidad que de la gracia de su Fernando.

Es que al lado suyo se sentía ya como inundada, como sumergida en una atmósfera de dicha.

Fernando dió dos palmadas fuertes y el jilguero se perdió entre el follaje.

—¿Por qué lo espantas? ¿Te has espantado a ti mismo?

—No; ese pajarito no soy yo. Es un filósofo de la ciencia del hogar, que ha tenido por profesora a la Naturaleza. Le llamé la atención para preguntarle si, antes de formar el nido a donde va, le dijo su maestra que ahorrarse cinco mil pesetas.

María Josefa no siguió riéndose: la pulla había sido muy fuerte y le escoció un poco en su pundonor. Bajó la cabeza y dijo:

—Es que las necesidades de ese matrimonio no son las que vamos a sentir nosotros. Ese hogar va a quemarlo el estío con las llamas de sus soles, y para vivir felices una primavera les basta con los granos de trigo que se dejaron olvidados por las besanas los segadores de la Algaba. ¡Si quieres poesía, recoge ésa y vuelve por otra! ¿Qué te parece, Fernandín?

—Que tu mamá y su amiga han calentado ya el asiento y se acaban de levantar, y vienen a fastidiarnos.

La viuda del general se acercaba a paso lento, seguida de otra señora de porte aristocrático, viviente naufragio de una antigua familia de marqueses con grandeza de pergaminos y sin posesiones de pan llevar. La joven parejita enmudeció, y las dejó acercarse. María Josefa se levantó de un salto y fué al encuentro de su madre. Fernando lo hizo como si tuviese adherido algo al lustroso azulejo que formaba el plano de aquel ban-

co circular que rodeaba la estatua de Bécquer.

—¿Nos vamos?—preguntó la joven con cierto dejo de contrariedad.

—No. Vamos tan sólo a estirar un poco las piernas, y a ver si nos llevan ustedes al Parque de la Exposición. A la marquesa le gusta más aquel sitio. Este está ya demasiado sombrío.

Fernando dió dos fuertes patadas en el suelo para poner las piernas en juego; sacó la pitillera y echó hacia la avenida central, mientras liaba y encendía su cigarro. Desde que había comenzado el forzoso plan de ahorro, los usaba de a cincuenta, cambiándoles el papel indecente que traen por otro de la marca *Bambú*.

Pasaron por delante de la plaza de España. Ya el sol iba a traspasar el horizonte, detrás del inmenso anfiteatro que la forma, y aquella elegante serie de columnatas, de arcos árabes y de torres dibujadas sobre la diafanidad azul del cielo, que les sirve de fondo, formaban a la sazón los encantos de una caravana de turistas noruegos. Acababan de llegar a Sevilla, como suelen hacerlo, para cruzarla durante varias horas dentro de un coche de punto, soñarla como soñarían con un castillo encantado que evocara en la mente de alguna dueña joven la lectura nocturna del *Amadís de Gaula*; tornar a encerrarse bajo la plomiza bóveda del cielo noruego, y recordar que han visto alguna vez un sol joven y amoroso, un sol que quema los rostros, un sol que besa las flores, un sol que alumbra paisajes de amor y de vida.

El monumental edificio semejaba, al caer de la tarde, un castillo fantástico, levantado en el cielo

92
56
59

del alma de un artista por la invisible mano de la inspiración. En su fábrica no ha usado el arquitecto don Anníbal González más material que ladrillo prensado en las paredes, mármol blanco en las columnas, y azulejo de colores en los adornos. Los rubios ladrillos parecían entonces adobes de oro: las columnas semejaban plata bruñida; los vidriados azulejos, innumerable pedrería.

Poco tiempo después descansaban de nuevo las dos parejas en una de las plazoletillas que tiene el parque de la Exposición.

Era muy pequeña: estaba formada por tapias de rosales injertos, con rosas grandes de subidos colores rojo y crema. El centro de la plazoleta, de unos tres metros de radio, lo formaba una fuente morisca. Las dos parejas se situaron en los extremos de un diámetro del reducido recinto para verse las dos, sin oír la ya experimentada vejez los inexpertos cuchicheos de la juventud.

La vida toda de Sevilla parece que se había trasladado a las frescas arboledas del parque, y circulaba cruzando por los espesos túneles, formados por rosales de pitiminí, que subían por los troncos de los naranjos agrios y se unían por las ramas altas para formar una bóveda de encajes color rosa sobre un fondo verde oscuro.

Los mimados del oro se dejaban arrastrar por el bruñido pavimento negro de las avenidas en autos de marcas que pregonaban precios de muchos dólares, o provocativos coches de troncos rebeldes y carrocería negra y lustrosa, que al recibir de soslayo algún adiós del sol poniente se transformaban en espejos de bruñidas láminas.

Los autos y los coches caminaban con lentitud; se estorbaban unos a otros por el crecido número, y esta pausa monótona en la marcha era un número del programa del paseo.

Tenían que ir muy despacio, a paso de procesión, formada por los que tienen que agradecer algo a Dios y emplean ese algo en irlo exhibiendo para dar envidia a los que no lo poseen.

La hermosura más o menos adobada de antemano en el secreto gabinete de alquimia femenina; el costoso traje de paseo, que sirve de joyel a la más o menos problemática hermosura, todo iba pasando lenta, lentamente, a diez pasos de los dos enamorados. La veían desfilar por el hueco que forman a guisa de balcón dos inmensas y tupidas madresevas que se unen a tres metros de altura y cuyas flores, de blancura marfilina, serían tal vez hermanas de aquellas otras que Bécquer contemplaba, cuajadas de rocío, cuyas gotas temblaban en sus cálices y que, como lágrimas de la tarde, iban cayendo para no volver más a la vida.

Siguió entre ellos la importante plática del ahorro. Fernando quería señalar como día de boda el de la Virgen del Carmen que era el santo de su difunta madre. María Josefa instaba en que la suya no permitiría anticipar la ceremonia sin el prerequisite del ahorro.

En esta lucha andaban, cuando entró por la portada de madresevas un muchacho de esos que van vendiendo golosinas, y gritó con vocécita simpática y dulce:

—Anís, rosa, menta y limón. Cinco una perra gorda. ¡Caramelos!

Fernando le llamó.

—Ven, chaval. ¿Qué llevas?

—Toa la confitería de la Campana.

—Debe ser de la Campanilla, porque es muy chica. ¿A ver?

—Anís, rosa, menta, limón.

—Limón, trae dos de limón. Tengo sed.

—Pos misté, señorito, ca caramelo es una limoná envuelta en papel.

Fueron escogiendo a su gusto las dos parejas y tomaron algunos para llevárselos a Victoria, y todo el gasto resultó un real. Fernando miró a Josefa como para preguntarle si se había excedido. Esta por lo visto quería permitirle más derroche, porque señaló unos cartuchitos pequeños que el muchacho llevaba en la canasta, y preguntó:

—Eso, ¿qué es?

—Son arbejones pa las palomas. Mire, a perra gorda el cartucho.

—Trae dos.

El niño se fué con su mercancía, bien despachado. María Josefa salió a uno de los paseos, primorosamente bordados con arena de color amarillo, y echó al aire unos granos de la semilla que acababa de comprar. Pareció un juego de magia. De todas partes comenzaron a acudir palomas blancas, que la siguieron a la plazoleta, y ésta quedó inundada por aquellas cariñosas aves que forman las delicias del parque.

Las hay a miles; se encuentran por todas partes; persiguen sobre todo a los niños y a las mu-

jeros posándoseles en los hombros, y basta hacer el ademán de echar algo al aire para que sobre nuestras cabezas caiga una copiosa nevada de palomas.

Son todas blancas. Una pluma de color oscuro es suficiente delito para que se les prive del derecho de *ciudadanía en el parque*.

Fernando fijó su atención en un detalle que era para su alambicado entendimiento el tema palpitante de la boda, puesto en acción.

Una paloma, menudita y elegante, se había separado del montón de sus compañeras porque un palomo, de gruesas alas de nieve, cediendo al instinto del amor, que en él sobrepujaba al del hambre, se había retirado hasta el banco de piedra más lejano de la plazoleta, y encima de él caracoleaba y arrullaba con las alas ahuecadas y el pecho saliente y palpitante.

La palomita había acudido al reclamo, y desde el borde del banco se dejaba arrullar, mirando de través con uno de sus ojos, encarnado y redondo como un carbunco, la merienda de sus amigas.

Acercábase el palomo para formar un cerco alrededor de ella, y la paloma se estremecía de placer como si cada arrullo fuese una tenue corriente eléctrica que agitase su cuerpo; daba en seguida un vuelo hacia María Josefa; picaba en su misma mano una semilla, y volvía de nuevo al banco donde su compañero la llamaba sin cesar.

Fernando llamó la atención de María Josefa, señalando con su dedo al palomo.

—Fíjate, Mari-pepa. Otra escena que tiene la misma filosofía que la del jilguero.

—Antes eras jilguero; ahora te has vuelto palomo. ¿A qué vas a salir con esas?

—No—dijo Fernando con seriedad—, el jilguero no era yo, era un maestro que te venía a dar lecciones de cariño.

—El palomo, sí, ése eres tú, ¿verdad?

X—Sí, y tú esa paloma tan bonita que está indecisa entre tus arbejones y los reclamos de su compañero.

—Muchas gracias por lo de los arbejones.

—Fíjate, que voy a filosofar. Ese infeliz, que está arullando, ama, y el amor le hace prescindir de las cosas materiales de la vida; parece que está diciendo: "Ven, que Dios proveerá".

—Y ese eres tú, es decir, un despreocupado impenitente. Así hacía la cigarra de la fábula durante el verano.

Y Josefa volvió a dejar oír su risa argentina. Fernando, sin inmutarse, sin molestarse, prosiguió:

—La palomita eres tú. Por un lado te cautiva el amor del compañero que te llama. Por otro... apuesto dos de estas limonadas envueltas en papel, a que la madre de la paloma está entre estas glotonas que han despachado los dos cucuruchos y está diciendo a su hija: "¡A lo positivo, hija mía, que lo demás son discursos del Congreso!"

—Y esa es...

—Es la imagen de tu madre.

María Josefa no se enfadó con el símil. Al contrario, le pareció el argumento tan contundente que, cuando poco después volvían del paseo,

daba a Fernando palabra de influir con su madre para que la suma de ocho mil pesetas que ella había señalado, se rebajase a cinco mil.

Al atravesar la calle del Conde de Barajas la madre y los dos jóvenes, después de haber dejado en su casa a la arruinada marquesa, se unieron al continuo chorro de hombres y mujeres que atravesaba en la misma dirección que ellos. Las mujeres iban casi todas vestidas de negro, sobre el pelo la clásica y alta peineta de carey y sobre la peineta la mantilla de negros encajes que les caía por la espalda.

Cualquier extranjero hubiese preguntado que a dónde iba tanta gente y tan enlutada. Los sevillanos no lo preguntan. Era viernes y aquel gentío que cruzaba por la calle era de fieles que iban a rezarle a Jesús del Gran Poder. Acuden a la iglesia de San Lorenzo, en donde se venera esta efigie divina de Martínez Montañés, hombres y mujeres de los barrios más apartados de Triana, de la Macarena, de todos los ángulos de la ciudad. Entraron también los tres, y María Josefa dobló a mano izquierda hacia la capilla, se arrodilló, besó el suelo, puso los brazos en cruz y rezó dos credos.

Es la costumbre de muchas mujeres y de bastantes hombres. Durante el rezo pensó en los jilgueros de la estatua de Bécquer y en las palomas de la plazoleta del Parque, y no tuvo que hacer explicaciones a su Padre Jesús. La entendía muy bien.

Salieron por la otra puerta que da enfrente del edificio que según la tradición fué propiedad y

domicilio de Hernán Cortés, y entraron en la calle de Santa Clara. En la esquina estaba Antonio. Llevaba de ronda cerca de un mes. Ya eran amigos, y por eso María Josefa y su madre le saludaron cariñosamente al pasar. Fernando dejó ir a las dos, que entraron en su casa, y se detuvo unos instantes con el pretendiente de María de los Angeles.

—¿Qué tal, Antoñito? ¿Tira eso?

—Creo que no va mal. Tengo esperanza.

—Hombre, sí. ¡Si tienes una cara como cuando te dan un sobresaliente en la universidad! ¡Qué!, ¿os vais a arreglar por fin?

—No lo sé: pero esta mañana me ha llevado Clarita una tarjeta de Angeles diciéndome que esta noche me hablaría por la reja porque su papá está algo indispuerto y se acostará temprano. Figúrate, Fernando, cómo estaré. No he comido; he derramado un tintero en mi despacho; al venir he tropezado con un ciego que vendía décimos de lotería y le he tenido que comprar uno para que se callase. En fin, tú crees que Angeles me... vamos, me...

—Sí, hombre, aprobado con plaza. No lo dudes.

Apenas se había separado Fernando para entrar en casa de María Josefa, cuando los cristales de la ventana derecha de la casa donde vivía Angeles se abrieron cautelosamente. El corazón de Antonio dió un vuelco.

Unas tosecitas, que se dejaron oír por dos veces dentro de la ventana, indicaron a *Richeliú* que se le esperaba, y el muchacho se acercó sombrero en mano.

Había preparado en su casa el discurso de introducción, escribiéndolo a máquina y pasándolo después a la memoria; al poner una mano en la reja para sostenerse, porque las piernas le flaqueaban, quiso empezar su exabrupto, pero la frase con que había de dar comienzo al discursito, la más bonita, la más ardiente, se le escapó de la memoria cerrándole así las puertas al resto de la peroración.

La habitación estaba completamente a oscuras. En el fondo de ella y enfrente mismo de la ventana, cierta semiclaridad envuelta en penumbra dibujaba la puerta de entrada de aquella sala, y hacía ver que estaba abierta y que daba al patio alumbrado solamente por la farola que lucía detrás de la cancela.

Un bulto oscuro, que cortaba aquel marco de luz mortecina, daba a entender que María Victoria se había sentado en el dintel para ser testigo de la conversación de su hermana.

Angeles había colocado una silla junto a la reja, pero recibió de pie al pretendiente, y no se sentó hasta haberle saludado con mucha timidez y usando la prosaica frase de:

—Buenas noches, Antonio, ¿cómo está usted?

Entonces fué cuando el aludido buscó la puerta de su aprendido discurso, y no hallándola por ningún lado, se limitó a contestar con mayor prosaísmo todavía:

—Yo muy bien, ¿y usted, Angeles?

Lentamente fué desapareciendo la timidez. La joven le dijo que agradecía mucho las demostraciones de afecto que le estaba dando. Antonio

volvió a contarle de palabra toda la odisea de sus amores, y pronto se combinó el plan del porvenir.

La situación en que daban comienzo a sus relaciones era muy difícil.

—Ni papá ni mamá—dijo la niña—saben una palabra, porque de saberlo hubiesen provocado en casa un disgusto. Yo lo he consultado con personas de prudencia, y todas me han dicho que, pues usted se muestra tan decidido, y su conducta de usted tiene rasgos tan hermosos de nobleza y de honradez, y como por otra parte yo... a mí... vamos, que no me es usted indiferente...

—Y añade usted otra cosa, Angeles—se atrevió a interrumpirle *Richeliú*—, que todo lo que soy y lo que sueño ser con mi trabajo y mis fuerzas personales, según dicen todos, ha sido una lucha de titán contra la adversidad; pero yo veo que en esa lucha de cerca de diez años, tan sólo la imagen de su rostro, el calor de sus virtudes, tan sólo la esperanza de hacerme digno de su cariño me ha podido sostener y me sostendrá en lo que me resta de camino.

Este era uno de los párrafos copiados a máquina, el único jirón que pudo al fin alcanzar el desorientado muchacho entre los muchos que vagaban, dispersos por todos lados, sin acercarse nunca a las manos, en el cielo de su memoria.

Debió gustar mucho a las dos hermanas, porque Victoria, al concluir la apódosis del período, tosió de un modo muy suave, como si fuese un aplauso de los geniecillos de aljaba y arco que estaban entonces vagando por la estancia o posa-

dos sobre las rígidas y negras líneas que formaban las barras de la ventana.

Angeles dejó escapar un tenue "muchas gracias, Antonio", y siguió trazando su plan. A la reja no vendría ya Antonio más que las noches en que no hubiese moros en la costa, que serían pocas. Podían verse en casa de María Josefa y en el palacio de la condesa de Las Cabezas, donde irían las dos hermanas todos los jueves al ropero, y cuando el hablar no pudiese ser tan continuo, tenían a Clarita, decidida a poner de su parte cuanto exigiese de ella el papely oficio que tiene en castellano un nombre caído ya en desuso y en el desprestigio, por lo mucho que de él abusaron las dueñas de antaño en los tiempos de los amores aventureros de la edad de oro.

El muchacho se había hecho simpático a la servidumbre de Arias de Pedraza y a toda la vecindad, tanto, que en aquel tramo de calle no se hablaba más que de los méritos y credenciales del abogado, ni había más que dos personas ignorantes de lo que allí había pasado y de lo que había de pasar y de lo que estaba pasando aquella noche, y éstos eran el padre y la madre de Angeles.

Cuando Fernando se despidió de María Josefa y de su madre, rebajada la tarifa de ahorros de boda a cinco mil pesetas, de las cuales tenía ahorradas poco más de mil, todavía Antonio estaba pegado a la reja y conversaba con Angeles y con Victoria, la cual había concluído por trasladar su sitio de atalaya a la ventana, sentándose enfrente de Angeles, para participar de la conversación. Se lo habían rogado Angeles y Antonio.

Se acercó Fernando de puntillas: dió una palmada en el hombro a su amigo, y le espetó, ahuecando la voz, para desfigurarla:

—¡Alto! ¡Vengo a cobrarle el piso!

Cobrar el piso, era en Sevilla uno de los cocos más formidables que amedrentaban al amor entre rejas. Juntábanse varios amigos; llegaban al sitio donde ambos amantes departían a la sazón sobre sus planes de futura dicha, y anunciaban que *venían a cobrar el piso*, es decir, a que dejase el novio la conversación, les llevase a la taberna o café más próximo o al estanco vecino, les convidase, les diese las gracias encima, cuando se contentaban con poca cosa, y... de nuevo a la reja.

Al oír la fatídica frase, lanzó Angeles un tenue grito; pero la voz de Fernando, junto con su franca risa, le hizo terminar el grito con la exclamación:

—¡Jesús, qué tonto eres! ¡Vaya un susto que me has dado!

—¿Qué tal, Antoñito? ¡Aprobado! ¿Verdad? ¡Ya te lo decía! ¡Chico!, has dado el golpe en este silencioso y pacífico vecindario. Me han dicho que hay ya cinco mocitas, cuando menos, que van a pasarte tarjeta ofreciéndote su reja: algunas hasta con flores.

—Le basta con ésta, que tiene dos bien hermosas—se ovó decir a Victoria.

—¡Ah!, ¿estabas ahí? Ove, ¿y quién te da a ti vela en este entierro? ¡Déjalos que hablen a solas, mujer!

—Es que te estaba esperando a ti.

—¿A mí? ¿Tenías que decirme algo?

—Sí, quería advertirte que tuvieses cuidado, porque el otro día se murió un muchacho de un cólico de fisgonear vidas ajenas. Es el peor entripado que hay.

—Bueno, lo apuntaré en la memoria. Conque, Antonio, venía a cobrarte el piso. Dame un pitillo.

Antonio sacó la pitillera y ofreció a su amigo lo que pedía. Este sacó dos: ofreció uno al amo de la petaca, y preguntó mientras se la devolvía:

—¿Les molesta a las damas el humo del tabaco de los doctores en Derecho?

Angeles callaba y reía. Victoria contestó en el acto, muy seria:

—Ese, no. El que nos molesta mucho es el de los oficinistas.

—¿Por qué, prenda?

—¡No sé! Es que deben ustedes liar los cigarrillos con papel de barba y huele el humo a pelos quemados.

—¡Fusilable, Victoria!, ¡pero de los fusilables!

Fernando había encendido una cerilla, y con refinada malicia la puso cerca del rostro de Angeles. Antonio se atrevió a mirarla cara a cara. Ella sostuvo con suma dulzura los ojos del muchacho, y bajó por fin los suyos al suelo, sonriendo.

Volvió de nuevo a reinar la oscuridad. Fernando se fué: hacia las doce de la noche se cerró la ventana, no sin haber quedado antes señalada la segunda cita para el día siguiente en casa de María Josefa.

Antonio, al llegar a su casa, al querer en vano llamar al sueño, le parecía que soñaba ya.

Alzábanse delante de su memoria montones de pasadas escenas. Aquella reina de las hadas que no le había mirado a él; la niña que salía con su madre de la iglesia de los jesuítas y que no había hecho caso de él; las carcajadas de risa de cristal en el colegio de Castilleja, que no eran para él. ¡Y luego... la luz de la cerilla que había encendido Fernando!... ¡Qué travieso era! ¡Pero qué oportuno! Aquel instante de luz había sido para Antonio un éxtasis de indecible felicidad. Era la reina de las hadas que le había mirado con suma dulzura a él. ¡A él! Y estaba aún más hermosa, sentada a la reja, que reinando entre brujitas menudas y lindas.

Entonces bendecía la hora en que tomó la resolución heroica de meter la cabeza por el túnel del doctorado. Ya había salido del estrecho túnel y a la salida se le presentaba la felicidad en forma de bellísima niña, de reina de las hadas, enviándole correspondencia de amor con sus ojos dulces a la luz imprudente de una cerilla.

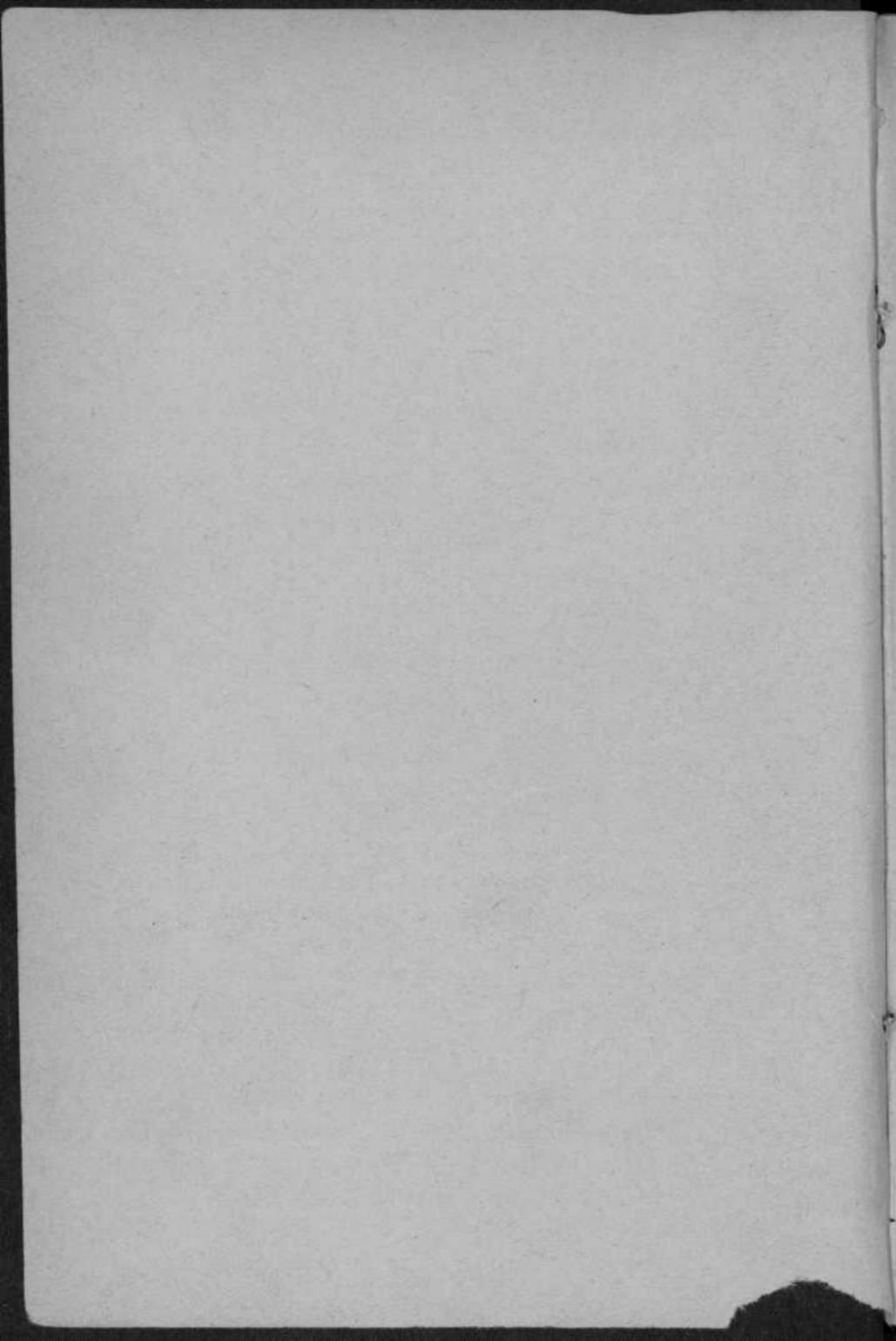
Sobre los celajes rosados que envolvían esta visión juvenil, brotando ya de una realidad, sentía vibrar Antonio las notas de otro himno de victoria, himno sagrado, que acababan de entonar los labios rugosos de su viejecita.

Al llegar Antonio a su casa, con los ojos centelleantes de gozó, su madre le esperaba con ansia para que le contase la entrevista. Antonio daba cuenta de conciencia con su madre. El hijo bueno se había sentado a la vera de la madre san-

ta, y la había contagiado con el desborde de su dicha. Tanto, que los ojillos, apagados ya, de la anciana, habían ido encendiéndose con luz juvenil, como si los fuera alumbrando la realidad evocadora de una escena semejante, oculta y perdida bajo el polvo de sesenta años, y al concluir Antonio su relato, la vieja le tomó la cabeza entre sus manos, sonó en la frente del joven un chasquido fuerte, vigoroso, como de felicidad que nace y vibra con exuberante pasión, y murmuró a su oído estas frases:

—¿Ves, cielo mío?, ¿ves cómo premia Dios la virtud de los hijos buenos? Tú has sido un esclavo del deber para endulzar la vejez de tu madre. Tu madre no tiene ya para pagarte más que unos brazos de sarmiento, atacados por la filoxera de la muerte, y unos labios arrugados como la fruta que ha pasado de sazón. Dios se ha constituido en deudor tuyo y te prepara unos brazos ágiles y flexibles como las ramas de los jóvenes sauces; labios con frescura de cerezas de Abril y corazón sobre todo de santidad, honda y severa, donde formar el nido de tus nacientes amores. Dios te premie, hijo mío, la ancianidad que me estás dando y El os bendiga con bendiciones que den copiosos frutos.

Y Antonio había tomado entre sus manos los sarmientos que formaban la mano derecha de su madre, y se la había besado con un beso largo, amoroso, como si entre los nudos de aquellos sarmientos hubiera formado un panal algún enjambre de ocultas abejas.



VIII

ENTRE LOBOS

La puerta del encantado jardín azotea, que ya conocemos, se abrió, y la reina apareció en sus dominios. Nada había cambiado allí. El mimoso gatito salió a recibir a su dueña para merecer la primera caricia. El canario la llamó desde su prisión para pedirle agua fresca y sabroso desayuno. Los alelíes variegados, las varetas de nardos y las matas de claveles le enviaron cada cual una ráfaga de aire, esenciándola con su perfume propio, como pidiendo su fallo.

Angeles lo dió sin necesidad de hablar con las flores, acercándose a los claveles, tomando el tallo de uno entre sus dedos y acercandoselo a la cara.

Era de extraordinaria grandeza, de encendido color rojo y de exquisito aroma. Pocos días antes, habían sostenido ella, su hermana y Antonio una disputa sobre cuál era la flor más bonita de las

que Dios había formado. Antonio daba entre todas su preferencia al clavel, sobre todo el rojo. Era la flor que tenía el nombre más poético, el color más simbólico y el aroma que más penetraba en el alma. Desde entonces María de los Angeles miró y cuidó los que florecían en su azotea con más mimo que a las demás flores.

Sentía por el muchacho un cariño profundo, mezclado de admiración, casi de veneración. Su carácter férreo, luchando a brazo partido contra la adversidad y la miseria, como el náufrago que forcejea por salvarse, llevando al mismo tiempo de la mano a su vieja y a su hermanito, para que no se perdiesen envueltos entre los torbellinos del hambre: el tesón, quizás más entero todavía, en abrirse paso hacia ella desde el polvo de la nada hasta las alturas del doctorado, siempre con los ojos de la ilusión en ella fijos, y formando un contraste raro con esa voluntad de hierro, la timidez y la poca estima de su propia persona, tan grandes, que aún no se había atrevido a tutearla en todo el tiempo que llevaban de relaciones, todo esto le cautivaba, le hacía ver en su Antonio un hombre que salía de la vulgaridad del montón.

Por otra parte su figura, aunque no tenía nada de varonil y hermosa, tampoco dejaba de poseer sus encantos. Aquellos ojos, negros y grandes, se posaban en ella con una dulzura y una confianza hasta infantil; le estaban diciendo que estando a su lado estaba satisfecho. Los modales eran de una naturalidad y corrección aristocrática y en su conversación no soltaba jamás aquellas *burradas*, que eran frecuentes, y que este nombre

tenían entre algunos muchachos, corridos y po-dridos, aun de aquellos cuya posición social exi-gía más finura.

Sólo había una nube oscura, muy negra, en el cielo azul de aquellos amores; la voluntad del pa-dre y de la madre de Angeles. La madre, mujer casera y metida siempre en el hogar, se había da-do cuenta sin duda de las relaciones de su hija. No le cabía duda a la niña. Había tenido por fuerza que enterarse de las charlas de reja que tenía, aprovechando las salidas de su padre, has-ta las altas horas de la noche.

No temía, pues, por su madre. Esta había con-sultado el caso con alguien que le debió tranqui-lizar la conciencia, pues se hacía la ciega, la sor-da y aun la tonta, cuando una excursión impre-vista por la parte baja del patio le hubiese basta-do para sorprender el palique, y no lo hacía.

Su padre era otra cosa. Estaba completamen-te en ayunas de los amores de su hija. Cuando se enterase de ellos ¿por dónde tiraría? ¿Le per-suadiría con razones? ¿Le ablandaría con cari-cias? Aquel momento, si no se preparaba bien, iba a ser solemne, terrible, porque en la casa aquella se le temía a un disgusto del ex gobernador como a un centellear airado de los reales ojos de Asuero.

Todas estas ideas cruzaban por la mente de Angeles, mientras renovaba el agua y el alpiste del canario y tiraba de las orejas al felino, que la iba siguiendo a todas partes, con el rabo a guisa de enlutado pendón.

Al terminar Angeles el riego de las macetas, echó el busto sobre el pretil y miró a la calle. Un

¡ah! de placer quedó ahogado casi en sus labios. Corrió a una de las macetas de claveles, tronchó el más rojo y más grande que había, y volviendo al pretil, y tosiendo como para avisar su presencia a alguien que pasaba por la calle, lo lanzó en el espacio. Cayó cerca de los pies de Antonio, que cruzaba entonces la acera de enfrente, el cual lo recogió y miró hacia arriba. El muchacho no pudo ver más que una mano que le hizo dos señales: una, de saludo, moviendo hacia dentro las falanjes de los dedos, y otra, que prolongándolas hacia delante le mandaba que prosiguiese su camino. Hechas las dos señales, la joven, como si acabara de cometer alguna culpa y quisiese huir de su propia conciencia, corrió hacia la puerta de la azotea, la cerró de golpe tras de sí y se perdió en la oscuridad de la escalera.

Media hora después, reclinada muellemente en una mecedora del patio, se enfrascaba en la lectura de una novela de Maryán: tenía necesidad de soñar y esta autora francesa evocaba en ella pensamientos castos y honestos. Le gustaban mucho sus producciones.

Estaba sola en el patio: María Victoria se había quedado algo enferma en la cama: su madre trajinaba con las criadas todavía en el arreglo de la casa, y su padre, que había vuelto muy tarde del casino, a buen seguro que hasta las doce no daría señales de vida.

Cuando más enfrascada se hallaba en la lectura, le hicieron volver en sí unos gritos descompasados que salían de dentro de la casa y venían del piso principal.

Alzó la cabeza, apoyó el libro, abierto y sostenido con ambas manos, sobre las rodillas y volvió el rostro para escuchar. Eran gritos incoherentes, no oía más que frases sueltas, como "¡la corbata!..." "¡Esto es un presidio!..." "¡Esta es uná casa de!..." No podía hilar nada. Se levantó y dirigió sus pasos hacia la escalera, moviendo la cabeza con señales de pena. Clarita bajaba al patio en aquel momento. Venía algo nerviosilla, pero no gran cosa. Al ver a Angeles, se detuvo en uno de los descansos de la escalera. Se llevó de un modo cómico-trágico las manos a las sienes, y luego, haciendo una mueca de desprecio y balanceando los brazos en dirección al piso principal, como si dijera "ahí queda eso", continuó descendiendo. Los gritos seguían de cuando en cuando, como truenos de tempestad que se bate en retirada.

—¿Qué pasa, Clarita?—preguntó Angeles sin grandes señales de extrañeza, porque no era un espectáculo desacostumbrado en aquel hogar.

—Nada, señorita, que el señor se ha levantado hoy por los pies de la cama. Comenzó porque el agua no estaba limpia y que olía a petróleo. Figúrese, cuando la última gota que había se la llevó la cama de Julia hace tres días.

—¿Tenía chinches?

—¡Josús! ¡Como que ya no sabíamos dónde poner aquella cama, porque cada mañana aparecía en un sitio distinto!

—No tanto, Clarita, no tanto.

—Lo digo para que vea que no hay petróleo. Bueno, pues luego, que se va a poner la corbata

y la encuentra manchada. ¡Madre de los Dolores y qué boca! ¡Señorita, si nos ha puesto de!... ¡Yo lo siento por esa santa de su mamá! Le ha dicho todo lo que ella no es. ¡Vamos! Y luego no hay quien ponga más que las cosas del santo Job en letra de molde....

—¿Estaba manchada la corbata?

—Sí, señorita. Tenía unas lámparas, así... rojas... en fin, que eran manchas de vino.

Angeles bajó la cabeza avergonzada, y después de una pausa preguntó sin atreverse a mirar a la criada:

—¿Llegó muy tarde anoche?

Clarita no contestó: se le puso el rostro encendido como una guinda madura, y bajó también la cabeza como su ama.

—¿A qué hora llegó?—insistió Angeles.

—Pues... serían las cuatro. Pero como ha prohibido que la señora se quede a esperarle, nos quedamos Julia y yo.

—¿Las dos? ¿No basta con que haga una sola ese sacrificio?

Clarita volvió a enrojecer de nuevo y contestó, encogiéndose de hombros:

—Nos hacemos compañía y se pasa el rato mejor.

No quería decirle la verdadera razón. El señor, mientras venía más tarde, se presentaba más campechano y con más gana de bromas.

Un auto se detuvo en aquel instante a la puerta de la casa. Bajó de él un personaje ya conocido para Angeles y para Clarita, y ésta, al verle lle-

gar hasta la cancela, corrió a tirar del alambre que la abría.

Era el marquesito de Fuentes Claras. Angeles sintió pena de verse sola en el patio, porque comprendió que había de hacer tertulia y distraer a aquel hombre, de poca simpatía para ella, mientras bajaba su madre o su padre se ponía en disposición de recibirle.

Después de saludarle, ordenó a Clarita que avisase a don Ramiro la presencia de su amigo, a quien brindó con una de las mecedoras del patio, tomó su sombrero y lo puso en una de las perchas del aparadorcito de nogal, que al lado de la cancela estaba dispuesto para estos menesteres.

Instintivamente, al colocar el sombrero, se miró en el espejo del aparador para observar si estaba presentable. Vió que sí lo estaba, y se sentó enfrente del marqués.

Este, cuando la vió sentada, se levantó algún tanto los embudos de sus pantalones de rigurosa moda, tomándolos con los dedos pulgar e índice por encima de las rodillas. Se sentó; puso una pierna sobre otra; sacó un estuche de elegantes egipcios; tomó uno, sacudiólo en el aire con suma pulcritud, y preguntó:

—¿Le molestaré a usted, Angeles?

—De ningún modo, marqués. Puede encenderlo sin reparo.

—¿Quiere usted uno? Son suavisimos.

Angeles se sonrió, y dió una respuesta lacónica:

—Nosotras... no fumamos.

—Esa palabra *nosotras* supongo que no se re-

ferirá a todas las sevillanas. Yo he ofrecido a muchas un cigarrillo y lo han aceptado.

—Tiene razón, marqués, retracto la palabra *nosotras*; pero no estaría de más que usted retractase el *muchas*. Cuando menos, entre mis amigas, las contaría por los dedos.

—Pero... ¿es pecado en la mujer el fumar? —preguntó el marqués con sorna.

—No, tan pecado como lo pueda ser en los hombres. Pero las sevillanas, digámoslo así, de antiguo cuño, vivimos todavía algo alejadas de esas modas.

—Me parece que a la corta o a la larga, tendrán ustedes que rendirse a discreción. ¿No le parece, Angeles?

El marquesito hablaba con la joven sin dejar de mirarla un instante. Con un cinismo que sulevaba interiormente a la hija del ex gobernador, iba con sus ojillos, algo encendidos, recorriendo todo el cuerpo de su interlocutora: desde la mata de cabellos castaños, hasta la punta de sus pies, que instintivamente ocultaba la niña debajo del hueco de la mecedora.

La pregunta del despreocupado marqués hirió en el fondo de su alma el orgullo de sevillana, y contestó secamente, siempre desviando su mirada de los ojos del joven:

—¡Sí! Puede ser que a muchas las hagan desertar los cruceros de guerra extranjeros que nos visitan; las turistas extranjeras que traen modas, hasta hoy escandalosas para el modo de pensar de las sevillanas, y la turba de despreocupados que vienen a profanar la devoción de nuestra Se-

mana Santa y las alegrías de típicos encantos sevillanos, de nuestra Feria. Quizás nos arrollen con el tiempo a todas.

El marquesito descruzó las piernas flacas; volvió a tirar con mucha pulcritud de los embudos de sus pantalones, estirando primero una pierna y luego la otra. Se encogió hasta meter los pies debajo de la mecedora para poder echar su cuerpo todo hacia adelante, de suerte que casi tocaba la mecedora de Angeles con sus manos que tenía extendidas y plegadas, poniendo los antebrazos apoyados en las rodillas. Después de una pausa, le dijo:

—Mire usted, Angeles. Tenía verdadero deseo de hallarme enfrente de una mujer de cuño sevillano antiguo, como usted dice, para disputar sobre este tema. ¿Me permite usted que disputemos un rato?

Angeles se revolvía en su mecedora, viendo que el joven, con los ojos cada vez más vivos, el timbre de su voz cada vez más meloso, y los modales cada vez más sueltos, se iba acercando a ella, envolviéndola en la esencia de violetas en que venía impregnado.

Entonces apoyó los pies en el suelo, y haciendo un esfuerzo, separó hacia atrás algún tanto su mecedora. Luego, con señales inequívocas de contrariedad, respondió:

—Le ruego, señor marques, que varíe el tema. Nosotras las sevillanas tenemos nuestras costumbres, nuestras modas, nuestros bailes, hasta nuestros peinados propios, y por mucho que usted me dijese en pro de las modas extranjeras, yo le diré

que nos dejen en paz con lo nuestro, que sabe y que tiene el perfume de la modestia, el de nuestras flores favoritas, esas flores que lo mismo sirven para adornar nuestro pelo o nuestro pecho que para adornar los altares de nuestras imágenes, que también respiran una pureza clásica, nuestra, inconfundible con las demás que no salgan de artistas sevillanos.

—Pero es que yo le probaría...

—Le ruego que no intente probarme nada.

El marqués bajó por fin los ojos al suelo. Angeles respiró al verse libre de aquellos dos focos, demasiado fuertes para su vista. Reinó una pequeña pausa. El joven miró hacia la galería de cristales del piso principal, como para escudriñar si había testigos indiscretos. Viendo que no los había, hizo con su mecedora la misma operación que Angeles había hecho con la suya. Se aproximó a ella; puso sus brazos sobre los de la mecedora de la joven y clavando otra vez sus ojos en la cara de Angeles, dijo en voz muy baja, pero con mucho fuego:

—Angeles, yo no me había fijado nunca en su rostro, pero es usted divina.

La joven se levantó con violencia y se puso de pie. Don Ramiro apareció en la escalera abrochándose el chaleco y gritando con la jovialidad que usaba cuando le convenía usarla:

—¡Hola, pollo! ¿Has esperado mucho?

El marquesito dió un salto, y se puso de pie; tomó su rostro un aire distinto del que tenía, y se acercó a la escalera, diciendo:

—Nada; me ha parecido muy corto. Tu hija

tiene la habilidad de convertir en un instante cualquier tiempo de espera.

—Favor que usted me hace, marqués—dijo la niña con suma naturalidad.

—¿Verdad que es muy guapa mi Angeles?

Y el padre estrechó a su hija con verdadero orgullo, le dió un beso, le acarició el rostro y le dijo lo que ella estaba deseando que le dijese:

—Anda, monina, vete con tu mamá, que esta mañana se ha levantado por los pies de la cama y tiene los nervios que le bailan.

—Voy a ver si la calmo. Con su permiso, marqués.

—¡Ah!, oye. Ven, hija mía, que quería preguntarte una cosa. ¿Has subido esta mañana a la azotea?

—Sí, papá, ya he regado las flores—respondió la niña, de espaldas ya a su padre, para subir al piso principal.

—¿Se te ha caído a la calle algún clavel?

El rostro de Angeles se transformó en la flor que, en efecto, se le había caído una hora antes para dar ante los pies de su Antonio. No supo de pronto si decir que sí o decir que no. Volvió el rostro para que no le traicionara con su carmín, y su rostro fué a reflejarse en el espejo del perchero. Tenía en efecto la cara como una clave-lina. Entonces se acercó al espejo y se comenzó a arreglar el cabello mientras buscaba una salida.

La sagacidad de mujer se la dictó al instante. Corrió desde el espejo nuevamente hacia la escalera, se envolvió algo entre la sombra que den-

tro reinaba, y desde allí gritó con tono de broma a su padre:

—¿Lo has visto caer? Quise echarlo a la azotea de María Josefa, que me lo había pedido, pero como soy tan tonta, se quedó en la mitad de la calle. Voy a ver qué quiere Victoria. ¡Allá voy, Victoria! ¡Allá voy!

Y como si la hubiera llamado su hermana, cuya voz nadie había oído, subió precipitadamente las escaleras. Al penetrar en la galería de cristales, el carmín de su cara había desaparecido. Si se hubiese vuelto a ver en el espejo, se hubiese asustado de sí misma. Al rojo de cereza había sustituido la amarillez de la cera. Se dió cuenta de que aquella imprudencia suya tal vez iba a ser el primer nubarrón de la temida tormenta.

Los dos amigos quedaron dueños del patio. El marqués no quitó los ojos del álveo de la escalera hasta que desapareció la joven. Entonces se sentó, y mientras sacaba otra vez la perfumada cajita de egipcios para arrojar uno a don Ramiro y sacudir otro en el aire antes de ponerlo en sus labios, iba diciendo:

—Oye, Ramiro, ¿sabes que tienes una divinidad en esa hija?

—¿Te gusta?

—¡Que me ha chiflado! ¡Te lo digo en serio!

—Pues más en serio te digo yo que la dejes en paz.

—¿No me querías tener por yerno?

—Te conozco, Gustavo. No llegarías tú a esa altura. Te quedabas en la mitad del camino.

Don Ramiro daba las calabazas al vicioso

amigo, riéndose con toda la boca y enseñando los colmillos de oro.

—No, hombre, es que no sabes los propósitos que tengo hechos de apuntarme muy pronto en la cofradía. En cuanto me canse de la cordobesa, quememos las naves y ¡zás! de cabeza a los almacenes de París a elegir un par de rorros. ¡Palabra de honor!... ¡hombre! ¿Por qué te ríes así? Angeles va a ser mi ángel salvador. Yo necesito volverme hombre. Yo soy una bestia. Somos dos bestias, Ramiro; no lo dudes: vivimos como dos animales.

—¡Caramba, que filosófico estás! ¿De qué estabas hablando con mi hija?

—Yo mismo no lo sé. Estaba ella comparando a la mujer sevillana verdadera con las flores de Sevilla que, según decía, lo mismo sirven para adornar el pecho de una mujer que para adornar un altar. ¡Mira que es precioso el símil!

—¡Es que mi Angeles tiene cada caidita!... Pero, sí, desengáñate, Gustavo, ningún hombre que conozca tu vida te dejará casarte con su hija. Por eso no me gusta verte aquí.

—¿Le voy a hacer mal de ojos? Mira que la tienes viviendo una vida de convento; que ni siquiera la había podido ver a mi gusto hasta ahora. Déjala que se divierta, que luzca su cara. ¡Egoísta! ¡Te pareces a los moros, que tienen el serrallo cercado con tapia de chumberas!

—Mira, Gustavo. Voy a decirte quién es mi hija, ya que la casualidad me entretuvo a mí buscando una corbata, para hacer que tú te fijaras en ella. A mí me gustan las mujeres, como tú sabes,

y como te gustan a ti, que bailen bien ceñidas. ¡Bueno! ¡eso me chifla! Que fumen, que se pinten: pero es porque ya sabemos los dos que esas mujeres suelen ser muy fáciles; tan fáciles, que me basta a mí una tintura que me quite las canas para que se encanten de mis sesenta y cinco abriles.

—¡Que se lo digan a Clorita! ¿Eh?

—Todavía no quiere persuadirse esa mujer de que tengo dos hijas casaderas, y es que ya me da asco hasta su nombre!

—¡Pobre víctima!

—Has pronunciado una palabra que me horroza pensar en que un día pueda decirse de mis hijas. Por eso no las exhibo como las mulas en la feria. Se educaron en las Irlandesas; allí tienen sus cariños, y yo encantado de ello. Me dijeron un día que en no sé qué retiro que hicieron en Castilleja, habían sacado el propósito de no bailar y de no cortarse el pelo, y yo les di un beso de los más fuertes que el amor a ellas me arrancó. Me dicen que no les gusta el teatro, y yo las dejo que duerman como lirones. Así puedo yo irme seguro contigo de juerga sin temores de que me las enamore ningún truhán. ¿Ves? Ese soy yo con mis hijas y estoy contento.

—Pero no lo estarán ellas tanto.

—Más que yo. A mí, los padres que dejan a sus hijas tan tranquilas enseñar sus encantos al que quiera verlas, me parecen unos idiotas, y las madres que llevan a sus hijas a que las baile el que quiera, me parecen unas criminales.

—Oye, no te falta más que las palabras en latín para que sea sermón.

—No es sermón, es un aviso que quiero darte. La caricia que acabo de hacer a mi hija es un premio, porque separó la silla cuando le acercaste la tuya.

—¡Ah, pícaro! ¿Lo viste? ¡Qué buena vista tienes!

—La de un padre que quiere bien a su hija. Desde el cierre, mientras me ponía la corbata, vi caer en la calle un clavel que venía de la azotea, y que cogió un pisaverde, a quien ya he visto varias veces por la esquina. Ya ves el tiempo que tardé en pedir explicaciones a mi hija. Me las dió; quedé satisfecho, y santas pascuas. Pero la cara del mameluco ese ya no se me despinta.

—Bueno, hombre, dispensa la burrada que me has visto hacer y en adelante, cuando vea a tus hijas, me hincaré de rodillas y les rezaré un padre nuestro, si me acuerdo de cómo se reza.

—No serías el primero. Más de una vez, cuando vosotros me dejáis venir algo sereno, me acerco a la cama de una de ellas, de Victoria sobre todo, y me arrodillo y rezo. Créeme, no lo hago muchas veces porque temo que si se repitiese con frecuencia perderíais un amigo de crápula.

Don Ramiro quedó unos instantes como abstraído por una idea, quizás los remordimientos que levantaba en su conciencia la virtud de sus hijas; pero tal vez para sacudir de sí este fantasma que le molestaba, echó hacia el respaldo de la mecedora todo su volumen no muy despreciable; extendió los brazos poniéndolos en cruz para desentumecerlos, estirándolos con fuerza mientras hacía una contorsión con su cara que lo mismo podía ser

es muy feo

de satisfacción que aburrimiento, y cruzando después los brazos mientras prolongaba hacia adelante sus dos piernas, preguntó al marquesito:

—Pero hablemos de lo nuestro. ¿Qué tal va el negocio de las cordobesitas? Como hace tres noches que no vas al casino, estoy en ayunas.

Gustavo vió con gusto el cambio de decoración, porque el terreno donde le había puesto su prematura demostración de afecto a la hija de su amigo le parecía ridículo, y aceptó en seguida el nuevo asunto, respondiendo como si de nada se hubiera hablado antes.

—Se va complicando. Hay de por medio alguna mano oculta, y no de tonto, que va dirigiendo a esas beatas. Hay que descubrirla.

—No importa. Todo se andará. ¿Has encontrado casa?

—Estupenda. Más chica que la otra, pero con un jardín formidable, con un tilo que te sientas debajo y te tienen que dar tila. ¡Fantástico!

—Bien, y ¿cuánto piden?

—La dejan en cuarenta mil duros. Es gratis.

—¿Les gusta a las dos señoras de huéspedes?

—No tanto como la otra, pero están en tomarla si se les pone buen confort. Yo creo que con veinte mil duros se pone el bar que ni el hotel Alfonso XIII. Total sesenta mil duros; veinte mil cada uno, y dentro de un año nos hincharemos de dinero los tres socios, hasta reventar.

—Por supuesto que mi parte por ahora... Ya sabes que atravieso la crisis monetaria más aguda que he tenido desde que dejé el Gobierno. Los amigos son para los anticipos.

—A tu abuela. ¿Cuánto ganaste anoche en el casino?

—Poca cosa, un puñadillo de pesetas.

—Treinta mil.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pepe Piña, que le tocó perder mil de las que tú ganaste.

—Es cierto, pero hacía un mes que venía perdiendo y estoy entrampado hasta las cejas.

—Te veía venir, señor ex gobernador. Ya sabes que entre los acreedores me has prometido la preferencia. No quiero que me pagues por ahora más que diez mil pesetas.

—¡Hombre! ¡Eres cruel! Ten piedad de este pobre padre de familia. Debo la casa, debo al barbero, al sastre.

—Y anoche le regalastes a la estrellita del Duque un aderezo de brillantes.

—Lo saqué de las joyas de mi mujer.

—Y la cena, ¿de dónde la sacaste, borrachín? Aquella dicen que fué heliogabálica. Bebiste vino hasta por la corbata.

—Hombre, Gustavo, no te ensañes con este pobre vejete que se está divirtiendo a toda prisa los dos días que le quedan para ello. Mira, cinco mil, y pasemos a otro asunto.

—Trato hecho. Cinco mil y dejarme que me despida de Angeles.

—¿Delante de mí?

—Por supuesto. Mirarle otra vez los ojos. Nada más y oír un elogio tuyo delante de ella.

—Ni una palabra más. A otro asunto. ¿Y las de Córdoba?

El marqués había sabido volver las armas contra su adversario y le acababa de probar la superioridad que sobre él tenía. Las cinco mil pesetas eran una gota de agua en medio del océano de miles de duros a que subían sus fabulosas rentas. Gustavo volvió a variar de asunto y respondió con tono ordinario, como de amigos entre los cuales nada ha pasado.

—Ese es el hueso de nuestro negocio. Dicen que maneja el cotarro un muchacho que acaba de doctorarse y que es protegido de la condesa de Las Cabezas de San Juan. Debe ser más listo que el aire.

—¿Y por dónde tira ese buen señor?

—No tira de frente. Si se le viese venir, sería otra cosa. Las chicas estaban como una malva, pero no sé qué colección de brujas les han metido miedo al infierno... total, que la tía de ellas se comenzó a volver atrás; que escribió al pueblo para que el padre determinase lo que se hacía, y el beduino del padre se creyó que nos las íbamos a comer con tomate y las ha llevado al pueblo o las ha metido no sé dónde.

—¿Pero han desaparecido de la casa de la tía?

—Desaparecer, no: ¡Ojalá! Entonces triunfábamos en toda la línea. Se ha presentado una mujer con una carta del padre de las chicas, ordenando a la tía que se las entregue. Esta ha cedido, y las chicas se fueron con la bruja.

—¿Dónde?—preguntó el ex gobernador, encarándose violentamente con el marqués como si éste hubiera sido el causante de todo. Gustavo, sin perder su serenidad estoica, respondió:

—Al asilo que tiene esa buena señora.

Don Ramiro quedó pensativo: se llevó la mano derecha a la barbilla para acariciársela, apretándose debajo del labio inferior, que tomó una ridícula figura, y en aquel instante había ya concebido un plan diabólico.

—¿Dices que el padre de las chiquillas ha escrito desde el pueblo, autorizando el secuestro?

—Yo he visto la carta. Por cierto, muy bien redactada.

—¡Bien! Mejor todavía. Esa carta no la ha escrito el mastuerzo del gañán. Ese no sabe escribir o yo no he sido gobernador. Todos vosotros sois unos peleles. Gustavo, así, unos peleles. Ahora voy a entrar yo, y veréis cómo se arregla todo. ¿Me podías conseguir un destinillo en el Ayuntamiento, en la Audiencia, en el presidio, en el cementerio, en cualquier parte?

—¡Psh! Será difícil encontrar vacantes. ¡Son tantos!

—Se crea un destino nuevo. ¿Pero tú no te has enterado de las dos plazas de amas de cría que estaban desempeñando dos *muchachos bien* en una casa de maternidad de una ciudad de España? ¿No sabes de los sueldos que en otra daban a dos *niños bien*, pero muy bien pagados, por vigilar de noche las calles y recoger a los borrachos que transitaban a deshora?

—Ya lo creo. Y resultaba que los dos recogidos de casi todas las noches, solían ser ellos. Rigurosamente histórico. Cuenta con la plaza de... cualquier cosa para el papá de las cordobesas. ¿No es para él?

—¡Clara! De todo lo demás, me encargo yo. Le llamo, le doy el destino; el tío ese niega que sea suya la carta, y a esa señora del asilo la ponemos una querrela por corruptora de menores y falsificación de documentos, como que yo me llamo Ramiro.

—Chico, eres un as.

—Sí, el de copas: verás como pronto soy el de oros.

—Bueno, pues llama a tu hija, que me tengo que ir.

Don Ramiro se levantó. Echó el cuerpo hacia atrás para mirar bien hacia arriba, y poniendo ambas manos en forma de bocina a uno y otro lado de la boca, gritó como si estuviera en medio de una plaza:

—¡Clara! ¡Julita! ¡Julia! ¡Claritaaaa!

Uno de los cristales del piso principal se abrió en seguida y apareció el busto de Julia.

—¿Llamaba el señor?

—¡Sí! Dile a Angeles que baje: que va a despedirse el señor marqués.

Detrás de Julia se oyó la voz de Angeles que decía:

—¡Papá! Despídeme tú; que me dispense, que estoy peinando a Victoria.

—Baja, monina, baja un momento.

Angeles apareció en la escalera, bajando lentamente los escalones. Traía cara de vinagre. En su pelo, que jamás había querido hacer esclavo de la ridícula moda masculina, traía un clavel rojo y otro amarillo. En el cuello tenía colgada una

cadena de oro que remataba en una medalla milagrosa.

—El marqués quiere despedirse de ti, nena—le dijo su padre acariciándole la cara.

—Señor marqués—se limitó a decir la nena, tendiéndole con seriedad estudiada la mano. El marqués se la estrechó con cierta violencia, clavando sus ojos en el rostro de Angeles, que no le miraba.

Don Ramiro, para cumplir su compromiso, añadió:

—Es un buen amigo, y de toda mi confianza; es un caballero en toda la extensión de la palabra.

Angeles se limitó a decir, algo nerviosa:

—Ya lo veo, debe ser usted muy íntimo de papá, porque le hace muy buenas ausencias. Con permiso de usted, marqués, voy a concluir de arreglar a mi hermana.

—A los pies de usted, María de los Angeles. ¿No me podría regalar uno de esos claveles que lleva en el pelo? Le compraría un estuche de oro para guardarlo.

—¡Si se va a secar en seguida, marqués!

—Angeles, yo me llamo Gustavo. ¿El rojo o el amarillo?

—Dale un clavel, hijita, el que quieras, no tengas reparo—insistió don Ramiro también algo serio.

Angeles desprendió los dos claveles de su mata de ébano; tomó el amarillo y lo ofreció a Gustavo. El marqués no miró la elección con buenos ojos, pero sí con disimulo, y volvió o insistir, siem-

pre aproximándose a la niña, que se había ido acercando cada vez más a su padre:

—Haga el favor completo. ¿No quisiera ponérmelo en el ojal? Es usted muy esquiva con los que bien le quieren.

Angeles se acercó a Gustavo, y le puso en el ojal el clavel amarillo, con una naturalidad y una confianza que desconcertaron al vicioso aristócrata. ¿Se habría rendido a sus miradas?

La joven, después de asegurar lentamente la flor en la solapa del caprichoso pretendiente, le miró con amabilidad confiada y le dijo sonriendo, como gustosa del capricho que le había cumplido:

—¿Está ya satisfecho, Gustavo?

—Agradecidísimo, Angeles. Este clavel va a tener el destino de las joyas más preciosas; le voy a hacer un estuche de oro.

—Ya lo ha dicho usted otra vez, y yo siento que gaste el dinero en una flor que se va a marchitar mañana y no significará nada.

—Significará el recuerdo de uno de los instantes más dichosos de mi vida—exclamó con mucho fuego el marqués.

—Es verdad, le recordará la amistad que le une con mi papá.

Angeles había dado ya una vuelta, y de espaldas a los dos viciosos amigos, se perdió en la escalera, prendiéndose nuevamente el clavel rojo entre las ondas de sus cabellos.

IX

EN LA VIRGEN MILAGROSA

Muy pocos días necesitó el vicioso ex gobernador para realizar el plan diabólico tan sagazmente combinado en su propia casa y en compañía del no menos vicioso y rico marqués de Fuentes Claras, mientras se ponía en guardia contra él porque sospechaba que a éste pudiera tal vez ocurrírsele la idea de enamorar a su hija.

Una carta de don Ramiro, ofreciendo un destino de buena recompensa en el cementerio, y un giro postal de cien pesetas para gastos de viaje, pusieron en Sevilla al honrado pero no muy listo padre de las dos clavellinas cordobesas a quienes tanto se buscaba para cotizar la hermosura de su cáliz.

El hombre se presentó en la calle de Santa Clara. Don Ramiro caló en seguida el temperamento del pobre campesino. Era honrado hasta la pared de enfrente; pobre como las ratas que minan los

mimbres de las orillas del Guadalquivir por la Puerta de la Barqueta, y como todos los campesinos de los pueblos aislados y perdidos en Sierra Morena, soñaba el hombre con meter la cabeza por el hueco de una ciudad rica, fuese Córdoba o fuese Sevilla, para abrirse paso en la vida con un trabajo de menos aperreo que el de cuidar las tablas del cortijo del alcalde o de arrendar secas a la señora duquesa, los cuales había que regar con sudor de la frente para hacerlos productivos. En Sevilla podía ganar más dinero sin sudar tanto.

Rafael, que por ser de Córdoba no podía tener otro nombre, resultó un analfabeto más cerrado y más cazurro aún de lo que se figuraba don Ramiro.

Aquella carta se la había escrito el señor párroco del pueblo, enterado por la marquesa de Cabablanca de todo lo que se fraguaba en Sevilla; y él no había hecho otra cosa que poner un garabato debajo de unas letras que le dijeron que era su nombre. Pero había puesto aquel garabato a conciencia, después de haber oído la lectura de la carta desde la cruz hasta la fecha, y asegurando que aquélla era en efecto su voluntad.

—¿Y por qué fuiste tan bruto, mameluco?—le dijo el ex gobernador, mirándole a la cara con unos ojos que se lo querían comer vivo.

El buen hombre se quedó como si un rayo le hubiese reducido a pavesas, y desde el montoncito de cenizas a que había quedado reducida su personalidad, contestó mascullando las palabras que con miedo se atrevían a salir de sus labios:

—Yo... como el señor cura... como él me decía... como él me dijo...

—¿Qué te iba a decir, hombre, que te iba a decir? Aquí lo que han hecho con tus hijas es secuestrarlas, palabra que tú no entiendes, y...

—Sí, señor, hasta ahí ya yegamos. Una cosa así como hacía el tío Martín con los jarrieros en la venta de Casariche pa pedir dinero por eyos.

—Ni más, ni menos. Me alegro que llegues si quiera hasta ahí.

—¡Virgen de Gracia! ¡Y yo tan ignorante!

Y al buen hombre se le caían los lagrimones como mandarinas por su tostada cara, lágrimas de pena por la suerte que pudieran correr sus hijas, de rabia hacia aquellos bandidos que las habían secuestrado y de agradecimiento hacia aquellos señores que las iban a libertar y a darle a él un destino en el cementerio de Sevilla con el caritativo objeto de que las cuidase.

La solución que se dió al negocio fué inicua. Rafael no tenía que fiarse más que del señor marqués y de don Ramiro; las únicas personas decentes en aquel negocio. Tenía que tener mucha pupila para no dejarse engañar de las brujas, aunque se llamasen marquesas. Su papel en el juzgado se limitaba a negar redondamente su participación en aquella carta. El cura y con él todos los que dijieran que la carta se había escrito con voluntad y consentimiento de Rafael Sánchez y Fernández eran unos mentirosos, porque él no había consentido nunca en que se llevasen sus hijas al asilo.

Con estas premisas, el vejete presentó querrela

judicial contra doña Joaquina, la dueña del asilo, acusándola de corruptora de menores. La pobre señora había ido a la marquesa de Casablanca para ver qué se hacía y ésta había parado el golpe logrando del Alcalde, persona bellísima y discreta, que las dos jóvenes, al salir judicialmente del asilo, fueran depositadas en el convento de las hermanitas de la Cruz en vez de volver a la casa de la tía, donde el padre de las niñas se hospedaba y que era el deseo de los dos acusados. Doña Joaquina había nombrado a Antonio como defensor.

Corría el mes de setiembre con sus excesivos calores que tendían a mitigarse.

Era ya la hora en que se podía transitar por las calles de la ciudad del Betis, porque el sol se batía en retirada, bajando hacia el monte, detrás de cuya loma opuesta yacen sepultadas las ruinas de la antigua Itálica y cuyo abandono es un baldón perenne de los Ayuntamientos de Sevilla que se van sucediendo sin pensar ninguno en desenterrar tan gran tesoro del arte antiguo. María de los Angeles y María Josefa cruzaron la Alameda de Hércules formando una diagonal desde el comienzo de la calle donde vivían hasta cruzar por delante de las dos columnas de gastadísimo granito que sirven de pedestal a dos estatuas de emperadores romanos.

Estos dos emperadores, y el *muñeco* en que remata la Giralda y el *Hombre de Piedra*, mutilada estatua romana, que dió nombre a su calle y ya no existe, son, si hemos de creer a la tradición

sevillana, los cuatro únicos hombres que en Sevilla no beben vino.

Las dos amigas cruzaron la calle de Amor de Dios hasta tomar la de Morgado. Los autos cruzaban en todos sentidos. Los vendedores ambulantes pregonaban en todos los tonos su mercancía.

Una vieja llevaba al brazo un enorme cesto de mimbres, cubierto con una gasa de color rosa. De cuando en cuando, se paraba delante de la muchedumbre, que iba y venía sin hacerle caso, y gritaba con una vocecita ya débil y gastada:

—¡Alimento!

No decía más. Vendía barquillos.

Al subir la calle de Morgado, en el rincón que forma el primer tramo, hay un corral de vecinos. Un patio con el suelo de tierra, que sirve de jardín. Malvalocas y diamelas, yerbaluisas y algunos otros arbustos esencian aquellos cuchitriles, en número de cincuenta, que son otras tantas viviendas, donde el sol había castigado durante el día los muros de ladrillo y las puertas fabricadas con trozos de persianas viejas.

En aquel corral se celebraba una boda. Por eso el portal de la calle aparecía engalanado con cadenas de papeles de color y faroles japoneses. Desde dentro llegaba el seco repicoteo de los palillos y el palmoteo acompasado que acompañaba la seguidilla.

Siguieron hasta desembocar en la plazoleta de San Juan de la Palma para tomar la calle de Quevedo, y entraron en el asilo del Niño Jesús de Praga, donde se venera la lindísima Virgen Milagrosa.

En la salita pequeña, que hay a mano izquierda, venían hablando desde una hora antes la marquesa de Casablanca, la condesa de Las Cabezas y doña Joaquina, la directora del cristiano asilo que de tal no había podido servir a las dos clavellinas cordobesas.

A doña Joaquina le habían ya pasado auto de prisión, pero se la había dejado en libertad bajo una fianza de cinco mil pesetas. Esperaban la venida de Antonio para saber el rumbo que tomaba aquel enojoso pleito. Al entrar las dos jóvenes y ver en la salita a la condesa, penetraron en ella para saludarla. Desde el patio contiguo venían alegres y juguetonas risas de las niñas del asilo que tenían recreo. Un continuo hilo de gente de todas clases sociales cruzaba el tránsito, entrando y saliendo de la devota capillita.

María de los Angeles fué la primera en saludar a su amiga con los besos de ordenanza.

—¿Usted aquí, condesa? ¡Qué encuentro más agradable!

La bondadosa dama se había levantado perezosamente de la butaca donde descansaba su cuerpo ya pesado por la fuerza de los años y del artrismo, y contestó al saludo:

—Vengas con Dios, María de los Angeles. ¡Hola, María Josefa! El jueves no estuvisteis a dejar la tarea. ¿Tan distraída te tiene mi Antónito?

—No es eso, condesa, es que tenemos a Victoria algo malucha. Es decir, más que algo. Hace dos días tuvo un pequeño vómito de sangre, que... que no me gusta. Y veníamos Josefa y yo

a encargar una misa en el altar de la Milagrosa.

—Siéntate, monina, siéntate, que ya vendrá en seguida el capellán. No tengas pena por eso. A veces esos vómitos de sangre no significan nada.

—En otro organismo, lo creo; pero en mi hermana... En fin, sea lo que Dios disponga.

Sentáronse Angeles y Josefa en un rincón de la diminuta sala, al lado de una mesita donde descansa una urna con un Niño Jesús, y la condesa creyó darles una buena noticia poniéndolas en antecedentes de lo que tanto se relacionaba con el joven abogado.

—Precisamente estamos esperando a Antonio, que es el defensor de esta señora en una calumnia que acaban de levantarle dos malvados.

Angeles estaba completamente ajena de los malos pasos en que andaba metido su padre y de las andanzas judiciales que con el novel leguleyo tenía. Tampoco Antonio había querido decir nada a la joven para no darle un disgusto. Pero al oír el nombre del marqués de Fuentes Claras mezclado en tan villana maniobra con el nombre de un ex gobernador, viejo y vicioso, la niña entendió al vuelo de quién se trataba y comprendió que aquel asunto tan sucio era ya el abismo insondable que apartaría la voluntad de su padre para concederle el logro de sus amores.

No quiso oír más; ni María Josefa quiso tampoco seguir escuchando. Se levantaron pretextando mucha prisa; siguieron el corredor a mano izquierda, levantó Josefa el portier de lana roja que cubre la entrada de la capillita, y penetraron en ella.

La capilla es pequeña; la piedad sevillana levantará otra más digna de tan venerada imagen.

El recinto estaba casi en tinieblas. Por las ventanas de la derecha, penetraba la luz difusa de la tarde, luz formada por rayos de diversos colores, que al entrar descomponíanse sobre las vidrieras de fuertes tintas, y que no llegaban a fundirse dentro de la estancia en un solo color. Diríase que flotaban dentro del recinto sagrado, sin desvirtuarse ante los ojos de la Virgen, todas las plegarias en los diversos estados de ánimos de aquellos que la saludaban: saetas de rojo y encendido amor, suspiros de confiada y dulce esperanza, lágrimas de morados y lúgubres sucesos que se le venían a contar a la que es el Consuelo de los Afligidos.

Estaba rezando mucha gente. Unos en el fondo junto al viejo harmonium; otros con los brazos puestos en cruz en la mitad de la capilla; muchos otros arrodillados ante la verja del comulgatorio con los brazos extendidos y los ojos clavados en la cara de la Virgen.

A esa pequeña pero divina imagen, que encima del ostensorio del altar se alza con su túnica blanca, su manto azul, los ojos entornados con una dulcedumbre celestial y brotando de sus manos dos haces de rayos de oro, se la mira instintivamente a los ojos, mientras se le reza.

No hace muchos años, mientras las niñas se confesaban con un padre jesuíta y hacían sus devociones, se alzó un rumor extraño de gritos reprimidos, de exclamaciones de admiración y de susto. Las niñas que estaban más cerca del altar

veían claramente los ojos de la imagen abrirse y cerrarse con majestuosa lentitud.

El jesuíta, que estaba dentro del confesonario, situado en el fondo de la capilla, salió de él y se acercó al altar. Una y dos y muchas veces presenció con las niñas el hecho prodigioso. La noticia cundió por toda Sevilla y aún por España y son muchos los que dicen haber visto el prodigio.

Si era en realidad milagro que la Virgen quería obrar, porque puede hacerlo, en aquella su devotísima efigie, o era sólo una ilusión óptica o un caso de alucinación de los sentidos, la Santa Iglesia, en cuyo Tribunal está el proceso, dará su fallo no sólo acertado sino infalible.

Lo que hay de cierto e indudable en aquel santuario de la devoción sevillana, es que la Virgen reparte sus favores por los rayos de oro que brotan de sus divinas manos, como el sol distribuye en los campos la fecundidad y la luz por los que brotan de su ígnea pupila.

Y cierto es también que aquellos ojos, tan dulces como los luceros diamantinos que aún no puede apagar la primera luz de la alborada, y que aquel rostro ovalado y correcto, teñido a veces de un fuerte carmín, como si el pudor lo arrebolase, pálido a veces, como si una amargura grande hubiese recogido la sangre toda de la imagen al corazón, quizás efecto todo ello de las diversas luces que refleja, tiene algo de sobrenatural. En aquellos ojos, en aquellos labios, en aquellas mejillas y en aquella frente de seda, se han dado cita y se han hermanado la misericordia, el amor, el dolor, la modestia, todas las virtudes que forman

ese concierto delicadísimo que el mundo eleva ante las gradas del trono de su Reina con el nombre de *Letanía Lauretana*.

María de los Angeles cruzó toda la capilla hasta acercarse, cuanto la afluencia de fieles se lo permitía, hacia la baranda del comulgatorio: hincó sus rodillas, puso extendidos en cruz sus brazos; miró a la Virgen, quiso rezarle una salve, pero sintió que en su garganta se formaba un nudo, que su corazón le palpitaba con angustioso martilleo, y en vez de elevar una salve para prenderla entre los rayos de oro de la Virgen, comenzó a derramar brillantes gotas de gruesas lágrimas que caían por su cara como si estuviese desgranando perlas finas de un collar que las ensartaba para arrojarlas en montón y sin orden a los pies de su Madre.

En verdad que ella misma no sabía precisamente por qué estaba vertiendo aquellas lágrimas. Cada gota de aquel llanto era una pena distinta y más amarga quizás que la anterior.

Aquel día abrasador de setiembre, en que el astro rey había sido tan duro al castigar los campos sevillanos, que el termómetro había llegado a subir a cincuenta y tres grados al sol y en que el vaho que subía de los rastrojos mareaba la vista del campesino, sin dejarle trabajar en la trilla; en que se habían contado tres casos de insolación en el muelle y en que las hojas de las vides y de los naranjos se habían abarquillado y secado como si fuesen de pergamino, aquel había sido para el alma de María de los Angeles el día de más

fríos sucesos, el de pensamientos y desilusiones de más nevado invierno.

¡La tuberculosis de su hermana que se había declarado franca y abierta! ¡La licenciosa vida de su padre, que le había hecho pasar increíble sonrojo delante de aquellas señoras congregadas sin saberlo para atajar sus criminales pasos! ¡La abierta lucha delante de la Ley entre su padre, el más hondo cariño que había hecho reír de placer a su vida infantil, y el novel abogado, el inmenso océano de su nuevo y desconocido amor, a cuya playa acababa de descender para sumirse con los ojos de la ilusión en sus olas que le ofrecían frescura y calor y al mismo tiempo le contaban cuentos de un porvenir color de cielo al chocar y besarse las unas con las otras en el incesante vaivén de cada charla amorosa, que a hurtadillas con el muchacho sostenía!

María Josefa la dejó llorar; le tenía compasión; le hubiese dado algo, algo cuando menos de la dicha que entonces a ella le sobraba. ¡Ella era dichosa! Un negocio imprevisto, que se había puesto en las manos de su Fernando cuando menos lo podía haber soñado, acababa de dejarle como gajes de comisión tres mil pesetas líquidas, que con las dos mil ya ahorradas completaban la suma exigida por la poca prisa o excesiva previsión de su madre.

María Josefa se sentía feliz: la noche antes se había decidido en su casa celebrar la boda para diciembre, quizás el día de la Inmaculada. Y a pesar de su inmensa dicha, la pena de su amiga la fué contagiando; comenzó rezando a la Vir-

gen para que devolviera la paz al antes alegre espíritu de Angeles, y concluyó por sentir que su corazón se le estrechaba y que las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Lloró también.

—Vámonos ya, Angeles, que es tarde—murmuró Josefa al oído de su vecina.

—Déjame llorar un rato más; con esta lluvia se va serenando ya el cielo—contestó ella en voz baja.

Siguieron rezando. Angeles sintió por fin que el cielo de su alma quedaba diáfano y tranquilo. Había bajado ya los brazos desde bastante tiempo antes, para cruzar los dedos de sus manos que mantenía apoyadas en el pecho con actitud devota. Parecía una estatua.

Por fin los volvió a poner en cruz, sosteniendo enredado en su mano derecha un rosario con cuentas de nácar; rezó otra salve; se llevó el rosario a los labios; lo besó y se puso de pie.

—Vámonos, Josefa, ya estoy tranquila.

Levantáronse las dos, y después de hincar la rodilla ante el Sagrario y echar a la Virgen una última mirada, salieron de la capilla. En la salita había luz encendida: Antonio había quedado solo con la condesa de Las Cabezas. Angeles dió al interruptor y la salita quedó a oscuras: no quería la niña que Antonio le viese los ojos, porque los traía hinchados y sangrientos. ¿Para qué darle aquella pesadumbre? Pero se hacía necesario alguna excusa que motivase las tinieblas, y Angeles la dió, diciendo al pasar con tono de voz alegre y con la sonrisa en sus labios:

—¿Todavía aquí? Antoñito, vete a tomar un

rato el fresco, que tenemos que hablar. Esta noche tienes que contentarte con la salita de María Josefa.

Antonio parecía estar serio. Al llegar, le habían dicho que Angeles estaba en la capilla; que había estado un rato oyendo los prodigios de sagacidad del abogado, pero que tenía prisa y se había ido a rezar una salve para volver a su casa, donde hacía falta a su hermana.

En seguida comprendió el joven que todos los artefactos colocados por él hasta entonces para ocultar a la niña su actitud enfrente de don Ramiro habían venido a tierra. Angeles con su femenina sagacidad tenía que haber atado los cabos que en la conversación de aquellas señoras habría ido recogiendo.

Contra su propio natural, que ver a Angeles y ponerse alegre era todo obra de un instante, se mantuvo algo serio y preguntó a la joven secamente:

—¿Por qué has venido aquí?

—Vine—respondió ella con suma naturalidad—porque quería encargarme una misa y rezar a la Virgen por la salud de María Victoria.

—¿Has encargado ya la misa?

—No; el capellán no ha aparecido por aquí.

—Bueno, yo la encargaré y vete a tu casa.

—Gracias, Antonio. Que a ser posible, sea después de las ocho para que pueda venir mamá.

—Bueno, cuando vaya esta noche te diré la hora: pero vete a tu casa, que ya es tarde.

—Entonces, hasta luego. Ya sabes, en casa de María Josefa. ¿Eh?

—Adiós, Angeles. Allí hablaremos.

—Adiós, moreno, que desde que tienes pleitos, te estás dando un postín, que aturde.

Y haciéndole agur con la mano, se perdió en la oscuridad, enlazada al cuello de su amiga. La sequedad desacostumbrada de Antonio le hizo ver que éste sospechaba en ella lo que ella había ya descubierto.

Siguieron hablando la condesa y el joven.

El negocio de las cordobesas iba poniéndose cada vez más oscuro. El abogado tenía en su poder o la copia o el original de todas las cartas que se habían cruzado durante la batalla; pero el documento decisivo, el único a su favor era la carta del labriego cordobés, dirigida a doña Joaquina, por la que le daba autorización para meter en su asilo a las dos hijas, mientras él decidía lo más conveniente.

El obstinado padre se había cerrado en banda y negaba toda su intervención en aquel escrito, que a la legua se veía no ser suyo ni en la materialidad de la escritura, porque como él decía, le estorbaba lo negro, ni en la redacción que desde luego suponía un entendimiento mucho más avisado y claro que el de aquel hombre pequeñito, enjuto, con la cara ennegrecida por los soles del campo y el analfabetismo pegado hasta en sus mismas facciones, algo parecidas al simio africano.

Antonio había vislumbrado ya dos dedos de luz que le podían poner en campo abierto antes que se dictase la sentencia, cuya promulgación urgía la parte contraria y que era, a no dudarlo, poner a las dos palomas en poder de los dos al-

cones, y como secuela necesaria la prisión de doña Joaquina con las costas del proceso judicial y la multa correspondiente.

El haz de luz descubierto por Antonio era la noticia que acababa de adquirir. La dueña casi universal de aquel pueblo cordobés, prendido en la cumbre de un inmenso monte que a guisa de cono se eleva en medio de un llano, era la duquesa de las Atalayas.

La duquesa era sevillana por los cuatro costados. Sus padres, títulos también de la grandeza española, vivían en el suntuoso palacio solariego cerca de la plaza de la Paja, o como se la llama hoy, de Ponce de León.

Toda la familia era conocidísima de la condesa de Las Cabezas: de religioso abolengo. La madre, particularmente, que podía hacerlo con más facilidad por tener más salud que el esposo, vivía dedicada por completo a las obras de misericordia y de piedad, en especial las que tuviesen relación directa con su devoción favorita del Corazón de Jesús. Sus piadosas aspiraciones en este punto llegaban hasta el deseo, varias veces comunicado personalmente al mismo rey, de ver puesto oficialmente al Corazón divino en el escudo de la bandera española.

Las dos hijas solteras que vivían con ellos habían sido compañeras de colegio de María de los Angeles en Castilleja de la Cuesta: sus risas de cristal las había oído infinidad de veces Antonio desde la atalaya de su olivo en los pasados tiempos de torturas que habían dado ya tan dulce fruto. Estaban reputadas como dos de las be-

llezas más extraordinarias de Sevilla, y sin embargo, aquellas dos celestiales criaturas habían hecho como Angeles el propósito de no bailar en los salones, porque el baile exótico inquietaba sus almas, y tampoco sabían embadurnar sus caras con pinturas compradas en las perfumerías, sin que por eso faltasen a sus rostros los colores frescos y vivos con que pinta la Naturaleza sus flores. Eran dos genuinos claveles sevillanos.

Con estos antecedentes, Antonio pensaba recabar de tan cristianos señores una carta de presentación que le introdujese a la audiencia con su hija, la joven duquesita, y presentarse en el pueblo de donde había venido el obstinado cordobés.

Era imposible que con el auxilio de la duquesa no descubriese el origen de aquella misteriosa carta, y su verdadero autor y la complicidad que en ella tenía el padre de las perseguidas muchachas.

La condesa y Antonio se despidieron: ella para recogerse a su casa; él para indagar lo que María de los Angeles hubiese podido sacar en limpio de la conversación de las tres señoras y combinar las mentiras y restricciones mentales que pudieran tranquilizarla.

Trabajo le costó serenar aquel cielo ya encapotado con tantas nubes: lo consiguió a medias. Don Ramiro, según Antonio, era más bien víctima que cómplice en los desórdenes del marqués de Fuentes Claras y quizás aquel pleito viniese a ser el lazo de unión entre abogado y querellante, y la puerta por donde entrase el joven a la voluntad y consentimiento de don Ramiro.

Otra cosa notó Antonio, que ya venía obser-

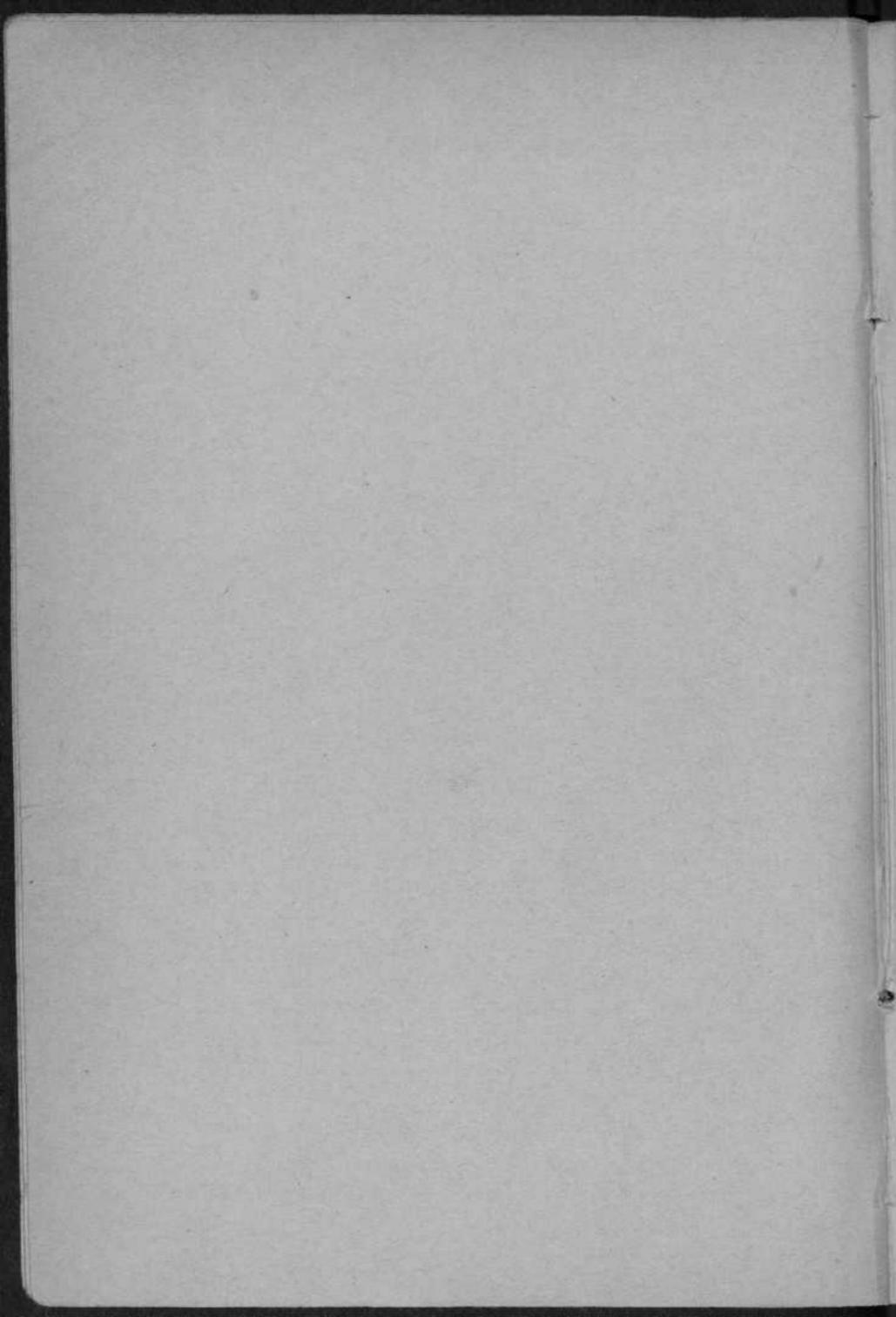
vando de tiempo atrás. Era la extraña displicencia de su amigo Fernando para con él y para con su misma prometida. A su amigo le pasaba algo raro. Quedábase a veces pensativo como si su imaginación estuviera muy lejos de la calle de Santa Clara. Ya no formaba chistes ni juegos de palabra, y si algunos se les proponía, réalos con una sonrisa que parecía forzada.

Esto, en vísperas casi de realizar su sueño dorado, era tan extraño, que Antonio se decidió a hablarle, ofrecerle sus consejos, lo que fuese necesario.

En efecto, salieron juntos. Fernando eludió la plática en que su amigo se quiso meter de rondón, y sólo pudo oír de él estas palabras:

—Antonio, te agradezco tu buena voluntad; eres un buen amigo. Por ahora lo que tengo no son más que ramalazos de mal humor. Quizás pronto lleguen éstos a herirme y a molestarme demasiado y te agradezco tu invitación amistosa, porque tendré que contar contigo.

Y se despidió de él en la plaza de San Lorenzo.



X

UN MAL PASO

Y los ramalazos de mal humor que inquietaban el espíritu satírico-filosófico de Fernando Téllez tenían su raíz más honda de lo que Antonio podía sospechar.

Fernando había entrado, niño aún, en las oficinas de una fábrica de azulejos en grande escala. Entró de meritorio sin sueldo: luego su misma laboriosidad, talento y honradez, le abrieron paso en la oficina central, y poco a poco se hizo dueño de la confianza de sus superiores.

Andaba por entonces su amigo Pepe Piña buscando un hueco donde meter la cabeza, porque el empleo de reporter no le dejaba ni aun para rendir culto al humo del tabaco más ínfimo del estanco ni al vino de más humilde marca de la casa de huéspedes donde a duras penas podía vivir.

Fernando, con su ya ganado prestigio, logró que

se le diese un destinillo en la fábrica y entró como auxiliar en la sección de anuncios, españoles y extranjeros, con lo cual vió el cielo abierto nuestro hambriento reporter. Pero el maldito espíritu de la ambición jamás dice *basta, ya estoy satisfecho*, y Pepe Piña fué abriéndose camino, siempre a la sombra de la honradez de su amigo, y hasta llegó a captarse por completo la voluntad del gerente de la fábrica.

Desempeñaba el cargo de cajero un hombre de reconocida probidad, pero viejo ya y desmemoriado hasta el extremo de que todos veían venir su destitución y todos comprendían además que aquel lucrativo destino vendría a manos de Fernando.

Piña trabajó su candidatura personal con todo secreto y al calor del gerente, pero se pidieron informes de él, como era natural, y se vió que el candidato adolecía de dos malas inclinaciones que iban tomando vuelos conforme los tomaban las alas de su fortuna; eran el juego y la bebida.

El cajero viejo, cuando ya era inminente su jubilación y se estudiaba el modo de hacerla lo más honrosamente posible, sintióse una tarde algo indispuerto, al día siguiente algo peor, y después de recibir el Santo Viático, tres días más tarde hincó el pico, dicho en frase andaluza, y descansó en la paz de su Creador.

Fernando subió al puesto que dejaba libre el difunto y Pepe Piña tomó el puesto de Fernando. Ambos amigos quedaron satisfechos de su respectivo encumbramiento, y pasó el tiempo.

Era aquél en que la mamá de María Josefa se

había obstinado en no conceder la mano de su hija al nuevo cajero mientras no viese en sus manos un ahorro de cinco mil pesetas contantes y sonantes.

Ahorrar tres mil pesetas, porque un par de miles las tenía ya casi ahorradas, no era obra de ningún juego de manos que pudiera hacer sacándolas del bolsillo de la americana, y Fernando contaba con medio año largo de economía para poderlas reunir, si algún buen negocio no se ponía a tiro en aquel lapso de tiempo.

En lo primero que pensó Fernando al tomar posesión de su nuevo destino fué en hacer un balance verdad del año anterior, porque su malogrado antecesor había dejado las cuentas algo parecidas a las que dicen que rindió Gonzalo de Córdoba cuando se las pidieron los reyes de Castilla.

Efectivamente, aquello andaba algo embrollado entre la edad decrepita del cajero y la hombría de bien clásica del tenedor de libros.

El que desempeñaba este cargo era un personaje ya muy conocido en la fábrica; llevaba en dicho empleo cerca de treinta años. Hombrecillo regordete, nervioso, bajo de cuerpo, de cara blanca y sanguínea, que siempre tenía rasurada y encendida como un inmenso tomate a medio madurar. Obstinábanse inútilmente en negar la magnitud de su calva cuatro pelillos largos, medio blancos, medio rojos, que saliendo del parietal derecho, subían intrépidos hasta cruzar la parte superior del cráneo, y deteniéndose por falta de vigor antes de descender por la parte opuesta, estaban mintiendo al público, según decía Fernando

y se lo decía al mismo interesado con estas frases:

—Don Veremundo, esos pelos que lleva usted en la calva son de lo más quijotesco para los que la miran y de lo más mentiroso y aduladores para con usted, que darse puede. Parece que se ponen en medio de la cabeza para gritar de un modo provocador: "¡Aún hay patria, Veremundo! ¡Señores, mírenlo bien; aquí no hay calva!" Y al único a quien engañan es a usted.

Don Veremundo y Fernando llevaban algunos días cotejando partidas, recibos y libros para rectificar el balance del año precedente.

Varias tardes después de aquella expansión que se había permitido el cajero haciendo novillos en su oficina para descansar unas horas debajo de los sauces que llenan de poética tristeza la estatua de Bécquer en los jardines del Parque, trajinaba entre papeles y libros sentado delante de la mesa de despacho.

Hacía un calor inaguantable; las ventanas que daban a la vía pública estaban cerradas herméticamente para que el resol de la calle no penetrara como una ola de fuego en aquel no muy espacioso recinto. Sólo una hoja de las contraventanas algo entreabierta dejaba penetrar la luz suficiente para no estar a oscuras.

Un ventilador de dos largas paletas de madera giraba vertiginosamente en el techo, renovando el aire con inútiles esfuerzos, porque aquel aire, revuelto y agitado, quemaba lo mismo que el del pasillo interior, de donde venía por una puerta abierta de par en par, y el termómetro del pasillo decía a los que se lo preguntaban que la tem-

peratura interior del edificio era de treinta nueve grados centígrados. Calor de fiebre.

Fernando, en mangas de camisa, con un pañuelo blanco sobre la mesa, que tomaba a cada momento para pasárselo sobre la frente, por el cuello o por las manos, y con un abanico de palma o pay-pay, cerca del pañuelo que a cada paso tomaba para echar en cara al pobre ventilador la inutilidad de sus esfuerzos, afanábase él mismo por vencer la modorra que invadía sus miembros y a la cual se rendía con frecuencia, inclinando la cabeza casi hasta meterla entre los papeles de la mesa y haciendo ante aquellos embrollados documentos tres o cuatro señales afirmativas.

Estaba solo. Don Veremundo había salido unos instantes para ordenar al portero que les trajese unas botellas de cerveza de la Cruz del Campo, pero que estuviese bien helada, y para por si acaso, una botella de jerez seco, pero que fuese Domecq legítimo.

Fernando, después de una serie de cabezadas, se desperezó, poniendo ambas manos cruzadas por detrás de la nuca, y se quedó mirando al ventilador. Filosofó un instante: ¿Qué definición daríamos a este chisme? ¡Psh! Un moscardón, que hacemos volar cerca de nosotros, para forjarnos la ilusión de que con el ruido de sus alas nos está dando fresco... ¡Psh!... con el ruido..., nada más... la ilusión...

Y bajó las manos, apoyó los codos en los brazos del sillón, inclinó la frente y volvió a decir con la cabeza a los papeles de la mesa que todo cuanto decían estaba bien dicho.

Despertó, dando una sacudida con el cuerpo, como si acabase de cruzar por su mente alguna idea más fuerte que el sueño: se inclinó hacia la mesa; tomó un recibo y lo leyó; abrió el libro Mayor y con el dedo índice que iba pasando en zig-zag, de arriba abajo por su hoja izquierda, buscó algo que no halló, porque lo volvió a cerrar. Se volvió a echar sobre el respaldo del sillón; apoyó el codo izquierdo sobre el brazo de su asiento y sobre la mano izquierda apoyó la barbilla. Debíó volver a filosofar, pero en voz tan baja que sólo pudieron percibirse estas palabras:

—¡Tres mil!... ¿De dónde?... ¡Caprichosa!
¡Cuando el cura te dé oficialmente el título de suegra, me las vas a pagar todas juntas!

Tal vez llegó a oír esta amenaza furibunda el tenedor de libros, porque entró en aquel preciso instante en que Fernando lanzaba su grito de venganza.

Don Veremundo venía también en mangas de camisa; puesto uno de los tirantes de los pantalones, y colgando el otro, porque debido a la ancianidad se le había roto a impulsos de un estornudo que la diferencia de temperatura entre el pasillo y la puerta de la calle le había producido. ¡Pecata minuta! Un cuarto de hora de distracción aquella noche para una de sus hijas.

Venía como siempre, contoneando con ridículo afeminamiento la parte del cuerpo que cae más abajo de la cintura y restregándose las manos con fruición, pensando sin duda más que en la cerveza en el vinillo jerez que ya venía de camino.

—Ya está hecho el encargo. Un descansito no vendrá mal. Don Fernando, las cosas hay que tomarlas como vienen.

—Sí, señor, don Veremundo, y Dios quiera que vengan bien frescas; porque estoy frito.

—¡Jé!, ¡jé! ¡Usted siempre tan ocurrente, señor cajero! Ya he insistido en que la cervecita venga bien heladita. El vinillo no hace tanta falta, porque como luego se ha de calentar en el estómago...

—El vino será para usted: yo lo que apetezco es cosa fresca; cerveza, helado, agua, el río que me echasen con un embudo.

—Una copita Domecq es el refresco más eficaz, créamelo, don Fernando, porque... llama el calor al estómago y desaparece de todo el resto del cuerpo. ¡Jé!, ¡jé!

Cuando vino el mozo del bar trayendo el servicio en una bandeja de metal blanco y la puso encima de una mesilla de donde retiró don Veremundo una máquina de escribir, Fernando se sirvió cerveza, y lo mismo hizo su amigo. Despachada ésta, no hubo más remedio que caer en la tentación y descorchar el jerez. En efecto, la primera copa produjo en el organismo de Fernando un efecto agradable. Le hizo sudar y vino después la sensación de frescura en todo el cuerpo.

El sueño y la modorra se fueron y el tenedor de libros, sentado en una butaca de rejilla, mirando de soslayo a Fernando, le lanzó esta pregunta:

—¿Concluiremos esta tarde, señor cajero?

—¡Qué sé yo! Aquí hay un trabacuentas que

me tiene loco. Tenemos que ponerlo en claro.

Don Veremundo había dejado de sonreír; se había puesto más nervioso de lo ordinario, y mascaba la saliva con un ruidito especial como si el vino y la cerveza se le hubiesen convertido en estopa. Miró tímidamente a su amigo; luego bajó los ojos al suelo y murmuró:

—Don Fernando, no se canse inútilmente. Ese trabacuentas lo puede esclarecer en seguida.

Fernando miró al tenedor de libros. Este, como si estuviera a la sazón en un patíbulo para ser ajusticiado, se había puesto en el borde mismo del sillón; tenía las piernas muy juntas y las dos rodillas aprisionaban fuertemente sus dos manos plegadas. Miraba al suelo como si el rubor o el miedo le impidiesen alzar los ojos.

El cajero le preguntó con extrañeza:

—¿Y cómo? ¡Ni sabe usted siquiera en qué está mi confusión!

—Lo sé. Encuentra usted siete mil pesetas de más, en efectivo, después de hallar al corriente el haber y el debe. ¿Es eso?

—Eso es. Pero... ¡Si yo no he dicho a usted nada?

Don Veremundo miró a Fernando y sosteniendo ya la mirada de éste con sus ojillos encendidos, preguntó:

—Don Fernando, ¿es usted verdadero amigo mío?

—No sé por qué lo duda. Ya sabe que se le estima—respondió, por responder algo, el cajero.

—¿Capaz de guardarme un secreto?

—Como si cayese en un pozo.

—¿Me da su palabra de honor?

—Dada: pero explíquese mejor.

—Voy a explicarme.

Don Veremundo se levantó; acercóse misteriosamente a la puerta, formada por un marco de bayeta verde con un redondel de cristal en medio, y cerrándola detrás de sí, volvió a sentarse. Fernando creyó que el jerez se le había subido a la calva y le dejó hacer.

—Mire, don Fernando—comenzó a decir con voz premiosa y afeminada—. Mire, señor cajero, voy a hacerle una revelación como a mi confesor.

—Pero, ¿va a entrar en materia?

—Entremos, sí, entremos. La fábrica, ¿usted sabe?, venía anunciándose de muchos años atrás en un periódico neoyorquino, con un precioso *reclame* en colores. ¿Sabe usted? Pues bien, sucedió que el año pasado, al pagarse el *reclame* que importaba siete mil pesetas y por años vencidos, determinó el señor gerente que el anuncio se suspendiera, y yo, que soy la persona a quien se suelen encomendar esas cosillas, mandé suspender el *reclame*. ¿Usted oye?

—Sí que oigo, prosiga. Hasta aquí nada hay de particular.

—Entramos en la parte escabrosa. El antiguo señor cajero, que santa gloria haya, y un servidor teníamos a veces nuestras... nuestros... deslicillos; ¿oye usted? ¡jé! ¡jé! Vamos, muy poco y sólo como... como...

—Se come usted todas las palabras: hable claro. Fernando se comenzaba a impacientar.

—Digo como propinilla ¿eh? Aquel *reclame*

nos hizo caer en la tentación de una de estas... diabluras. Se trataba de un poco de pupila, ¿usted oye? La casa neoyorquina envió el recibo de las siete mil pesetas cobradas y la conformidad en suspender el anuncio, pero de mala gana, ofreciendo más ventajosas proposiciones si lo seguíamos poniendo. No se le contestó y al cabo de tres meses, allá por marzo... sí, sí, fué por marzo, volvió a escribir. Daba por supuesto que la primera carta se hubiese extraviado. Mandaba dentro un nuevo recibo y nuevas proposiciones.

—¡Bien! ¡En ayunas por ahora!

—Voy a servirle ahora mismo el desayuno, señor cajero, ¿quiere usted otra copita de jerez?

—Venga: sigo tan frito como desorientado.

—Bien; quedamos, don Fernando, en que al recibir aquel segundo recibo entró con él en nuestro cuerpo el diablillo de la avaricia. Usted me entiende, ¿verdad? ¡Sí! pues... yo que en prevención de algo semejante había dejado sin asentar en los libros todo lo referente al asuntillo aquel..., pues, ¡verá usted!, don Fernando, yo dejé sin copiar en el libro la carta enviada a la Revista en que les ordenábamos la suspensión del anuncio; contesté a aquellos señores que tendríamos en cuenta sus nuevas proposiciones para este año y... como tenía dos recibos iguales y con la misma fecha, pues... me da rubor decírselo, pero...

—Concluya, hombre, o concluiré yo: Mudó usted en uno de ellos la fecha y puso la de este año. ¿No es eso?... ¡Acabe!

—¡Sí, mi señor don... cajero! Pero, mire, lo

hice con tal habilidad que... ¡espere!, voy a buscarlo, aquí tiene que estar entre...

—¡Basta! ¡No lo busque! ¡Todavía va usted a gloriarse de ser un hábil falsificador! ¡Don Veremundo, es usted un... miserable!

Fernando echaba fuego por sus ojos, llenos de indignación. Don Veremundo, que había ido siguiendo las miradas del cajero con sus ojillos saltones, haciendo con su cara diversos y ridículos visajes y resbalando su cuerpo flaco sobre el asiento hasta quedar de nuevo sin más punto de apoyo que el filo del sillón, cayó de hinojos delante del joven, llorando como una criatura, con las manos cruzadas y levantadas en alto como si estuviese rezando a los pies de alguna imagen.

—Don Fernando, señor cajero, por lo que usted más quiera en el mundo: por la memoria de su santa madre, no pierda a este pobre padre de familia que tiene una mujer que es un sarcoma devorando piltrafas y siete hijas que son siete sañañones cuando se sientan a la mesa. Por...

—Levántese, levántese. Yo le he dado palabra de guardar el secreto y lo guardaré.

Fernando se llenó de compasión ante aquel hombrecillo miserable que por la edad podía ser su padre, y que lloraba a sus pies, y que se había convertido en criminal por instigación del hambre de sus hijos.

Don Veremundo se levantó, Fernando le ordenó que volviera a sentarse, y con calma estoica, muy propia de su carácter filosófico, inició un interrogatorio:

—Vamos a ver. De modo que esas siete mil pe-

setas que yo encuentro de más son de ese anuncio que no se ha pagado a la Revista.

—Sí, señor, don Fernando; exactamente.

El viejecillo se iba serenando poco a poco y poniéndose cada vez más meloso en sus modales y en la voz.

—Está bien. Y ¿por qué mi antecesor no se atrevió a sacar definitivamente de Caja ese dinero y repartirlo con usted?

—Le diré, mi señor don Fernando. Tiene su explicación. El señor cajero, que santa gloria haya, estaba ya desmemoriado, y además... para cuatro días que iba a vivir en esta tierra miserable...

—¡Y dejó usted que se muriera para hacerme cómplice a mí!

—¡Ya una vez hecho!... será la última picardía de mi pobre y arrastrada existencia; pero... voy a hablar con su corazón de hombre, mi señor don Fernando, y perdone este atrevimiento. Mire, yo necesito casar a una de mis hijas y... con tres mil quinientas roñosas pesetillas le compro el ajuar y quito una boca en mi frugal comida. Don Fernando, ¿usted no va a casarse también? Porque según se dice...

El cuerpo del cajero dió una sacudida violenta: en efecto, sin saberlo, don Veremundo le había hablado al corazón de hombre, o, más bien, le acababa de clavar en él un arpón. Se levantó, disimulando las impresiones que cruzaban en aquel momento por su conciencia; sacó el reloj, y dijo lacónicamente al tenedor de libros sin dejarse ver la cara, porque sabía que la tenía pálida:

—¡Las ocho de la noche! Don Veremundo, dejemos todo esto como está, y mañana veremos cómo se arregla ese mal paso.

Y sin despedirse, cerrando con llave los cajones de su bufete, salió de la oficina.

La tertulia de aquella noche en casa de María Josefa, estuvo animadísima. Angeles, Antonio y María Victoria la amenizaban con su presencia. Se le había ocurrido a Mari-pepa que el abogado aprendiese a bailar las seguidillas y desde luego señaló a Angeles como profesora. El muchacho no se daba trazas: para seguir un pleito le sobraría el garbo, pero lo que para ésto le sobraba faltábale para mover los pies, y más aún para agitar los palillos en sus manos. ¡Lo que se reía Mari-pepa! ¡Lo que se le ocurría a Fernando! ¡La vergüenza que pasaba la profesora al ver la nulidad de su discípulo, que en tres lecciones no había podido aprender el primero de los seis cuadros!

—¡Pero hombre, mueve con más ángel esos brazos! ¡Si parecen dos haspas de molino!—decía Victoria.

Fernando movía la cabeza negativamente y soltó por fin el chiste:

—Oye, Victoria. ¿En qué se parece un mal abogado que defiende una causa a un pavo que se empeñase en bailar bien las sevillanas?

—¡Ya saltó el chiste!—refunfuñó Angeles.

La madre de María Josefa, a quien divertían a rabiarse los juegos de palabras de Fernando, preguntó:

—¿A ver? ¿A ver? En que el pavo... en que el mal abogado...

Fernando tenía la prudente costumbre de no dejar discurrir, que es de muy mal tono, y dió la solución.

—Pues está muy claro. En que por mucho que se empeñasen en hacerlo bien, perderían el pleito.

—¡Huy! ¡Huy! ¡A la guillotina!—exclamó Angeles con más rabia que sorna.

—No, mujer, está muy ingenioso—dijo la futura suegra de Fernando, sin saber la amenaza que unas horas antes había lanzado éste contra ella en la oficina.

—Supongo que lo del mal abogado no lo habrás dicho por mi Antonio.

—No, Angeles, con tu Antonio no iba más que lo del pavo.

Poco a poco se fueron deslindando las parejas. La futura suegra de Fernando quedó en su butacón de terciopelo raído con funda de recio crudillo ceniciento y a su lado se sentó Victoria, cerca del balcón, Antonio y Angeles sentáronse en la diagonal de la sala para no ser vistos de miradas profanas que tal vez viniesen de los cierres de la casa de enfrente.

Fernando y Josefa salieron al balcón. Ella apoyando en la baranda los antebrazos, miraba a la calle. El, de espaldas a la calle, recostaba éstas en el ángulo que formaba el muro de la casa y el repecho del saliente que tenía el balcón. Josefa preguntó en seguida:

—Fernando, me pareció que venías algo preocupado al entrar. ¿Te pasa algo?

Fernando se estremeció levemente, y no con tanto disimulo que Josefa lo dejase de notar.

—Sí, te voy a ser franco: traía una preocupación, pero ya ves que se me borró en seguida de la memoria.

—¿Podía saberse?

—Sí: no es nada de particular. Se me presenta un negocio que pudiera acelerar nuestra boda.

El rostro de Maripepa se transformó: sus ojos brillaron de alegría. Fernando la miró: era la tentación más fuerte que pudiera vencerle.

—¿De verdad?—exclamó la joven, volviéndose hacia él y tomándole cariñosamente con sus dos manos las solapas de la chaqueta—. ¡No me lo digas! ¿De veras?

—¡Sí, pero... tiene sus dificultades! Hay que pensarlo...

—Si es un negocio limpio, bien merecía la pena de que lo pensases. ¡Qué horror! Si vieras cómo me espanta pensar en... ¡en un año más!

Fernando callaba; se le partía el alma de pena, de deseos, de miedos, de remordimientos cada vez que la niña, mientras le ponderaba los beneficios de acabar pronto con aquella situación tan larga y tan dura, volvía hacia él sus hermosos ojos, cargados de amor suplicante.

Nada le dijo Fernando sobre la naturaleza de aquel negocio y sí le prometió, para no turbar su alegría, pensar bien el asunto y hacer lo posible por realizarlo. Josefa dió por hecho todo y aquella noche las muestras de su júbilo no tuvieron límite. Pero aquella noche no pudo Fernando conciliar el sueño. La pasó toda buscando, más que otra cosa, razones para tranquilizar su conciencia. La cantidad era relativamente pequeña. Tres mil

quinientas pesetas bien podía juzgarlas, según la frase de don Veremundo, como una propina de la casa, a quien venía sirviendo durante tantos años.

Además, una vez realizada la boda, él podía ir poco a poco en pequeñas partidas imaginarias restituyendo lo mal adquirido.

Al día siguiente, persuadido por don Veremundo de la impunidad del desfalco, puesto que él con el antiguo cajero había hecho otros sin perder la honorabilidad y la confianza en la fábrica, y dando como razón a don Veremundo que por aquella vez y para no delatarle consentía en lo ya hecho y que de no consentirlo había que modificar libros y pedir nuevos recibos, es el caso que por la noche podía llevar nuevo y más positivo gozo al corazón de su prometida, anunciándole que el negocio se había realizado, que tenía ya las cinco mil pesetas reunidas y que la boda podía realizarse cuando a la futura suegra le pluguiese determinar.

El silencio de los sepulcros cubrió como un velo aquel desfalco, el primer lunar que manchaba la siempre limpia conciencia del empleado.

Pasaron días y pasaron semanas; la boda se concertó para diciembre, el día de la Inmaculada, y una noche, en que fueron al teatro, que frecuentaban poquísimas las dos familias de Arias de Pedraza y de Las Cuevas, en un entreacto salió Fernando a tomar el aire en el pasillo y se encontró con su amigo Manolo Salinas, aquel diligente cordobés que tan inútilmente había querido hallar la filiación del del bigote negro.

—Fernando—le dijo—, me alegro encontrarte, porque quiero ponerte sobre aviso.

—¡Hola!, Salinas, ya hace tiempo que no nos veíamos, ¿qué es de tu vida?

—Viviendo, aunque no como tú.

—¿Y qué me querías decir, hombre?

—Pues... ¿Conoces bien a Pepe Piña?

—Nos vemos en la fábrica casi todos los días.

—Ten cuidado con él, que es de pronóstico reservado. No te guarda las espaldas como yo.

—Me extraña. Casi todo lo que tiene me lo debe a mí. ¿Dice algo?

—Poca cosa; pero no me gusta que en tus espaldas se murmure de ti. Hace tiempo, desde que tú eres cajero, te tiene envidia. Ya sabes que el gerente procuró ponerle a él, porque Piña tiene relaciones con una sobrina del gerente y desea auparle.

—Lo sé. Pero no sé qué tenga que decir de mí.

—Dice mucho y malo. Anoche se hablaba en el Casino de tu buena estreya, y yo dije que te la merecías por tu honradez, y sarta Piña con una guasita fina: "Las credenciales de la honradez de Fernando Téllez vendrán pronto de la América del Norte". Nadie le hizo caso, porque estaba como una solera, pero... bueno es que le pidas explicaciones.

—Mejor será no hacerle caso—respondió Fernando—, mordiéndose los labios y llevándose las dos manos al pecho, que se apretó para que entrase por sus pulmones una bocanada de aire.

El pasillo aquél estaba irrespirable; se mascaba

el vaho que despedían los espectadores con sus cuerpos y sus perfumes.

Desde entonces, Fernando caminaba siempre como llevando delante de sí una sombra oscura: la de Pepe Piña, que le ponía delante de los ojos, con una mano, varias cartas de una Revista neoyorquina y le señalaba con la otra las puertas de la cárcel.

A partir de aquel momento, a pesar de los esfuerzos que hacía por disimularlo, Fernando mostraba una preocupación extraña; ya no hacía chistes; apenas reía los que Antonio o los otros tertulios formaban.

Josefa rogó a Antonio que investigase la causa. Este quiso descubrirla, pero en vano. A Fernando le daba vergüenza de sí mismo y dejaba correr los días adoptando tan sólo el partido de la inacción, el de ver venir los acontecimientos.

XI

EL AMOR MODERNISTA

Comenzaba el mes de octubre; pero el verano no daba señales de retirarse. El calor, los veraneantes, las cigüeñas de las torres, y los grillos en los parajes húmedos, todos estaban en sus sitios.

Nunca hasta entonces había montado Antonio en un tren. Todo el tiempo lo pasó mirando por la ventanilla al campo, que pasaba ante sus ojos, con suma rapidez, obedeciendo a la ilusión de los sentidos, que aquí, como en otras muchas ocasiones, nos engañan, presentando como fijo lo que pasa y lo que en realidad está pasando como cosa firme y estable.

Al ver los viñedos, los olivares, los secanos que a la sazón estaban en rastrojo, y henchidas de grano por el contrario las eras cercanas a los pueblos, le pareció injusta la leyenda negra que los hijos abortivos de España han ido tejiendo alrededor de la fama de su madre.

Córdoba le pareció mucho más pequeña que Sevilla; y por eso mismo más reconcentrados y patentes los encantos que encierra.

Le encantó el paseo del Gran Capitán; le gustaron muchas cosas, pero sobre todo la mezquita. ¡La mezquita! De pie en el ángulo que llaman de las palmeras, contempló aquel conjunto de columnas y arcos de franjas blancas y rojas que se cruzan, airosas y valientes, como si fuese un tupido bosque de árboles pertenecientes a una flora espiritual desconocida para los botánicos de la tierra.

Tampoco pudo sustraerse a la ilusión de visitar las ermitas: un ermitaño de barba blanca, partida en dos mitades, cuyas puntas acariciaban el bordón con que ceñía su cintura, le mostró el interior de una de las muchas que se asoman desperdigadas por la montaña entre las copas de los algarrobos, cuyas vainas maduras, de color de hierro oxidado, arracimadas sobre el tronco, parecían manos de alguna horda de húngaros que subían por sus ramas.

La ermita era una cátedra donde la muerte hablaba por la calavera que tenía a su entrada; donde la austera penitencia daba sus lecciones desde las tablas que servían de cama; donde el Redentor del mundo infundía fortaleza para el lento martirio desde la cruz de palo que adornaba la pared, y donde la esquila de la espadaña infundía esperanzas de eterno descanso cada vez que hablaba con su lengua de bronce.

En aquella montaña se respiraba un aire que no es el que acaricia a veces y otras azota nuestro rostro y lo curte y tuesta y vigoriza en las selvá-

ticas alturas. El aire seco de los otros montes no llega más que a oxigenar los pulmones del cuerpo; el de las ermitas de Córdoba lleva en suspensión algo de radioactividad espiritual que vigoriza el alma.

Sentado en el poyo de asperón que sirve de zócalo a la entrada del viejo convento, veía el turista debajo de sus pies un panorama lujosísimo. Hacia su derecha subía desde el abismo la oscura avenida de cipreses por donde él había entrado. "Para subir al cielo—pensaba Antonio—hay que pasar por el sombrío túnel de la muerte".

Delante de sus plantas se tendía el huerto. Un ermitaño, flaco, alto, especie de hábito ambulante que cobijaba un espíritu con barbas rubias y ensortijadas, se llegó silencioso al pilón de granito, en cuyo fondo el agua, cristalina y fresca, saliendo de un caño de plomo, caía con monótono ruido.

Le pareció a Antonio como un rezo de salmodia, con que la naturaleza acompañaba al interior que el ermitaño vendría rezando dentro de su espíritu.

El ermitaño saludó con una inclinación de cabeza; llenó un cántaro poniéndolo en la boca del grifo y se retiró con el mismo silencio. El agua siguió rezando; el espíritu aquél seguiría también su nunca interrumpida oración.

Sobre las flores labiadas de los romeros, que abrían al sol sus cálices de pálido color violeta, revoloteaban millares de abejas que libaban el polen, ya maduro, y producían en el aire un zumbido sordo, que convidaba a soñar. Parecía un lar-

go suspiro de placidez bulliciosa que exhalaban aquellas aladas criaturas, satisfechas del destino que su Creador iba a dar a su trabajo: de la miel fabricada por compañeras suyas, había sustentado su cuerpo otro ermitaño, Precursor del Dios hecho carne; de la cera por ellas fabricada iban a formarse los cirios para alumbrar el sacrificio santo, ofrecido por el Hombre Dios ante su Padre sobre un altar que, más que el de la capilla de comunidad, lo forma la rocosa montaña, y cuyo misal, de par en par abierto, era la ermita que acababa de ver, donde una mano misteriosa estaba señalando perennemente el evangelio que antes del sacrificio allí se leía: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y ven, y sígueme".

Entre la frondosidad del follaje con tonalidades de toda la gama del color verde, desde el amarillento del toronjo hasta el cobrizo del olivo, asomaba la fruta madura de los árboles. El limonero no deja de dar allí fruto en todo el año. Una misma rama, cubierta de azahares de seda blanca, ostenta junto a ellos los dorados limones que la doblegan, como si sobre ella hubiese venido a posarse una bandada de canarios.

Los rayos solares encendían más y más el oro rojizo de los naranjos y entre las diminutas hojas del granado colgaban sus frutos, abiertos hasta el fondo de las entrañas, donde asomaban compactos granos de color de sangre fresca, algo así como si de la rama del árbol se hubiesen prendido varios joyeles de oro, que al romperlos una mano avara, dejasen ver a los ojos codiciosos los montones de finos rubíes que guardaban en su seno.

Más allá del huerto, los desfiladeros de la sierra que forman a la derecha la Peña Melaria, bajan rapidísimos hasta la planicie donde el Guadalquivir va buscando en medio de sinuosas curvas la vieja capital nazarita; más allá, nuevas montañas, que forman los macizos de los Gazules, de Ronda, de la Sierra Nevada, y asomándose por entre el hueco de dos crestas como por un balcón, la frente blanca de Muley Hacén, que apenas se distinguía entre el albor ceniciento que toman los cielos allá en las lejanías.

A la memoria de Antonio han acudido palpitanes de vida y de realidad los versos de Antonio Grilo; ha respirado, más bien que recordado, aquella estrofa:

Le dan dulces esencias
 los limoneros,
 los verdes naranjales
 y los romeros;

y al subir entre lentiscos y quejigales hasta la cumbre donde se alza una cruz, que domina todo el panorama, se ha postrado de rodillas, y recordando otra estrofa del inspirado vate, ha exclamado, después de llenar sus pulmones de aire que olía a tomillo, como el caminante que se detiene para descansar antes de emprenderla con el último repecho del camino:

Muy alta está la cumbre,
 la cruz muy alta.
 ¡Para llegar al cielo
 qué poco falta!

Luego, en la capilla que tienen los ermitaños para sus actos de comunidad, ha pedido por su viejecita y ha pedido también a la Virgen que le guarde y le bendiga y le realice sus amores. Lo más dulce de su plegaria se lo ha llevado María de los Angeles.

Salió de Córdoba cuando ya la tarde comenzaba a perder la violencia de su fuego estival. Le había parecido mucho más deleitoso alquilar un auto que le llevara directamente al pueblo donde iba. Atravesó varios: le parecieron ricos; dotados, aun los más pequeños, de luz eléctrica, de central telefónica y de las comodidades que él creía patrimonio exclusivo de las grandes ciudades.

Había casi anochecido cuando apareció delante del taxis una gran mole cónica, engalanada de huertas y de casitas blancas, desde la falda hasta la cumbre. Era el término de su viaje.

Apenas se distinguían ya ni el verdor de las huertas ni la blancura de las casas. Una luz que apenas alumbraba, cenicienta y opaca, lo envolvía todo. Sólo allá, de entre la línea sinuosa que unas montañas lejanas formaban, cortando el cielo, salían formando un ángulo agudo dos haces de luz diamantina, que se elevaban sobre el firmamento ya oscuro, como los reflectores de algún crucero que navegase detrás de las montañas.

Alrededor de estos dos haces, varios jirones de nubes, oscuras unas como piedras de un acantilado bravío, diáfanas otras cual si fuesen de cristal de roca, sangrientas algunas de ellas que daban a los sentidos la ilusión de un mar de fue-

go, y delante de este fondo luminoso, colocado a contra luz, el cono del monte, con sus hileras de chispas brillantes, que señalaban la instalación eléctrica de las calles, y sobre el vértice del cono, como dibujadas con crayón sobre un papel ahuesado, las líneas duras y rígidas que señalaban las almenas y los bastiones del antiguo castillo de las Atalayas.

A la puerta del castillo se detuvo el auto, después de haber ganado la altura, arrastrándose con jadeantes resoplidos por las calles empinadas, siguiendo el zig-zag de una calzada de duros pedernales.

Dió en la portería la tarjeta de presentación para que la pasasen a la señora duquesa, y poco después, conducido por un criado, atravesó un jardín ya envuelto en la oscuridad de la noche, entró en el vestíbulo, profusamente iluminado, y se le hizo pasar al saloncito donde la señora duquesa recibía a las visitas de toda confianza.

Más a tiempo no pudo llegar para meterse inmediatamente en el asunto que le traía. El saloncito es pequeño y apaisado. Enfrente de la puerta de entrada que se abre en un ángulo del salón, hay un diván donde estaba sentada la duquesa. A un lado y a otro, en sendas sillas de nogal oscuro, el párroco del pueblo y el administrador del castillo. En la pared de la derecha un hueco abierto en el espeso muro de piedra, que da al regio salón de las audiencias, y en la izquierda dos estantes pequeños donde se guardan incunables, libros manuscritos de siglos lejanos y ejecutorias con cabezales miniados y letras góti-

cas que pregonan los diversos linajes de tan ilustre Casa.

En el fondo un gran cierre de cristal que da al pueblo y en donde juegan a la sazón dos niñas pequeñas haciendo como que guisan y aderezan manjares en una cocinita de juguete.

Una de ellas es la hija de la duquesa; un ángel de tres años, de cabellos de oro, de ojos de cielo, de expresión tan inteligente y viva, que de haber nacido en los tiempos de Murillo, aquel angelito rubio hubiese tomado parte entre el cortejo de los que embellecen sus Inmaculadas.

La duquesa era muy joven: apenas había cumplido los veinticuatro años; vestía traje de seda negra sin adorno ninguno. Sobre la misma belleza de su rostro blanco y rubio agradó al viajero la naturalidad encantadora de su trato. Le hizo sentar, y con la tarjeta de presentación todavía entre sus dedos, se adelantó a decirle:

—Ya me había anunciado papá su visita y el motivo de su viaje. El señor párroco también lo sabe. ¿Qué es lo que anda urdiendo mi colono por Sevilla?

Antonio hizo una síntesis de lo sucedido con las muchachas y llegó a la obstinación con que el padre de ellas negaba la paternidad de aquella carta, que era el eje del proceso judicial.

La duquesa daba primero señales de extrañeza y luego de indignación; pero nada decía. Miró al párroco, y en la mirada le quiso decir que hablase él.

El párroco era un hombre bastante joven todavía, de movimientos tímidos y humildes, que

ocultaban con velo de modestia una prudencia refinada y una erudición más que vulgar. Entre los papeles de la carpeta de su escritorio se escondían con demasiada timidez multitud de poesías suyas, temerosas de la luz pública, sin saber ellas mismas que Gabriel y Galán hubiese firmado con gusto muchas de ellas.

El sacerdote comprendió lo que quería decir la mirada de la duquesa y refirió el origen de la carta.

—Me extraña—dijo—la conducta de ese hombre, cuando hay testigos de lo contrario. Al recibir las cartas de ustedes, le llamé. Delante de mi mesa de despacho, en presencia de dos amigos míos, me vió redactar la carta que yo iba escribiendo en voz alta, que luego se la leí entera a los tres y que Rafael aseguró ser aquella su voluntad, y después, sentado en mi silla, hizo un garabato debajo de su nombre, diciendo: “Señor cura, esta carta la he escrito yo”.

—Y usted, señor párroco, ¿está dispuesto a declarar y probar esas afirmaciones delante de los tribunales?

—Claro que sí, y dispuesto a ir a Sevilla si es preciso.

—No creo que lo sea, le interrumpió la duquesa. Conozco a mi colono y sé que le han alucinado; pero verá usted, don Antonio, lo que yo tardo en hacerle cuerdo. Me debe el arriendo de todo el año. Dentro de dos semanas tengo que ir a Sevilla, y le llamaré y ajustaremos cuentas.

—Dios se lo pagará, señora duquesa, porque no me gustaría que saliesen triunfantes los dos mal

nacidos que así envilecen hasta sus mismos timbres de nobleza.

—¿Es algún título el que está jugando una partida tan gitana?—preguntó la duquesa con cierta curiosidad.

—Uno de ellos tiene el título de marqués de Fuentes Claras.

En aquel momento el angelito rubio, cansado de guisar imaginarios guisos, se había levantado de la alfombra donde se rebullía y dando un vuelo de mariposa, con los brazos abiertos como dos alitas de oro, había venido a caer en los de la duquesa, que al verla venir, extendió los suyos para recibirla en ellos con verdadera fiebre de cariño materno.

La joven duquesita levantó a la niña hasta unir rostro con rostro, besó varias veces aquellos pétalos de jazmín, que olían a pureza, y comenzó a mecerla mientras decía, siguiendo la conversación:

—¡Ah!, ¡vamos! ¿Es Fuentes Claras? ¡Pobre diablo! Es un título de nuevo cuño. No hace mucho que comenzó a brillar esa corona, pero ha venido a caer sobre una cabeza muy pequeña y muy loca. Papá le suele llamar Fuentes Turbias; la marquesa madre era un modelo de virtud y de dignidad, pero el hijo no hace más que echar cieño sobre las fuentes de su escudo.

Mientras iba poniendo la duquesa estas duras, pero tan merecidas pinceladas negras, sobre aquel título nublado por los vicios del que debía abri-llantarlo con sus virtudes, precisamente por ser nuevo, parecía que estaba hablando con su hija,

a quien no dejaba ni de mecer ni de besar. Luego la puso en el suelo y haciéndole la última caricia, le dijo:

—Mira, nenita, basta de zalamerías. Vas a ir a tu cocina, y me vas a guisar la comida. ¡A ver qué haces para tu mamá!

La niña reflexionó unos instantes, cerrando los ojos y poniendo con mucha seriedad el dedo índice de su manita derecha sobre la frente. Miró a su madre, y preguntó:

—Puré. ¿Quieres?

—Sí, encanto mío, puré. A ver si sale bien. Anda.

La pequeñita volvió a sus quehaceres culinarios, muy orgullosa por el encargo que se le acababa de hacer, y la duquesa prosiguió la plática:

—¡Con que Fuentes Claras! Me alegro de la noticia, en medio de la pena que se siente al ver que haya hombres capaces de tan criminales proyectos.

—¿Habrá tenido que habérselas otra vez la señora duquesa con ese buen señor?—preguntó el párroco.

—Será ésta la tercera batalla que nos damos. Ya le he ganado dos. Cuando vuelva usted a Sevilla, don Antonio, haga llegar a los oídos del marqués de Fuentes Claras que la duquesa de las Atalayas es la que ha tomado por suya esta escaramuza. Quizás bastará esta noticia para que el enemigo ceda el campo a la pureza y se vaya a buscar víctimas por otra parte.

Y comenzó a contar uno de los lances en el cual había tenido que usar de todo su talento prác-

tico, y de toda su habilidad, para convencer a una amiga suya de que rompiese con el tal Gustavo, porque la misma palabra de casamiento que había dado a ella en Sevilla acababa de prodigarla con dos jóvenes más, una durante su veraneo en Algorta y otra durante su otoñada en la Corte.

Antonio iba a tardar en volver a Sevilla, porque le precisaba ir a Madrid para arreglar varios asuntos de testamentaría que la condesa de Las Cabezas le había encomendado.

Cuando él estuviera de vuelta en Sevilla ya encontraría a la duquesa de las Atalayas en la casa de sus padres, y probablemente hallaría al colono convicto y confeso. Lo difícil iba a ser el echar tierra sobre el sucio manejo de los dos impostores, porque Antonio estaba decidido a no molestar ni violentar al viejo ex gobernador que tenía en la mano de su voluntad la llave de su tesoro y de su dicha.

La duquesa llevó la galantería con Antonio hasta el límite de no dejarle ir a buscar fonda donde pasar la noche. Ella ocupaba los altos del castillo y en la parte baja estaban varias habitaciones preparadas siempre para los huéspedes a quienes quería honrar la hermosa castellana con el privilegio de hospedaje.

Cenaron en el comedor, abierto enfrente de la escalera, que sube a las dependencias superiores del castillo, y les acompañó el párroco, servidos los manjares por una fiel e ingenua sirvienta, que conocía a Rafael y a sus hijas y amenizó la comida contando la vida y milagros de los tres. Las

dos muchachas eran de las más honestas y simpáticas de la villa.

Al día siguiente se sirvió el desayuno y la misma dama fué enseñando a Antonio las dependencias del castillo señorial.

El auto de la casa llevó a Antonio hasta Córdoba, donde tomó el exprés de lujo que llega a Madrid hacia las nueve de la mañana.

Llevaba varias tarjetas de presentación, pero una de ellas era para él de suma importancia. Unas amigas de María de los Angeles le habían encargado una visita para su tío, que era un alto empleado del Tribunal Supremo.

Aún no se daba cuenta el humildote huérfano del sitio social en donde sus méritos personales y los ímprobos esfuerzos de su aplicación le habían colocado.

Un hombre de tan alta posición en la abogacía era para él como un ser del otro mundo, como un semidiós al que había que mirar de abajo a arriba y luego bajar los ojos y procurar como un cordero ponerse a sus órdenes y quedar pendiente de sus palabras como de las voces de un oráculo.

Aquel señor era un hombre rico; su mujer era más rica que él en bienes de fortuna, y solamente el turno riguroso de su empleo le detenía en la Sala de Vacaciones de Madrid, pues de lo contrario, como otros años, estaría ya en las Arenas de Bilbao con su familia y con un presupuesto de quince o veinte mil pesetas para gastos de veraneo.

Vivía en un piso de Recoletos, donde se dirigió el abogadillo, con la infantil curiosidad mez-

clada de respeto, porque iba a ver y a hablar con un togado de tales aldabas políticas.

A la puerta de la lujosa vivienda estaba sentado un portero sin uniforme, pero cubierta la cabeza con una gorra galoneada de oro. En aquella misma casa vivía el entonces ministro de Marina y por esa razón daban guardia en aquel tramo de la ancha avenida constantemente dos gendarmes.

Un vestíbulo inmenso lleno de luz, de ornamentación completamente modernista, con columnatas y estatuas romanas a los lados, cerrábase en dos escalinatas que, al buscarse hacia el centro por la parte superior en forma de arco, dejaban en medio el hueco del ascensor.

Nada de cancelas bonitas de hierro labrado; nada de patios con fuentes y con flores; nada sevillano que diese impresión de alegría; todo daba solamente la del lujo.

Antonio preguntó tímidamente al de la gorra galonada:

—Haga usted el favor. ¿Podría decirme si vive aquí don Fabián de las Huertas?...

—Primero izquierda.

Y el hombre se levantó y dirigió sus pasos hacia el ascensor. Antonio se encontró de pronto cortado. En Sevilla se usa muy poco el ascensor: las casas no tienen las pretensiones de la torre de Babel: para subir al cielo y hablar con su Padre Celestial, les basta a los sevillanos la escalera de la oración.

Por eso el muchacho no sabía manejar aquel artefacto moderno, y optó por el sistema primitivo

de la escalera. Al fin y al cabo era el primer piso donde tenía que ir. Las dos escalinatas subían a un lado y a otro, formando una vuelta de caracol, para rematar en un descanso amplio que llenaba todo el fondo, y donde lucían maceteros largos de azulejo con begonias y orquídeas.

Desde el centro del descanso, un solo tramo de escalera muy ancha llevaba hasta otra plataforma, adornada con palmas reales; un puerta de nogal a cada extremo y en el centro un letrero rojo que decía: *Entresuelo*.

No era aquél el piso que buscaba. Subió otras escaleras, en la misma forma que la anterior, y al fin de ellas decía un letrero azul: *Principal*.

Siguió subiendo y llegó al piso *Primero*. Le recibió una criada, vestida con una pulcritud y una elegancia rayana en la coquetería: le hizo pasar por varios saloncitos pequeños de lujo oriental, y en uno de ellos le rogó que tuviese la amabilidad de esperar unos instantes y de tomar asiento.

La espera duró más de los amables instantes anunciados, lo suficiente para que Antonio curioseara todo lo que había en la sala con disimulo y atisbando a cada momento por la puerta para no ser sorprendido y pasar plaza de *isidro* o de mal educado.

La primera en presentarse fué la esposa del togado, amabilísima, de buenas carnes, de no muy avanzada edad y, debido tal vez al calor que todavía reinaba en Madrid, de no muy recatada indumentaria.

Ya su esposo Fabián había recibido una carta de sus sobrinas, sumamente laudatoria para el no-

vel abogado, y ya le estaban esperando Fabián, ella y las dos únicas hijas que a la sazón tenían en casa, porque las otras tres pasaban el fin de la temporada veraniega en San Rafael con ciertos parientes.

En efecto, don Fabián se presentó envuelto cómodamente en una bata y metidos sus pies en dos babuchas frescas con piso de caucho rojo.

Era un tipo campechano hasta lo sumo; hasta hacer su presentación extendiendo paternalmente los brazos y estrechando en ellos al tímido doctor, que no sabía si estaba soñando con que la fortuna, tomando figura de hombre, arrebujada en una bata, que a él le parecía ridícula pero que tenía que ser el *chic* de la moda, le tendía sus brazos protectores, augurándole el porvenir más brillante en los comienzos de su carrera.

Detrás de él aparecieron las dos hijas: Rosario, que era también el nombre de la madre, y Pilar, o Pilita, o Pili, como se la llamaba en casa. Rosario había cumplido los treinta años: Pili los diez y nueve. Ambas traían la indumentaria de la madre, algo excusable o por la moda o por el calor veraniego.

Las demostraciones de amistad, recibidas por Antonio en su primera visita al palacio de su ilustración de abogado, fueron ingenuas y consoladoras. Se le enseñó todo el piso hasta el cuarto de baño y los secretos de los dormitorios, y al salir quedaba convidado para comer con ellos al día siguiente.

Siguieron pronunciándose las muestras de cariño después del festín con que se le obsequió al siguiente día, de tal suerte, que en su honor se or-

ganizó para el otro una excursión a San Rafael con el auto del magistrado, porque doña Rosario deseaba que conociese al simpático sevillano el resto de sus floraciones conyugales.

Irían por la mañana, para comer en el hotelito de San Rafael, imitación de un castillo de la Edad Media, un recuerdo en cartón o en escayola del que acababa de ver, macizo y sólido, en el solar de las Atalayas.

Al ir por la mañana a la cita, se le hizo esperar cerca de un cuarto de hora en el saloncito recibidor mientras se acicalaba la patrulla femenina.

¿Lo habrían puesto a drede aquella mañana?
¿Sería que estaba ya allí de ordinario, pero que no se había fijado en él hasta entonces?

Es el caso que sobre el piano, entre los miles de monadas que en la parte superior se habían ido colocando, aparecía de un modo muy visible una fotografía sin marco ninguno, apoyado el cartón sobre un florerito fabricado con china de Sevrés. Era un grupo de muchachas conocidas de Antonio y tan conocidas que el corazón le dió un vuelco al fijar en él su mirada.

En el jardín sevillano de las sobrinas de don Fabián se habían retratado las dos parientas del ilustre togado con María Josefa, María Victoria y María de los Angeles.

Cosa también muy rara. Al lado del cartón de aquella fotografía, dentro de un marco de bronce y plata, como desafiando en el palenque de la hermosura a la sevillana, el retrato de Pilita, vestida en traje de *lawn-tennis* y con una raqueta en la mano.

¿Sería casual o sería un cartel de desafío? Porque Pili, desde el primer día, no cesaba de meterse por los ojos al muchacho. Comparó ambas imágenes. La figura de Pilar, de facciones correctas y hermosas, cortado el pelo en melena, de cuerpo delgado, suelta de traje, según el uniforme del juego de *sport* a que entonces rendía culto, con aquella falda tan cortita y aquel escote exhibiendo más encantos de los que permite el pudor femenino, le parecía más provocativa, más atrayente para un rato de placer.

María de los Angeles, con su rostro que exhalaba dulzura, más lleno y expresivo, con su hermoso pelo adornado siempre con dos claveles reventones que cortaban la espesura de los bucles, vestida con un traje que ni reñía con la moda ni disgustaba al pudor, le parecía más digna, más... esposa, porque levantaba en su alma unos afectos y unos deseos más honestos y espirituales que los que pudiese levantar en sus sentidos sin necesidad de bodas cualquier cupletista de *cabaret*.

Entonces, latiéndole con fuerza el corazón por las añoranzas que el retrato había producido en su espíritu, tomó el cartón en sus manos y lo aplicó lentamente a sus labios, y luego lo volvió o colocó en su sitio.

Como si hubiese estado esperando este desahogo, detenida hasta entonces por la prudencia, apareció Pili en el recibidor dispuesta a emprender la excursión. Nada le dijo; probablemente no había visto la muda escena.

Poco después de haber salido del casco de la capital, el auto se detuvo, y Pilar dispuso que los

viajeros variasen de sitio. El *chauffeur* se trasladó al interior donde iban las dos Rosarios. Pili tomó el volante y sentó a su izquierda al abogado.

La joven comenzó su charla tuteando al compañero.

—Oye, Antoñito—le dijo apenas había puesto el auto en movimiento—, quiero avisarte una cosa, porque veo que eres más ganso de lo que yo creía.

—Gracias, Pilita.

—No las merece, rico. Te prevengo que en San Rafael van a quererte catequizar unas cuantas bien, comenzando por la estúpida de mi prima Mery.

—A mí, ¿para qué?

—Pues para nada, morenito con sal. Oye, y te advierto que no te pongas merengue con ellas, porque yo soy más celosa que una gata.

—¡Claro! ¡Como es usted madrileña!...

—Gatita y a mucha honra. Pero si me vuelves a llamar de usted, me da un ataque de nervios y echo el auto a la carretera. Te va la vida.

Antonio se echó a reír. Pili, mientras tomaba la curva del famoso *punte de la muerte*, con una seguridad digna de unos puños del sexo fuerte, seguía disparatando.

—Porque yo te quiero para mí sola. ¿Te enteras, guapo? Y es que si te pones tierno con Mery, no vuelvo a mirarte la cara. ¡Vamos! Dime que me prefieres a mí. ¡A que no eres castizo para darme! ¡Círmelo!

¿Qué iba a decir Antonio? La galantería le

obligó a fingir y siguieron hablando. La joven preguntó en una de las pausas:

—Antonio, ¿conoces el *chárleston*?

—¿El...? ¡No! No he salido nunca de España.

Pili soltó el trapo a reír y desde el fondo del coche se oyó la voz de doña Rosario, que decía toda asustada:

—Pilita, no te entusiasmes demasiado, que llevas la vida de todos en tus manos, hija mía.

—Mamá, ¡si se le ocurren unas cosas a este animalito con borla como la de papá! Está encantador. Rosario, aquí fué donde volcamos la otra vez cuando aquel bestia de Manolo nos quiso lanzar a ciento treinta.

Rosario rectificó:

—No, fué allí, cerca del Alto del León. ¿Te acuerdas que tú caíste... ¿Ves? ¡Ahí! Tú fuiste a dar contra aquella encina. Manolo tropezó en esos chaparros y Paco dió dos vueltas en el aire y cayó allí, allí entre aquellas retamas.

—¿Pero no os matasteis todos?—preguntó Antonio, comenzando a temer por sí, porque Pili iba aumentando la velocidad.

—Sí. Paquito, el pobre, murió al día siguiente, pero los demás caímos como...

—¿Como los gatos? ¿De pie?—dijo riendo el abogado.

—¡Mira, qué coincidencia! ¡Paco era el único que no era madrileño!

Habían llegado al Alto del León. Dejaban atrás las faldas que se prolongan hasta Madrid, cuyos edificios aparecían medio arropados entre las brumas. El Escorial había quedado a la iz-

quierda, y hasta las cúpulas del enorme monumento de la batalla de San Quintín habían ido descendiendo hasta perderse debajo de los barrancos, poblados de encinas. A la derecha el sol bañaba con intensa luz el terreno que forma ya los confines de Madrid con Segovia. Sobre la tierra arcillosa, que parecía dorada a fuego, verdeaban los cortijos, con sus casitas blancas, y como cintas de plata culebreaban las carreteras y los caminos vecinales. Desde aquella altura se dominaba todo el extenso valle hasta las montañas que forman el otro puerto de Nava Cerrada, bajando violentamente a la hondura. Un penacho de humo blanco iba avanzando por el valle: el rápido de Hendaia que había dejado la estación de Collado Mediano y que iba buscando la de Cercedilla.

Debajo de las ruedas del auto, comenzaba un abismo formado por copas espesísimas de pinabertos, y allá en el fondo, después del pinar, un montón de casitas blancas y rojas como las de un nacimiento de juguete.

El coche se lanzó cuesta abajo, siguiendo las sinuosas curvas, y la conversación se paralizó. Antonio sentía el vértigo de la hondura: llevaba los ojos muy abiertos y con expresión de miedo en ellos. Pilita reía y de cuando en cuando se escapaban de sus labios incoherentes frases o chillidos ahogados de placer: era el vértigo de las velocidades.

De cuando en cuando, Pili preguntaba:

—Antonio, ¿te gusta el paisaje?

—Vas demasiado deprisa.

—Chico, yo soy así en todo; hasta en el amar.

Y seguía riendo, y seguía lanzando exclamaciones de comprimido júbilo. El muchacho callaba; pero sentía que su organismo se contagiaba con el vértigo que ya había sin duda embriagado el de su compañera. Aquel vaivén continuo del coche, al tomar continuamente curvas y más curvas, que aproximaba y apartaba sus cuerpos y amenazaba lanzarlos juntos a la sima que a todos lados abría sus fauces, comenzó a parecerle apetecible; era un vértigo, en medio de todo su peligro, muy agradable.

Por fin cesó la pendiente y por la asfaltada y húmeda carretera, entoldada por pinos y acacios gigantes, dejando a derecha e izquierda jardines y casas de fantásticas construcciones modernas, llegaron a la suya.

Les estaba esperando una multitud de ambos sexos; todos ellos con esa cara especial que pone el veraneante, y que tiene que poner, de una satisfacción *oficial*. Se está divirtiendo; ha venido a divertirse y tiene que persuadirse, que quieras que no, de que *se está divirtiendo*.

El sol, los insectos, las privaciones forzosas, el mismo cansancio de una vida monótona, que, tomada por necesidad del destino, resultaría inaguantable, todo eso es placer, son moléculas de gozo; es preciso tomarlo todo iluminado por el prisma de la diversión.

Pili tenía razón: su estúpida prima Mery comenzó a jugar el papel de la tercera en discordia; pero Antonio aquel día no estuvo para galanteos. Mery no era desagradable. Los ojos los tenía muy

grandes y alegres y la nariz le respingaba algo hacia arriba, pero con cierta gracia.

En el comedor, monísimo, que daba por dos arcos árabes a la terraza y de la terraza al campo de *tennis*, se le hizo comer y sobre todo beber demasiado.

Apenas encontró muchacho ni muchacha bien, de los que Pili y Mery le presentaban, que no comenzase a tutearle desde la misma presentación. Eso le disgustaba, porque detrás del tuteo venían bromas de mal género y de excesiva confianza, a que no estaba hecho su temperamento serio y tímido.

Después de la comida se habló de un rato de baile. Habían venido muchas amigas y amigos de la casa. Antonio tuvo que confesar delante de todos que solamente sabía bailar los bailes antiguos. De los modernos conocía algo el *fox-trot*, pero desconocía por completo el *chimmín* y el *chárleston*. Esta confesión ingenua fué acogida con multitud de variadas impresiones. Una semijoven, paliducha y larga como una rama de chopo desprendida del árbol, dió señales de haberse escandalizado. Entre los principios morales que regían su conciencia era uno el de que: "los jóvenes de ambos sexos que han llegado a la pubertad deben saber de todo para discernir mejor la fruta del árbol prohibido".

Otros de los concurrentes se contentaron con reír mirando a Pili con cándida malicia. Otras, es decir, muchas, la mayor parte de ellas, se compadecieron del atraso moral del abogado sevillano y se le brindaron, una por una, a enseñarle el

chárleston, comenzando allí mismo la primera lección.

Antonio se negó a dar el espectáculo, temeroso de hacer delante de aquella divertida turba el *ridi*, como solía decir la gente castiza de los barrios madrileños, tronchando la palabra, tal vez porque el decirla entera le parecía algo indecoroso.

Sin embargo, se bailó el *chárleston*. Pilita no lo quiso bailar y se sentó al lado de Antonio. Merry tampoco bailó y se dedicó a molestar a la pareja.

Después del té, hacia las seis de la tarde, se organizó un partido de *tennis*. El abogado tuvo que confesar de nuevo su ignorancia en el uso de la raqueta. Fué imposible hacérsela manejar. Los espectadores reían, y aún hubo un *pollito pera*, de los que se le habían atravesado a Antonio desde por la mañana con sus bromas, que llegó a decirle con insultante chunga:

—Oye, ¿pero a esa altura estáis todavía en Sevilla?

La pulla se clavó en el alma pundonorosa de Antonio, que envolvió al gomosillo en su mirada de tigre, y le respondió en medio de una sonrisa sangrienta:

—Es que nos ocupamos en aprender otras cosas; por ejemplo, en romperle las muelas a los niños góticos.

Las muchachas se agolparon con el fin de separar a los dos combatientes, que ya veían venir a las manos. Nada de eso. El niño vaina hizo un gesto grotesco de payaso, se le puso algo pálido el rostro, y recogió velas.

—¡Hombre, dispensa, pero no he querido ofenderte!

—Yo tampoco a ti, conque...

—¡En paz! No ha sido nada.

Y Mery tomó de un brazo al sevillano, y se lo llevó a la terraza, mientras Pilita daba carreras entre las líneas blancas, pintadas con albayalde, que señalaban sus sitios a los jugadores. Este *sport* le absorbía sus sentidos.

Así pasó el día de excursión. La conducta de Antonio fué el platillo de conversación toda aquella noche en San Rafael.

Entre las variadísimas opiniones que se emitieron, hubo algunas muy encomiásticas.

—¿Véis, hijas mías?—sermoneaba una madre sumamente flaca, a sus dos hijas, sumamente obesas, en cierta sala de visitas donde solían juntarse las personas formales y serias de la colonia veraniega—. ¿Véis? Uno de esos pollitos os conviene a vosotras. No sabe jugar al *tennis*, no sabe bailar esos bailes indecentes, y por el contrario dicen que con el tiempo será el más famoso abogado de España.

Sin embargo, la opinión de aquella buena señora no tenía mucha fuerza; porque la genticilla divertida de San Rafael había quitado el prestigio a la madre y a las hijas, con un apodo que las ponía en *ridi*.

Una gaditana, a quien había desbancado en la posesión de cierto diplomático sin embajada la mayor de las niñas, tomó cruel venganza en la flaca madre y en las rollizas hijas. Iban siempre

juntas las tres: las dos niñas por la acera, una al lado de otra, y la madre cerrando la línea.

La imaginación gaditana vió en seguida el remoquete en aquella inexorable manera de andar por carreteras y por paseos. Al verlas venir una vez, dijo la gaditana a varias amigas que con ella estaban despellejando a toda la colonia:

—Ahí vienen las de Ponciani. Oye, Lili, no me huele bien ese grupo.

—¿Por qué?—preguntó Lili.

—Fíjate. Vienen siempre formando el número ciento.

Las del número ciento se las comenzó a llamar en adelante, y lo sabían todos los habitantes de San Rafael y pueblos comarcanos. Todos, menos ellas.

Al bajar la cuesta del León, ya de noche, Pili, que llevaba como por la mañana el volante y llevaba también al joven a su lado, fué poniendo ante la conciencia, o mejor delante del corazón de Antoñito, una tentación excesivamente fuerte. Le habló de su porvenir. Este no estaba en Sevilla, sino en la Corte. El papá de Pilita se había prendado del talento que el abogadito manifestaba y le quería aunar.

—Y mira que papá tiene en Madrid un prestigio bárbaro, estupendo. Te va a proponer que vengas como pasante de su bufete con la paga que quieras, mientras se proporcione la ocasión de que ingreses en la carrera judicial. ¿Qué te parece?

—Que yo no puedo abandonar a mi madre en Sevilla.

—Tampoco tienes que abandonarla. Tráela a

Madrid. Vendrá a casa. Yo la cuidaré como a una madre y... ¿no te gustaría que fuese su hija?

—¿Yo? Encantado, Pili. ¡Si vieras qué buena es! Pero está tullida; se necesita mucho cariño para resignarse a cuidarla.

—Me sobra. Basta que sea tu mamá...

Pili iba cansada del trajín del día; su voz no era juguetona; más bien era débil, y por eso mismo mucho más dulce e insinuante; a veces parecía una plegaria. Además, el frío de la noche invadía ya los huesos de los viajeros; mediaba octubre. Los de dentro iban arropados hasta el cuello. Pili y Antonio se abriganaban ambos con una misma manta de piel de leopardo desde los pies hasta la cintura.

Los potentes focos del auto iban señalando la cinta dorada de la carretera. Con frecuencia cruzaban por delante unas chispas de luz encendida que brillaban un instante y se perdían entre las sombras; eran mariposillas e insectos nocturnos que venían obsesionados a buscar la luz de los focos. A intervalos se veían lucir en las cunetas dos puntitos brillantes y claros como dos topacios, que desaparecían detrás del coche. La caza de liebres es muy abundante por aquellos cerros del Goloso e inmediaciones del coto real del Pardo, y a la sazón disfrutaban el fresco agazapadas en las lindes del camino.

Envueltos en el tranquilo y solemne silencio, bajaron los excursionistas la Cuesta de las Perdices y por la Puerta de Hierro buscaron el camino más corto para llegar a la fonda donde Antonio se hos-

pedaba; le dejaron en ella y siguió el auto hacia Recoletos.

Los planes de Pilita, como es natural, tenían para Antonio una sugestión deslumbradora. La sombra que delante de ellos se alzaba no era la de una vieja tullida, que hubiese tenido más medios de pasarlo bien en Madrid que en Sevilla. La verdadera sombra proyectábala una joven de cabellos castaños y rizosos, de ojos rebosantes de dulzura, la cual junto con su viejecita formaban los dos encantos de su alma de tal suerte que uno solo de ellos y más aún los dos juntos pesaban en la balanza de su estima sobre todas las grandezas y encumbramientos de su carrera.

Para realizar su ilusión de hombre público tendría que borrar una de esas dos imágenes en su alma, quizás la más brillante, y dejar que en su sitio comenzase a fulgurar otra, no repulsiva, más bien agradable, pero que no le ilusionaba nada al presentarse para disputarle a la otra su poderío.

Los asuntos de la condesa detuvieron a Antonio más de lo que él creía. Llevaba más de dos meses en Madrid. Desde que salió de Sevilla no había dejado de escribir diariamente a su madre y a María de los Angeles. De ambas partes la correspondencia era también diaria y muy afectuosa.

Al volver de una excursión, halló un telefonema concebido en estos términos: "Interrumpe correspondencia absoluta: sucesos desagradables: no escribas a Josefa ni Fernando: Ven pronto. Angeles". Ya no volvió a recibir ni más telefonema ni más carta de ninguno de los tres que en el lacónico parte se expresaban.

Esta contrariedad le llenaba de cavilaciones el espíritu y de amargura el corazón. ¿Le habrían contado a María de los Angeles los imprudentes desahogos de Pilita y estaría recomida de celos? Pero si ésta era la causa ¿a qué venía aquello de "sucesos desagradables" y la prohibición de comunicarse con Fernando y con María Josefa? ¡Sucesos desagradables! ¿Cuáles? ¿Que don Ramiro habría sorprendido tal vez las cartas? Podía ser eso, pero entonces, razón de más para escribirse con Mari-pepa.

La decisión de Antonio fué concluir cuanto antes los asuntos que le habían traído a Madrid y ponerse en Sevilla lo más pronto posible. Podía enterarse de todo escribiendo a las sobrinas de don Fabián, pero no tenía con ellas suficiente confianza. ¿No entrarían las sobrinitas y Pili en la urdimbre de aquel embrollo?

Don Fabián, pocos días después de la famosa excursión a San Rafael, quedó a solas en su despacho con el novel abogado, y le dijo con un tono de voz paternal y cariñosa por extremo:

—Mira, muchacho, es preciso que te entregues por completo en mis manos. Sé toda tu historia; tu conducta es la de un héroe del deber y es preciso que el día de mañana esos sacrificios tengan su recompensa.

—Muchas gracias, don Fabián, usted me mira con una indulgencia que me confunde.

—Déjate de confusiones, Antoñito. Tú vas a Sevilla, arreglas tus asuntos, te traes a Madrid a tu viejecita y quedas como pasante en mi bufete. Mis clientes irán poco a poco a tus manos, y cuan-

do ya sea viejo me darás unos buenos ratos de expansión con los nietecitos que te dé el Señor. Ya sé que te ha encantado mi Pilarita. No tengas cuidado de que haya oposición por parte de mi Rosario y por mí. Tuya es, porque te la mereces.

Antonio se quedó de una pieza. Hizo todos los equilibrios que le dictó la política, para agradecer la sarta de favores que, sin pedirlos, se le ofrecían, y quedó en que era un asunto tan digno de ser agradecido como de ser pensado. La niña no quedó en aquella extraña oferta con un sí agudo, pero tampoco salió con unas calabazas maduras.

Los negocios de la condesa de Las Cabezas quedaron por fin resueltos y con mucha satisfacción de la dama. Antonio se dispuso a volver a Sevilla. Don Fabián le había relacionado con los prohombres que más figuraban en la cosa pública.

El ministro de Marina vivía en el primero de derecha, enfrente de don Fabián. Era un vicealmirante de la Armada, sensato, de reposada y clara inteligencia, y sumamente sencillo en su trato, como lo eran su esposa y su hija, aún joven y que apenas frecuentaba más sitio que la catequesis y el ropero que en el Colegio del Sagrado Corazón, de Caballero de Gracia, congregaba a las antiguas alumnas.

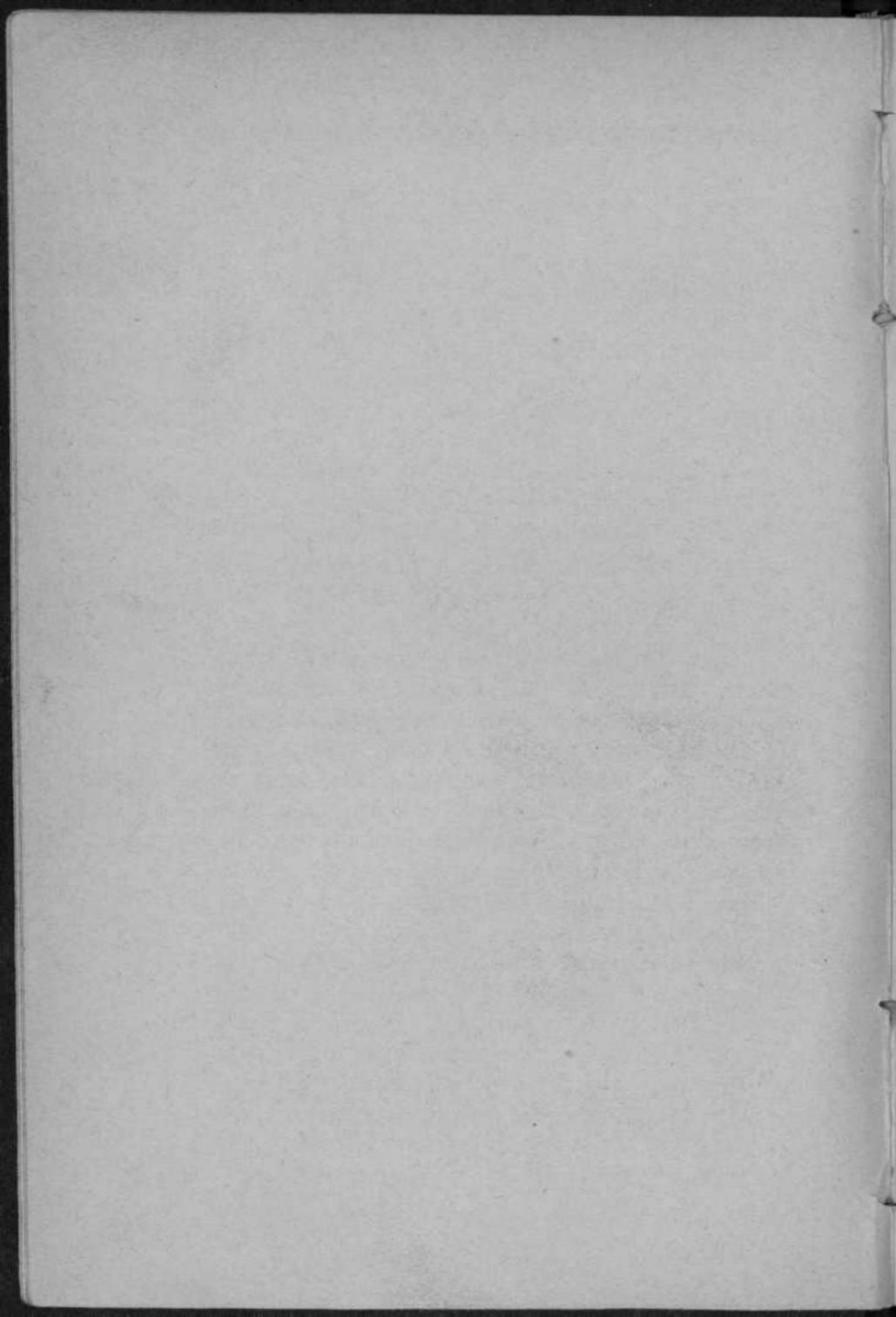
En casa del ministro tuvo el honor, para él de un mérito incalculable, de estrechar la mano de un Cervera, el que había salvado la vida de su padre don Pascual en la heroica y lúgubre salida de Santiago de Cuba. Toda la familia del célebre almirante, de la víctima de los desaciertos del

Gobierno español, le pareció bellísima por su piedad y por la finura de su trato.

La noche que precedió a la salida de Antonio, Pilita se despidió de él a solas en el saloncito recibidor con todas las expansiones de cariño que él hubiese visto con más encanto en María de los Angeles al despedirle a su salida de Sevilla.

Se cruzaron retratos con dedicatoria. Antonio se había hecho retratar por el tan famoso Kaulac, y quedaron en escribirse con toda la frecuencia posible. Antonio a todo accedía: era un autómatas: lo que deseaba era verse ya en Sevilla.

El tren por fin dió un agrio silbido y las manos de Pilita y de varias amigas de Pili se agitaron. Antonio se dejó caer en el asiento; respiró con fuerza y exclamó: "¡Gracias a Dios, que se acabó este atracón de almíbar! ¡Yo creí que reventaba de una indigestión de cariño! ¡Sucesos desagradables!... ¡pero, señor!... En fin, mañana, si Dios quiere, lo sabremos todo".



XII

CAMBIO DE DECORACIÓN

El tren llegó a Sevilla con puntualidad matemática: a las nueve menos diez de la noche. En el mismo departamento que Antonio, había venido un teniente aviador, a quien Pilita le acababa de presentar en la estación y ofrecer como amigo de viaje, pues volvía a Sevilla en el mismo tren, después de haber pasado cuatro o cinco días en Madrid con su familia. Simpatizaron mucho; el teniente era un muchacho de corazón abierto y franco: llamábase Emilio.

Antonio se dirigió a casa de su madre: le preguntó si sabía algo de los sucesos desagradables anunciados en el telefonema y la vieja no sabía nada. Sólo pudo decirle que ni Angeles ni Josefa habían venido a verla hacía ya mucho tiempo, siendo así que una visita de aquellas simpáticas niñas era para ella como una inyección de juventud y de alegría.

Optó el muchacho por tomar el sombrero y darse una vuelta por la calle de Santa Clara. Llegó con tanta fortuna, que, después de rezar un Credo a Jesús del Gran Poder y salir por la puerta cercana a la calle de Eslava, se encontró a Manuela, aquella criada de voz de soprano que ridiculizaba el bachillerato de las jóvenes que no sabían después zurcir un camisón. Seguía de sirvienta en casa de María Josefa.

Manuela reconoció a Antonio en medio de la oscuridad que reina por aquellos sitios y se dirigió a él con las exclamaciones en sus labios:

—Señorito Antonio. ¿Qué es eso? ¿Ya ha vuelto de los Madriles?

Antonio se llenó de gozo al escuchar aquella voz amiga, y con verdadera ansia de oír, le preguntó sin contestar siquiera al saludo:

—¿Qué pasa, Manuela? ¿Qué ha pasado durante mi estancia en Madrid?

—¡Ay!, ¡señorito Antonio! Pero ¿no lo sabe? ¿No se lo han dicho en las cartas?

—Nada; nada. Y quiero saberlo. Necesito saberlo.

—Mejor es que no lo sepa; ¡que es usted demasiado bueno para que le cuente cosas tan tristes!

—Pero... acaba, mujer. Mira que me tienes en un purgatorio horrible con esos preámbulos. ¿Qué pasa?

—¿No le han dicho que el señorito Fernando está en la cárcel?

—En... ¿en la cárcel? ¿Pero ha cometido algún crimen?

—¡Vaya! ¡Fíese usted de la honradez de los

hombres! Yo no me fío más que de la del señorito Antonio, que ese sí; ese...

—¡Bien! ¿Y cuál ha sido el crimen?

—Pues ha robado yo no sé cuánto dinero de la caja de la fábrica y le han echado el guante y la está pagando. El que roba, no es digno del aire que respiramos la gente honrada.

—Y María Josefa ¿qué ha hecho?

—¿Qué iba a hacer? Romper con ese bribón, con ese ladrón de sombrero flexible y... llorar y quererse morir.

—¿Está en su casa?

—No, señor, está con unos tíos suyos en Utrera.

—¡Bendito sea Dios, qué contratiempo!

Reflexionó unos instantes y preguntó a la criada.

—Oye. ¿Podrías entrar en casa de Angeles y decirle que yo estoy aquí: que necesito verla, que tengo que hablar; que me diga si puede?...

Manuela movió negativamente la cabeza, donde ya no lucían geranios en señal de tristeza, y cortó las nerviosas frases del muchacho con otra noticia quizás más triste para él.

—No siga, señorito Antonio. Ni Angeles ni Victoria están en su casa.

—¿Han salido?

—¡Válgame la Virgen de la Soledad! ¡Pero si le tenían a usted más en ayuna que si fuese a tomar una purga de Carabaña! ¡Bendito sea Dios!

—¿Dónde está entonces?

—Pues... Mire, señorito Antonio, allá va lo que yo sé. El mismo día que se supo lo de Fer-

nando, se armó una bronca en la casa de don Ramiro, que yo, que estaba tendiendo en la azotea, bajé a decirle a mi señora que a mi juicio había entrado allí un perro con rabia. ¡Qué gritos, madre de la Misericordia!

—¡Ya entiendo! ¡Se había enterado don Ramiro de nuestras relaciones! ¡Tenía que pasar!

—Sí, señor, y lo que tiene que pasar... pasa. Sorprendió una carta de usted, y comenzó la indagación y María de los Angeles le contó pe a pá la verdad. Mire... ¡ay! ¡Cristo mío de Salú, perdónale! Señorito, y... ese viejo verde puso sus manos en aquel capullito de rosa de la cara de...

—¡Infame!—rugió Antonio apretando los puños.

Manuela había roto a llorar. Siguió entre sollozos la relación. Don Ramiro había mandado romper toda clase de relaciones de amistad con María Josefa y con su familia. Al día siguiente Victoria, Angeles y Clarita, de cuya complicación nada supo afortunadamente el viejo, habían sido desterradas a una finca, la única de las tres que la mujer de don Ramiro había llevado como bienes dotales, y que por tener en ella multitud de recuerdos no había vendido el jugador.

Aquella finca no era desconocida para Antonio. María de los Angeles le había hablado de ella como esperanza de que tarde o temprano fuera de ambos. Llamábase "El Naranjal" y se tenía por la orilla derecha del Guadalquivir, entre San Juan de Aznalfarache y Gélvez, pasada ya la Corta. El sitio fijo de la finca no lo sabía.

Allí las había encerrado don Ramiro, con ór-

denes severísimas de que nadie entrase en ella, excepción hecha de un personaje, que podía entrar, salir y permanecer en "El Naranjal" a su sabor; éste era el marqués de Fuentes Claras.

La madre de Angeles había rogado a su esposo que la dejara compartir el destierro con sus dos hijas, y don Ramiro se lo concedió de mil amores, pues esta determinación daba más horizontes a su libertad, y por otro lado la madre sería allí la verdadera carcelera, que respondiese con sus costillas de la absoluta reclusión de las culpables.

Antonio ya no quiso saber ni podía saber más pormenores de labios de la criada. Encargó a ésta que anunciase una visita suya a la madre de María Josefa, porque quería saber lo que había de cierto en la prisión de Fernando.

Las caricias de la vieja no pudieron consolarle en aquella noche triste, larga, eterna que Antonio pasó llorando, rugiendo y concertando planes. Al día siguiente, apenas había comenzado la circulación de los tranvías en Sevilla, que eran asaltados por los obreros que se dirigían a sus fábricas, tomó el de San Juan de Aznalfarache en la plaza de San Fernando.

Aquel trayecto le pareció más largo que el del día anterior desde Madrid a Sevilla. Pasó el tren eléctrico, después de atravesar el barrio de Triana, por el barrio miserable de la *Pañoleta*, y más al fondo subía la carretera de Castilleja de la Cuesta, el testigo de sus ilusiones y en la actualidad de sus incertidumbres.

Estas eran crueles. El mismo no sabía lo que

iba a hacer cuando llegase al pueblo donde el tranvía tiene su parada final.

Y así fué. Bajó en la plazoleta del pueblo. Preguntó a unos empleados de consumos si sabían dónde estaba la finca de "El Naranjal" y ellos le dijeron que siguiendo la carretera, volviese a pedir más detalles, porque podían extraviarle con tanto vericuetos.

Siguió una carretera de tercer orden: volvió a preguntar; le señalaron un camino entre huertos y baldíos en rastrojo, y al preguntar por tercera vez, una mujer, a quien hizo la pregunta, le contestó con esa amabilidad tan clásica de los sevillanos que creen hacérsele una honra con preguntarle dónde está algún sitio:

—¿"El Naranjal"? Venga conmigo, zeñorito, que le voy a poné en la puerta misma de la finca, que no va usté a tené más que meterse en eya. Yo voy a la otra de más allá, la que llaman de "Los Palomares". Soy la mujer der guarda jurao de la finca pa lo que se ofresca.

—Muchas gracias. Sólo quiero que me la indique, porque no voy a entrar ahora.

—Como guste. Ahí han dío de veraneo dos señoñoritas que ¡Ozú! Las mete usté en un tiesto y le salen dos matas de claveles, uno blanco y otro encarnao, que quitan el hipo al mismo rey... Así las cuida su padre, que er guarda de la finca y mi hombre y er de esta que estamos pasando, que es la contigua, tienen órdenes de darle el alto ar que vean dentrá en eya. ¿Es usté de la familia, aunque sea mala pregunta?

Antonio quedó cortado con aquella pregunta

que en efecto era mala y muy mala para él, y peor aún el retintín con que se había hecho.

Probablemente se había ya denunciado a sí mismo, y antes de una hora se sabría en los tres cortijos su presencia por aquellos contornos. Se le ocurrió una salida que tal vez pudiera desorientar a la guardesa, y contestó con mucha naturalidad:

—No, yo no vengo a ver a las señoritas. Vengo a buscar a la criada. ¿No se llama Clarita?

—Sí, señó, y mú remonísima que es. ¿Tié usted argo que vé con eya?

El asunto iba arreglándose o perdiéndose del todo. Podía seguir con aquella mujer y preguntar por Clarita y hablarle; pero ¿y si le sorprendían hablando con ella y se levantaba la pista? A la pregunta de la mujer se limitó a responder:

—Soy su primo Juan, que viene del pueblo, pero me tengo que volver hoy mismo. ¿Usted sabe si estará por aquí y la podré ver un momento?

Habían ido atravesando un alambrado de cinco que defendía con sus agudas púas las siembras que más allá del camino, tirando hacia el río, crecían frondosas a expensas del agua, que a la sazón venía ondulando por las tejas de barro y los arcauces de ladrillos que surcaban en varias direcciones.

Allá en el fondo, una espesísima arboleda de eucaliptus y de álamos dejaban ver tan sólo parte de los tejados y lienzos de pared de la casa, y una torre blanca y esbelta que se erguía sobre el ramaje, terminando en un quiosco diminuto, cuya cúspide remataba en un pararrayos.

La mujer se detuvo. Habían llegado a la puer-

ta de la finca. A los alambres de cinc había sustituido, unos cincuenta metros antes, el bajo tapial de argamasa y piedra. Adosados a la tapia se erguían dos macizos pilares de carcomidos sillares calcáreos que sostenían la enorme verja de hierro que por la parte superior formaba un arco de intrincadas labores y entre ellas una chapa de cobre de más de medio metro de largo que tenía esculpidas estas palabras: "El Naranja".

Todo allí pregonaba vejez, desidia y abandono. Por los tapias había visto Antonio grandes portillos y en sus huecos asomaban a veces los lagartos su cabeza verde con labores cobrizas y ojos dormilones. Uno de los macizos tenía una enorme grieta que amenazaba echarlo a tierra, si no se rellenaba pronto, y a las labores del oxidado hierro de la puerta faltábanle trozos en tal cantidad que los chiquillos de los contornos pudieran tal vez meterse uno por uno dentro de la finca, si es que en realidad no lo hacían, para robar en la huerta.

—Esta es—dijo lacónicamente la mujer.

—¿Andará por aquí Clarita?—preguntó Antonio.

—Si osté no tié prisa, pué venir a mi casa y le mandaré a uno de mis críos pa que la yame.

La situación de Antonio empeoraba. Dejarse ver de la guardesa de la finca contigua, con las órdenes que allí se tenían, era muy peligroso, pero meterse en la finca y presentarse delante del guarda para escamarle, era peor. Miró al reloj, hizo un movimiento de admiración y como el que no tiene tiempo que perder, contestó:

—¡Las once! ¡Y a las doce en... en el... Ayuntamiento! Mire, buena mujer, si la ve, dígale que ha venido su primo Juan, que viene de Madrid, y...

—Pero... diga. ¿Osté viene de Madrí o viene der pueblo?

—Del pueblo de Madrid; es decir, primero del pueblo y luego de Madrid. Que si tengo tiempo, volveré.

—Usté dispense. La oservación ha sío pa darle mejor el recaó. Se le dará y... siento que no puea detenerse. Mi casa es de todo er que la vaya a honrarla, y... ¿Qué me da usté ahí?

—Para que le compre dulces a los críos. Poca cosa, agradeciéndole que me haya enseñado la casa.

La mujer se le quedó mirando fijamente a la cara, y preguntó:

—¿Usté es seviyano?

—No, señora, soy de... Madrid.

—Bueno, pues sepa que en Seviya enseñamos las cayes de varde, que es un favor que se nos hace en preguntarnos, y damos encima las gracias.

¡Era otra plancha! ¡Podía haberla excusado! Ya no había más remedio que hacer aceptar a la mujer el duro que le había ofrecido. ¡Quizás aquello tendría más tarde su resultado!

—Bien, pero si se hace un regalo a un sevillano, como regalo, entonces...

—Entonces, se acepta, se agradece y que la Virgen se lo pague; que no vaya a creé que en mi casa damos puntapiés a los reyeciyo de prata con tupé cuando se meten en eya.

Antonio tuvo ya en la punta de la lengua la revelación de su personalidad. Aquella mujer tan sencilla tenía que tener un corazón de tanta ley por lo menos como la moneda que había aceptado. Pero se contuvo: era mejor dar tiempo al tiempo y la dejó ir.

Pasó la mañana y parte de la tarde sin comer, sin desayunar siquiera, sorteando el tránsito de la gente que cruzaba en ambas direcciones, esperando a que Clarita apareciese para algún mandado en la puerta de la finca.

La criada no se dejó ver: pero vió con frecuencia a los colonos, hombres fornidos, de aspecto más bien repulsivo a su imaginación, y vió varias veces a un perrazo, canelo y blanco, atravesar la carretera que desde la puerta de entrada cruzaba por los sembrados y moría perdido en la alameda, allá lejos, muy lejos, donde estaba el chalet de la finca.

Volvió a su casa: su madre le hizo tomar algún alimento, y se dirigió a la cárcel. Se le dieron toda clase de facilidades para hablar con Fernando.

Antonio, al verle, le presentó sus brazos y el preso cayó entre ellos, murmurando:

—¡Antonio! ¡Antonio! ¡Qué desgracia más horrible! ¡Si tú hubieses estado en Sevilla, quizás no estaría yo aquí!

—¡Si tú te hubieses franqueado a tiempo conmigo, se hubiera evitado este paso! Vamos a ver, ¿eme franco. ¿Qué ha pasado?

—¡Que he sido un ladrón! ¡Un estafador!

—Bien. Pero eso no es lo que te pregunto, sino el hecho: lo que ha pasado. Siéntate.

Fernando contó a su amigo lo que había hecho, cegado por la imposición de la madre de Mari-pepa. El infame de Pepe Piña lo había descubierto todo. Fernando había declarado la verdad. El tenedor de libros, el viejo bellaco, había negado toda participación en el asunto y el pobre cajero, aplanado, hundido en la desesperación, había dejado que recayese sobre él todo el peso del delito sin volverse a defender. La pena había sido restitución de las siete mil pesetas y seis meses de cárcel. Pepe Piña gozaba ya la categoría de cajero de la empresa de cerámica, y el tenedor de libros se paseaba tranquilo por las calles, sin haber dejado su cargo.

Antonio escuchaba en silencio. Cuando Fernando ya nada tenía que decir, le preguntó:

—¿Y María Josefa? ¿Y su madre?

—¡María Josefa! ¡Pobre víctima de mi crimen! ¿Qué iba a hacer? Me ha enviado a decir con Manuela que no vuelva a pensar en ella; que como si no nos hubiésemos conocido nunca; que... ¡Esto es horrible, Antonio! ¡Esto es vergonzoso! ¡Saber que esa pobre niña ha de estar pensando ya toda la vida que se dejó engañar por un ladrón!

—¡Eh! Poco a poco, Fernando. Las cosas en su sitio. ¡Le haces demasiado favor a esas dos mujeres llamándolas víctimas! ¡Son culpables! Son las que te pusieron en el trance de cometer una locura, que jamás hubieses hecho si no te hubiera cegado el deseo de complacerlas.

—Cierto; pero al fin y al cabo... ¡yo he perdido su cariño; yo me he hecho indigno de que vuelva a pensar en mí! Antonio, yo no sé qué voy a hacer cuando salga de aquí. Irme a la Argentina, a un sitio donde nadie sepa que he estado en la cárcel.

—¿Sabes dónde está María Josefa?

—¡Qué sé yo! Estará en su casa. Quizás le haya costado una enfermedad el desengaño.

—No. Sé que está en Utrera. Fernando, no te desespere. Las nubes no duran más que un invierno y detrás de ellas, cuando se cree uno que la naturaleza ha muerto del todo, y que ha muerto de frío, aparece de pronto un día de sol, los cielos se despejan, y aquella visita del sol es pre-nuncio de un nuevo resurgir de flores y de vida. Yo estudiaré tu asunto y veremos a ver el arreglo que tiene, que sí lo tendrá. En cuanto a María Josefa y su madre, si no desisten del plan en que se han puesto, son injustas contigo, son indignas de tu cariño. Yo hablaré con las dos.

Fernando tomó una mano de Antonio y la apretó entre las suyas. Varió de rostro, como si hubiera sido la presencia de su amigo aquella primera visita del sol que renunciaba la resurrección de su dicha y le preguntó con un interés lleno de agradecimiento:

—Gracias, Antonio. ¡Si vieras qué pocos amigos vienen a verme! ¡Y como tú, ninguno! Dios te lo pague y vengamos a lo tuyo: ¿Has podido hablar con María de los Angeles?

La cara de Antonio se contrajo y perdió su color. En la mueca que hizo comprendió Fernan-

do que algo pasaba muy triste, pero en vano procuró saber lo que había. Antonio, para no aumentar la pena de su amigo con la compasión a la suya propia, se limitó a decirle que aún no la había podido ver, pero que pensaba estar por la noche con ella en casa de María Josefa.

Y se despidieron hasta el día siguiente, si podía volver a verle.

Por la noche fué Antonio al Casino Militar. Allí estaba el simpático aviador, que se le había hecho amigo en el tren. Le había dicho él mismo que iba todas las noches al Casino, y Antonio le había propuesto durante el viaje el plan de llevar alguna tarde a Mari-pepa, a Angeles y a su hermana para que viesen el aeródromo de Tablada.

Se estrecharon las manos y Antonio pidió una taza de café.

—Oye, Emilio, ¿estarás mañana en Tablada?—preguntó Antonio.

—Todas las mañanas y las tardes me tienes allí. ¿Has preparado la visita de esas muchachas que me dijiste?

—No; voy a ir yo solo. Otro día iré con ellas. ¿Podría subir contigo mañana en algún aparato?

—Encantado. Tengo ahora precisamente uno de toda confianza. Nos daremos una vuelta por Sevilla y la verás a vista de pájaro.

—¿Y no podríamos seguir también la orilla del río para dominar las huertas de Gélvez y las marismas? Ese sitio debe ser ideal.

—Es encantador. Y si vamos por ese sitio, po-

drás divertirme viendo cómo se hace el amor en aeroplano. ¿Qué te parece?

—Que es un sistema de hacer el amor desconocido hasta hoy. ¿Y cómo lo haces?

—Pues muy sencillo. Precisamente en una de aquellas huertas están viviendo de temporada dos niñas como dos rosas de Mayo. Una de ellas, sobre todo, es un sol. ¡Chico, es algo morena, gruesecilla de cara, y con unos ojos! Parecen dos tarros de almíbar, y...

Antonio se mordía los labios, y comenzó a entrar en celos y en sospechas. Era el sistema que había decidido tomar para entenderse con Angeles y veía ahora que tal vez por el mismo sistema le acababa de salir un rival. Preguntó, cada vez con más interés y con más disimulada indiferencia de parte suya:

—Pero, ¿y cómo os entendéis?

—Ya verás. Yo la divisé con los prismáticos hace algunas semanas. Me gustó. Pude hablarle en casa de unas amigas donde sé que ella va; pero se me ocurrió dar algo de variedad a mi declaración. Pasé varias veces durante dos tardes a unos cuarenta metros de altura. Oía perfectamente los chillidos de la mamá y de las dos hermanas. A la tercera tarde estaban solas las dos, y dejé caer un ramo de flores. Allí iba la carta de declaración.

—¿Y la contestó? ¿Y te dijo que sí? ¿Y tú pelas la pava en aeroplano? ¡Lo que se adelanta en este siglo! ¡Es una barbaridad!...

Y Antonio lanzó una carcajada histérica, salida como un rugido de las fauces de un león con

calentura. Emilio, que no sabía el alcance de aquella jovial expansión de gozo, se animó con ella a proseguir:

—No me contestó a esa carta, pero sí a la segunda. Tenemos ya nuestros amores en el aire. ¿Verdad que es una aventura de lo más original? Yo le dejo caer las cartas y la criada me trae las respuestas al aeródromo. Uno de estos días vendrá con su familia a ver nuestro edificio.

El pobre abogado se recomía de celos. No le faltaba más que identificar nombres, y dió comienzo a la tarea por el nombre de la finca.

—Esas muchachas viven en... "El Naranjal" ¿verdad?

—No. En la otra finca de más allá: la que llaman "Los Palomares".

Antonio dió un suspiro profundo, romántico, y sobre todo que metió en sus pulmones la cantidad de aire que ya necesitaba para no asfixiarse.

—¡Ah! ¡Vamos! ¿Y cómo se llaman las niñas?

—María Luisa; y su hermana pequeña, Carmen.

Respiró ya libremente el abogado, y dando una palmada en el hombro al aviador, le dijo mientras reía satisfecho:

—¡Hombre!, ¡no sabes el mal rato que me has estado dando!

—¿Yo? ¿Por qué?

—Me creí que éramos ya dos formidables rivales; pero esos dos nombres me han tranquilizado. Las mías están en "El Naranjal".

—¿Las que iban a visitar contigo el aeródromo?

mo? Las conozco también de... de aeroplano. Esas han venido hace ya más tiempo. ¿Quieres hacer lo mismo con ellas?

—Sí, chico. Voy a confiarte mis secretos y vas a ayudarme.

Contó lo ocurrido, y expuso el plan que, sin saber que ya Emilio lo estaba realizando, quería él llevar a cabo.

—Muy bien—repuso el aviador—, completamente de acuerdo. Te advierto que la madre de esas dos muchachas no se separa de ellas ni un instante.

—¡Malo!

—Y te advierto además que María Luisa y Carmencita suelen ir a pasar las tardes en "El Naranjal". Si hay probabilidad de encontrarlas solas es por la mañana, hacia las once, en que toman la sombra de un plátano de Indias que tienen detrás de la casa y allí suelen estar cosiendo o las dos niñas o la madre con ellas.

Con estos informes tan precisos, quedó resuelto el plan del siguiente día. Antonio estaría en Tablada para las once con su ramo de flores y su carta. A esta hora se emprendería el vuelo, y era lo más probable que el éxito coronase la empresa.

La carta, a que dedicó Antonio gran parte de la noche de un día tan triste para su espíritu, era larga; contábale todas las impresiones recibidas a su vuelta de Madrid, y al fin de ella le rogaba que Clarita hiciese por estar fuera de la finca a las seis de la tarde, portadora de la contestación.

En su carta debía señalar Angeles el medio de poderse hablar y ver, porque el muchacho lo ne-

cesitaba ya para cobrar fuerzas y seguir su calvario.

A las diez y media del siguiente día, estaba Antonio en el aeródromo de Tablada. Es uno de los edificios mejor construídos en su clase, según la opinión de muchos técnicos, que existen en Europa.

En la inmensa planicie de Tablada se ha podido tomar todo el terreno que ha sido necesario para que resulte lo más desahogado y capaz posible. Las avenidas que separan los cuerpos de edificio y las plazas que lo rodean tienen dimensiones incommensurables, y no faltan los *parterres* y los arriates de rosas y claveles.

Los diversos cuerpos de edificio, dormitorios, capilla, comedores y biblioteca para los oficiales y para la clase de tropa están estudiados para que no se pueda carecer ni de las menores comodidades.

Detrás, los talleres donde se fabrican sin cesar aparatos de varias dimensiones y destinos bélicos, y detrás de ellos el campo de salida y aterrizaje.

Antonio miraba con respeto al enorme pájaro, que descansaba con sus dobles alas negras extendidas, y en cuyo seno iba a cruzar los aires. Era un precioso ejemplar de biplano de observación, construído en Tablada.

Xp A una señal de Emilio, subió Antonio a la cabina y se santiguó con más miedo que devoción. ¡Si supiese la viejecita el sitio donde estaba sentado su hijo en aquel momento, qué susto se hubiese llevado!

Trepidó el aparato hasta en lo más recóndito de

sus entrañas; avanzó cautelosamente por la pista de arena: tomó en seguida una velocidad vertiginosa, y Antonio se encontró suspendido de pronto en el aire.

El biplano subía, y subía, en dirección de Sevilla, a espaldas del río: tomó una altura de cerca de quinientos metros: la ciudad aparecía como un pulpo de numerosos tentáculos enredado entre las hierbas oscuras del fondo del mar. Ninguno de los dos hablaba.

Después comenzó a torcer en dirección al río; ejecutó una curva elegante, doblándose de banda; enfiló el Guadalquivir, cauce abajo, y se lanzó en plano inclinado hacia la tierra.

Antonio comenzó a sentir el vértigo: el estómago se le venía hacia la boca produciéndole bascas. Emilio preguntó a gritos dominando el ruido de huracán que azotaba el aparato:

—¿Sientes mareo?

—¡Nada! ¡Nada! ¡Siento mucho placer! ¡No hagas caso de mí!

Y el monstruo del aire picó; descendió casi vertical y tomó al fin la recta siguiendo como una flecha en dirección a las espesuras que forman los márgenes del río.

—Toma los prismáticos: observa.

Obedeció Antonio y el aparato pasó rozando casi la copa de una palmera que se alza a la puerta del *chalet* del "Naranjal".

Sentadas en el jardín que tiene la casa a la espalda y que baja, abierto al aire, casi hasta la playa del río, vió a María Victoria y a Angeles que estaban cosiendo. La madre no estaba. En el mo-

mento de pasar el monstruo de alas negras produciendo un estruendo horrisono de piezas de metal que se desploman, Angeles se tapaba los oídos con los dos dedos índices, y bajaba asustada la cabeza. Victoria, con una pieza de tela en el regazo y la aguja enhebrada en la mano izquierda, saludaba con la derecha, mirando al aparato.

Pasaron por la contigua finca de "Los Palomares": volvió a ganar la altura el aparato y preguntó Emilio:

—¿Estaba la suegra?

—¡No! Estaban solas.

—Prepara el ramo. Cuando diga ¡ya!, lo sueltas.

Apenas se dejaban entender el uno del otro, con el ruido del motor y los bramidos del aire.

Emilio puso de nuevo la proa de su avión hacia las alamedas, y volvió a cruzar en sentido contrario como un relámpago, primero por encima de "Los Palomares"; luego por "El Naranjal". Se oyó la voz de Emilio que decía:

—¡Atención!... ¡ya!

El ramo, al desprenderse de la mano de Antonio, exhaló una especie de quejido de espanto y se perdió detrás del avión. Antonio no pudo ver dónde caía: pero la precisión de la visual del aviador no fallaba. El ramo cayó a unos dos metros del sitio donde estaban sentadas las dos hermanas.

Un cuarto de hora más tarde, el inmenso y negro vampiro de los aires crepitaba cansado del vuelo en el fondo del hangar.

Si la faena había salido bien, Antonio encontraría a Clarita esperándole por los contornos de

la finca a las seis de la tarde. Y allí la encontró. A la gente que la veía no causaba extrañeza. Estaba esperando a su primo Juan que había venido del pueblo.

Al abogado se le ensanchó el corazón al ver aquella cara amiga, y comenzó a hacerle preguntas.

—¡Qué! ¿Cayó bien el ramo de flores?

—¡Digo! A los pies de Angeles. ¡El susto que les dió al saber que estaba usted volando por los aires!

—¡Eso le hará ver, lo mucho que la quiero!

—Así dijeron las dos.

—¿Traes carta?

—¡Como que se ha pasado la tarde escribiendo! ¡Pobre señorita! ¡Usted no tiene ni idea de lo que esa niña le quiere! ¡Las lágrimas que le está costando su querer!

Antonio se dió por bien pagado de todo lo que venía sufriendo con aquella exclamación tan espontánea de la criada, y no supo responder de otro modo que sonriendo de júbilo. Siguió preguntando:

—¡Vamos a ver! ¿Y dónde y cómo nos vamos a ver?

—Ahí se lo dice en la carta: pero yo voy a decirle de palabra la situación de Angeles.

Era muy difícil, en efecto. Estaban las dos hermanas completamente prisioneras dentro de la finca. Sin más amigas que las dos chicas del cortijo de "Los Palomares" que pasaban unos días allí. Tenían prohibición absoluta de salir del recinto estrecho de los jardines, y no podían dar un pa-

seo dentro de la misma finca para recorrer el plantío de naranjos que le daba su nombre, ni las cincuenta colmenas que el aperador tenía instaladas junto a la casa de labranza, a no ser con su madre o con el mismo aperador, que era un hombre sombrío, uraño, de tan malas pulgas que, aunque había muchas y muy malas en toda aquella ribera, creía María Victoria que todas ellas iban saliendo como del nido propio de las frases gruñonas del bilioso cortijero.

Los guardas y gañanes de las dos fincas contiguas tenían órdenes de don Ramiro, prometiéndoles una buena propina, de observar si entraba alguien o rondaba "El Naranjal". Con la guardesa de "Los Palomares" había estado Antonio imprudentísimo, y más que nada por haberle dado un duro de un golpe, sabiendo ella que un primo de Clarita en vez de darlo así porque sí, a la primera mujer que se encontrase, andaría buscando dónde encontrar alguno para emplearlo en su persona.

Pero la guardesa era lista, era agradecida y era prudente y nada había dicho a su hombre, y la voz de que un primo de Clarita había venido a verla, era la única frase salida de sus labios. Clara confiaba traerla a su partido y contarían con otro auxiliar.

Pero todo aquello no era nada. Lo angustioso y difícil de la situación de Angeles formábalo otra imposición de don Ramiro. El marqués de Fuentes Claras, aquel antipático figurín de los almacenes del Aguila, había comenzado a pretender a la niña, y fuese para hacerle olvidar al abogado, fuese que tenía determinado casarla con él,

el caso era que don Ramiro había dado permiso al marqués para que entrara y saliera a su sabor en "El Naranjal".

Sin embargo, Antonio podía estar seguro de que aquel tío de cara de papel estucado no comería jamás ninguna imprudencia, porque la madre, la hermana y la criada de la pretendida niña tenían órdenes ocultas de no dejar nunca a solas a la pareja.

Esta era la situación, verdaderamente triste y violenta de las hijas de don Ramiro, y Victoria había comenzado a toser mucho con la humedad del río y Angeles había perdido ya sus colores de clavel sevillano y varios kilos de peso.

En cuanto a poderse ver y hablar, el problema era difícilísimo. Angeles, según veía el muchacho en la carta, no veía más que una solución: la orilla del río.

Este formaba el lindero de la finca por aquel sitio: la playa estaba cubierta de mimbres, de cañaverales y de álamos blancos muy espesos. A intervalos salían, río adentro, unas empalizadas hechas de troncos gruesos para detener la acción de las aguas que tendían, sobre todo durante las riadas, a mermar terreno a la finca.

La presencia de una barca en aquellos parajes no llamaba la atención a nadie. En verlas pasar con gente o que estaba pescando o que se estaba divirtiendo, se entretenían Victoria y Angeles hasta que el sueño las empujaba hacia su dormitorio.

El único delator en aquellas horas podía ser el canelo, aquel perrazo que ya había visto Antonio pasearse por los sembrados como por los dominios

el camarada te adora.

que a su custodia tenía. Pero el canelo era muy noblote, y estaba acostumbrado a obedecer a una indicación de las dos hermanas, bajando la cabeza y aplacando sus nervios.

—¿Qué le parece a usted, señorito Antonio?— preguntó Clarita al llegar a este extremo de las desventuras de su ama.

El muchacho no dudó un instante.

—¿A qué hora podré acercarme sin peligro para Angeles?

—A las diez de la noche todos están acostados.

—¿Y la madre?

—Se acuesta a las nueve todas las noches.

—Dile a Angeles que a las diez me tiene esperándole a la orilla del río. ¿Qué señal podré hacer?

—La que le pone en la carta. Cualquier ruido que hiciera irritaría al canelo, y la mejor señal es que traiga una luz encarnada.

—A las diez verán venir la luz roja.

—Ya estaremos todas en nuestros sitios. Adiós, señorito.

—Hasta la noche.

La luna estaba cerca del plenilunio y el tiempo seguro y nada frío. El invierno se estaba portando demasiado benigno con Sevilla.

María Victoria, arropada en una manta de viaje, estaba sentada a la puerta de la terraza que daba al jardín. Desde allí podría sentir los pasos y ver la silueta de cualquier importuno visitante que se acercase a la playa desde el interior de la finca.

María de los Angeles, cubierta con un chal,

esperaba en un banco del extremo del jardín en donde comenzaba la espesura de los álamos jóvenes que casi bañaban en el río sus troncos de blanchura lechosa, cortada por rugosos lunares oscuros, donde los líquenes formaban una vellosidad de seda color de crema.

A su vera estaba de pie el canelo: con su collar de cuero, ya viejo y gastado, y los ojos, que le brillaban en medio de la sombra, posados en su ama, esperando la caricia que de cuando en cuando ella le hacía, pasando su mano por la cabeza y el cuello del mastín, el cual agitaba la cola para mostrar al ama su agradecimiento por la caricia. El canelo apenas había cenado aquella noche. Su ordinaria comida era pan especial de borona que se cocía para él, porque de los tres mastines que guardaban la finca, dos habían muerto atacados por la sarna, y el veterinario lo atribuía a la carne grasa que se les echaba con exceso. Angeles había dejado al perro a media ración, y la otra mitad la traía en un pañuelo para ver si con este ardid el canelo simpatizaba con Antonio.

La luna bañaba con luz de plata el paisaje nocturno y romántico. Rielaba en las sucias aguas del río y las tornaba en un camino al que en vez de grava hubiesen cubierto de vidrios machacados. Las copas de los árboles, medio desnudos de vegetación, eran con su luz gigantescos fantasmas, inmóviles, porque no corría una brizna de aire, alineados a un lado y otro de aquel sendero de cristal, y allá a lo lejos una claridad neblinosa horadada toda ella por chispas inquietas de luz rojiza. Era Sevilla.

Los perros de todas las fincas dejaban oír sus ladridos agudos y prolongados, como si tuviesen pena de verse solos y llamaran al gañán, que ya se había metido en la cuadra para renovar el pienso al ganado y retirarse a dormir. Los grillos ocultos entre el ramaje del jardín ensordecían los oídos con el violento rozar de sus élitros, y un vapor mercante a quien había tomado la noche y no se le había dado paso en la Corta, elevaba sobre el agua del río su negra mole, fijas en sus costados las luces roja y verde de situación y sobre los palos las blancas luces de tope.

Clarita, que estaba de pie, en el arranque de una de las estacadas que servía de muelle a los de la finca, tosió dos veces. Angeles se levantó de su asiento; se abrigó bien la garganta; tosió para avisar a María Victoria y se acercó a la empalizada sujetando al canelo por el collar.

Por la revuelta que forma el río antes de llegar a la finca brillaba un farolillo rojo, pegado casi a los mimbrales. El corazón de la niña quería saltársele del pecho con el continuo martilleo de sus palpitaciones.

Atracó la lancha, que conducía un solo remero, el cual echó un cabo a las estacas y la amarró. Después ayudó a trepar a una sombra negra que con la agilidad de un acróbata se puso encima de la estacada.

El canelo comenzó a gruñir y los pelos se le engrescaron.

—¡Calla! ¡canelo! Espera, Antonio, espera a que el perro se calme.

Angeles sostenía fuertemente del collar al ex-

trañado guardián que se pegaba a la falda de su ama y gruñía.

—¡Vamos! ¡Echate ahí!—le imperó en voz muy baja. Y el dócil guardián bajó la cabeza, extendió sus patas delanteras sobre el césped y se tendió; pero siguió protestando. Era para Angeles el punto más difícil de la empresa.

Antonio avanzó hasta ella, y le estrechó una mano entre las suyas y se la besó con cariño. No se atrevió a dar más demostraciones de júbilo. Angeles le puso una mano en el hombro y le condujo hasta el banco donde había estado sentada.

Las dos represas de preguntas y de afectos de las dos almas se desbordaron hasta perder la noción del tiempo. ¡Tenían tantas cosas que decirse!

La joven sacó un pedazo de pan y se lo echó al canelo, que en un abrir y cerrar de ojos lo despachó; y con los ojos puestos en su ama, le pidió más.

—Toma, Antonio, dale tú otro pedazo. Es preciso que os hagáis buenos camaradas.

El muchacho dejó caer delante de los hocicos del canelo un buen trozo de borona. El animal lo olió, lo dejó en paz, y rezongó con muestras de mal humor. Si los animales tuviesen conciencia, diríamos que la del canelo estaba llena de escrúpulos y vacilaciones sobre la moralidad de la situación en que le había colocado su ama, y dudaba si estaba faltando a las órdenes dadas por don Ramiro.

Debió quitarle los escrúpulos la voz de su ama, quien, dando con la punta del pie al mendrugo de pan, dijo cariñosamente:

—Cómetelo, y no seas tonto, que te estás poniendo fastidioso. ¡Ea!

Canelo obedeció y lo devoró también. A los pocos instantes, Antonio y el defensor nocturno del "Naranjal" eran camaradas. Sentado el perro sobre sus cuartos traseros delante de Antonio, y teniendo por punto de apoyo del cuerpo sus patas delanteras, iba recibiendo alternativamente caricias y mendrugos. El problema aquél ya estaba resuelto.

De todos los demás problemas, difíciles y negros, que se alzaban alrededor de aquellos castos amores para inquietarlos y aun dehacerlos, se tocó uno en la primera entrevista: el del marqués de Fuentes Claras. Angeles tranquilizó al muchacho. En efecto, la situación de la joven era difícil. Su padre, que siempre había evitado el encuentro del marqués con ella desde que sorprendió las cartas de Antonio, mudó de conducta y él era el primero en meter por los ojos a todos los de la casa al antipático solterón.

Por fin había venido la declaración amorosa de ordenanza y seguido también las calabazas de rúbrica. Don Ramiro no había impuesto a su hija mandato ninguno favorable al pretendiente, ni le había mostrado siquiera voluntad o gusto de que admitiese sus galanteos, pero a tiro de ballesta se veía cuáles eran sus deseos, su voluntad y su intención final.

Angeles adobaba tan duras noticias con frases de desprecio y con ridículos comentarios que hacían reír a Antonio, porque éste no podía estar más convencido de que Angeles nunca se decidi-

ría por el marqués, y así pasaron felices las dos horas de la noche que les permitió Victoria, pues la pobre enferma comenzó con su tosecita suave, sin poderla contener en modo alguno, y los dos felices amantes dieron por terminada su primera entrevista.

A la noche siguiente, Angeles tocó otro punto distinto: pidió a Antonio que le pusiera en autos, pero con todos sus pormenores, de lo que le había sucedido en Madrid con Pilita. Se veía que andaba algo celosilla, porque las cartas de la gati-ta madrileña a sus primas sevillanas, venían llenas de elogios para Antonio, pero también de galante-rías y aun de amorosas declaraciones recibidas y aceptadas por Pili.

No las creía Angeles, pero necesitaba explica-ciones porque aquellas cartas, aunque fueran car-tas de sandeces, no la dejaban vivir.

Antonio la dejó tranquila; pero no le contó, lle-vado de la prudencia, las cobardías que él había tenido, hostigado por las zalamerías cursis de la niña y los temores de desagradar al ilustre magis-trado del Supremo.

Y mucho menos le dijo que seguía escribiendo a Madrid, sin gana ninguna, simulando afecto, ca-da vez de menos calorías, para ver si se aplacaba el de Pilita.

Angeles se quedó tranquila en esa parte con las palabras de Antonio.

Así transcurrieron cerca de dos semanas. A Victoria ya no la dejaban trasnochar, porque no hacía falta y porque era un crimen tenerla al re-lente de la noche fría. En la finca de "Los Palo-

mares" estaban en el secreto María Luisa, Carmencita y la guardesa. Esta última había tomado un afecto grande al muchacho, y las citas se tenían tranquilamente en el jardín y aun en la sala de visitas de las vecinas, en compañía de Emilio que había sustituido de noche la barca por el aeroplano, sin dejar de hacer caer ramos casi todas las tardes, ahora en los jardines del "Naranjal" ahora en el de "Los Palomares". Todos en ambas fincas se hacían el sueco. Don Ramiro se ve que no tenía mucha autoridad allí, y su mujer tenía menos pesqui que autoridad su marido. Todo había consistido en un cambio de bastidores y de actores. A la decoración de reja sustituyó la de jardín; y a Fernando, Emilio, y a Josefa, María Luisa. Lo demás todo seguía lo mismo.

Los dos asuntos que Antonio llevaba entre manos como abogado le traían a mal traer. Para salvar la situación de Fernando había puesto causa judicial contra el tenedor de libros, complicándole en el asunto con el fin de obtener el sobreseimiento de la causa y la mitad del desfalco, que tendría que pagar el viejo de la calva vergonzante.

El negocio de las cordobesas no andaba bien. La duquesa de las Atalayas estaba en Sevilla; había llamado a su colono y éste seguía obstinado en negar que aquella carta hubiera expresado nunca su voluntad. Aunque en el secreto de la conversación afirmaba que se le había leído, y que él, por miedo al ama y respeto al párroco, había confirmado lo que en ella se contenía.

El marqués y el ex gobernador, ya más bien

por orgullo personal que por otros motivos, seguían turbando la conciencia del buen hombre y le apretaban con dádivas para que no se volviese atrás, y de acusadores quedasen convertidos en acusados.

Y entre tanto el canelo, al cerrar la noche, y comenzar los ladridos de los perros en las fincas vecinas y el chirrido monótono de los grillos en la propia, se situaba cerca de las estacadas que sirven de muelle al "Naranjal", esperando que un farolito rojo apareciese entre los mimbrales de la orilla para mover la cola y aguardar impaciente a que llegase la barca, escalasen las estacas dos sombras negras y comenzar a recibirles con fiestas de cariño.

Todo marchaba bien. El cambio de decoración hasta servía para dar más poético romanticismo a los hondos y honestos amores.

XIII

ESPERANZAS Y ZOZOBRAS

Julita, la criada que había quedado en la calle de Santa Clara cuidando la casa, vino al "Naranjal" una tarde con inequívocas señales de tristeza y de abatimiento. Sus venidas eran raras; sólo cuando don Ramiro deseaba comunicar alguna de sus órdenes y no podía venir en persona.

El ex gobernador, al principio de la reclusión de sus hijas, venía a verlas con mucha frecuencia y a traerles dulces y golosinas. Después se vendía más caro: una vez por semana; pero ya hacía semana y media que no se presentaba por "El Naranjal".

La criada venía a hablar de él. Con la señora resultaría inútil una conversación de este género; con María Victoria sería peligrosa para el estado de su salud porque eran cosas muy fuertes las que Julia tenía que decir. No le restaba más confidente que la señorita Angeles, la que tenía

que cargar al fin y a la postre con todos los disgustos de la casa.

Julita, después de recorrer los jardines y tomar un refresco que le ofreció el ama, buscó a Angeles. Hallóla despidiendo al marqués de un modo tan displicente como de costumbre, y al ver que se quedaba sola en el jardín, se le acercó para comenzar su tarea.

—Señorita, vengo a hablar con usted, pero en secreto.

—¿Me traes noticias de María Josefa?

—No, señorita Angeles. Su vecina no ha vuelto todavía. Son malas noticias de casa.

Por los ojos de la niña pasó una nube de tristeza, de amargura, de negros presentimientos. Los bajó, tal vez cargados por la cerrazón de aquella tormenta, que veía venir, y preguntó como avergonzada de la pregunta que hacía:

—El señor. ¿Verdad? Mi papá.

—Sí, señorita, yo me voy esta misma noche de aquella casa. Aquello no es casa; aquello es un infierno.

—Cálmate, Julita. Habla con sosiego; pero dímelo todo: no calles nada.

—¡Si no acabaría nunca, señorita Angeles! El señor no duerme ya en casa ninguna noche. Viene a las tantas del día, y es una bronca inaguantable la que arma desde que entra hasta que vuelve a salir.

—Entonces, ¿dónde duerme?

—¡Mire! En algún sitio ha de ser. Además, ese pelma de ayuda de cámara que se ha echado, no nos deja parar ni a sol ni a sombra. Yo no pue-

do subir a la azotea para regar sus flores, porque allá sube el tío fresco detrás. Ni podemos ponernos a hablar las dos criadas en nuestro cuarto, porque allí se presenta ese zanguango para enterarse de lo que no le importa. En fin, yo voy a decírselo todo, señorita.

Y siguió contando horrores. Al concluir la criada su relato, la señorita Angeles, que tenía el rostro como una dalia y le ardía como si estuviera puesto al rojo, le preguntó:

—¿Y por eso te vas, Julita?

—¿Pero usted no ve motivo bastante para que yo no deba estar en esa casa ni una noche más?

—Al contrario, lo que veo es razón para que hagas el sacrificio de quedarte algún tiempo por el afecto que a mí me tienes. Creo que esto no ha de durar mucho. Yo estaba esperando que viniese papá alguna de estas tardes para decirle que está matando a su hija Victoria en esta hondonda húmeda y sombría, y que su hija Angeles está dispuesta a contraer la misma enfermedad que su hermana antes que violentar su corazón y su conciencia, por ceder a una imposición a la cual no tiene derecho ni como consejero ni como padre.

A Julita se le cayeron de los ojos dos lágrimas, que secó con la punta de su delantal blanco. Angeles, después de reflexionar unos instantes, tomó una resolución.

—¿Te importaría algo que papá supiera que habías estado aquí?

—¡Señorita! ¡Buena se armaría en casa!

—¡Es verdad! Espera un momento.

Y sentándose delante de la mesita escritorio, puso esta tarjeta:

“Querido papaíto: Hace dos semanas que no vienes y estamos intranquilas. Ven cuanto antes, que tiene muchas ganas de hablar contigo y darte un beso tu hija, María de los Angeles”.

La leyó en voz alta para que Julia supiese su contenido. Puso el sobre, lo cerró y lo dió a la criada, diciéndole:

—Echala en cualquier estanco. Irá por correo interior como cosa mía. Ahí tienes para el sello y quédate con lo que sobre.

Y le dió una peseta.

La carta aquella tuvo un resultado eficaz y pronto. Al día siguiente por la tarde apareció el ex gobernador en su finca del “Naranjal”. María de los Angeles había amanecido muy nerviosa. Sospechaba que su padre acudiría al reclamo, persuadido de que la niña deseaba capitular. En vez de la capitulación deseada, quería Angeles decirle a su papá muchas cosas y muy distintas y muy amargas. La pobre niña había comulgado aquella mañana en la iglesia de San Juan de Aznalfarache y con lágrimas en los ojos y amarguras de ajeno en el alma había pedido sus luces al Dios que puede con su gracia trocar en santos los corazones corrompidos y levantar de sus sepulcros a las conciencias muertas.

La alegría se desbordó por toda la finca: el canelo correteaba por todas las tablas de regadío, ladrando de placer: María Victoria tomó la merienda con un apetito inusitado, y la esposa de don Ramiro, la candorosa doña Cándida se atre-

vió a hacer cariñosos reproches al adorado esposo, al ver que éste venía aquella tarde en son de paz, con una margarita doble en la solapa de la chaqueta y derramando sonrisas y caricias a manos llenas. Fuentes Claras no apareció en "El Naranjal" aquella tarde.

El rostro de María de los Angeles había tomado, desde que vió venir a su padre, un tinte céreo, casi el color de un cadáver. A pesar de los esfuerzos que hacía por dominarse, delataba su nerviosidad un temblorcito en los labios, que casi le impedía hablar y corresponder a las caricias de su padre con filiales caricias.

Se tomó el té en el jardín. Ambas hermanas se disputaron la fineza de servir a su papá, el cual, sentado en una silla de hierro, pintada de verde, delante de una mesita con tabla de mármol y cubierta por finísimo mantel, miraba a todas partes, recreaba sus ojos con la contemplación deleitosa del paisaje y no tenía en sus labios más exclamación que ésta:

—¡Qué sitio más ideal! ¡Qué frescura! Si no tuviese tanto que hacer vuestro padre, le tendríais aquí como en la gloria.

Al querer tomar el servicio de plata al mismo tiempo, se juntaron una con otra las manos de Victoria y de Angeles. Victoria miró a su hermana con cara de asustada: le apretó la mano y le dijo en voz baja:

—¿Qué te pasa, Angeles? ¿Estás mala?

—¿Por qué lo dices?

—Porque tienes las manos lo mismo que la nieve.

—Es el fresco de la tarde.

—No. A ti te pasa algo. Dímelo.

—Es que... ¿Tú no has pensado en que podrían pasar Antonio y Emilio mientras papá está tomando el té?

—¡Es verdad!... Pero no pasaría nada. Acuérdate que hoy les toca echar los ramos en el jardín de Luisa. Ayer los dejaron caer aquí.

—¡Ah! ¡Es verdad! Me quitas de encima un quintal de peso.

Y hablando ya en voz alta, comenzó a gritar con un tono de voz que parecía una niña consentida:

—Papá, María Victoria no quiere que sea yo la que te sirva el té.

—¡Las dos! ¡Las dos!—decía el viejo moviendo en el aire la mano abierta con pausado vaivén como pidiendo calma—. Angeles me servirá el té, y Victoria la leche. ¡Si a las dos os adora vuestro papaíto!

Angeles fué a servir el té, después de hacer a su papá un mimo en la cara y el contenido se derramó por toda la tabla de mármol, manchando el mantel, que aquella tarde se estrenaba, porque Victoria lo había acabado de bordar aquella misma mañana.

En aquel instante, un monstruo negro que llevaba en sus alas dos redondeles con los colores de la bandera española, pasaba al ras de las copas de los árboles, formando un ruido horrisono, como de planchas de cobre que rodasen las unas sobre las otras.

Don Ramiro se asustó y preguntó bajando la cabeza y llevándose a ella ambas manos:

—¿Qué es eso?

Su esposa se echó a reír y dió la explicación.

—Es un aviador que le habla a la vecina de "Los Palomares" y viene todas las tardes a echarle un ramo de flores.

—¡Ah! ¡Buen susto me ha dado! ¿Véis? ¡Si tenéis aquí más diversiones que en Sevilla! ¡Ya tenéis ahí una diversión todas las tardes!

—Y que no falla ninguna. ¡A mí me está cargando ya el tal aviador!

Y doña Cándida dejó que sus hijas quitaran el mantel y pusieran otro.

Después del té, comenzó a soplar una brisita fría y húmeda, que estaba pidiendo el calor de la salita de recibo. El color céreo de María de los Angeles se iba acentuando. Su papá la llamó aparte y le preguntó al subir junto a ella por la terraza al interior de la casa:

—¿Qué querías decirme?

La niña se sintió acobardada en presencia de la realidad, que ella misma había evocado, y para la cual se había preparado todo el día. Pero se dominó y respondió con seriedad y aplomo:

—Muchas cosas, papá. ¡Si pudiésemos hablar a solas!

—Sí, hija mía, vente conmigo al despacho.

Se quedaron solos, para lo cual bastó un mandato del ex gobernador.

Este se arrellanó en una butaca de duros muelles, porque era ya muy vieja. Movió el cuerpo en varias direcciones hasta tomar una postura cómo-

da, y esperó. Angeles se sentó delante de la butaca en una silla ordinaria. Aún quedaba luz solar que iluminase el despacho. Se había sentado al lado de un ventanón grande, que daba a la arboleda del río. Viendo que la hija callaba y miraba al campo, su padre, apoyando los codos en los brazos de la butaca, y juntando las manos sobre el abdómen, comenzó a hacer girar los dedos de ambas manos en forma de molinete y dijo:

—Conque... tú dirás.

—Papá, ya te he dicho que son muchas cosas y no sé por dónde empezar.

—¿Sigue viniendo Gustavo?

—Muy bien, papá, comenzaremos por él.

—¿Cómo se porta?

—Está muy correcto conmigo; nos llena de flores el comedor y el recibidor y toda la casa; me trae con frecuencia joyas muy bonitas, que mamá me obliga a aceptar y que yo voy guardando para cuando llegue el día de devolvérselas, porque... papá, ¡no seas así conmigo! ¡No puedo, no puedo tragar a ese hombre!

Don Ramiro clavó sus ojos en los ojos de su hija y aquel mirar no tenía nada de iracundia; más bien era suplicante.

—Lo comprendo, hijita mía. No creas a tu padre tan sin entrañas. Fíjate que nunca te he dicho que aceptases las relaciones del marqués. Ahora, pues tú misma me has buscado la ocasión, te voy a dar mi opinión, sólo mi opinión en el asunto.

La niña comenzó a comprender que su padre la llevaba hacia un terreno el más desventajoso para ella, el del cariño paternal que aconseja. Muy

difícil, porque la hija no dudaba que en aquel terreno quedaría desarmada a las pocas caricias que su padre la hiciera. Por eso se puso más en guardia y siguió escuchando.

—El marqués de Fuentes Claras—prosiguió pausadamente don Ramiro—ha sido hasta hace poco tiempo, hasta que te vió aquella mañana por un descuido mío, un hombre vicioso y derrochador. Yo le aconsejaba sin cesar que dejara la vida de crápula y se casase. Te vió, se enamoró de ti, y ha cambiado completamente de conducta. Ya ves que aquí se porta como un caballero. Tú misma acabas de decírmelo. ¿Qué quieres que yo haga sino fomentar estos deseos que tiene de cambiar de vida?

—¡Cambiar de vida! En fin, papá, yo creo que le sigo la pista mejor que tú.

Angeles sonreía con una amargura tan extraña, tan rara, que su padre sintió miedo de seguir por aquel camino. En efecto, la hija sabía mucho mejor que el padre, con más riqueza de pormenores de actualidad, la vida del marqués, porque éste había tomado la táctica, cegado por la pasión que hacia Angeles sentía, de aparecer ante don Ramiro como un joven extraviado que volvía al buen camino. El ex gobernador cambió de sendero y se metió por el que más podía impresionar el corazón de su hija.

—Sé que quiere volver al buen camino, y la única llamada a realizar ese milagro de regeneración eres tú. Pero vamos a otro punto. Yo estoy ya muy viejo. Quiero dejaros, al morir, lo mejor acomodadas posibles; ¡me horroriza el pensar que

después de mi muerte tengáis que pasar hambres, tengáis tal vez que vivir de vuestras manos y puedes figurarte lo que halagará a este viejo soñar con que su Angeles, su hija predilecta, los ojos de su cara, pueda presentarse en sociedad con el título de marquesa de Fuentes Claras, y con un fortuna fabuloso para derrocharlo por sus manos!

—¡Por Dios, papá! ¡Tan mal íbamos a quedar cuando tú faltases, que sea necesario el sacrificio de mi corazón y de mi libertad!

Don Ramiro se estremeció y con ambas manos se aferró a los brazos de la butaca para no exteriorizar tal vez demasiado la sacudida que acababa de dar su cuerpo. Después se dejó caer, aplastado, como un muerto sobre el respaldo del asiento, bajó la cabeza hasta tocar con la barba en la pechera de la camisa, y murmuró como hablando con su conciencia.

—¡Sí! ¡Sí! Como tú no lo remedies haciendo los sacrificios necesarios, os aguarda una orfandad... ¡Dios mío, qué triste!... ¡Qué horror!... ¡Ramiro! ¡Ramiro! ¡Cómo te has ido enredando de ese modo tan miserable! ¡Hija, Angel mío! ¡No me oigas! ¡Estoy hablando con mi conciencia!... Yo... debo a Gustavo... le debo ya un capital... ¡yo no sé cuánto!... y todo, todo nos lo perdonaría la mañana en que subieras al altar para estrechar su mano de esposo.

Angeles enmudeció: estaba horrorizada de ver a su padre, hablando solo, moviendo la cabeza nerviosamente de arriba a abajo y de abajo a arriba, mientras iba revelando misterios y secretos de su nefanda vida de crápula. ¡Y ella quería hablar-

le también de aquel asunto! ¡Venía preparada para ello y su padre se había puesto él mismo a las puertas de la temida reprensión! Vió que aún quería el viejo seguir confesando sus faltas y le dejó. En la fantasía de don Ramiro debió cruzar una sombra, que excitaba su clásica irritabilidad, porque fué exaltándose poco a poco, mientras más la iba evocando.

—Y luego... por un pelagatos, que ha salido del polvo de la tierra, que no sabe dónde caerse muerto y... ¡Engañar a mi hija de ese modo para sacarle el dinero que cree, que cree que tiene! A este lucerito de la mañana que es el que debía alumbrar la vejez de su padre...

—Papá, por Dios y por la Virgen. ¡Cálmate! Yo te diré quién es ese pelagatos, ese que ha subido del polvo de la tierra tan sólo por hacerse digno de mi cariño, y que hoy no puede, pero podrá mañana hacerme feliz y hasta rica.

Don Ramiro dió un salto: se puso de pie: clavó en el rostro de su hija los ojos inyectados en sangre y en fiebre y mirándola con un mirar salvaje, de indecible ira:

—¡Calla! ¡Mala hija!—rugió más bien que dijo, mientras se iba descomponiendo por momentos—. ¡Si ya sé que te saldrás con la tuya! ¡Que matarás de disgustos a tus padres! Pero antes... antes...

Y fué a levantar la mano. Angeles estaba en su terreno. Tendió con calma la mano hacia su padre y le señaló el asiento de la butaca donde había estado, diciéndole con una seriedad y un

tono de voz que nunca su padre lo había visto en ella:

—Papá; después volverás a repetir con tu hija la escena de aquel día de las cartas que hizo llorar hasta al surtidor de la fuente de la casa: pero es preciso que antes me oigas a mí. No soy yo la que debía hacerte estos cargos, pero no se atreve nadie, mamá no los ve ni los estima, y aunque sé que ha de costarme una enfermedad... papá, oye lo que se dice de ti, de Fuentes Claras, de nosotras, de estos luceros de tus ojos, a quien debías de dar tú la luz con tus buenos ejemplos, como da el sol la luz a las estrellas. No creo nada de lo que voy a decirte, es más, sé que es mentira cuanto se dice de ti, papaíto de mi alma, pero... oye lo que está corriendo por nuestro barrio y... pégame, dame después otras bofetadas como las de aquel día.

Don Ramiro se dejó caer de nuevo en la butaca...

Aquella noche durmió en "El Naranjal": es decir, no durmió; pasó la noche llorando. Al día siguiente, que era domingo, fué con su esposa y con Angeles a la iglesia de San Juan de Aznalfarache, y oyó misa. Desayunó en la finca. Después se quedó a comer en ella, y hasta la caída de la tarde no volvió a la ciudad. Ni Angeles ni don Ramiro se dijeron una palabra más después de la solemne entrevista, que había durado hasta la hora de la cena, y de la cual el padre y la hija habían salido con los ojos encendidos y los rostros más encarnados que los ojos. Ni la esposa ni Victoria ni la servidumbre de la finca pudieron saber

jamás la materia que en la plática se había tratado; vieron, sí, que ni el padre acertaba a separarse de su Angeles ni ésta se apartaba un momento de su padre y que ni uno ni otro se saciaban de mutuas caricias.

Llegó por la tarde el marqués de Fuentes Claras. Don Ramiro estuvo con él expansivo, pero con cierto dejo de reserva. Angeles le trató con positivo desvío, y después de tomar el té, se despidieron don Ramiro y Fuentes Claras, que en el auto de éste se volvieron a Sevilla.

Por la noche tuvo Angeles que ayunar del rato de charla con Antonio porque su madre la obligó a meterse en cama; le dolía mucho la cabeza y no había querido cenar.

Cuando a la noche siguiente se reanudó el piquete, interrumpido con la presencia del amo de la finca, Angeles tenía una multitud de cosas buenas que decir a Antonio. Le contó lo que pudo decirle sin desdoro de la honra de su padre, y llena de gozo, terminó así el relato de la batalla:

—Antoñito, creo que éste es, gracias a Dios, el comienzo del fin de nuestras zozobras. Un poquito más de paciencia y el triunfo será el de nuestros amores, que bien te lo mereces tú.

—No tengas cuidado, Angeles, que el que viene detrás de una ilusión hace ya tantos años, bien puedes comprender que ha de seguir luchando todo lo que sea necesario. ¡Mientras brille delante de mis ojos esa estrella polar de tu cariño, no tengas pena por mí, que seguiré detrás de ella sin zozobras! Lo malo sería que esa estrella se eclipsa-

sase alguna vez. Que perdiese la posesión de ese tesoro...

—Calla, tonto, que no me enfado porque sé que lo dices solamente con la boca chica. ¿Tienes celos del ganso de Fuentes Claras? Pues los tendré yo de Pilita y... capicúa.

—Bien, pero sin que sean celos, dime: ¿Cuál es lo último en que habéis quedado respecto de ese besugo en salsa de oro?

—Ya te lo he dicho. Papá quedó en que se enteraría bien de si en verdad andaba por el mismo camino de antes. Si se había convertido, como dice papá, yo no tenía inconveniente en...

—En casarte con él—remachó vivamente Antonio.

—Tanto como eso no le prometí. Pero como yo sé los pasos por donde sigue andando ese bohemio, no tengo miedo. Papá se pondrá en razón.

—Pero de mí no creo que admita varas.

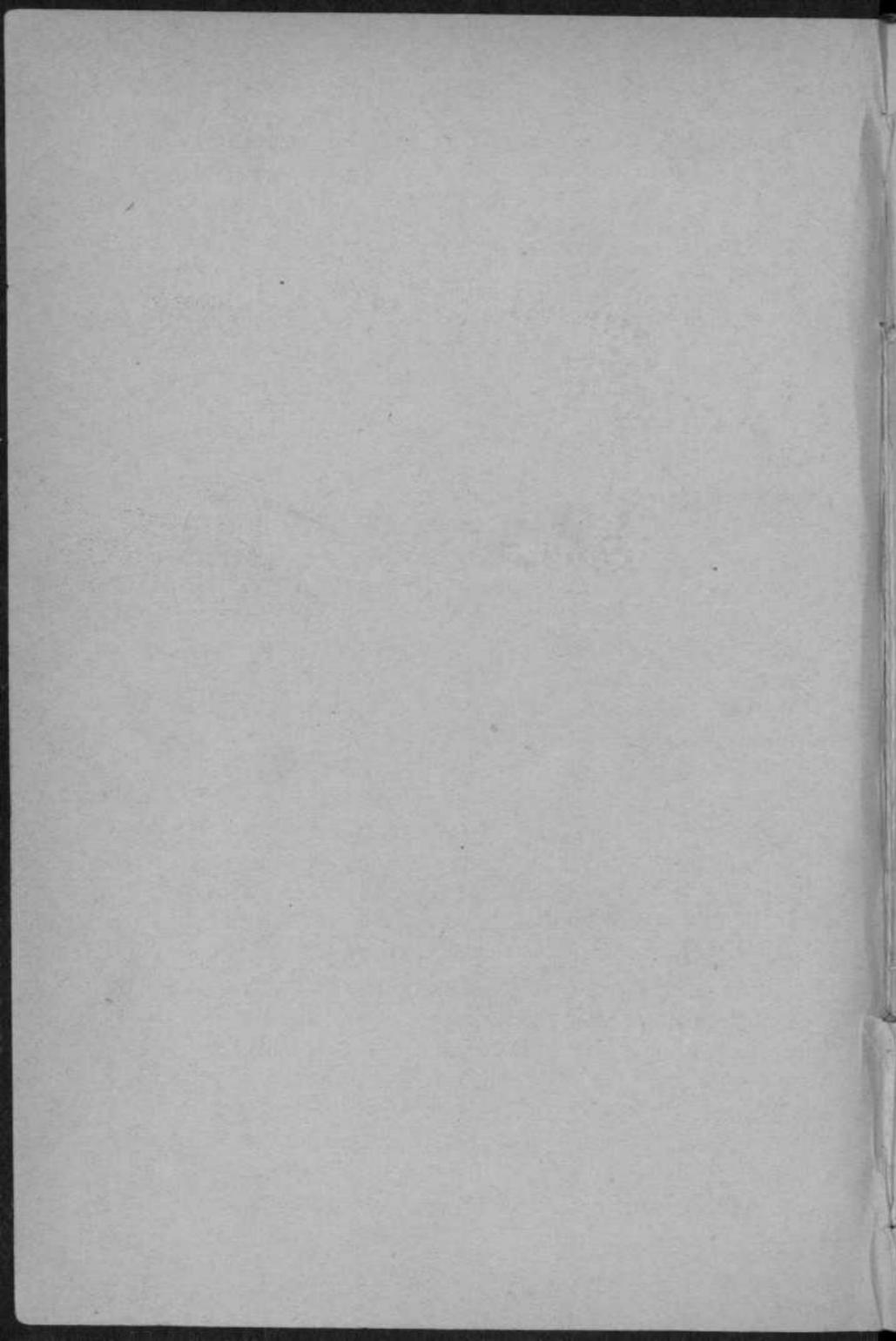
—¡Qué sé yo! Le habían hecho formar de ti un concepto equivocado; yo he rectificado en la opinión falsa que tenía. Para papá, tú no eras más que un abogadillo de mala muerte, y sobre todo el que te habías atrevido a ponerte en su camino con lo de las cordobesitas. Ya ni Gustavo ni papá tienen empeño en ganar ese pleito. En cuanto papá se convenza de que Gustavo no se merece a su hija, comienzas tú, según hemos convenido, el papel de querer echar tierra en el asunto de las muchachas, y dejarle en buen lugar en la opinión, y le ganas la voluntad y...

—Repican a bodas. Lo ves todo de color de

rosa. Dios quiera que todo salga como tú lo quieres y como te lo mereces.

Siguieron echando planes. Don Ramiro en lo que no había querido ceder era en levantar el destierro a sus hijas; pero Angeles tenía la esperanza de convencerle también en este punto. Los planes todos andaban por entonces en el aire; pronto, sin embargo, irían despejándose incógnitas, allanándose dificultades y brillaría el sol de la dicha. Cuestión de meses.

Y sobre estas pláticas y girando sobre esas esperanzas hablaron una, dos y varias noches que siguieron a la visita que don Ramiro había hecho al "Naranjal".



XIV

LA ÚLTIMA SÚPLICA

Aún no habían pasado dos semanas de esta visita. El ex gobernador no había vuelto a la finca, y eso que había prometido a su hija menudear las confidencias con ella.

Julita se presentó el sábado por la mañana portadora de una carta del amo. Las dos hermanas dieron un grito de alegría. Victoria tomó del talle a María de los Angeles y comenzó a bailar con ella. Clarita, que estaba barriendo en aquella coyuntura, no encontró pareja y se puso a bailar con la escoba.

Don Ramiro ordenaba y mandaba en la carta, que tanto la madre como las hijas y la criada tomaran los muebles que habían llevado a la finca, los empaquetasen a toda prisa durante el día y los enviasen a la calle de Santa Clara: de tal suerte que a ser posible ni los muebles ni ellas durmieran aquella noche en la finca.

Así se hizo y con hartó gozo de todas. Don

Ramiro las recibió con sumo cariño; el destierro quedaba alzado, y como para dar alguna prueba de su perdón, no salió de su casa aquella noche, cenó con apetito, y como hacía bastante frío en el patio, se tuvo la tertulia en el salón de visitas, donde Angeles cantó y tocó en el piano lo que sabía ella que más agradar pudiera a su padre de todo su vasto repertorio.

A la mañana siguiente subió Angeles a su jardín azotea. Le parecía una pesadilla lo que había pasado en la ausencia; tenía en los oídos el zumbido infernal del aeroplano y el acompasado *clac, clac*, de las olas del río al chocar con los palos de la estacada, mientras una sombra negra subía por ella haciendo gimnasia.

Julita se había portado bien. El gato no estaba flaco; el canario cantaba satisfecho; los alelises, los jazmines y los claveles, daban señales de vida exuberante. Había sido un sueño su ausencia; había sido una pesadilla de una noche; ¡pero qué noche tan larga y tan triste!

Al mediar la tarde, se le anunció la importuna visita del marqués de Fuentes Claras. Le recibió como a las personas de etiqueta, en la sala, y haciéndole esperar un buen rato. Ya estaba dispuesta a comenzar una serie no interrumpida de desplantes con él hasta que se aburriese y desengañase del todo.

Gustavo no traía la cara de melosidad ordinaria que tanto sublevaba los nervios de su pretendida: venía más bien serio, tal vez ofendido por la larga antesala que Angeles le había obligado a hacer.

La saludó muy correcto, y como la niña jamás comenzaba las conversaciones, cuando él venía, le dió comienzo Gustavo.

—Gracias a Dios, Angelita, que la vemos ya en Sevilla.

—¡Sí! Ya estoy en Sevilla.

—Supongo que a usted le habrá gustado también el cambio.

—¡Sí! Estoy mejor en mi casa.

Hubo una pausa larga, en que la niña tenía los ojos clavados en el suelo, mirándose los pies, con uno de los cuales hacía ademán de seguir el compás de alguna música. Gustavo, con sus ojos puestos en los pies de la joven, miraba los movimientos de aquel compás. Por fin el marqués hizo como que se determinaba a decir algo que no era de su agrado, y después de un movimiento algo brusco de su cuerpo, cual si quisiera emprender el camino para lo que iba a decir, preguntó:

—Angeles. ¿Notó usted anoche en su papá algo de extraordinario?

—¡Sí! Más apetito y más deseos de complacerme en lo que sabe que me gusta.

Nueva pausa, que Gustavo cortó muy pronto.

—Mire, Angelita, yo me veo en la precisión de revelarles un secreto muy triste; he dudado si hacerlo o no, pero veo que al decirle a usted la verdad, por amarga que sea, le doy una muestra del intenso cariño que le tengo.

La niña alzó los ojos y miró al marqués. En aquellos ojos se retrataba algo de espanto, de curiosidad medio salvaje. Tomó un tono de voz casi de súplica y preguntó:

—¿Algo de papá? ¿Se refiere a mi padre?

—¡Sí! Pero antes dígame si se va a enojar conmigo; si esta revelación que quiero hacerla ha de alejar más de mi cariño el cariño de usted, que ya está demasiado distante. Vea en mí solamente al amigo de su papá y de todos ustedes que quiere evitarles un día de luto.

—¡Jesús! ¡Gustavo! ¡No me oculte nada! ¡Nada! ¿Lo oye? Sé muchas cosas de los extravíos de mi pobre padre, pero es que quiero, que necesito saberlas todas, todas. ¿Lo oye? Todas. ¡Yo creía que estaba arrepentido!...

—No, Angeles, por desgracia no es así. El me habló de la conversación que tuvo con usted en la finca. Volvió a Sevilla convertido en otro hombre y el efecto de sus consejos le duró dos días.

—¡Hable bajo, Gustavo! Mamá anda por ahí cerca. Y ¿qué? ¿Después?...

—El jueves por la tarde me dijo que pensaba despedirse de la vida de cabaré, pero que quería hacerlo de un modo solemne, echar el resto.

—¡Pobre papá!

Y Angeles no se atrevió a decir más, ni podía decir más. Aquellos ojos, que ya habían llorado tanto, aún tuvieron dos gruesas lágrimas que enjugó en su pañuelo; Gustavo prosiguió:

—Yo quise estorbarlo; pero fué inútil. Allá se fué y al día siguiente supe que en medio de su embriaguez, sin saber lo que hacía, sentado ya delante de la mesa de juego... siento decirlo, Angelita, pero es preciso que lo sepa usted, su papá ha jugado y ha perdido la finca del "Naranjal".

La niña tenía los brazos caídos y puestas las manos en el regazo y en las manos el pañuelo que estrujaba nerviosamente entre los dedos. Al oír la noticia más triste que pudiera pesar sobre el porvenir de su dicha y de sus ilusiones, se contentó con tirar violentamente de los extremos del pañuelo y exclamar en medio de un suspiro hondísimo y amargo:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¿Esto más?

—Hay más, yo no quiero ocultarle nada, porque vengo dispuesto a evitar en esta casa un día de llanto. Recuerde, Angeles, que le he preguntado si anoche notó algo extraordinario en don Ramiro. Es precisamente lo que me trae aquí esta tarde. Su papá hace tiempo que viene obsesionado por la idea de... del...

El rostro de Angeles quedó como un sudario; los ojos se le querían saltar de las órbitas; dió en la silla un vuelco; la silla gimió, y los labios temblorosos y descoloridos de la joven pronunciaron horrorizados una palabra.

—¿El suicidio?

—Ya hace tiempo que su cabeza, durante los momentos de embriaguez, se descompone, sobre todo cuando pierde en el juego alguna cantidad fuerte. Más de una vez hemos tenido que sujetarle, hacerle dormir en algún sitio del casino, vigilado por un mozo, y no dejarle venir hasta verle algo sereno. Pero desde que ha jugado la finca, puede figurarse cómo andará esa cabeza.

La joven se había serenado por completo, al menos exteriormente, y con un modo de hablar sencillo, natural, encantador, dijo al marqués:

—Gracias, Gustavo, no sabe cuánto le agradezco el interés que se ha tomado por papá. Créame, ha ganado usted en mi estima mucho más de lo que se figura. Lo que pueda darle yo de amistad, de afecto, de... lo que esté en mí, crea que no ha de faltarle en adelante; sobre todo, gratitud. Es usted sumamente bueno con nosotros, Gustavo.

El marqués comprendió que no debía prolongar mucho la visita, después de las revelaciones tan desagradables con que había herido el corazón de la niña, y se despidió en seguida. Angeles mostróse con él sumamente afectuosa. Dejó que al despedirse le tuviese Gustavo unos instantes aprisionada una mano entre las suyas, y al cerrar ella misma la cancela, oyó el marqués las últimas palabras de la joven que le decía:

—Hasta mañana, Gustavo: ya sabe que se le estima de veras.

Cuando Gustavo desapareció en la puerta de la calle, Angeles ganó de dos en dos las escaleras que subían al principal y penetró en el gabinete de trabajo de su papá, el cual no estaba allí. Por eso la niña pudo hacer un registro policiaco en la habitación. Era muy difícil quitar de allí todo lo que pudiese servir de tentación a su padre. Adornaban el pequeño, pero monísimo estudio, dos panoplias con utensilios de caza, a la que había sido el ex gobernador muy aficionado. Por lo demás, ni en los cajones, que estaban sin llave, ni en ningún rincón del aposento aquél había instrumentos cortantes o explosivos.

Pensó bajar las dos panoplias al patio de en-

trada y desde luego se las llevó a su dormitorio. Diría a su papá que las quería limpiar para adornar con ellas los dos huecos, feos y desairados, que quedaban en el patio entre las cabezas de jabalíes y las de los dos ciervos de astas como troncos de olivo.

Luego siguió a la alcoba donde dormía su padre. Allí recibió un susto de los de órdago. En el cajón de la mesita de noche guardaba don Ramiro una *browsing* con una caja de cápsulas. Era un caso bastante difícil de resolver. Si las dejaba allí, la tentación era próxima e inminente. Si las quitaba, su padre sin duda alguna preguntaría por aquellos instrumentos belicosos y ¿qué excusa iba a dar? Don Ramiro no debía saber que su hija estaba en antecedentes de su loca manía.

Lo pensó mucho, un buen rato, y al fin se decidió por quitar del medio la ocasión y que saliese el sol por Antequera o por donde le dictase la sagacidad. Cuando acabó el registro, la tarde había ya declinado, y las luces eléctricas anunciaban los sitios donde se podía encontrar a cada uno de los moradores de la casa. Doña Cándida tenía encendida la luz de su alcoba, a la cual una puerta de cristales separaba de la de su esposo. Victoria estaba en la alcoba de las dos hermanas, probablemente rematando unas prendas que había cortado y comenzado a coser en "El Naranjal".

Don Ramiro anunciaba su presencia con el humo de su cigarro, y debía de estar a oscuras en un recibidor pequeño, que al lado de la sala oficial de visitas servía de *boudoir* a las niñas para

recibir a sus amigas íntimas. Aquella salita daba a la calle y correspondía al cierre izquierdo del piso principal.

Angeles entró de puntillas. Don Ramiro, sentado en una sillita baja, tenía los codos apoyados en las rodillas y la cara hundida entre ambas manos con verdaderas señales de postración.

La hija tocó en el hombro a su padre. Este se estremeció, como si le despertasen de pronto de un hondo sueño, alzó los ojos, vió la figura de Angeles dibujarse en la penumbra, y sin variar de postura, preguntó:

—¿Qué quires? ¿A qué vienes?

—A hacerte un ratito de tertulia. Ya hace más de una semana que no charlamos de nuestras intimidades. ¿No te gusta que te dé cuenta de conciencia?

Angeles inclinó su rostro, besó la frente de su padre varias veces y notó que aquella frente ardía como si la quemara una fiebre muy alta. Tomó otra silla pequeña y se sentó al lado de su padre. Este le devolvió el beso con un afecto y un cariño extraordinario, y murmuró:

—¡Mi ángel! ¡Mi ángel!

La niña quería decir algo gustoso para su padre, algo que le trajese gozo, y sin preámbulo ninguno, comenzó:

—Papá. ¿Quieres creer que Gustavo se me va haciendo simpático?

—Quiérele, quiérele, hija mía. Mira que es el único sostén que os quedará en el mundo.

Angeles se estremeció suavemente. La oscuri-

dad era casi completa. Con mucho mimo, rectificó:

—¿Que os quedará?... ¿Que os quedará? Dirás que nos quedará.

Y la niña recalcó mucho aquellas palabras. Don Ramiro no rectificó sus palabras y enmudeció. Su hija le habló de la simpatía que el marqués había despertado aquella tarde en su alma, porque le había comunicado sus secretos, y le había hablado con mucho interés de él, y de los deseos que después de la famosa conversación con Angeles mostraba de no volver al casino, de pasar en casita las noches al lado de su Angeles, de su María Victoria.

—¿Y te ha dicho algo más? ¿Te ha dicho algo de la causa de vuestra venida a la ciudad?

Angeles no contestó: pero entonces tenía cogida con su mano derecha la mano izquierda de su padre, que acariciaba y besaba con frecuencia, y al hacer él aquella pregunta, la mano de Angeles apretó fuertemente la de don Ramiro. Fué un instante nada más, pero fué toda una revelación.

El viejo se revolvió en la silla sin hablar nada; luego se levantó, y comenzó a dar paseos por el reducido gabinete... Su hija seguía aquellos paseos lentos con los ojos. Don Ramiro comenzó a hablar solo, levantando y bajando los hombros.

—¡Que os quedará!... ¡Que os quedará!... Porque yo... ¡Psh! ¡Yo!... ¿Qué hago ya?... ¿Qué pito toco ya en el mundo?... ¡Estorbo!... ¡Ah, criminal!...

La niña se abalanzó a su cuello y con sus cari-

cias le amansó: parecía una domadora de fieras. Le dijo que se volviese a sentar, y se sentó. Le pidió la petaca, le puso un emboquillado en la boca y el papá lo sostuvo en sus labios. Le metió la mano en el bolsillo de la americana para sacar la caja de cerillas y le dió lumbre. Y don Ramiro sin sonreír, sin hablar, iba obedeciendo.

Llegó Clarita avisando la hora de la cena fuerte y Angeles llevó a su padre al comedor cogida a su brazo como dos enamorados.

Después de la cena se rezó el rosario y don Ramiro lo siguió con recogimiento devoto, a veces sollozando de un modo entrecortado, haciéndose violencia para que no se le oyera.

Luego Angeles le guió a su dormitorio, y doña Cándida se quedó con él, después de despedirse de su hija.

A la mañana siguiente había pasado la racha de locura. Estuvo con Angeles en la azotea, y le ayudó a regar las flores. El mismo fué quien colgó las dos panoplias en el patio de entrada y después del almuerzo se retiró a dormir la siesta.

Angeles había dado cuenta de todo a su madre. Doña Cándida se había llevado las manos a la cabeza al saber lo de la racha de locura, porque la pérdida de la finca la sabía ya de labios del mismo don Ramiro, y quedó en formar turno de guardia, como ella decía, para no dejar solo ni un instante a su esposo.

A media tarde se arreglaron ambas hermanas y emprendieron el camino de la calle de Quevedo para rezar a la Virgen Milagrosa y ver si daba la

casualidad de coincidir con Antonio, que iba todas las tardes a rezar una salve.

Allí estaba en efecto. Angeles preguntó si iba bien la causa de Fernando.

—Va perfectamente—le dijo Antonio—, creo que mañana saldrá bajo fianza. El vejete está ya acorralado. Espero que Fernando, rebajado su delito a mera actuación de cómplice y con muchas atenuantes, ni vuelva a la cárcel ni se le obligue a otra cosa que a devolver las tres mil quinientas pesetas que le tocaron en el desfalcó. ¡Si me hubiera avisado a tiempo!...

—¿Y Josefa? ¿Piensa volver?

—No he querido hablar ni con ella ni con su madre hasta que el negocio de Fernando quede resuelto. Pero como no reanude las relaciones, francamente, demuestra no haber querido jamás a Fernando. Cuando se ama mucho, se perdona pronto, y en este caso, yo no sé quién tiene que perdonar a quién.

Angeles, que al lado de su Antonio se sentía feliz y no pensaba en penas, turbóse sin embargo al oír una de las frases del muchacho, que le recordaron las fingidas o exageradas muestras de afecto que había prodigado ella a Gustavo. Le sonaron entonces las condescendencias con el marqués a traición o delito contra su Antonio, y pasándole la mano por delante de la cara como para hacerle una caricia, le interrumpió:

—¿A ver? ¿A ver? ¡Chico, qué talentazo tan estupendo te ha dado Dios! Has dicho una sentencia, que me ha dejado estupefacta. ¿A ver? Repítela.

—¿Cuala? ¡Si te he soltado una porrada de sentencias! ¿Esa del que perdona porque ama?

—Esa; esa. ¡Estupenda! Mira, siéntate y escríbemela aquí: en esa hoja del devocionario; pero fírmala después.

Antonio se echó a reír. Vió en aquel capricho alguna escaramuza de celos que le iba a fingir la niña a propósito de algo que sabría de Pilita, y se sentó delante de la mesa y escribió con letra muy clara: "Cuando se ama mucho, se perdona pronto. No lo olvidemos ninguno de los dos".

Puso su firma "Antonio de Castro", y volviéndose a la joven le dijo con seriedad cómica:

—Por si acaso, fírmelo usted también, princesita celosa de los cuentos de Anderson.

Angeles, riendo el caprichito de Antonio, se sentó y firmó y rubricó.

María Victoria, que había seguido el pueril desahogo de cariño, preguntó, riéndose más que los dos:

—¿Se necesita testigo? Allá voy yo. Trae el documento.

Y tomando el devocionario, sentóse también; tomó la pluma; pensó un poco, teniendo alzado el palillero, e inclinándose hacia el devocionario, puso dos letras nada más y soltó una carcajada. A continuación del apellido, en la firma de su hermana había escrito un *de* y se disponía a continuar.

Angeles, que detrás de ella miraba lo que Victoria escribía, le gritó, separándole la mano:

—¡Chiquilla! ¡No seas tonta! Pon tu nombre, si quieres, pero nada más. Mira que me enfado.

Victoria dejó el *de* ya escrito, y debajo de ambos nombres puso así: "Testigo de que ambos cumplirán la sentencia, si llega el caso de tenerla que cumplir. María Victoria Arias de Pedraza".

Ninguno de los tres podía figurarse lo que estaban escribiendo en el devocionario de la reina de las hadas de Anderson.

Fueron los tres a la capilla: rezaron, y al salir del asilo, Antonio acompañó a las dos jóvenes hasta la plaza de San Lorenzo y se volvió por la calle de Martínez Montañés hacia su casa.

Angeles y Victoria siguieron hacia Santa Clara. La cancela estaba abierta: Clarita estaba en el patio, llorando como una Magdalena; detrás de las dos hermanas, entraron dos señores, uno viejo y otro joven, que sin notarlas, les habían venido siguiendo los pasos desde la plaza de San Lorenzo.

Por el alma de Angeles pasó una visión de sangre: y sin moverse de la cancela, agarrándose a sus labores de hierro, preguntó en seco, sin preámbulo:

—¡Papá! ¿Verdad? ¡Clara! ¡Papá! ¿Verdad?

La criada corrió a ponerse como obstáculo para que las dos niñas no pudiesen subir la escalera y clamaba como una loca:

—¡No! ¡No suban! ¡No suban! ¡Dios mío! ¡Qué horror!

—Pero... ¿vive?—gritó Angeles, lanzándose hacia la escalera.

Los dos hombres quisieron detener cada uno a una hija de don Ramiro. María Victoria, fría y

rígida como una estatua de mármol, cayó en los brazos del más joven. El viejo intentó hacer lo mismo con Angeles; pero ésta, desasiéndose de aquellos brazos con una fuerza sobrehumana, se precipitó hacia la escalera y subió dando gritos.

—¡Papá! ¡Papá! ¿Qué has hecho? ¿Dónde le tienen?

Y atravesó el gabinete de estudio, y penetró en la alcoba de don Ramiro.

El viejo, echado en su cama y cubierto a medias con una colcha de raso amarillo, manchada de sangre, tenía el rostro como el estuco de la pared: los ojos cerrados, los brazos desnudos fuera de la colcha, y tendidos como dos troncos de árbol. Sus labios se movían, como si hablase, pero sin articular palabra ninguna.

Al lado de la cama había un charco de sangre, y sobre la mesita de noche un puñal de acero toledano con el puño adornado de incrustaciones de oro y plata.

El puñalito estaba lleno de sangre viscosa y oscura. Doña Cándida había sido llevada a su cama presa de un síncope, y sus gritos se oían como si saliesen de entre las rejas de la jaula de un manicomio. En la casa había cuatro personas al ocurrir aquella desgracia: doña Cándida, las dos criadas y el ayuda de cámara de don Ramiro. A las tres mujeres no se les ocurrió otra solución que la de correr de un lado a otro dando gritos salvajes hasta que el ama cayó en el suelo sin sentido, y Julita un instante después perdió el conocimiento por contagio. El ayuda de cámara y Clarita lo hicieron todo. El echó sobre la cama el cuerpo

exámine del suicida, y acompañado de la criada, le vendaron fuertemente con una toalla la herida que tenía en el pecho.

Después, Clarita fué a dar aviso a la más próxima casa de socorro, mientras el criado se las entendía con las dos que necesitaban su ayuda cada una en una cámara, hasta que se presentaron los dos médicos de guardia, que coincidieron con la venida de las dos hermanas.

El primer ímpetu de Angeles fué echarse sobre el cuerpo de su padre para volverle, si fuese poderosa, con sus caricias la vida que iba perdiendo a chorros.

El ayuda de cámara la detuvo, y el médico que entró en aquel instante la separó del lecho más todavía. Angeles quedóse clavada como una estatua, con los ojos que se le querían salir de las órbitas, fijos en la cara de su padre, sin pronunciar una palabra.

Llegó el médico más joven, después de dejar a Clarita cuidando a Victoria en el patio, y comenzó la inspección. Levantaron la colcha y no se atrevieron a quitar la toalla que sujetaba algo la salida de la sangre, pero ambos se miraron, movieron la cabeza, no dijeron nada y el más viejo tomó y examinó el puñal.

Angeles, que iba preguntando con los ojos a los dos galenos, de cuyo diagnóstico dependía la sentencia de vida o muerte de su padre, se atrevió a preguntar:

—¿Qué?

El más viejo se sonrió como queriendo poner cara de fiesta y la quiso tranquilizar.

—Aún no se puede afirmar nada. Tal vez la herida no haya interesado el pulmón; el corazón por supuesto que no. Cállese usted, señorita, que puede que sea menos de lo que parece.

La niña respiró fuertemente. Miró al cuadro de la Virgen Milagrosa que encima de la cabecera de la cama dejaba caer sus rayos de misericordia por su divinas manos y a su alma acudió una idea que sin duda le inspiró la Virgen.

—Gracias, mil gracias, doctor; pero... ¿cree que será prudente llamar al párroco?

—¡Oh! ¡Sí! ¡Cuanto antes! Porque como no sabemos si... yo le aconsejo que le llame ahora mismo.

La joven volvió a mirar a su padre que seguía moviendo los labios, con los ojos cerrados, y desapareció de la estancia. Era lo que deseaban los médicos. Con la bajada de Angeles al patio coincidió la venida del practicante trayendo un botiquín de urgencia.

En el reconocimiento que se le hizo, pudo apreciársele una herida sumamente ancha y profunda que le había atravesado el pulmón izquierdo, muy cerca del corazón; era de carácter mortal. Lo más probable era que no durase el enfermo aquella noche.

Angeles, a pesar del cuidadoso escrutinio verificado la tarde antes, no había podido atar todos los cabos. Don Ramiro tenía siempre sobre la mesa de escritorio un puñal de esos que primorosamente templa y adorna la fábrica de armas de Toledo. Se lo había regalado hacía mucho años un amigo a quien don Ramiro, siendo gobernador,

había hecho un favor en la petición de cierto empleo. Este puñal desde entonces servía de plegadera al papá de Angeles, que lo tenía siempre sobre la mesa del despacho, revuelto entre los papeles, y no estaba Angeles entonces para acordarse de aquella plegadera que probablemente tendría un montón de periódicos encima.

Con los reactivos de que la ciencia dispone, don Ramiro fué abriendo los ojos, éstos se fueron animando algo y se halló con el párroco junto a su lecho, que le tenía una mano entre las suyas. Eran buenos amigos. El jugador impenitente jamás se olvidaba de los pobres del barrio que su párroco iba sosteniendo con las limosnas suyas y de sus feligreses, y entre los más rumbosos contaba siempre al ex gobernador.

—¿Qué tal se siente, don Ramiro?—preguntó el párroco.

—¡Me siento morir! Mi vida criminal se apaga.

—Papaíto, ¿quieres confesarte?—le dijo María de los Angeles, que estaba a los pies de la cama, mirando a la Milagrosa y pidiendo para su padre aquel tiempo de lucidez que había que aprovechar como oro.

—¡Hija! ¿Habrá perdón para un suicida?

El párroco, sin hablar, ordenó con una mirada a los que estaban en la habitación que se marchasen de ella. Todos entendieron la orden y dejaron al ministro de Dios a solas con aquel pobre pecador que llevaba más de treinta años sin reconciliarse con su Dios.

Mientras se confesaba el enfermo, Angeles bajó al patio para mandar al ayuda de cámara que

cerrase la cancela y apagase la luz de la farola del patio.

Fué ella misma a persuadirse de que la cancela estaba cerrada, y en aquel instante una sombra que estaba esperando en la calle se precipitó en el zaguán. Era Antonio. Angeles dejó escapar un grito ahogado y un suspiro que salió del fondo de su alma. Antonio le imperó:

—¡Abre! ¡Abre! ¡Angeles, que quiero entrar!

—Por Dios, Antonio. No vengas a amargar los pocos instantes que le quedan de vida. ¡Vete!

—¡Si no voy a presentarme a él! ¡Yo vengo a ayudaros! A hacer algo; lo que sea necesario. ¡Si no están en la casa más que mujeres!

—Sí, pero una es mamá, que te conoce y que está exaltadísima. ¡Vete! ¡Vé a San Lorenzo y rézale a Jesús del Gran Poder para que se salve su alma! ¡Ay, padre, papaíto de mi vida, cómo vas a dejar a tus hijas!

—¡Es que!...

—¡Ahí viene mamá! ¡Vete! Rézale también a la Milagrosa, si está abierto el asilo.

La madre de Angeles bajaba acompañando al párroco. Iba a buscar los Santos Oleos, porque el Viático era imposible dárselo. Estaba sin cesar echando sangre por la boca.

¡Qué noche más triste la que pasaron todos en aquella casa! Doña Cándida no hacía nada de provecho. Victoria y las dos criadas subían y bajaban sin cesar, preparando y trayendo lo que el médico disponía, ora para ponerle una inyección, ora para darle alguna medicina.

Angeles se situó al lado de su padre: le miraba

con los ojos cargados de cariño y de pena; a veces le tomaba una mano y se la besaba; otras veces se le acercaba y le sugería alguna plegaria devota. El párroco estaba al otro lado de la cama. El moribundo tenía los ojos cerrados. A veces los abría y buscaba algo, pero se sosegaba al encontrarse con los ojos de Angeles que le miraban; le estrechaba la mano y los volvía a cerrar.

A veces se agitaba después de algún vómito de sangre y se entristecía.

—¡Pobres hijas mías! ¡En la miseria! ¡En la calle!

—Déjese de pensar en eso, que no es verdad, papaíto. Ahora piense en que se ha reconciliado con su Dios; que El le perdona. ¿Está tranquilo?

Don Ramiro movió afirmativamente la cabeza y entornó los ojos.

Volvió a abrirlos al poco rato. Buscó con ellos a su hija y pidiéndole una mano por señas y apretándola con las fuerzas que le quedaban, le dijo mirándole fijamente a la cara:

—¿Me quieres mucho?

—¡Papá! ¡Papaíto!—y rompió a llorar la niña.

—Ya lo sé, hijita, cielo mío. ¿Quieres que me traigas un pañuelo?

—Sí, dime tu último deseo: tu última voluntad.

—Dame palabra de que te casarás con Gustavo.

Angeles sintió que se le clavaba en el alma un puñal más agudo que el que estaba rematando la vida de su padre. No se atrevió a contestar. Don

Ramiro, después de una pausa, exclamó con un dejo de grande sentimiento:

—¿Ves? ¡No lo harás!

La hija buena reconcentró entonces dentro de su alma todas las fuerzas que pudo reunir el amor a su padre, junto con el deber de la conciencia, y bordando con una sonrisa indefinida sus labios y con una voz mitad lamento, mitad arrullo, dijo acercando su rostro al de su padre:

—¿Que no? ¡Si ya te dije que se me ha hecho muy simpático! Yo te lo prometo: es el último gusto que te da tu hija. Si él por su parte no se hace indigno, te lo prometo: será mi esposo.

—¡Si se hace indigno... de ti... hija obediente... Dios le castigue! ¡Muero ya tranquilo!

Fueron casi sus últimas palabras. Un cuarto de hora después, besando el crucifijo que le presentaba su esposa, dejó de existir don Ramiro. Se le amortajó con hábito de franciscano, para cumplir la voluntad que con frecuencia había manifestado en vida.

Hacia las ocho de la mañana se presentó Gustavo. Había pasado el día anterior fuera de la ciudad y por eso no había tenido hasta entonces noticias del suceso. Pero llegó providencialmente. En aquellos momentos disputaban doña Cándida y Angeles con el juez del distrito y el médico forense sobre lo que había de ponerse en la certificación oficial de la defunción.

El médico estaba entre dos aguas; el juez no quería ceder; la familia del difunto suplicaba por Dios que no se hiciese constar tan públicamente la nota de suicida.

Cuando llegó Gustavo y dió sus excusas por no haberse enterado antes de aquella desgracia, doña Cándida le informó de lo que entonces se estaba disputando.

—¡No! ¡no!—dijo el marqués—, eso es un escrúpulo imbécil. Se pone que ha muerto de...

—Yo pondría de angina de pecho—repuso el doctor.

—Es que yo no quiero salir responsable de lo que pase—protestó el juez.

—No tenga cuidado, yo respondo—aseguró Gustavo.

—¡Oh! Pero... ¿Y quién es usted para responder?

—¿Yo? Soy el marqués de Fuentes Claras.

El juez hizo una señal de sorpresa y de respeto, y volviéndose al médico, le dijo:

—Ponga que ha fallecido de angina de pecho.

Y doña Cándida y Angeles quedaron para siempre agradecidas al marqués de Fuentes Claras.

La capilla ardiente se instaló en un saloncito del piso bajo, y se abrió la cancela, y se puso una mesa en el zaguán con una bandeja para recoger las tarjetas de pésame, y unas cuartillas de papel, un tintero y una pluma para recoger las firmas.

La primera que se anotó, decía: "Con el alma partida de pena, acompaña en su dolor a toda la familia, Antonio de Castro".

El muchacho se arrodilló ante el cadáver y allí le vieron, rezando tres rosarios, hasta que llegó la hora del entierro que se tuvo al caer de la tarde con el fin de hacerle secretamente la autopsia en el depósito, y cumplir con la ley.

Antonio, sin hablar con nadie, ni consultar con nadie, puso un hombro debajo del ataúd y ayudó a poner el cadáver en el coche fúnebre. El que ponía su hombro al lado opuesto era Gustavo.

Angeles, con una serenidad y una presencia de ánimo, dignas de una espartana, había estado disponiéndolo todo: había llenado de rosas y de nardos el cuerpo de su padre. Ella no sabía quién hubiese regalado aquellas flores. Salió hasta la puerta, y al arrancar ya la comitiva fúnebre, se volvió para consolar a su madre y para asistir a su hermana que aquella noche había tenido un vómito fuerte de sangre.

Antonio se le acercó y le dijo tan solo estas frases:

—Angeles, mamá me ha dicho que nunca ha sentido tanto el verse tullida: que os manda su corazón, sus plegarias y ese ramo de rosas y de nardos que se lleva tu papá consigo.

María de los Angeles le tomó una mano, se la apretó con una fuerza nerviosa y más bien angustiada y le dijo sin atreverse a mirarle a la cara:

—Adiós, Antonio, Dios os lo pague a los dos. Si papá hubiera sabido que iba a llevarse esas flores, quizás hubiese sido más bueno con nosotros. Adiós.

Y se dirigió hacia las escaleras. Antonio solamente vió en aquellas frases un desahogo del dolor de su Angeles.

Y en realidad de verdad, así era.

XV

ENTRE EL AMOR Y LA CONCIENCIA

Los primeros días de luto se pasaron silenciosos e inactivos en la casa del suicida. Todo quedó conforme estaba la tarde trágica en que don Ramiro, cegado por los remordimientos de haber perdido el último resto de los bienes de su esposa, había dado fin a sus días por modo tan estéril como cobarde.

Pasaron varios días, en cuyas tardes se reunía la vecindad para rezar el rosario por el eterno descanso del difunto, y las noches se pasaban en continuo visiteo de pésame, donde era tema obligado el discurrir por el campo de las virtudes morales, de las prendas de gobierno y talentos relevantes del malogrado ex gobernador, que consolaban hondamente a la viuda, porque los creía a pie juntillas y hacían bajar los ojos a Victoria y a Angeles, que estaban persuadidas de la verdad que aquellas adulaciones encerraban.

Después que el aturdimiento de tan violenta desgracia fué pasando, Angeles, por mandato de su madre que no se sentía con fuerzas para hacerlo, entró una mañana en el despacho de don Ramiro y se puso a registrar papel por papel, con el fin de saber cuál era la situación en que su difunto padre las dejaba.

Los papeles estaban todos revueltos y desordenados: era preciso irlos separando, clasificando y ordenando por materias. Angeles, al hacer aquella minuciosa búsqueda, se dió cuenta exacta de lo que habían sido los últimos diez años de la vida de su padre.

Legajos pequeños de cartas perfumadas con letra ininteligible, trazada por mano de mujer que ni sabía escribir ni mucho menos lo que son las reglas de ortografía castellana. Recibos de fondas, cabarets y restaurantes y aún de prendas de vestir de exorbitantes precios que no encuadraban en el sexo feo; y en el fondo de los cajones, muchos pétalos secos de flores, que habían vivido por lo visto una noche y sus cadáveres iban amontonándose en el fondo del panteón en donde el viejo sepultaba sus restos por no atreverse, movido por algún rescoldo de ilusión, a despeñarlos de una vez por la ventana.

No se atrevió a leer aquellas cartas que olían a perfume y trascendían más fuertemente aún a cieno de cloaca. Las fué separando para quemarlas sin dar de ello cuenta a su madre.

Solamente se atrevió a leer una tarjeta, muy lacónica, escrita por su padre, que decía: "Te envió la pulsera que deseabas: es oro de ley: fíjate

en los dos ópalos que tiene en el centro, porque valen mucho. Dispensa que te la envíe sin su estuche, que ya irá”...

No leyó más. Una idea cruzó por su mente, al ver que la pulsera de que se trataba lucía en su centro las mismas joyas que la pulsera de petición de mano de su madre. ¡Y sin estuche!

Corrió al armario de cedro, en donde se guardaban las joyas de familia que se tenían en espera de poder o querer usarlas Victoria o María de los Angeles.

Aquel armario estaba en el dormitorio de la madre: las llaves, unidas a otras en un llavero de metal, solía tenerlas María Victoria, que jamás curioseaba lo que para ella no tenía interés dentro de la cómoda, y recordó Angeles que más de una vez su padre había pedido el llavero.

Llegó al armario, porque a la sazón tenía ella todas las llaves de la casa para hacer el inventario: abrió las hojas de madera de cedro y vió un montón de cajitas y de estuches en el rincón de la tabla inferior. Fué abriendo uno por uno aquellos estuchitos: casi todos estaban vacíos; entre ellos el de la pulsera de petición de mano. ¡Ni aquella tabla salvadora les había dejado el vicioso viejo para un caso de extrema necesidad!

Angeles volvió al despacho: se sentó en el sillón que solía ocupar su padre, cruzó los brazos, bajó la frente, y quedó inmóvil. ¡La hora de la meditación! ¡De los planes ulteriores para el porvenir! ¡La hora de tomar un sendero en medio de aquel laberinto inextricable de callejas sin salida!

Dos caminos se le ofrecían para salir de él más

o menos airosamente: uno era el que con su dedo rígido le señalaba el deber: otro, el que con mano misteriosa indicaba el amor. ¡Fuentes Claras! ¡Casi todos los recibos de deudas en metálico le tenían a él por acreedor! Todos aquellos recibos podía romperlos ella y quitar a su madre tan duro peso de encima. Le bastaban dos letras: una palabra sencillísima de pronunciar. ¡Un sí!

¡La pérdida de la finca del "Naranjal" era la llave de todos aquellos enigmas y yacilaciones! ¡Allí estaba la escritura del compromiso contraído: ¡treinta mil duros puestos a un maldito naipe! ¡Allí estaba la escritura de entrega de propiedad, en forma de compra ficticia! ¡Todo ante testigos! ¡Todo ante notarios! ¡Todo perdido en una noche más negra para la familia de Arias de Pezraza que la del dos de mayo, execrada y maldecida por la célebre canción de nuestro poeta!

Si les hubiese quedado "El Naranjal" se vendería, se pagaría a los acreedores peseta por peseta, y luego... ¡el porvenir de Antonio sería el porvenir de la familia!

¡Angeles dió una sacudida nerviosa al recordar aquel nombre!

¡Pobre Antonio! ¡Es que ella no podía vivir sin el cariño, respetuoso pero insondable, de aquel corazón, que sólo también del amor de ella vivía! ¡Qué caballerosamente se había portado durante la desgracia de la familia y qué cruel había sido la familia con el muchacho!

En su hombro izquierdo había sacado la caja: las flores que dentro del ataúd se estarían pudriendo con el cuerpo de don Ramiro, las había llevado

él por orden de su madre, y sin embargo... ¡desde aquella tarde no se le había admitido, siquiera por agradecimiento, ni para acompañar el rezo del rosario!

Era preciso... era lógico... era de justicia...

—¡Dios mío!... ¡Ten piedad de mí! ¡Por tu pasión amarga!

Y Angeles, al elevar al cielo esta plegaria, levantaba la frente y la movía nerviosa, como para espantar algún pensamiento malo o despertar de alguna pesadilla.

Es que, al meditar sobre la injusticia que en aquella casa se estaba haciendo a su Antonio, había cruzado lenta, lentísimamente por su memoria una escena. La de un padre moribundo que pide a su hija un último sacrificio y la de una hija que en el lecho de agonía de su padre se liga con un juramento para hacerle morir tranquilo.

¡Oh! ¡No! ¡Ya no podía pensar más en su Antonio! ¡Estaba ya de por medio un abismo entre los dos! ¡Había jurado no amarle, para poder entregar aquel amor todo entero al marqués de Fuentes Claras, al único sostén de la derrumbada mansión de los Arias de Pedraza!

Entonces puso el codo en la mesa de despacho, hundió la frente en la mano y quedó inmóvil. Siguió pensando. A veces murmuraba palabras sueltas.

—Pobre María Victoria, si el hambre se le une a la tisis... ¡Mamá!... la deuda, inmensa, eterna... Antonio, la vida de mi vida... pero ¡si no puedo!... ¡si no es mío mi afecto!, si...

Y cruzó las manos apoyándolas sobre el filo

de la mesa de escritorio, hundió de nuevo la frente en ellas y rompió a sollozar. Después derramó un llanto abundante; luego, levantó la frente y siguió meditando.

Aquella meditación última era el huerto de las olivas: era un cobrar fuerzas para levantarse y emprender la calle de la amargura, camino del calvario del deber.

Después de un largo silencio, en que su conciencia fué rompiendo y desmenuzando entre sus manos misteriosas todos los hilos, fuertes y al parecer irrompibles, que sujetaban su corazón al de Antonio, se levantó la joven, reflexiva y serena, y comenzó en voz alta a pronunciar la sentencia.

—¡No hay que darle vueltas! Si le veo, si le oigo, si le escribo, el martirio será más lento; ¡será mayor! ¡Se acabó Antonio para mí! Me he enterado que sostiene relaciones secretas con Pili y he decidido no volverle a mirar a la cara. Me encastillo en ese tema y... ¡pero si es mentira! ¡Si yo soy su reina! ¡Su reina mártir!

Y dió un suspiro tan hondo, tan largo, que se llevó una de las manos al pecho para apretárselo y decir al corazón que se estuviese quieto, porque su derrota era necesaria, pero también decisiva.

Clarita dió dos golpecitos con los nudillos en la puerta del gabinete, y al oír la voz de ¡adelante! penetró en él para anunciar una visita: la de María Josefa.

No se habían vuelto a ver desde la noche en que don Ramiro, sorprendiendo la correspondencia de Antonio, había cortado bruscamente las inteligencias entre ambas.

María Josefa no había venido antes, en el momento de saber la desgracia de la casa, porque le había tomado enferma en la cama, pero aquella misma mañana acababa de llegar de Utrera con el sólo fin de consolar a la familia de Angeles.

Se abrazaron las dos: pasaron los primeros momentos difíciles de pésame, y Angeles se encaminó a la puerta del gabinetito diciendo a su vecina:

—¡Si vieses las ganas que tienen mamá y María Victoria de verte! ¡Pobrecilla Victoria! ¡Está más triste! ¡Qué le hemos de hacer! ¡Dios así lo dispone!

Josefa detuvo los pasos de Angeles, y le sujetó dulcemente por un brazo.

—Espera, Angeles, ya iremos a verlas, que también estoy yo deshecha por darles un abrazo: pero es que te traigo un encargo y una noticia. El encargo es de Antonio.

Angeles perdió el color y apoyó una mano sobre la mesa de escritorio de su padre. No pudo decir ni una palabra: un nudo se le había formado en la garganta y el corazón volvió a protestar con sus latidos. María Josefa continuó:

—Antonio estuvo en casa esta mañana. Comprende que el luto y la actitud de tu madre le cierran la casa, pero le extraña mucho tu silencio: está desesperado, como puedes comprender, y necesita una carta tuya.

Angeles callaba: el corazón había tomado las armas y había dado comienzo otro combate en contra de la conciencia dentro del espíritu de la niña sevillana. Por fin pudo hablar y fué para decir:

—Ya hablaremos de eso. ¿Y la noticia?
¿Cuál es?

—Que Fernando está en libertad bajo fianza que le ha buscado Antonio. Parece que no ha sido tanto como al principio se creyó. Sin embargo, ni él me ha escrito una letra ni yo le he dicho una palabra. ¿Ha venido por aquí?

—Sí; una vez y haciéndose una violencia grande tan sólo por nosotros. No se atreve a salir de su casa: dice que le parece llevar un letrero en la frente y no quiere que nadie lo lea. ¡Pobre muchacho! ¡Ya hablaremos también de él! Es preciso que le perdones y que os caséis cuanto antes: ya hablaremos. Ahora vamos a consolar a mamá con tu presencia.

La visita se tuvo en el dormitorio de las dos jóvenes. María Victoria, más pálida aún que de ordinario, atacada por una tosecita continua, estaba, más bien que acostada, sentada en su cama, reclinando sus flacas espaldas sobre varios almohadones. Al lado cosía la madre.

María Josefa hizo cuanto pudo por distraer la pena de las tres. A la viuda pudo consolarla con cuatro adulaciones sobre la virtud y el malogrado talento del difunto. María Victoria cambió de faz en cuanto vió entrar por la puerta del dormitorio a la más íntima de sus amigas. La marchita diamela de su rostro blanco revivió con el calor vivificante de los rayos del sol del cariño, y se la vió reír, después de muchos días de abstinencia.

Se habló de todo: de la madre de María Josefa, de Fernando, de todo, menos de Antonio.

Llevaban ya casi dos horas de charla íntima

cuando Julia vino a anunciar la visita del señor marqués de Fuentes Claras.

Josefa miró furtivamente a María de los Angeles: ésta, que había concluído por contagiarse con la risa alegre de su hermana, y se había ido despejando el cielo de su cara, cual si hubiese barrido también las nubes de su alma el sol radiante de la amistad de Mari-pepa, al oír el anuncio de la visita, volvió a nublar-se, volvió su rostro a palidecer y cubrirse de tristeza, y bajó los ojos hacia el suelo. Fué un instante nada más. Se re hizo en seguida y bordó sus labios con una sonrisa algo nerviosilla y temblorosa.

El rostro de doña Cándida se inundó de júbilo y ordenó inmediatamente:

—Dile que pase.

—¡Mamá! ¡Por la Virgen de los Dolores!

—interrumpió Angeles—. ¿Vas a recibirle en nuestra alcoba?

—¿Qué importa? ¡Que vea que se le trata con toda confianza! Julita, dile que pase.

Gustavo se presentó inmediatamente. Venía quitándose uno de los guantes con extremada pulcritud y su presencia llenó el dormitorio con tenue perfume de violeta.

Josefa quedó extrañada, casi no podía dar asentimiento a lo que veían sus ojos. Que doña Cándida mostrase un gozo hasta el extremo de la ridiculez al estrechar la mano de aquel joven, que pasaba por uno de los ejemplares más castizos del tipo degenerado por los vicios, le parecía casi hasta natural, porque bien sabía Josefa que el cráneo de aquella mujer estaba huero del todo; pero

que Angeles, en medio de una sonrisa que pregonaba franqueza, tendiese la mano al marqués y se la dejase abandonada unos instantes para que se la estrechase con la suya, y que le dijese, hasta con un tono donde se traslucía el afecto, que le estaba esperando, porque tenía que hablar con él sobre un asunto muy íntimo, y que le dejase sentar a su lado para hablar con él casi con más llaneza que la madre, todo aquello desconcertó completamente la razón de María Josefa.

Esta quiso levantarse y dejar a la familia que hablase con aquel nuevo e improvisado amigo; pero doña Cándida se empeñó en que se quedase a comer con ellas, invitación que también se hizo a Gustavo.

El marqués se excusó: estaba convidado a comer en casa de sus tíos los marqueses del Roble; venía tan sólo a probar que no se olvidaba de sus buenas amigas y a interesarse por la salud de María Victoria.

Precisamente la enferma, por cuya salud tanto se interesaba el marqués, había sido la única nota discordante en aquel concierto de agasajos y muestras de cariño. Victoria, desde la entrada del marqués, había puesto cara de vinagre, había clavado los ojos en la piel de tigre que la envolvía desde la cintura hasta los pies, y no había desplegado ni una vez sus labios. Ni aun siquiera agradeció con una mirada o con una frase las últimas palabras del joven con las cuales daba público testimonio de que la visita era especialmente para ella.

Angeles salió a despedir al marqués, y Josefa pudo oír parte de la despedida, pues comenzaron

ambos a hablar desde la misma alcoba. La joven le dijo:

—Gustavo, ¿tiene usted mucho que hacer esta tarde?

—Complacer a mi bellísima y desdeñosa tirana.

—De veras que podrá venir...

Y no oyó más la vecina de las de Arias de Pedraza. Angeles tardó algo en volver: la despedida no había sido corta, y la niña venía sonriente, pero con una sonrisa que mostraba aun al más profano su engañosa apariencia: era un llanto vestido de máscara. El rostro de Angeles se contraía nerviosamente a cada palabra que pronunciaban sus labios.

Se puso la mesa y se sirvió una comida fuerte y nada miserable: reinó la expansión de la amistad: pero María de los Angeles se quedaba a veces pensativa, miraba al suelo con ojos extraviados; se estremecía de pronto suavemente y volvía a sonreírse haciendo a Josefa alguna pregunta incoherente y sin hilación con lo que se estaba hablando.

Poco después, se despidió Josefa de la madre y de la enfermita. Angeles quedó a solas con ella nuevamente en el despacho de don Ramiro y Maripepa se detuvo. Miró a su amiga y le preguntó sin más preámbulos:

—Y bien. ¿Qué quieres que le diga a Antonio de parte tuya?

Angeles esperaba ya aquel exabrupto: pero no por eso dejó de encendérsele el rostro y de sentir el ahogo que le subió a la garganta. Miró instintivamente a la mesa del despacho y la vió lle-

na de recibos, de cuentas, de deudas. ¡Un capital!

Y haciendo un esfuerzo increíble, comenzó a balbucear con fatiga, porque lo dicho entonces por ella era una sentencia de vida o muerte para sus todavía ardientes y vivísimos amores.

—Mira, dile que... dile a Antonio que... que... que lo he pensado mucho y que...

—¿Vas a romper con él, chiquilla?

—Dile que, después de pensarlo muchísimo, creo en conciencia que sí, que debo romper, que no pueden continuar nuestras relaciones, y que no me pida explicaciones, que se lo suplico, que se lo ruego como el último favor que le pido. Dile...

—Poco a poco; no te exaltes: vamos con calma. ¿Tú crees que después de casi un año de relaciones se puede romper así, sin admitir ni dar explicación ninguna?

—¡Por Dios, Mari-pepa! ¡No me atormentes! ¡Mira que tengo hoy el alma que se le toca y deja caer gotas de sangre por la herida que se forma!

—¡Ah! ¿Y no te fijas cómo estará la de Antonio? Esa está que se le toca y deja escapar fuego de sospechas y de celos por la llaga que le has abierto con recibir tantas veces a Gustavo en tu casa.

—¿Lo sabe? ¡Lo ve! ¡Dios mío, qué tormento! ¿Por qué le conocí? ¡Por qué fué a Castilleja aquella tarde malaventurada! María Josefa, ¡si esto es un infierno! Si ahora concibo la resolución de...

Iba a decir el suicidio de su padre, pero se contuvo, y aquel instante, aquella transición bastó a

su espíritu fuerte y varonil para comprender que debía torcer el rumbo de la plática o revelar el secreto a su amiga, o seguir con ella el plan que había concebido para vestir y paliar su conducta con Antonio.

Lo primero le pareció indiscreto, aun tratándose de una amiga tan íntima como lo era Maripepa, y haciendo un esfuerzo supremo, calmó su voz y siguió en tono de confianza íntima:

—María Josefa, tú no sabes todo lo que ha pasado mientras has vivido en Utrera, por eso te extraña mi conducta. Voy a decirte en secreto lo que hay. Antonio, mientras me ha estado jurando amor único a mí, ha estado al mismo tiempo jurándose a una madrileña, a Pili, a la prima de las de Huertas. Dime si tengo razón para acabar de una vez y que se vaya a mentir a otra que sea más tonta que yo, que ya lo he sido bastante.

—Pero eso es preciso probarlo: es necesario oírle, para ver si se trata de un chismorreo, como los que se están armando al revolver de cada esquina, y es necesario que esta noche vengas a mi casa y hables con él.

—¡Que no! ¡Que te he dicho que hemos concluído! ¡Díselo así! ¡Pero con tales palabras que no se le ocurra volver a mirarme a la cara! Que hemos concluído para siempre.

—¡Bueno! Le mataré con la noticia, chica, porque Antonio va a seguir el camino de...

Y enmudeció: iba a decir de don Ramiro y la prudencia selló sus labios. Se encaminó hacia la puerta del despacho y ya desde ella insistió:

—Conque le digo que todo ha concluído entre vosotros: que se ha hecho indigno de tu cariño y que le odias y que no quieres oír su nombre.

—No..., ¡odio!..., ¡odio!... ¡no! Dile que... que Angeles... ¡Dile lo que quieras, lo que se te ocurra; mientras más le digas me olvidará más pronto, me odiará más a fondo. Adiós, Josefa, ven mañana y... y no me digas nada de lo que te haya dicho de mí... ese hombre.

Y María Josefa salió del saloncito sin que nadie la despidiera, y Angeles se dejó caer en el sillón, rugiendo como una hiena:

—¡Mentira! ¡Mentira! No quiere a Pili, me quiere a mí sola, y yo a él solamente y... ¡Conciencia, deber, martirio, como te llames!, ¿estás contento? Me has hecho trizas el corazón y... ¡estoy satisfecha! ¡Estoy tranquila! ¡Eres benigno con tus víctimas hasta en el instante supremo de la inmolación!

Y se quedó inmóvil, sin pensar en nada, esperando la hora por ella misma señalada para que Gustavo viniese a recoger el fruto de aquella inmolación de los castos y fogosos amores sevillanos.

El marqués fué puntual a la cita. Angeles recibióle en el despacho de su padre y a solas. La primera vez en su vida que se encontraba sola y enfrente de aquel hombre, hacia el cual iba sintiendo una repugnancia cada vez más irresistible. Y sin embargo, le acogió sonriente, fingió que estaba esperando su venida con impaciencia y le convidó a sentarse enfrente de la mesa.

—¿Ha visto usted los documentos que guarda-

ba su papá?—comenzó diciendo el marqués mientras desparramaba su vista por entre aquel montón de papeles que veía sobre la mesa.

—Uno por uno: éstas son cartas... íntimas... No se ría, Gustavo, es usted muy malicioso.

—No, Angeles, me río tan sólo del aroma que todavía están despidiendo. Yo he roto las que conservaba en ese estilo; quiero ser un hombre de bien, todo lo hombre de bien que soñaba con ser su papá de usted.

—¿Ve? Estos son...

—¡Ah! Los recibos. ¿Son todos míos?

—Los de usted son éstos que están aparte.

Gustavo se levantó como el que está ya molesto de haber estado largo tiempo sentado: Tomó el fajo de recibos y se fué hacia el cierre de cristal y los empezó a hojear. Para algunos de ellos tenía algún comentario muy breve.

—¡Ah!..., ¡sí! ¡Pobre don Ramiro!..., ¡no hubo más remedio!... ¡Y perdió!... ¡Ah! ¡Este fué célebre!... ¡Qué recuerdos! ¡Era demasiado rumboso!..., ¡demasiado! ¡Qué bueno era!...

Angeles, por instinto o por delicadeza, se había puesto también de pie, y seguía con amargura aquellos comentarios. Cuando el marqués terminó de hojear los papeles, los volvió a poner en orden, los tomó con ambas manos, los rompió en varios trozos y buscando con la vista el cesto de mimbres que don Ramiro tenía siempre detrás de su silla, los arrojó allí, diciendo con suma naturalidad:

—Estas cuentas ya están canceladas.

—Pero ¿qué hace usted, Gustavo?—le dijo sorprendida de aquel acto la huérfana, cuyo es-

píritu, con inmensa alegría, se sintió libre del peso de aquella deuda que sumaba centenares de miles de pesetas.

Gustavo le respondió sentenciosamente:

—Es un descargo de mi conciencia. En casi todas estas deudas tuve yo mi parte de complicidad, y pues él no puede ya pagarlas, justo es que yo tampoco las cobre. Yo de su padre de usted, Angeles, no desearía más que un legado, el más precioso que ha dejado en el mundo, el más rico y deseable. ¿Sabe cuál es?

Gustavo se quería comer a la joven con la mirada. Angeles estaba ya dispuesta a la obediencia: aquel rasgo de generosidad había acabado por hacerle, si no dulce, al menos llevadero el sacrificio. Bordó sus labios con una sonrisa juguetona y dulce, como la de los cefirillos que enredan entre las flores por el parque de María Luisa, y acercándose hacia el cierre de cristales donde Gustavo se encontraba aún, le dijo con timidez:

—Gustavo, yo creo que de algún tiempo a esta parte habrá notado en mí que no soy la de antes. Voy a poner una condición. Dígame, ¿usted me promete, o más bien, empeña su palabra de caballero de no exigir de mí ninguna caricia, ninguna demostración de afecto, a que mi conciencia se niegue?

—Palabra de honor, palabra de caballero.

—Bien: Gustavo, cuente desde este momento con ese legado que papá en sus últimos instantes dejó para usted y que ya en el afecto es suyo, hasta que Dios quiera bendecir la realidad.

—¡Angeles! ¡María de los Angeles!

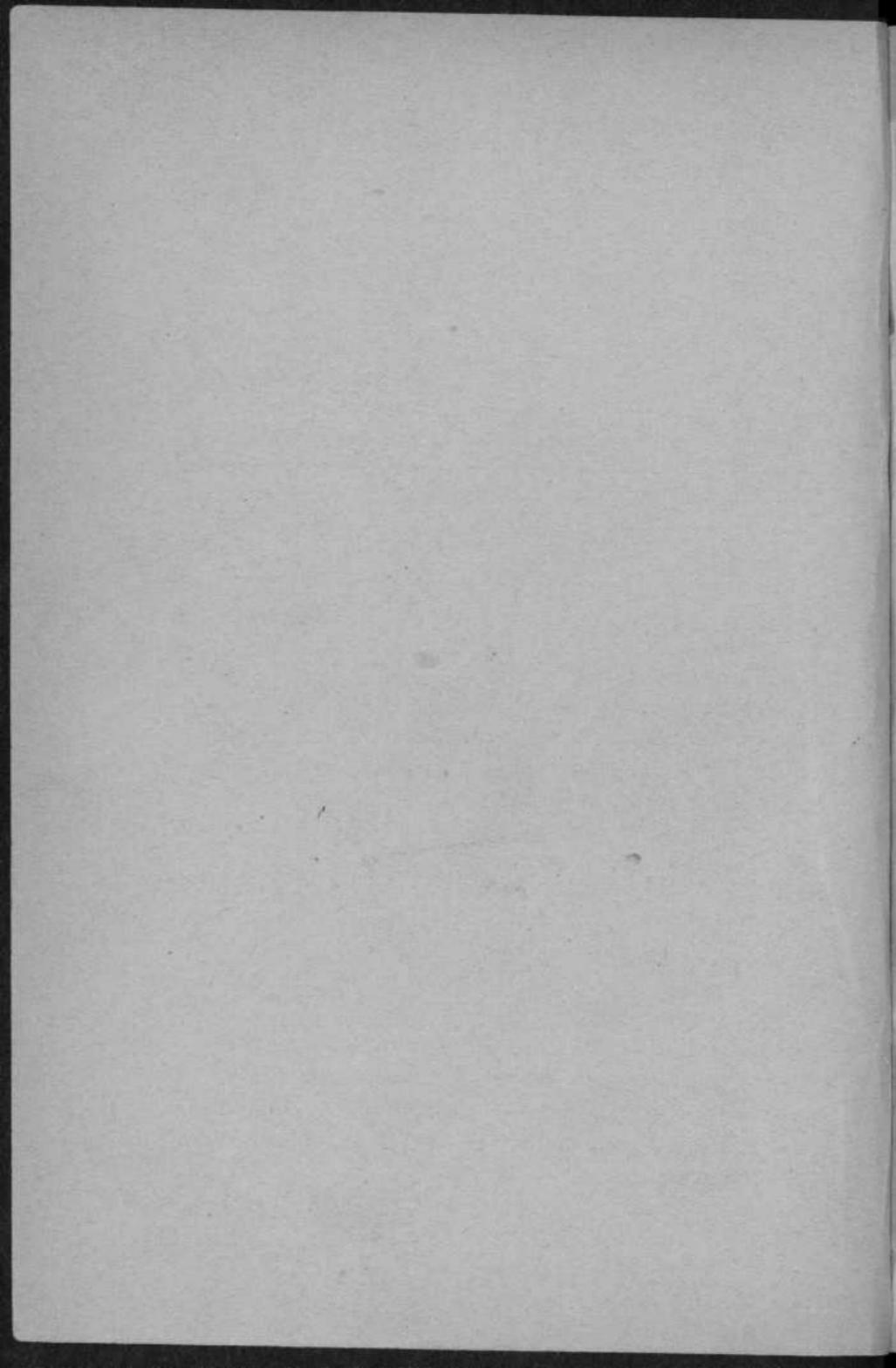
Y Gustavo avanzó hacia la niña. Esta puso el brazo extendido para detenerle, y murmuró sonriendo:

—¡Eh! ¡Gustavo! ¡Para eso eché por delante su palabra de caballero! ¡Quietecito!

—¡Perdóneme, Angeles! ¡Es que no soy dueño de mi ser! ¿Tú sabes lo feliz que soy?

—Yo... ¡también lo soy! Pero bástenos por ahora saber que nos correspondemos mutuamente en el afecto. Más que eso, cuando Dios nos bendiga. ¿No te parece lógico, Gustavo?

Y sentándose en una silla y señalando otra al marqués dió comienzo a aquellas relaciones que de todo tenían menos de amorosas.



XVI

DESORIENTACIÓN

María Victoria no pudo conciliar el sueño con el berrinche que tomó al saber la locura de su hermana. Se pasó la noche llorando: y sin embargo, no se dió cuenta de que María de los Angeles la estaba pasando también de claro en claro.

¡Pobre Antonio! El desconcierto más absoluto se apoderó de sus potencias y sentidos al oír de labios de María Josefa la decisión de Angeles. Miraba al interior de su conciencia y no se veía culpable. Algo cobarde, tal vez lo había estado con Pilita, pero ¡si hacía más de dos semanas que todo había concluído entre ellos! Dos cartas, más secas que dos palmitos de escoba, ¿eran motivo para dar aquel corte más en seco que el palo de la escoba misma? Allí tenía que haber algo más que celos: algo misterioso que él no comprendía; y escribió a Angeles una carta larga, eterna, recordándole todo, moviendo todas

las teclas que él creía pudiesen sonar en el fondo del alma de la joven, y se confesaba culpable de traición, pero inconsciente, y sobre todo dispuesto a dar la satisfacción que ella le impusiera como castigo.

Aquella carta la llevó Clarita en sus manos.

Ambas criadas andaban de parte de Antonio y los chismorreos más audaces y más satíricos eran platillo de conversación en la vecindad toda, que desde luego había comprendido la verdad que flotaba en aquel cambio de amores, es decir, cuestión de pesetas.

Y todos atribuían aquel cambio más que a la nulidad del talento de doña Cándida, que era ya clásico, al orgullo y a la ambición de aquella niña, que por tal de oírse llamar con el título de marquesa, dejaba plantado al muchacho más bueno y más digno de ella que le pudo jamás rondar la calle.

En casa de María Josefa y en la de al lado y en la de la esquina, en todas se sabía cuándo entraba Fuentes Claras en la casa y cuándo salía de ella, aunque nadie sabía que Angeles y Gustavo jamás estaban sin testigo de vista, fuese Victoria, fuese la madre, fuese una de las criadas, de tal modo puesta, que desde un aposento contiguo, abierto de par en par, pudiese ver aunque no oír a los dos cuando hablaban.

Habían pasado muchos días cuando en la casa de Mari-pepa se tuvo esta plática:

—Ya entró el sapo en la cueva—decía Manuela, aquella criada que murmuraba del bachillerato de las mujeres.

—Déjalo entrar—respondía la madre de Josefa con aire de reconvención—. ¿A ti qué te importa?

—¿A mí? Como si entrase un perro con rabia. Allá doña Cándida si muerde a su hija. Pero, ¿no voy a sentir, señora, que no haya morcilla en casa, o dos gramos de *estrinina* pa hacer que reviente?

—Cuando no se la dan, por algo será.

—¡Claro que es por algo! ¡Mire cómo no entraba cuando vivía don Ramiro! Porque ese era un hombre: pero ¿doña Cándida? Mire, señora, se le hace así en la cabeza, y comienzan a salir grillos reales, que me río yo del verano. ¿Sabe lo que dicen por ahí?

—Dirán sandeces, pero cállalas y déjanos en paz.

—Señora, dicen que don Ramiro las ha dejado como para irse a veranear a Villalatas y que el marqués le trae a doña Cándida mil pesetas cada tarde en perras chicas para que se entretenga en contarlas y...

—Manuela, cállate la boca.

—Manolita, que en esta casa no se consiente hablar mal de Angeles—terció María Josefa—. Vete a la azotea.

—María Josefa: ¡Si me da pena mirar a la azotea de enfrente! Me parece que los claveles son gotas de sangre y los jazmines caer de lágrimas por Antonio. ¡Un alma de oro y la han cambiado por un tío vivo de la feria!

Y se fué de la sala.

—¡Qué filosofía más honda encierran casi

siempre los chismes del vulgo!—dijo María Josefa.

—Menos cuando se equivoca de medio a medio en sus juicios, hija mía. Al vulgo no se le pide nunca su opinión ni hay por qué pedírsela, y por eso, como no ve más que el exterior, y ése abultado por el poder de tantos ojos!... ¡No hay que dudar! En esa casa reina un misterio que sólo Angeles sabe. Para mí que esa niña está pasando un calvario, donde la ha puesto la miseria en que la han dejado los vicios de su padre.

—¿Crees tú que esa sea la razón? Yo no la creo. ¡Si don Ramiro ha estado derrochando hasta el último día!

—¡Sí!, ¡hasta el día en que se ha suicidado!

—¡Es verdad!

—¿Por qué no ahondas bien en el alma de esa niña? Nosotros no seremos ningunos millonarios, pero entre lo poco que tenemos y lo que Antonio busque y lo que Dios depare, procuraríamos sacar a esa paloma de las garras del milano.

—¡Si es que se ha cerrado en banda! No consiente se le hable de Antonio ni que se lo nombre. Yo creo en los celos levantados por Pili.

—Pues yo no.

Antonio se presentó en el recibidor en aquel mismo momento: sin pedir permiso para entrar, sin anunciarse siquiera. Las huellas del sufrimiento de aquellos días venían grabadas en el rostro del muchacho. Su mirar algo extraviado: su nerviosidad continua, su hablar con precipitación, todo indicaba la crisis de dolor que estaba padeciendo. Y a pesar de todo, entró en la sala forzando

una sonrisa, porque venía a dar una buena noticia a María Josefa.

—¡Hola, Antonio! Has entrado como la sombra del Comendador—le dijo María Josefa tendiéndole la mano.

—Es verdad. Es que estoy aturdido: vengo a darte una nueva agradable.

—¿Has recibido carta de Angeles?

—No: ni la espero ya. Ese castillo estaba fabricado con naipes de ilusiones mías y el primer soplo de realidad lo echó a tierra.

—No, hombre, no seas tan pesimista.

—Pero no vengo a hablar de eso: vengo a hablar de ti. El tenedor de libros ha cantado la palinodia en un buen careo de ayer y le tenemos convicto y confeso.

—¡Cuánto me alegro! No sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por salvar la honra de Fernando.

—¿Por qué no viene?—preguntó la madre de Mari-pepa—. Ya sabe él que si hubo algo de alucinación por parte nuestra, esa la has desvanecido tú. Dios te lo pague.

—Fernando no vendrá hasta que se dé la sentencia y se vea la culpa que ha tenido en el desfalco. Yo he pedido su libertad absoluta sin más pena que la indemnización de lo que el viejo le dió, es decir, tres mil quinientas pesetas.

—¡Qué bien vendrían ahora para lo que estábamos hablando! ¿Verdad, mamá?

—¿Estaban ustedes echando planes sobre la boda?

—No, hablábamos de Angeles.

—¡Ah! Eso es hablar del rey que rabió. Déjenla que se la lleve el niño bien, el niño rico, el grande de España: Sí, María Josefa, serás amiga de la excelentísima señora marquesa de Fuentes Claras; pero esa corona que ceñirá su frente, créeme, en vez de diamantes la adornarán gotas de llanto y por rubíes tendrá gotas de sangre. ¡Y...

—No te exaltes. Aún no te has sentado. Siéntate, Antonio, que tenemos que hablar, que tenemos que discurrir sobre los medios de librar a mi amiga del secuestro en que la tiene sin duda su madre. Pero es preciso que lo tomes con calma, que te tranquilices.

—¡Si estoy tranquilo! ¡Si estoy sumamente tranquilo! ¿No me ves? ¡Habla! Comiencen ustedes; les escucho con toda calma.

Antonio se había sentado en una silla donde tantas veces lo había hecho para tener delante a su Angeles y soñar los dos juntos en la felicidad que les alboreaba desde que don Ramiro comenzó a aflojar en el pleito de las cordobesitas.

Había sacado en seguida un cigarro y le quiso mudar el papel. ¡Imposible! Sus dedos se agarrotaban; el tabaco se caía por un lado y por otro, hasta que al decir "Les escucho con calma" rompióse el fino papel *Bambú* y se le desparramó el contenido. María Josefa se sonrió. La madre de María Josefa movió la cabeza con inequívocas señales de amargura. ¿No era aquélla una escena que partía el corazón? ¿No era crimen lo que se estaba cometiendo con aquel muchacho tan honrado?

La madre tomó la palabra:

—Mira, Antoñito. En estas cosas no hay que detenerse en la superficie, sino ir al fondo. ¿Tú crees que Angeles, así porque sí, por ser marquesa, ha cambiado contigo de ese modo?

—¡Claro que sí! ¿Pero usted sabe, doña Rosa, lo que es ser marquesa? ¿Usted sabe lo que significa el entrar en su palacio y ver cómo se rompen el espinazo los lacayos con aquello de: ¿Qué quiere la señora marquesa? ¿Deseaba más la...

—Estás completamente dominado por la excitación y no me dejas hablar. Cállate. Si esa hubiera sido la causa, ¿para qué esperar a la muerte de su padre?

—¿Para qué esperar? Es muy sencillo. Porque don Ramiro no la dejaba entenderse con el marqués. Dios ha dado a ese hombre un rato de remordimientos para pagarle la conducta que ha observado sobre el pudor de sus hijas. ¡Pero él ha muerto, se ha encontrado esa casquivana libre en su albedrío y ha arrojado al suelo el corazón que más honestamente la ha querido en el mundo, y ha pasado por encima de él, para ir en busca de una ilusión de rica, donde se la han ofrecido, en los brazos del canalla más indigno de poseer el tesoro de su cariño! ¿Qué puede usted objetar a esa coincidencia en el cambio de su conducta? ¿Ve usted, doña Rosa, cómo yo no me detengo en la superficie, sino que voy al fondo?

Doña Rosa enmudeció. No había caído en la coincidencia tan significativa de morir don Ramiro y antojársele a la niña cambiar de novio.

Antonio se agitaba en la silla: su rostro estaba

encendido como un ascua de fuego; accionaba frenético. Tomó en sus labios una ronrisa, saturada de sarcasmo y de bilis, y continuó:

—Pero yo, que no he de tener ni una palabra con el marquesito de Fuentes Claras, porque ni él ni ella se merecen que me tome el disgusto de romperle las muelas por este robo, yo he de darle el gustazo de traerle y de llevarle por todos los tribunales del bracete con el difunto ex gobernador con motivo de las dos cordobesas, y a propósito de las cordobesas, la satisfacción de decir en público a esa señora marquesa de Fuentes Claras quién es ése a quien ha vendido un corazón que yo se lo quería comprar con mi honradez y mi cariño.

—¡Pobre Antoñito! Ya hablaremos otro día. ¿No te parece? Dime, ¿qué te aconseja tu madre? ¿Qué opinión tiene tu viejecita?

—¡Qué sé yo! No le hago caso. ¡Como ni ella ni ustedes sienten la herida que llevo yo aquí hace ya tantos días! Pero tengo ya mi plan trazado, y puesto que la niña ha puesto por pantalla a la Pilita, le daremos por el gusto y...

—No hagas ese disparate, Antonio—le gritó con enojo Mari-pepa.

—Aquí llevo la carta: de aquí voy a echarla a la calle de las Sierpes, y pronto, detrás de la carta, iré yo con mi madre.

Clarita se presentó en la sala: traía en la mano una carta, que entregó a Antonio, diciéndole:

—Señorito Antonio, la contestación de la carta que me dió usted. Angeles la ha estado escri-

biendo allí, allí enfrente, mirándole a usted desde el cierre de cristales.

¡Pobre Angeles! Había visto entrar a su Antonio en la casa de Mari-pepa, y el corazón no se había podido contener y, ciega de amores, se había sentado en el cierre para verle siquiera desde lejos mientras lloraba.

La presencia había ido influyendo en su espíritu; había sentido la necesidad de decirle algo: más de una vez se había levantado dispuesta a cruzar la calle y entrar en la casa de doña Rosa. Pero el marqués de Fuentes Claras estaba para llegar, como todas las noches, de un momento a otro, y su madre, como siempre, estaba ya en el patio esperando para hacer el papel de mudo genearme en un rincón.

Entonces se sentó delante de la mesa y escribió. Llamó a Clarita y le dijo que llevase la carta, que decía, pensada y repensada cada palabra:

“Antonio: En el cielo de mi alma está lloviendo; pero con una lluvia torrencial y continua. Yo no sé si en este diluvio de lágrimas puedo decirte nada que nos consuele a ti y a mí y por eso no te contesto ni te hablo. Dame tres meses de tregua: quizás antes de que pasen podré aclarar el enigma de mi extraña conducta. Prométeme por medio de María Josefa que en estos tres meses ni pensarás en Pili ni maldecirás todavía de tu Angeles”.

La madre, la hija y Antonio se miraron unos a otros al concluir el muchacho la lectura de la carta. El enigma estaba ya patente: era la lucha del deber con el amor, era el secuestro del corazón

de la niña para inmolarlo en las aras del dinero.

Antonio miró al cierre de cristales de la casa de enfrente: no había luz; sólo una penumbra muy difusa daba a entender que reinaba en el gabinete interior una oscuridad completa. Algo veía o creía ver el muchacho que era para su alma el cuerpo de su Angeles. ¡Estaba allí!, a unos metros de distancia, ¡y mirándole y quizás oyéndole!

—Clarita—dijo volviéndose hacia la criada, que le miraba con ojos llenos de compasión, porque Julia y Clara sufrían lo mismo que Victoria cada vez que pensaban en Antonio—, Clarita, acércate en un momento y dile a Angeles que venga; que yo se lo mando; que yo necesito hablar con ella.

—No, no va a ser Clarita, voy a ser yo la que va a ir y va a volver con Angeles antes de diez minutos. Antonio, dame esa carta que ibas a mandar a Pili.

El muchacho, que vió las intenciones de María Josefa, le dió la carta. Era en efecto un arma poderosa para hacer venir a la joven, si no quería que la carta saliese aquella misma noche.

Mari-pepa se dispuso a salir:

—Vente conmigo, Clarita.

Clara, en vez de seguir a la joven, que estaba ya en la puerta de la sala, dirigióse al balcón y miró a la calle. Un auto se había detenido en la puerta de enfrente: de él salió un bulto que se metió de rondón en el zaguán de la casa de Arias de Pedraza.

—Mari-pepa, no vaya porque es inútil. Acaba

de entrar el marqués para atormentar a mi señorita.

Antonio se dirigió como un relámpago hacia la puerta de la salita. María Josefa, que estaba en el dintel, le sujetó:

—¿A dónde quieres ir, tonto?

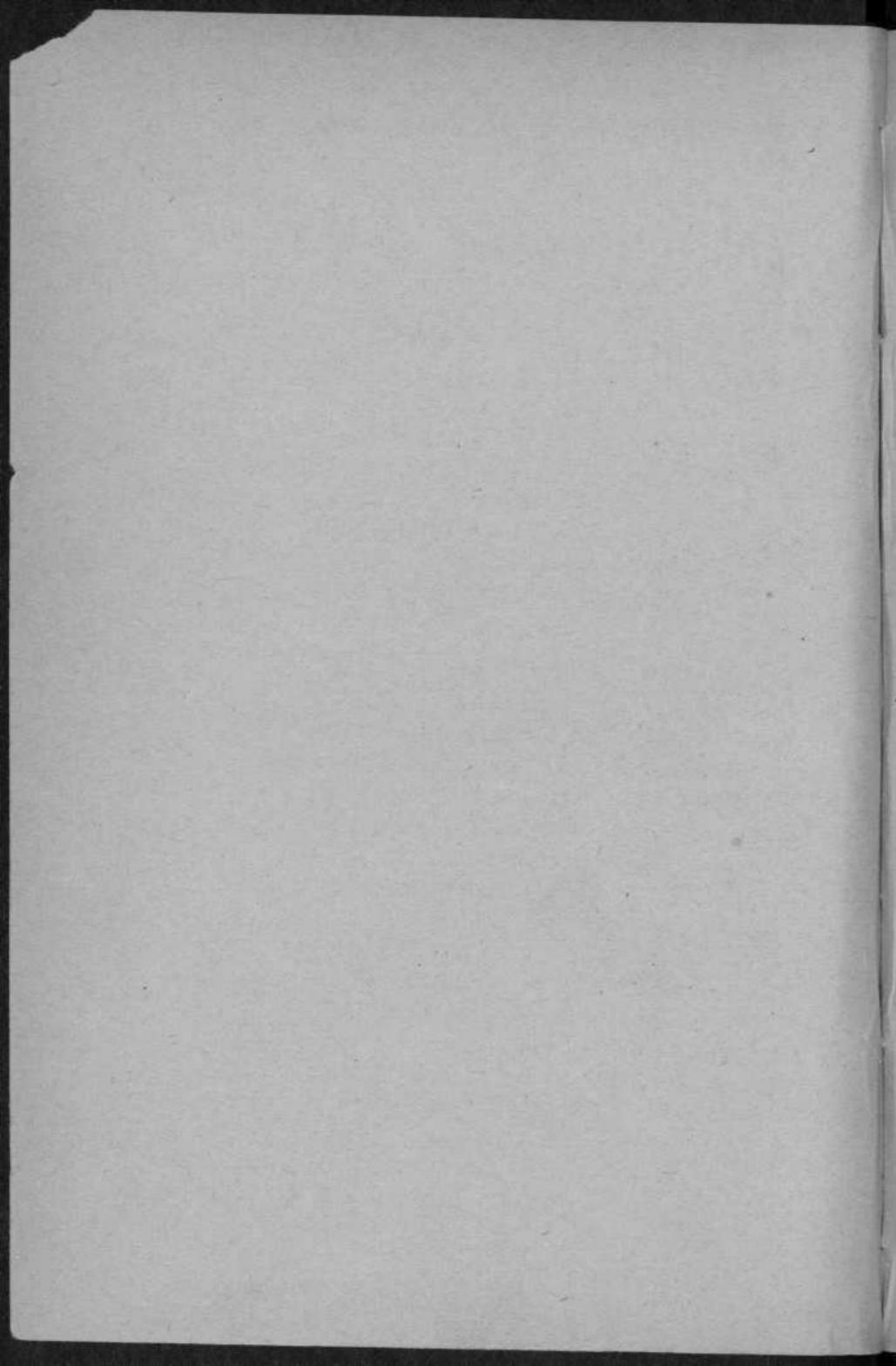
—¡A casa de Angeles! ¡A verla! ¡A ver qué le dice ese hombre y a ver qué me dice a mí; y a concluir de una vez con este martirio!

La madre de María Josefa dijo con dulzura desde el sillón donde estaba sentada:

—Antoñito, ven, siéntate; dale gusto a tu Angeles: concédele esos tres meses de calma.

—¡Es verdad! Concedidos.

Y se dejó caer en la silla con pesadez, como cansado de luchar contra su mala estrella.



XVII

TREGUAS Y LUCHAS

La duquesa de las Atalayas había venido de Madrid la noche anterior y Antonio fué a verla para hablar de sus asuntos aquella mañana. Hacía tiempo que no comunicaban impresiones.

Habían pasado dos meses largos desde la carta, en la cual Angeles pedía tres meses de espera al muchacho para decidirse, y las relaciones con el marqués continuaban y aun corrían las voces por la vecindad de que la familia pensaba trasladarse al norte aquel verano para cometer la imprudencia de celebrar el matrimonio dentro del luto en algún sitio desconocido y evitar así el escándalo.

Antonio, desde la carta que le llevó Clarita a casa de María Josefa, no había vuelto a recibir ninguna otra de Angeles. Tampoco lo había procurado. El daba como cosa descontada el enlace de la ingrata reina de las hadas de Anderson con el título nobiliario más bien que con el posee-

dor de la corona de marquesa que deseaba ver ciñendo su frente.

Había pasado dos meses en Madrid, y con tan buena suerte para Angeles, que halló a Pilita en vaporosas relaciones con un capitán de ingenieros, un semijoven corrido y guapote, que la tenía chiflada con sus locuras de genuino calavera.

El papá de Pili deseaba, como él decía, que volviese con Antonio, porque le convenía un hombre sentado y juicioso, ya que ella contaba las locuras por días. La madre simpatizaba más con el capitancito, porque vestía mejor su uniforme con los castillos plateados en el cuello de la guerrera y le parecían más dichosas y alegres sus otras hijas diableando con el novio de su Pilita.

Por otra parte, aunque salían solos y por donde les diese la gana de guiar el auto, aquello no tenía nada malo, y las niñas tenían orden expresa de sus padres de no dejar nunca sola a la bulliosa pareja.

Una tarde, pasaba el percance de llegar a su casa en taxis de alquiler, porque habían dejado el auto casi "descacharrado" en la mitad del camino; otra tarde, venía a casa la noticia de que habían visto a todos ellos en el Club Alpino, subiendo, cada uno como podía, entre las sábanas de hielo o las agudas peñas de los Siete Picos. El plan era fantástico: Las niñas del togado se acordaban de todo menos de un abogadillo de bigote sedoso y negro, que habían conocido pero que ni sabía bailar el *chárleston* ni jugar al *tennis* ni tomarse de cuando en cuando alguna confianza, al-

go burda, pero de buen tono entre la juventud despreocupada.

Puesta Pili y sus hermanas en aquel plan tan formidable, no le pareció prudente al abogado sondear siquiera el terreno, pero sí le movió la idea de visitar al padre de aquellas mariposas de estío y no dejar que se escapara de sus manos una amistad que pudiera serle útil con el tiempo.

Don Fabián le recibió como siempre: se le querelló del poco arraigo que habían tenido los amores de su hija y le halló propicio a mediar, cuando Antonio quisiese, en las paces de ambos. No era poco para los planes ulteriores del novel leguleyo, porque el día en que supiese la boda de Angeles con el marqués, pensaba acorcharse del todo el corazón y a ejemplo de Angeles convertir el cariño en letra de cambio y en cotización de almoneda...

Volvió a Sevilla y no quiso establecerse definitivamente, como algunos amigos le aconsejaban. Había ayudado como pasante al célebre abogado sevillano don Manuel del Marco y Rojas, aquel caballero de corazón noble e hidalgo, que más con su carácter bondadoso que con su mismo privilegiado talento se había granjeado las simpatías de todos los sevillanos.

Al acaecer la muerte prematura de su maestro, se había dado como discípulo y amigo al no menos célebre y caballeroso abogado don Francisco de los Olivares, con cuya cristiana y simpática familia tenía estrecha amistad y por su cuenta iba ganando clientela y viendo venir los sucesos que le estableciesen o en Sevilla o en Madrid.

Entró en el palacio que tienen en Sevilla los padres de la duquesa: es genuinamente sevillano. Vestíbulo de mármol con escalinata que por su cancela de labores artísticas da entrada al patio con su fuente de mármoles de Italia, donde un tritón mofletudo y hermoso hace elevar el surtidor de agua desde su caracol marino para caer diluída en gotas de aljófara sobre la marmórea pila.

Columnas que sostienen el vuelo de cristales formando un corredor en el piso principal que rodea todo el patio. Enormes tinajones de cobre moruno, evaluados en precios subidos, donde suben las palmas reales; adosado a la pared del fondo, un medallón grande de alabastro, salido de las manos de uno de los artistas más célebres de España. Lleva esculpido el busto del Corazón de Jesús que está entronizado y es el verdadero dueño de aquel hogar cristiano.

La duquesita recibió al abogado en el salón verdaderamente regio del piso bajo y le mostró su interés por saber el estado en que estaba el famoso pleito de las cordobesitas.

La habilidad de Antonio y quizás también el odio que profesaba al ladrón de su cariño, había hecho cambiar las tornas. El padre de las muchachas, confesando plenamente su delito, puso en peligro la misma reputación del marqués, y éste por medio de un amigo propuso a doña Joaquina una transacción amistosa, que dejase en libertad a las perseguidas y echara tierra sobre el asunto.

Ni Antonio ni la duquesa consintieron en ello: doña Joaquina tuvo que entablar querrela contra

el marqués, acusándole de calumnia y corrupción de menores.

El prestigio del marqués parecía una salvaguardia grande para su defensa; pero la ira del abogado, teniendo detrás el influjo de la duquesa de las Atalayas que quería desenmascarar de una vez la infame conducta casi pública de aquel vampiro, le iba acosando, y Antonio no pensaba quedar satisfecho hasta verle con su título y sus millones en la cárcel.

La duquesita no sabía nada de los sucesos de Angeles relacionados con Antonio: les creía ya en vísperas de boda o en espera de cumplir el luto por la muerte de don Ramiro; por eso, al concluir el asunto del marqués de Fuentes Claras, preguntó ingenuamente al abogado:

—Muy bien, Antonio, vamos a ver si ese infame concluye de una vez por persuadirse de que no es hombre honrado; pero hábleme ahora de lo suyo. ¿Cómo van sus relaciones con la hija de don Ramiro?

El gesto de Antonio reveló a la sagacidad de la joven que por el cielo de aquellos amores cruzaba una tormenta. Procuró entonces consolar al muchacho y de pregunta en pregunta llegaron hasta la futura boda de Angeles con Fuentes Claras.

—Pero... ¿Gustavo va a casarse con esa joven?
—preguntó la duquesita con señales de extrañeza o de indignación.

—Parece que muy pronto: quizás este verano; cuando menos, esa es la fama que corre por su vecindad.

—¡Pero sí!... En fin, pruebas no tengo pa-

ra desmentir esos rumores. ¡Qué placer si pudiésemos dar otro desengaño al marquesito! Déjeme unos días para investigación y me parece que hemos de dar con la pista de otra de las hazañas del don Juan.

—Le advierto, señora duquesa, que con todo lo que ha pasado y está pasando, yo no sé siquiera ni qué camino voy a tomar ni si tuve ilusión por esa mujer, ni si la tengo ya, ni si perdonaría mi corazón en el caso de que el suyo pidiese indulgencia.

—No, Antonio, cuando se ama mucho se perdona pronto, y las credenciales del amor que usted profesa a esa niña están flotando aún por los contornos de Castilleja de la Cuesta. No dude tampoco del afecto de Angeles; es imposible que prefiera a ese hombre vicioso, a ese corazón pasado ya y marchito con el vino y con la crápula.

—Todo eso será muchísima verdad, pero también puede ser un buen deseo del afecto que usted y mi madre y mis amigos me tienen: es decir, palabras de consuelo, compasión que me tienen. Lo cierto, lo que se prueba con la realidad es lo que yo le acabo de contar. Sé que ha comprado ese hombre la finca del "Naranjal" que acababa de vender don Ramiro cuando se suicidó. Sé que está derrochando dinero para hermosearla: que está construyendo un muelle sobre el río y que todo eso lo hace preparando ya la luna de miel que pasarán allí los venturosos amantes. ¡Allí donde yo le oí tantas veces!... Señora duquesa, no quiero abusar por más tiempo de su amabilidad y me voy a retirar.

Y Antonio se levantó bruscamente. La duquesa se levantó también, y al tender la mano al joven para despedirse, le dijo:

—¿Ve usted, Antonio, cómo le resultan inútiles las tentativas que hace su corazón para persuadirse a la fuerza de que no tiene que ver nada con Angeles? Por eso creo que llegaré a tiempo. Vuelva dentro de... cinco... no, más tregua; dentro de... una semana. Quizás pueda convencer a Angeles de la realidad que tienen esos proyectos de boda con el marqués.

—Créame, duquesa, le agradezco infinito su buena voluntad, pero no sería yo quien moviese ni una piedra para estorbar esa boda.

—¿Ni para salvar a Angeles de algún lazo criminal que le hubiese tendido ese malvado?

—Creo que tampoco. No se lo merece, y menos aún que usted se tome la molestia de interesarse por ella.

—Adiós, Antonio, calma y vuelva por aquí dentro de una semana. Quizás le pueda dar noticias que le hagan mudar de opinión.

—Dios le pague su buena voluntad, duquesa.

Y se despidieron. La joven duquesita atravesó el patio, dando un vuelo de paloma: subió la ancha gradería de mármol que sube al principal, siguiendo el hueco por tres tramos de escalera en cuyo lienzo se ostenta en relieves de colores el escudo señorial de la familia, y atravesando después varios salones con cuadros originales y copias notables de Murillo, sentóse delante de un recado de escribir.

Unos minutos más tarde, tocaba un timbre-ci-

to y decía al ayuda de cámara, el cual apareció como por arte mágica, tal vez antes de enmudecer el timbre que le llamaba:

—Mire, Baldomero, lleve esta carta al correo y vea si está preparado el *auto*.

—En la puerta está aguardando, señora duquesa.

—¡Ah! Pues entonces voy a ganar tiempo. Si papá pregunta por mí, dígame que he ido a visitar a la condesa de Las Cabezas.

—Está bien. ¿Desea algo más la señora duquesa?

—Puede retirarse.

Entró en sus habitaciones: acabó de arreglarse, lo cual no le llevaba nunca demasiado tiempo, ni lo necesitaba para dar realce a su encantadora belleza juvenil, y apareció en el palacio de la ya vieja condesa de Las Cabezas de San Juan.

Un murmullo de colmena se dejaba oír en el recibidor a donde se entraba por el artístico *hall* con pavimento de verde cristal. Era jueves y las jóvenes del ropero daban sus prendas hechas aquella semana y aturdían a la bondadosa dama, que a todas oía, que a todas contestaba, que se sentía feliz en medio de aquella vida alegre y bulliciosa de una juventud que para ella había pasado y le costaba trabajo dejarla escapar del todo.

La presencia de la duquesita de Las Atalayas aumentó el vocerío: casi todas las del ropero la conocían.

—¿Conque anoche viniste de Madrid? ¿Verdad, monina? ¿Qué tal has encontrado a tu papá?

—preguntó la condesa a la duquesita.

—Regular nada más. El pobrecito sufre mucho con su reuma. Los baños de Alhama han hecho poco efecto en su organismo.

—Dile que me perdone si no voy por allí, ¡pero tengo ahora tantas cosas por delante! Preparar la Fiesta de la Flor de Sevilla: atender a mis escuelas... Mira, ahora mismo voy al sanatorio con esta joven para que visite a su hermana, que entró hace unos días. ¿No la conoces?

—¡No! No tenía ese gusto.

—Angeles Arias de Pedraza; la...

No concluyó la frase, que hubiese sido una puñalada en el corazón de la niña. La condesa nada sabía de lo pasado, y para ella seguía siendo Angeles la prometida de Antonio. La duquesa de las Atalayas cortó la frase de un modo providencial con su viveza espontánea, exclamando como la que deseaba conocer a la aludida:

—¡Ah! ¿Angeles? No la conocía de trato, pero lo que es deseo de tratarla, lo tengo de veras. ¿Van ustedes al "Tomillar"? Desde luego me doy por compañera.

—Encantadas nosotras. Mira, Angeles, nuestra amable compañera, por si no la conoces, es la duquesa de las Atalayas, que conoce mucho a Antoñito y te hablará de él por el camino.

El rostro de Angeles había cambiado mucho desde la muerte de su padre. Había enflaquecido notablemente su cuerpo: su cara algo morena había perdido el color sanguíneo que le daba el aspecto de una mujer sana y dichosa: sus ojos negros parecían haberse agrandado y ennegrecido más y miraban con un tinte extraño de melanco-

lía. Al oír aquel título, tan oído por ella en los labios de su Antonio, se estremeció suavemente, tendió su mano a la duquesa, y ésta sintió que aquella mano temblaba entre la suya.

Disimuló: no recogió para nada la alusión de su amiga, y no habló por el camino ni una palabra con Angeles que pudiera excitarle la idea de los pasados amores.

En el "Tomillar" estaba María Victoria entre el número de las tuberculosas y no de las menos graves. Había sido aquello una imposición del marqués, porque la niña no daba su brazo a torcer: entrar Gustavo en la casa y enmudecer María Victoria, era todo uno.

La tisis, unida a la desazón de su espíritu, había concluído por traerle continua fiebre, y el marqués, más para quitar del medio aquel testigo de sus conversaciones con Angeles que por deseos de verla sana, había importunado a doña Cándida para que la enviase al "Tomillar".

La buenísima de doña Cándida, aprovechando la amistad de sus hijas con la presidenta y casi dueña del sanatorio, consintió en la demanda del marqués, y pocos días antes de esta visita se acababan de separar, por vez primera, de arrancar más bien, uno del otro, aquellos dos corazones de hermanas, el uno para llorar a solas en un sanatorio, el otro para perder el único alivio que en la casa le quedaba a sus amargas penas.

La entrevista de ambas jóvenes fué demasiado violenta para que la duquesa de las Atalayas intentase hacer otra cosa que buscar frases de ale-

gría y de consuelo para ir las distribuyendo entre las dos.

La limpieza y pulcritud de aquella terraza donde María Victoria pasaba el día tendida en el lecho; la pureza del aire que venía de los pinares y eucaliptus que rodeaban el edificio; el cariño de aquellas enfermeras vestidas de blanco que parecían palomas mensajeras de salud cercana; todos esos elogios brotaban de los labios de la cariñosa duquesita, sin saber ella misma que sus frases de encomio traían al espíritu de ambas hermanas el recuerdo de aquella tarde en que ellas los habían también prodigado en compañía de la simpática neoyorquina, amenizándolos con el gracioso equívoco de las patatas y de los gatitos.

Estuvieron toda la tarde en el sanatorio las visitantes. La despedida de Angeles y de María Victoria había sido excesivamente triste y la duquesa de las Atalayas apenas logró por el camino disipar la tristeza de Angeles, que en vano se esforzaba por responder por cortesía a las caricias de la joven aristócrata.

La dejaron en la calle de Santa Ana, en la puerta de su casa, y al despedirse, la duquesa, después de un par de besos en los cuales intentó traspasar al alma de la huérfana todo el interés, todo el amor que ya hacia ella sentía, le preguntó:

—Angeles, ¿quiere usted ir a verme, o quiere usted que venga yo a verla? Tenemos que hablar; pero mucho, mucho, y con la intimidad de dos buenas amigas. ¿Me entiende?

Y la simpática duquesita, al hacer esta propo-

sición, tenía su brazo enlazado aún al cuello de Angeles. Esta sentía también que el corazón se le iba detrás de aquella amistad nueva, pero veía también que entre las dos mediaba un abismo social, y respondió con sumo respeto:

—Por Dios, señora duquesa. ¿Cómo voy a consentir que venga usted? Señáleme el día en que pueda ir a verla y con sumo gusto iré.

Por la mente de la aristócrata joven cruzó el recuerdo de una carta, cuya contestación podía influir de un modo decisivo en la plática, y respondió:

—Cuando quiera: pero si fuese dentro de unos cuatro o cinco días, mejor. En fin, cuando pueda. Yo casi nunca salgo de casa.

Al cerrar detrás de sí la cancela sentía Angeles en sus mejillas el calor de los dos besos de amiga con que se había despedido de ella la hermosa dama, y aquel calor le infundía un consuelo indecible. Guiada por el instinto o la costumbre, corrió a comunicar con su hermana Victoria la impresión de aquel nuevo afecto que en su alma acababa de nacer, y la alcoba de la enferma estaba vacía, húmeda; era el nido abandonado por el jilguero que días antes cayó cautivo en las redes del cazador

Entonces pasó por su alma un afecto raro, extraño, que ella no había sentido jamás y le infundió miedo. Aquel afecto era una especie de elixir, tal vez venenoso, formado por la destilación de los más complejos espíritus de variadas esencias: afecto de protesta hacia su madre, porque no había derecho a hacer lo que estaba ha-

ciendo, porque aquello era una venta inicua del corazón de su hija para saldar cuentas materiales de asqueroso dinero y remediar penurias que Dios podía remediar por otro lado: afecto de odio, intenso, invencible, hacia aquel tipejo repugnante, que no le hablaba más que de cosas lúbricas, de chistes y cuentos de doble sentido, que ella no comprendía pero barruntaba y que a pesar de su palabra de honor convertía en un martirio cada rato de forzada conversación que se reducía a contener sus instintos banales. Afectos de ira, de desesperación, de hastío de la vida y aun de no ver tan reprobable el mal paso de su padre. Surgió, mezclado con estos afectos, otro violentísimo con un poder subyugador que la hipnotizaba y la fascinaba completamente: el de aquel cariño tan hondo, tan dulce, tan sedante y al mismo tiempo tan honesto y tan santo que había profesado hacia el único amor de su existencia.

Comprendió entonces que le amaba más que nunca; que con él podía ser feliz, podía ser piadosa, podía ser buena con toda la honestidad de una verdadera sevillana, y que si se dejaba arrastrar por la imposición de un miserable, de un sórdido y calculado interés, hasta vender su corazón por un puñado de plata, a la larga o a la corta, se impondría dentro de sus huesos el instinto del amor, y se libraría la batalla entre el instinto y el deber, y... ¿quién respondía de la victoria? ¿Ella? ¿Su conciencia? ¿Su pudor natural de mujer y de clavel sevillano?... ¡Oh!... ¡Podía ser tan violenta la fuerza del huracán del amor! ¡Era

en la actualidad un clavel, y un clavel sevillano por la esencia y el color de sus purísimos afectos; pero... ¡no había que engañarse! ¡También era mujer!

La alcoba estaba completamente a oscuras: aquel vértigo de innumerables y encontrados afectos, descritos separadamente en un espacio largo de tiempo, habían cruzado por su imaginación con la rapidez de un relámpago, y Angeles huyó de la alcoba de su hermana como si se viera perseguida por un espectro miedoso que se hubiera alzado entre las sombras de aquel frío y lúgubre aposento. Al dejar el dormitorio de su hermana Victoria, penetró en el contiguo donde había muerto su padre.

Otra sombra surgió de aquel lecho, que aún no se había movido de allí, que estaba en el mismo sitio, con los colchones doblados sobre el *sommier* de alambre galvanizado. Le pareció como que oía la voz de su padre moribundo, reclamándole un sacrificio. Y huyó también de aquel aposento; cruzó el despacho sin saber dónde refugiarse, y al salir del gabinetito, salióle al encuentro su madre, que venía con la sonrisa insulsa en los labios y mezclando con la sonrisa la reconvención maternal.

—Angeles, ni me has dado un beso al entrar. ¿Cómo has encontrado a María Victoria? ¿Está contenta?

—¿Cómo va a estarlo, mamá? El sanatorio es una preciosidad. Es una tacita de plata por su limpieza y sus cuidados; pero... no es para ella,

que vive de nuestro cariño; Victoria aquí se nos moriría de tisis, pero allí se nos morirá de pena.

—Ya se acostumbrará. A la siguiente visita la verás contenta. Baja al patio, que ya está ahí Gustavo.

—Perdóname, mamáita mía, pero esta noche no estoy para pelar la pava. Dile que me dispense; que no me encuentre bien, que se vaya.

—Es la impresión del sanatorio, que se pasará con la conversación. Baja y verás.

—Que no bajo, mamá. Alguna vez has de darme gusto a mí.

—Pero... hija mía, ¿qué razón voy a darle?

—Que he estado a ver a Victoria, desterrada por él a un sanatorio, que he venido muy cansada, que se me ha pegado la tuberculosis, que...

—Hija, ¡te pones más cargante que un cenorro!

—Es que si bajo, reñimos esta noche.

—Ea, ¡te saliste con la tuya! ¡Aquí no se ha de hacer más que el capricho de la niña! ¡Veremos a ver si se nos enfada el galán y tenemos toros y cañas!

La mamá volvió grupas y bajó a despachar al doncel, que no echó los trastos por la ventana y se marchó resignado. Angeles se puso al cierre para aguardar la salida de Gustavo, y al verle doblar la esquina, bajó al patio y sin preguntar a su madre si había habido o no disgusto de por medio, cruzó la calle y se metió en casa de María Josefa.

Allí estaba Fernando: pasada la tempestad, precisamente por la prudencia y sagacidad de Antonio, se ultimaban ya los perfiles de la boda, sin

que entrase en ellos el presupuesto de los miles de pesetas que tan en peligro habían puesto la formación de aquel nidito de amor.

Angeles tenía verdadero miedo a entrar en aquella casa, por no tropezarse con Fernando. El muchacho la emprendía contra su conducta y la hacía sufrir lo indecible; tanto que habían convenido en que al venir ella no se dijese una palabra sobre el asunto del abogado so pena de no volver a poner los pies en la casa de Mari-pepa.

Con ésta habían sido durante algún tiempo todas las confidencias de Angeles; le había descubierto hasta los últimos repliegues de su alma; pero al ver que María Josefa no podía hacer otra cosa que ponerse de parte de Antonio y animar a su amiga para que volviese a su primer cariño, las relaciones de amistad entre ambas se habían ido poco a poco enfriando, y pasaban días y semanas sin hablarse y sin verse.

Por eso, la presencia de Angeles en casa de doña Rosa Amores fué una sorpresa, mayor aún cuando, a vuelta de varias preguntas y respuestas sobre la salud de María Victoria, la misma Angeles preguntó a Fernando sin preámbulo ninguno:

—Fernando, ¿sabes algo de Antonio?

Los circunstantes se miraron de soslayo. En todos los rostros se dibujó un destello de alegría. La pregunta aquella venía saturada de esperanzas de reconciliación. El aludido se creyó entonces con derecho para romper el compromiso de no emitir su opinión sobre pasados sucesos y se dispuso a preparar la carga cerrada que tendría por contestación la pregunta.

—Sí: Ayer se volvió a marchar a Madrid.

—¿Otra vez? Se ve que le gusta mucho la corte.

—¿Y qué va a hacer ya en Sevilla?—preguntó intencionadamente María Josefa mientras clavaba sus ojos en el rostro de su amiga para leer la impresión en el gesto que hiciese.

Angeles bajó la mirada y no respondió. Medió una pausa corta y la niña volvió a levantar los ojos para posarlos suplicantes y tristes en Fernando. Aquella mirada quería decirle: "dime algo de Antonio". Fernando lo comprendió, y creyó llegada la hora del combate.

—Según me dijo, estaba determinado a establecerse en Madrid. Había venido para convencer de ello a su madre...

—¿Y su madre consiente?—interrumpió la joven con nerviosidad violenta.

—No quiere salir de Sevilla; pero la otra tarde recibió Antonio un telegrama del papá de Pilita llamándole con urgencia, y aquella misma noche tomó el tren para Madrid.

—¡Para Madrid! ¡Para!... ¿Te ha dicho si volvería pronto?

—Ya te lo ha dicho Mari-pepa. ¿Qué va hacer en Sevilla?

—Supongo que no se habrá olvidado del plazo de tres meses que le pedí en una carta que se ha leído en esta misma sala. Si es hombre de honor, no puede comprometerse con nadie hasta que el plazo termine.

—Oye. ¿No ha terminado ya?—preguntó María Josefa con cierto retintín burlón.

—¿Te parece a ti? A mí también se me han hecho dos siglos los dos meses y medio que han pasado: pero el almanaque me dice que falta una semana larga.

—¡Ah!... ¡Cuando se cuentan esos plazos con un cronómetro en la mano!...

—Pero ¿cómo quieres que se cuenten? ¿Con las vueltas de un molino de viento?

Doña Rosa, que estaba cosiendo con sus gafas de vista cansada puestas en la punta casi de la nariz y que parecía no atender a la conversación, quitóse aquel estorbo de las narices, y terció para encauzar el asunto por el buen camino.

—Angeles, tienes razón. Mientras no se cumplan los tres meses que has pedido, Antonio te esperará, porque es hombre de honor. ¿Has decidido por fin lo que has de hacer?

—Doña Rosa, yo no venía más que a saber si Antonio estaba en Sevilla. Me contraría mucho saber que no está; pero confío en que no ha de desmentir la fama que tiene tan bien adquirida de hombre honrado.

Fernando, cuyo carácter algo brusco, por lo excesivamente franco, le hacía a veces imprudente cuando se hallaba en terreno tan delicado y susceptible como era entonces el tratar aquella materia delante de Angeles, fué cruel.

Contó la conversación que había tenido con Antonio la noche en que éste había tomado el tren para Madrid. Dijo todo cuanto sabía de aquel viaje y las causas que lo motivaron, aunque algunos detalles los ignoraba.

La ida extemporánea y precipitada del joven

a la corte obedecía a una carta y un telefonema recibido de Madrid.

Al volver a su casa después de la conversación con la duquesa de las Atalayas, se encontró con una carta de Pili.

La niña, dejando caer sobre el papel las huellas de las lágrimas, pedía perdón a su Antoñito de la conducta que con él había observado durante su última estancia en Madrid.

Las relaciones con el capitán de ingenieros no habían sido más que un ardid de la niña para engendrar celos en el ánimo de su verdadero amor, que era Antonio; por eso tal vez la había visto algo exagerada en aquellas demostraciones de afecto hacia el capitancito.

Pero ella confesaba que no había obrado bien: que había cometido una tontería, una barbaridad, un crimen, y le pedía perdón con toda su alma, y le juraba que con aquella lección, única en su vida, iba a escarmentar para siempre; que le esperaba en Madrid con urgencia, porque no se contentaba con una roñosa carta; ella estaría llorando y sin probar bocado y sin conciliar el sueño mientras no viese a él en Madrid, en su casa, donde le demostraría por todas las maneras que él le pidiese, el arrepentimiento y la sinceridad de su cariño.

Antonio quedó perplejo con la lectura de esta carta. Ya no podía dudar del afecto de Pili, que él daba por perdido al presenciar en Madrid sus locuras. En el caso de decidirse a vender su corazón para comprar con su venta un hermoso y risueño porvenir en su carrera, la boda con la hija

del magistrado era el ideal de aquella venta. Era guapilla, simpática, alegre y se le metía por los ojos.

Por otro lado, Angeles le había pedido un plazo de tres meses para decidirse entre él o el repugnante juerguista; su mismo pundonor le dictaba que hasta cumplirse el plazo no diera paso ninguno definitivo: pero... aun cuando Angeles fallase en favor de él tan enigmático y misterioso pleito, ¿debía consentir su misma dignidad en aceptar la victoria? Angeles se había hecho indigna de él: su conducta, si una explicación muy satisfactoria no la aclaraba hasta poner su inocencia más diáfana que la luz del día, no era la conducta de una mujer constante, de un alma seria y firme en sus amores, sino todo lo contrario, la de una mujer voluble, ambiciosa; más aún, peligrosísima para el porvenir, porque había demostrado ser una veleta de campanario.

Todas estas reflexiones las hacía Antonio a su viejecita; pero la vieja meneaba la cabeza negativamente.

—No. Si yo no conociese personalmente a Angeles, te daría la razón: pero como he podido apreciar los quilates de su virtud, te digo que no debes pensar mal de ella mientras no se esclarezca el misterio de su conducta. Pronto concluirá el plazo. Pero que te conste que yo de Sevilla no salgo.

Como estas pláticas eran continuas entre la madre y el hijo, se sacó de esta última el mismo fruto que de las otras. La incertidumbre y la perplejidad se apoderaron del ánimo de Antonio, que

se decidió por no contestar por entonces a Pili ni moverse de Sevilla hasta haber tenido la conferencia pedida por la de las Atalayas.

A la tarde siguiente se recibió en casa de Antonio un telefonema, expedido en Madrid, que decía:

“Ruego vengas inmediatamente: es ruego de padre que no debes desatender: te saludan todos. Fabián”.

Era imposible desatender aquel ruego, primero por caballerosidad, segundo por interés propio. El motivo de la llamada se comprendía muy bien: la nerviosidad en llamar con tanta urgencia era hasta ridícula, pero Antonio conocía muy bien el carácter de Pili y el de sus papás.

Volvió a hacer la maleta y emprendió el viaje aquella misma noche.

Su madre, al besarle como despedida, le había dicho:

—Cuidado, Antoñito, con lo que haces. Que faltan varios días para un plazo, y tu viejecita está con todo el peso de la recomendación de su cariño en favor de la que queda en Sevilla.

Camino de la estación se encontró con Fernando, y le estuvo contando lo que éste refirió a Angeles en la sala de visitas, engalanando la relación con los primores de su buena voluntad.

Cuando Angeles volvió a su casa, era ya muy tarde. Necesitaba desahogarse con un corazón amigo: estaba en uno de los instantes más críticos de su vida. ¿Llegaría tarde? ¿Le habrían ya robado en Madrid el afecto de su Antonio? Había que dar un golpe decisivo: pensarlo, pensarlo mu-

cho: consultarlo... pero ¿con quién? ¿Con su madre? ¿Con sus criadas? La duquesa de las Atalayas le había citado para tres o cuatro días después. Podía ser lo bastante para que ya no tuviese remedio el mal. Le había dicho sin embargo que podía ir cualquier día.

—Iré mañana: ella me dirá lo que tengo que hacer. ¡Qué desahogo más grande para el alma encontrar por fin un corazón tan grande como el de esa mujer que ha entendido la raíz de mi pena! ¡La única! ¡Ni mi madre, ni María Josefa! ¡Yo estaba sola! ¡Ya no lo estoy! ¡Mañana! ¡iré mañana!... ¿Y qué hora es? ¡Las once y media de la noche! ¡Dios mío! Ahora, en estos momentos precisamente, allí en Madrid... tal vez... ¡No! ¡no! ¡aguarda! ¡espera a que venza el plazo que te he puesto yo! ¡Oh! ¿Cuándo se inventará un teléfono que nos ponga al habla con quien deseemos hablar con esta urgencia? ¡Qué noche más eterna me espera! ¡Sin nadie con quien hablar! ¡Con quien llorar! ¡Con quien pasar estas horas de angustias!

Y Angeles, que se había sentado en su alcoba y dialogaba a media voz, levantó los ojos y vió el cuadro de la Milagrosa, que tenía en la cabecera de la cama.

La Virgen la miraba desde el cuadro con los ojos entornados y los brazos abiertos como para recibirla en ellos.

Cayó de rodillas y oró... hasta que el sueño la impulsó maquinalmente hacia la cama.

XVIII

LA DUQUESA DE LAS ATALAYAS

Eran las once de la mañana cuando Angeles tocaba en la cancela del palacio que ya conocemos, porque en él había entrado días antes el abogado para hablar con la hija de los dueños de él.

La joven llevaba clavadas en su rostro las señales de la lucha que durante el insomnio de la noche y durante toda la mañana había estado sosteniendo entre la conciencia y el amor. La lucha venía de mucho tiempo atrás; pero en este combate la victoria casi estaba ganada por el amor. No podía más: El último cabo del naufragio de aquellos fuertes y vigorosos querer de su alma se le iba a escapar de las manos al terminarse el plazo, pedido por ella: Y eso no podía ser. Su padre, al morir, le había exigido un sacrificio tan heroico para su corazón que, después de una prueba tan dura para ver de cumplirlo, se declaraba impotente y falta de fuerzas. Era preciso saltar

por la última voluntad de su padre, que desde el cielo la perdonaría.

Gustavo no había dado aún motivo suficiente para desligarla del compromiso; sus juegos y sus atrevimientos de hombre licencioso y de mala ley habían sido todos contenidos por la férrea voluntad de la niña, ayudada en gran parte por el asco natural que sólo el contacto de la mano del marqués le causaba. Mas ¿a qué esperar un acto positivo del licencioso joven que le diera argumentos para tranquilizar su conciencia? Le bastaba el de no sentirse con fuerzas para aquel martirio lento, que había de durarle toda la vida o poner en inmenso peligro su honor de mujer.

Esto, que ni con María Josefa hubiese traído a consulta, porque no le hubiera tranquilizado la opinión de su vecina, traía esta mañana para ponerlo a deliberación con la duquesa, dispuesta a seguir en todo su consejo. ¡Le había inspirado tanta confianza la tarde anterior! ¡Se había mostrado tan cariñosa, tan afectuosa con ella! ¿Cuánto tiempo hacía que Angeles no recibía ya ningún mimo de un corazón que no fuese el de María Victoria? ¡Oh! ¡Desde el último prodigado por Antonio la última noche de palique en "El Naranjal"!

Un lacayo abrió la cancela, y Angeles preguntó:

—¿Está la señora duquesa de las Atalayas?

—No, señora. Salió a misa y no ha vuelto. La joven hizo un mohín de disgusto.

—¿Volverá pronto?

En aquel momento cruzaban el patio central

dos jóvenes, casi niñas aún. Rubia una con el pelo como madejas de oro; blanca la otra, con el cabello como tallado en ébano. Traían de la mano al angelito rubio, que no conocía Angeles, pero que había visto Antonio haciendo a las mil maravillas el papel de cocinera de muñecas en el castillo señorial de los campos cordobeses.

Entre las dos balanceaban a la niña, que se dejaba columpiar como un pardalillo entre dos ramos floridos que moviera juguetera la brisa de un jardín.

La niña se fijó en Angeles, que había entrado dentro del patio de mármol, y confundiéndola tal vez con alguna cara conocida, le envió una sonrisa picaresca y alegre. Pasaban las tres junto a ella y se detuvieron. Angeles, al ver aquella carita de mosqueta, no pudo contenerse, y agachándose hasta juntar rostro con rostro, le dió un beso.

—¿De quién es este capullo de té?—preguntó a la joven rubia.

—De mi hermana.

—¿De la duquesa? ¿Cómo se llama?

—Me lamo *Anguelita*—balbuceó la chiquitina, mirando a los ojos de Angeles con la confianza de una amiga.

—¿Te llamas Angeles? Te llamas como yo, linda.

—¡Ah! ¿Es usted la joven que estuvo ayer con mi hermana en el sanatorio?—preguntó la del pelo de ébano.

—¿Ya les ha hablado de mí?

—Nos ha contado la excursión: y deseábamos conocerla, porque vino encantada de usted y de

su hermana la enfermita: Pero... pase a la sala. No debe tardar: ha salido con mamá y ya es raro que no haya vuelto.

Tan poco iba a tardar la duquesa, que en aquel instante se detuvo a la puerta un lujoso *Studebaker* de donde bajaron la madre y la hija.

La duquesa hizo un movimiento de extrañeza al ver a Angeles, y saludándola con un beso como a verdadera amiga, le dijo:

—¡Qué sorpresa más inesperada y más agradable!

—Le extrañará a usted mi impaciencia por venir a verla.

—Me lisonjea y me encanta. Precisamente mamá y yo le hemos dedicado toda la mañana fuera del tiempo de la misa y de la comunión. Mamá, aquí tienes por fin a Angeles, la que tanto deseabas que viniera.

Y entretanto la duquesa levantaba en sus brazos al angelito rubio y la colmaba de caricias.

La madre de la duquesita y de las dos niñas, que con tanta llaneza habían recibido a la joven, era una dama de aspecto señoril, pero bondadoso: el color algo encendido de su rostro, fresco aún, parecía decir que la juventud no quería retirarse de ella, a pesar de que uno de sus hijos era ya militar y el otro abogado. Aquella juventud era necesaria para las obras de caridad que estaba realizando.

Besó a Angeles con afecto de madre, y le dijo mientras se destocaba la mantilla:

—Lo que menos podía figurarse, hijita mía, es que venimos de fraguar un complot contra usted.

—¿Contra mí?—preguntó riendo la joven.

—¡Ya se lo diré yo! ¿Quiere que entremos en el salón? Seguramente que tiene un saco de noticias que darme. ¿Verdad?

Angeles movió la cabeza nerviosamente y se dejó conducir por la duquesa que le había tomado el brazo con su mano y se lo estrechaba suavemente. Al entrar en el salón, oyó Angeles este comentario entre las que quedaban en el patio:

—¡Qué cara más preciosa! ¿Verdad?

—¡Es divina! Pero qué reflejos de dolor tiene en los ojos. ¡Parece una Dolorosa de Montañés!

En efecto, la hermosura de Angeles había tomado un realce especial con las penas que estaban descargando sobre su alma. Venía con la mantilla de encajes negros y la peineta sevillana sobre sus blondos cabellos castaños. Angeles apenas usaba el sombrero para salir de casa: le parecía extranjero y cursi.

La duquesa hizo sentar en un sofá de rejilla a su amiga y ella se sentó en uno de los dos sillones que con el sofá formaban juego. Angeles fué la primera en hablar.

—Dispense, duquesa, mi precipitación en venir a molestarla, pero no podía más. Yo necesitaba imperiosamente un corazón amigo con quien desahogarme y un consejero prudente con quien consultar, y estoy sola, sola, y Dios me ha deparado con su clemencia infinita ambas cosas en usted.

—Angeles, no se me excuse más sobre la visita, porque me enfado. Después de hablar usted sobre lo suyo, le voy a decir todo lo que yo he hecho de ayer a hoy, y verá el gusto con que la he

visto venir. Yo desearía que fuese conmigo la amiga, la hermana, la confidente más íntima de sus secretos. En ese mismo sofá estuvo Antonio hace pocos días confiándome sus penas. Ustedes no se entienden y es preciso que haya un lazo de unión entre los dos y ese quiero ser yo.

—¿Aquí? ¿Aquí estuvo él sentado? ¡Dios mío! ¿quiere usted creer, duquesa, que hace ya, que hace ya que no le veo?... ¡Qué sé yo! ¡Una eternidad! ¿Pero no está en Madrid?

—Se escapó sin decirme nada y cuando yo le había citado para pasado mañana en que tal vez encontraremos la solución de un enigma, la del proceder de Fuentes Claras.

Angeles se estremeció al oír aquel nombre e instintivamente miró hacia la puerta creyendo verle entrar. La duquesa prosiguió:

—Es preciso que rompa usted con él esta tarde misma. Ese infame no puede llevarse un tesoro tan inestimable como el de su cariño. Hábleme con franqueza, mire que el corazón se me ha interesado ya por su felicidad. ¿Por qué ha aceptado las relaciones con Fuentes Claras y ha roto las que tenía con Antonio?

Angeles miró a su amiga con una dulzura tan intensa y con una tristeza tan honda, que casi holgaba ya la historia. Pero se la empezó a contar, y le contó todo: la pobreza en que les dejaba su padre; las deudas con el marqués; las imposiciones de su madre, y luego sus luchas, sus indecisiones, sus sacrificios heroicos.

La duquesa oía todo: al llegar a la muerte de don Ramiro y al juramento con que había ligado

a su hija en la agonía, no pudo contener una exclamación de ira.

—¡Oh! ¡Eso es inicuo! Perdone, Angeles: siga.

Y Angeles siguió su narración: ella había tomado el pulso a las fuerzas de su alma para ver si se hallaba con bastantes para llevar a término el sacrificio de su vida de amor y de ilusiones, y veía claramente que no las tenía, que ya le faltaban, y aún no se había consumado el sacrificio, estaba aún en la prueba.

—Pero... diga, duquesa, ¿podré romper esa cadena de hierro con que me ató mi padre a ese ser, el más repugnante para mí entre todos los seres repugnantes de la tierra?

La duquesa sonrió, y con un movimiento muy lento de cabeza y con una inflexión de voz muy dulce, pero muy categórica, se limitó a decir:

—¡Sí! ¡Puede!

—¿Puedo? O más bien ¿debo? Que es otra cosa muy distinta. Hoy, este mismo día, apenas si tenemos... duquesa, me da una vergüenza horrosa ser tan franca. Me azara... no sé... su título... su posición tan distinta...

—Mire, Angeles, así no hacemos nada ni vamos a ningún lado. Eso quiere decir que he perdido el tiempo, cuando yo creía haberme ganado su confianza. Entonces...

—¡No! ¡No! ¡Si ya se me ha quitado el azaramiento! Fué un instante. Iba a decirle que ese hombre nos ha concluído de arruinar por completo. Mamá, con la esperanza de que todo lo remediase la boda, no ha querido seguir mi consejo. Ha

continuado en la misma casa que renta un capital: ha ido sosteniendo el mismo boato con dos criadas y con el lujo de chucherías que papá usaba en la mesa, y todo... sólo se lo digo a usted, duquesa...

—Deje en paz el título: me llamo María.

—Pues bien, María, todo a fuerza de papeletas de empeño y... ¿dónde caeremos en el instante en que yo mande con viento fresco a ese hombre?

—Caeréis... Mira, Angeles, caeréis en mis brazos. ¿Son muy duros?

La duquesita de las Atalayas, aquella alma grande, pozo sin fondo de compasión, había ido leyendo en el rostro de su amiga la casi invencible vergüenza que el confesar la hondura de su miseria le costaba, y con un trasporte de compasión, tendió sus brazos, tomó entre ellos la cabeza de la joven y le dió dos besos caldeantes en la frente.

Angeles, como una niña que se acoge al regazo materno en medio de las primeras penas de la vida, hundió su rizosa cabeza entre los brazos de su amiga, y rompió a llorar: pero aquel llanto era benéfico, era todo agradecimiento, era todo esperanza, era todo aurora de nuevo amor.

La duquesa le levantó la cara, tomándole suavemente con la mano por la barba, y le comenzó a decir:

—Ea, tontuela: no llores, que eso es cosa de niñas chicas. Ahora voy a empezar a hablar yo. Necesitas, en efecto, un motivo para reñir con Gustavo: ese es el que te estoy yo procurando. Espero tan sólo una carta. En Madrid estoy segura de haber oído que ese malvado tiene ya pedida la mano de una joven catalana, que vino a Sevilla a

la Semana Santa pasada. Sé que se llama Hortensia; pero dentro de tres días sabremos todos los pormenores.

—Pero... ¿será posible? ¿Será tan malvado como todo eso?—preguntó horrorizada la niña.

—Como todo eso, y más. Ya le he descubierto en ese sentido otra vez.

—¡Luego yo!... ¡Yo iba a ser!... ¡Jesús! ¡Dios mío!

—Calma, rica, mucha calma. Háblale esta tarde de Hortensia, la linda catalana, y le dices que la duquesa de las Atalayas va a escribir a Barcelona también.

—Pero... ¿y si lo niega?

—Por eso sería quizás mejor esperar la carta. Lo dejo a tu prudencia. Ahora vamos a otro punto. Tu hermana Victoria he visto que no puede vivir sin ti. “El Tomillar” es un sanatorio modelo, pero no es para ella que se moriría de pena. Y hemos estado mamá y yo en casa de la condesa de...

—¡Oh! ¡Duquesa! ¡Ya adivino!...

—Me llamo María.

—¡No! Usted se llama y es un ángel del cielo que Dios ha traído a mi lado para restañar la fuente de mis ojos, que yo creía que no iba a cerrarse ya nunca.

—La primavera siempre viene después del invierno, y el invierno, aunque a veces se prolonga, al fin pasa y deja el campo al sol, a las flores, al amor. Las últimas lluvias de ese invierno de tu alma las he recogido yo. Tiempo era ya. ¿Verdad? Una vez que rompas ese aro de hierro con que tu papá encadenó tu corazón al de ese bandido, yo

tengo una finca cerca de Aracena, en un sitio muy alto, muy frondoso, llamado Fuente Heridos: allí hay sol, allí hay flores y allí tendrás dos amores para ti: el amor de tu hermana Victoria que irá allí y se curará, y pronto irá también para allá, porque yo lo guiaré hacia allí, otro amor.

—¿Antonio?—exclamó Angeles casi dando un grito de alegría.

—Sí, Antonio irá a buscarte: yo le llevaré.

—¿Y me perdonará?—le interrumpió Angeles cruzando las manos, que extendía hacia el rostro de la duquesa como si elevase una plegaria ante ella. Sus ojos le brillaban como dos ascuas de fuego: su rostro semejaba el rapto de un éxtasis.

—¡Si no tiene que perdonarte! ¡Si lo que tiene que hacer es quererte más desde hoy, convenirse de la intensidad del sacrificio que has hecho para cumplir con un deber filial que tu padre te exigió, cegado por la codicia, y Dios no pudo aceptar nunca sino permitir solamente para que se acrisolase bien la rectitud de tu alma.

—¿Lo cree así? ¿No estoy obligada a cumplirlo?

—Angeles, tu conducta en este episodio íntimo de la vida, permíteme que te lo diga, ha sido muy poco prudente. Te has formado tú misma la conciencia; te has aislado por completo, sin más consultores que esa conciencia, cegada por el amor a tu papá y los consejos de tu madre, ciega también por el espectro del hambre que le atemoriza. ¿Has consultado con algún sacerdote, con alguna persona, que te mereciese entera confianza?

—¡Verdad que no! Yo no me fiaba ni de las

reflexiones de Victoria ni de las de una amiga mía, que vive frente a mí y que siempre ha deseado mi bien.

—Y eran reflexiones de sentido común. Yo no entiendo nada de profundidades de moral; pero a la superficie ya creo que llego. Tu papá pudo aconsejarte la boda con Fuentes Claras, hasta rogarte; pero mandártelo, obligarte a ello, jamás. El corazón está en una región espiritual completamente superior a los valores materiales, y un solo corazón no puede comprarse con todo el oro de la tierra. El corazón no se vende, se entrega, se ofrece y no tiene más precio que la entrega de otro corazón.

—¡Verdad! ¡Verdad! ¡Si eso era lo que yo veía: eso era lo que a mí me parecía humano, lo lógico, lo que mandaba Dios!

—Vas a consultar todo con mi director espiritual: él me estima mucho; él es quien me guía y ha de recibir con gusto a esta otra ovejita que está sin duda descarriada. Ten en él, como yo la tengo, plena confianza y sigue su opinión.

Dos golpecitos dados a la puerta, hicieron a la duquesa volver la cabeza y decir:

—¡Adelante!

Las dos niñas aparecieron en el dintel, trayendo como siempre de la mano al angelito rubio.

—Dispense, Angeles—dijo una de ellas—, veníamos tan sólo para rogarle de parte de mamá que se quede a comer con nosotras.

La duquesa miró instintivamente a su relojito de pulsera, y se levantó dando un salto del sillón donde estaba.

—¡Las dos de la tarde!

—¡Y yo transtornando el orden de la casa con mis impertinencias!—replicó Angeles levantándose también.

La duquesa preguntó:

—¿Está puesta la mesa?

—Sí; pero no hay prisa ninguna. No son las dos.

—Es que ya hemos terminado nosotras.

La duquesa había tomado a su hija en los brazos y salieron al patio. La pequeñita miraba a Angeles, que se estaba excusando de la invitación por galantería. Acercó su carita de azucena al oído de su madre y preguntó:

—Mamá, ¿por qué llora?

La madre no contestó; por respuesta dió una carga de besos en el rostro de su hija mezclados con piropos: “¡Mi cielito! ¡Mi encanto!”...

Pero la niña tendió los bracitos a Angeles, que la recibió en los suyos, y no encontrando otro argumento para consolar a la joven, comenzó a acariciarle la cara diciéndole:

—Yo te quero mucho, mucho, linda.

Serían ya las seis de la tarde cuando Angeles llegó a su casa: había visitado a la condesa de Las Cabezas para ultimar el traslado de Victoria a la finca que la duquesa de las Atalayas poseía en Fuente Heridos; luego se había dado una vuelta por la Milagrosa y allí, con los brazos en cruz, había rezado varias salves, pidiendo a la Virgen la fortaleza necesaria para librar los dos combates que esperaba y que iban a ser de los más fuer-

tes y recios de su vida: uno con su madre y otro con el marqués.

Al entrar en su casa ésta le pareció muy fría, pero con un frío que trascendía al mismo tiempo a tristeza de cementerio.

El beso que dió a su madre le pareció como un acto oficial, no sentido; buscó instintivamente a Victoria, y no la halló; fué a la cocina, pidió a Clarita una onza de chocolate crudo y un bollo de pan de Viena.

Clarita, que apenas dirigía ya la conversación a su ama, la encontró con el rostro transformado: una alegría radiante brillaba en sus ojos; la caricia que hizo al gatito negro, que esperaba los desperdicios de la cena, que comenzaba a aderezarse, le parecieron a la criada más espontáneos y, sobre todo, la agilidad de gacela con que entró y salió de la cocina, le hicieron ver que algo inusitado pasaba por el espíritu de la futura marquesa de Fuentes Claras.

Esta emprendió el camino de la azotea, regó sus claveles, tarareó unas notas al canario, y concluyó por sentirse filarmónica y comenzó a cantar:

“Cuántas veces en la reja me sorprenden
los primeros resplandores de la aurora”...

De la azotea de enfrente llegaron unas notas perdidas que lanzaba una voz de soprano:

“Pisa, morena, pisa con garbo,
que un relicario me voy a hacer
con el trocito de mi capote
que haya pisado tu lindo pie”.

De las azoteas contiguas venían hasta la de Angeles cadencias de seguidillas, cantadas por dos muchachas que recogían la ropa, tendida a secar por la mañana. Entre las copas de los árboles del jardín vecino formaban una algarabía insufrible los gorriones que estaban buscando su cama entre las ramitas más escondidas, y dos mirlos de negras y lustrosas plumas, posados en los soportes de un pararrayos, rasgaban el aire con notas agudas de flauta. La naturaleza daba el último adiós al sol que casi había traspuesto el redondo cerro, detrás del cual duermen las ruinas de la famosa Itálica.

Angeles miró a la azotea de enfrente, y vió a María Josefa y a Manolita que recogían la ropa tendida en los alambres.

—¡Mari-pepa! ¡Mari-pepa!—gritó alegre y juguetona como en los tiempos felices en que aún no habían aparecido en el cielo de su alma los nubarrones que aquella tarde le daban tan sólo una tregua, un resquicio de sol de consuelo.

La vecina se acercó al pretil de su azotea. Manolita miró y siguió recogiendo ropa.

—¡Hola! ¡Angeles! ¿En la azotea a estas horas?

—¡Sí! Estoy almacenando oxígeno.

—¿Para qué, hija mía? ¿No lo hay allá abajo en el patio?

—No. Este, cuando menos, es más puro. Tenemos que hablar. ¡Manolita, qué sería estás!

—Es que se acerca la Semana Santa y hay que ir ensayándose.

—Pronto empezas. Estamos a mediados de

cuaresma. ¿Cuándo te ensayas para tocar a gloria?

—¿Cuándo? Cuando vea entrar por las puertas de enfrente al que debe entrar y no al que ha entrado hace poco tiempo.

La pulla era fuerte. Mari-pepa se asomó al pretil y miró hacia la calle.

—Oye, Angeles, que tienes en pena un alma allá abajo en el patio. Mira que está el auto hace ya un cuarto de hora.

La niña sintió un escalofrío violento que le recorrió todo el cuerpo. La hora del combate había llegado.

—¿Hace mucho tiempo que está? No me ha llamado mamá, y... oye, Mari-pepa, acércate al pretil... en voz baja... en secreto. Rézale a la Virgen Milagrosa que tienes en tu alcoba.

—¡Qué! ¿Vas a firmar los contratos matrimoniales?

—¡Sí! Y quizá muy pronto; pero... con Antonio.

Y se perdió en la oscuridad entre el ramaje de claveles y alelís, y en la penumbra de la tarde ya moribunda.

La joven atisbó desde el cierre de cristales de la galería. El marqués de Fuentes Claras no estaba en el patio. Entonces se persuadió que había subido hasta el gabinete o escritorio de don Ramiro y de puntillas se acercó a la puerta, y comenzó a escuchar.

Gustavo echaba planes con doña Cándida sobre la boda que le urgía celebrar cuanto antes, y hablaba del deseo que tenía la marquesa su ma-

dre de conocer a su futura hija. Ya era tiempo de hablar de ello porque llevaban varios meses de relaciones y Angeles ni siquiera había oído nombrar a Gustavo el nombre de los de su familia, ni sabía los miembros de que se componía.

Oyó decir a Gustavo que pensaba dotar a Angeles en cien mil pesetas y regalarle la finca del "Naranjal" que había comprado para ella, y que venía dispuesto a que la joven fuese aquella noche con él a casa de una tía suya donde estaba convidada a cenar también la marquesa su madre.

Doña Cándida se deshacía en lisonjas, que a todas luces mostraban su contento y lo dispuesta a decir que sí a todo lo que Gustavo propusiera: desde luego aplaudió el proyecto de que ambos jóvenes fuesen en el auto con Clarita a la cena.

Angeles empujó la puerta, y entró en el gabinete.

—Pero ¿dónde estás, hija mía?—preguntó doña Cándida.

—En la azotea. No sabía que estaba Gustavo.

—Anoche lo sabías, y tampoco te dió la gana de bajar—coreó el marqués remedándole la voz.

—Ya te diré el porqué. Mamá, déjanos solos, que bastante tiempo has tenido de hablar con Gustavo, y tenemos que desquitarnos del silencio de ayer. ¿Verdad, Gustavo?

Aquel mimo agradó a los dos. Doña Cándida, rebotando felicidad por todos los poros de su cuerpo y de su alma, los dejó solos.

Angeles tomó una silla y se sentó teniendo delante de sí un ángulo de la mesa del bufete de su padre, con lo cual obligaba al marqués a sentar-

se a cierta distancia de ella. Siempre lo hacía así.

Se sentía tranquila, serena, dueña de su ser, y hasta alegre. Tenía ansias de jugueteo sarcástico y mordaz. Daba por cierta la problemática noticia de Hortensia, y quería divertirse a su sabor con la víctima; jugar con ella: dejarla soñar con la seguridad de la presa para después, a traición y de improviso, clavarle el puñal haciendo aparecer en escena un nombre que hiriese de muerte las ilusiones todas y las esperanzas criminales que sobre ella abrigaba el lascivo pretendiente.

El marqués la miraba aquella noche de un modo extraño: lo encendido de sus ojos, la nerviosidad de su cuerpo, y el olorcillo característico de vino que no podía neutralizar el de la esencia de violeta en que traía impregnado el pañuelo, le hacían esta vez más provocativo y para la niña más repugnante.

—Anoche no quisiste bajar—comenzó diciendo en tono de reproche.

Angeles hizo un mohín que bien podía ser un mimo, y respondió:

—Tenía "spleen".

—¿Y hoy?

—Hoy he bajado desde la azotea al ver tu coche sin que nadie me llamara. ¿Te dice algo eso?

—Sí, mucho; pero no todo lo que yo quisiera. ¿Sabes de qué hablábamos tu mamá y yo?

—De la boda. Os he estado escuchando un rato.

—¿Y qué te parece?

—¿A mí? Encantada, Gustavo. ¿Es cierto que has comprado "El Naranjal"?

—¿Lo dudas? ¿Quieres que traiga la escritura?

—Y... ¿para mí?

La pregunta fué lanzada como un dardo a los ojos del marqués, envuelta en una mirada y al par en una sonrisa mimosa de la niña, que clavó sus ojos en los del marqués. Este no pudo sostener aquel rayo de luz tan intenso, y bajó los suyos; pero en seguida los volvió a alzar, y respondió mirando a Angeles con fuego:

—¿Y para quién iba a ser, chiquilla? Será tuyo “El Naranjal” y será tuyo el afecto del que te lo regala, y tú serás la reina de esa finca, porque sé que en ella tienes el corazón. Te ha designado mamá cien mil pesetas de dote: ¿Dices que te ha encantado siempre la esperanza de ver Suiza? Iremos a Suiza desde la iglesia misma, y luego al “Naranjal”, y allí, a la orilla del río, entre el murmullo de las auras que besan las flores, y el quejarse del manso oleaje del agua al herirse en el muelle que estoy fabricando, allí, Angeles...

—¡Qué encanto, Gustavo! ¡Qué ensueño más delicioso! Así deben de ser los que dicen que levanta el opio en la imaginación de los indios. Pero ¿cuándo será eso? ¿Será prontito? ¡Tengo unas ganas de volver a “El Naranjal”! Iría a él... aunque fuera esta noche. ¡Oh! ¡Con la luz de la luna! Allí... en aquel banco... ¡los dos sentados! ¡Qué recuerdos!, Gustavo, ¡qué recuerdos!... y ¡qué ilusiones!, porque lo del banco son... ¡ilusiones!

—¿Quieres realizarlas esta misma noche?

Gustavo iba tomando fuerzas en las alas del

deseo al ver tan propicia a la esquivada niña. Traía precisamente aquella noche tramado un proyecto criminal y la víctima se iba metiendo cada vez más en las redes. Al oír aquellas ilusiones de Angeles, creyó ganada la partida, y se lanzó a fondo con una confianza excesiva.

—Así, Angeles, así te quiero ver, así te quiero oír, al lado tuyo, cuando te muestras compasiva conmigo, me siento el hombre más dichoso del mundo. ¿Has oído la proposición que le hacía a tu mamá cuando entraste?

—¿Cuál? ¿La de cenar esta noche con tu mamá?

—La misma: pero mi intención era otra. Advierte, Angeles, y recuerda lo que yo he hecho por vosotras y lo que estoy dispuesto a hacer.

—Sí, Gustavo. Has sido muy bueno con nosotras.

—Fíjate bien; os he perdonado la deuda de tu papá; le he ido dando a tu mamá como regalo para pagar la casa, para que viváis con rumbo y te estoy trayendo joyas casi a diario. Te voy a hacer marquesa al darte mi mano y te voy a hacer dueña de la finca más preciada para vosotros. ¿Quieres más?

—No, Gustavo; mamá y yo no sabemos cómo pagarte esos regalos. ¿Qué quieres en cambio? ¡Tú quieres pedirme algo!

—Sí: vengo a pedirte el que consientas en un capricho mío.

—Si puedo, lo satisfaré.

—Fíjate que estamos ya en vísperas de boda: que tal vez dentro de quince días seamos esposos,

y lo que te pido no tiene nada de particular a estas alturas.

—Dilo sin miedo. ¿Qué quieres?

—Pensaba proponerte que cenaras conmigo; pero no en casa de mamá que es el pretexto para salir, sino en la venta de Antequera; pero si quieres mejor, en "El Naranja"...

Angeles dió un salto, y se puso de pie. Llegó hasta sus labios una palabra de insulto; iba a decirle "¡Canalla!", pero se contuvo: volvió a sonreír y, jugando como distraída, con el plumerito de colores que servía para limpiar el polvo, el cual acariciaba, recogéndolo en el puño de la mano izquierda mientras hacía bajar lentamente con la derecha el cabo de madera, preguntó sin mirar a Gustavo, que se había quedado en su asiento:

—Una condición. ¿Te atreverías a firmar de antemano aquí, en esta mesa, la realización de todo lo que prometes? Porque, mira, Gustavo. Tú dices que quizás dentro de quince días seamos esposos, y yo no conozco de vista a tu mamá ni a tu familia. No hay documento ninguno que mañana me sirva a mí de garantía, si esta noche doy un paso que pudiera comprometer mi reputación... Aquí hay papel, tinta, pluma...

Y la niña iba tomando cada uno de los objetos y los ponía al alcance de la mano de Gustavo, que la miraba aturdido. Por fin, el joven pudo replicar:

—No seas tan nerviosa, Angeles. ¿No te basta mi palabra de caballero? ¿No he cumplido la que te di, la que me exigiste al comenzar las relaciones?

—¡Ah! Es que yo me he encargado de que la cumplas. Por parte tuya la hubieses roto ya mil veces.

—¡Angeles! Siéntate, yo te lo ruego. Recobra la calma y reflexiona un instante. Mira que en darme o no esa muestra de confianza te va el ser marquesa; te va el porvenir tuyo y el de tu familia.

Angeles había ido dando vuelta a la mesa y se iba aproximando cada vez más a la puerta de entrada. Gustavo permanecía sentado. La sonrisa de paz y de calma que brillaba en los labios de la niña le convencía que pronto volvería ella a sentarse también. Pero la joven, dando de pronto a esa sonrisa un tinte de desprecio o de ira o de fiereza, murmuró en voz baja:

—¿Qué porvenir quieres darme? Porque supongo que no será de la misma categoría del que tienes prometido a Hortensia, a la bella catalana.

Gustavo dió un rugido, y se puso de pie: sus ojos brillaron como los de una tarántula; sus puños se apretaron, y preguntó:

—¡Ah! ¿Lo sabías? ¿Quién te lo ha dicho?

—Permiso tengo para decírtelo: es la duquesa de las Atalayas.

—¡La de siempre! ¡Maldita! Pero aquí mismo...

Y quiso arrojarse sobre la niña: ésta estaba ya en la puerta y la había abierto; desde el dintel exclamó, siempre con la sonrisa en los labios:

—¡Detente, canalla, que soy sevillana de ley!
¡Esposa, sí; pero... otra cosa..., no!

Y dió un portazo, y de un vuelo se encerró en la azotea.

Antes de un cuarto de hora, oyó el resoplar del auto que se ponía en movimiento y doblaba la esquina. Se asomó al pretil de la azotea, y haciendo señal de despedida con la mano, rugió en medio de una sonora carcajada:

—¡Adiós, Gustavito! ¡Vuelve por otra! ¡Antonio, ya vuelvo a merecer tu santo cariño!

El canario al oír la voz de Angeles, lanzó al aire, en medio del silencio de la noche, una sarta de arpegios para saludar a su ama. En la vecina torre de las monjas clarisas un buho se ensayaba en llamar a su compañera con ese graznido tan antipático y desagradable como el de unos pulmones que no pueden respirar con desahogo.

XIX

LA CUEVA DE LAS MARAVILLAS

Antonio, al recibir el telefonema tan apremiante de don Fabián, tomó el tren expreso y se presentó en Madrid. No estaba, sin embargo, para viajes. La fiebre le había estado rondando, y los escalofríos continuos de su cuerpo le hacían ver que su sitio era la cama y que la visita que él necesitaba no era la de un abogado sino la de un médico.

Llegó a la corte y se encaminó a la fonda donde solía hospedarse. Instalado en su aposento, pertrchóse con una tableta de aspirina, que le dió la sensación de bienestar deseada, y se encaminó hacia el paseo de Recoletos donde vivía Pilita.

En la Cibeles se encontró con Emilio, el aviador que tanto había contribuído a que Antonio pudiera entenderse con Angeles cuando ésta vivía en "El Naranjal".

Emilio había venido a Madrid para ultimar la

boda con María Luisa, y después de cruzar un saludo con Antonio, quedó citado para comer con él al día siguiente en la fonda donde el abogado se hospedaba.

Pili, en efecto, estaba enferma, y recibió la visita en su dormitorio, donde se trasladó toda la familia para agasajar al muchacho. La niña se sentía atacada de frecuentes vómitos, y dolores en todo el cuerpo. Los ojos eran de fiebre, y el rostro más pálido y ojeroso que de ordinario. Sin los colores y los adobos con los cuales solía presentarse en público, no parecía tan mona; pero la misma enfermedad le daba cierto atractivo interesante, tal vez provocado por la compasión.

La visita no duró mucho y no fué tan íntima cual Antonio se temía: Pili miraba como con cierto recelo; hablaba con cierto laconismo medio ruboroso, medio de cansancio. Quedaron en que al día siguiente vendría Antonio más despacio, y se le dejó salir, sin detenerlo mucho en la despedida, porque don Fabián comprendía que era prudente dejarle descansar.

Si alguien extremó allí la nota del afecto fué la madre de Pili, que se quería comer al muchacho a puras muestras de cariño y de desagravios. Antonio volvió a la fonda; vió que no podía cenar y se acostó. Pasó la noche delirando entre recuerdos fantásticos de Pili, relacionados con visiones, aún más fantásticas, de Angeles.

A la mañana siguiente no se levantó: Emilio, que vino a la cita, hizo llamar a un médico militar muy amigo suyo, y éste le dijo que no se levantase, porque tenía cama para rato. Un derrame

fuerte de bilis, complicado con gástricas, le había hecho subir la fiebre a cerca de cuarenta grados, y el médico, aunque no veía serios temores de gravedad inminente, no las tenía todas consigo.

De casa de don Fabián, al saberse la dolencia de Antonio, se le envió al médico de cabecera de la casa, y el muchacho lo agradeció; pero le gustaba más seguir con el llamado por Emilio, y se entregó en manos de su ciencia, sin consentir otro galeno.

Antonio había escrito a la duquesa de las Atalayas, disculpándose de no haber podido asistir a la cita, y a su madre también escribió, ya desde la cama, diciéndole que no se alarmara aunque viese el laconismo de sus epístolas o la tardanza de ellas, porque iba a estar muy ocupado en Madrid.

El magistrado fué exacto en venir a cumplir la obra de misericordia que manda visitar a los enfermos; pero al día siguiente presentáronse en la fonda Pilita y su mamá, dispuestas a servir al muchacho y encargarse de las medicinas y de lo que hiciese falta.

El enfermo no lo consintió en modo alguno, y hubieron de desistir de aquella muestra de afecto; sin embargo, vendrían a verle a diario, porque Antonio era para ellos como un miembro de la familia.

Al segundo día, en que se presentaron las dos para pasar un buen rato a la cabecera del enfermo, estaba allí Emilio, sentado cerca de la cama. Hija y madre hicieron un movimiento de sorpresa y de disgusto, y prolongaron mucho la visita, co-

mo esperando a que el aviador terminase la suya.

Delante de Emilio, Pili y su madre se mostraron serias y en plan de etiqueta. El aviador no dió muestras de ceder el campo, y la madre y la hija se lo cedieron por fin, despidiéndose hasta el siguiente día. El oficial tuvo la deferencia de acompañarlas hasta la puerta del departamento donde su amigo se alojaba.

Pili, al salir, lanzó al galante muchacho una mirada envuelta en ira. El la sostuvo sonriendo. Nada se dijeron; pero con los ojos se dijeron tal vez demasiado. Es el caso que al siguiente día vino la señora con una criada; pero Pilita no podía venir porque le habían vuelto las decimillas y los vómitos.

Era una visita de escrutinio: la señora deseaba tomar el pulso a la situación en que el militar las hubiese colocado en el aprecio de Antonio.

Los temores de la señora eran fundadísimos. Emilio era íntimo amigo del capitán de ingenieros, con quien Pili había roto las acarameladas relaciones, y por eso el más competente para informar a Antonio de todo lo que había sucedido en Madrid y en sus alrededores durante aquellas relaciones, quizás excesivamente íntimas.

El aviador se había dado cuenta de las miras que la mamá de la niña y la niña con la mamá podían llevar al querer encargarse del enfermo por sus propias manos, y aunque la verdad de todo la reservaba para cuando le viese en plena convalecencia para no darle algún disgusto durante el estado de fiebre y fiebre alta en que entonces le veía, díjole lo suficiente para que Antonio se die-

ra cuenta de que Pilita y su madre estorbaban a la cabecera de la cama.

Por eso mismo, al llegar la señora con la doncella, Antonio estaba dormido, y Emilio en la antesala para no dejar pasar a nadie. La madre de Pili pretendió entrar para velar el sueño de su futuro hijo político y el aviador con mucha cortesía la hizo ver que era irrealizable su deseo. Montó en cólera, y se despidió de malos modos: pero no volvieron ni la madre ni la hija ni la criada.

La primera en escribir a Antonio, comunicándole buenas noticias sobre Angeles, fué la duquesa de las Atalayas. Los informes pedidos a Barcelona estaban ya en su poder. Fuentes Claras iba a contraer matrimonio muy pronto con una señorita de Barcelona, que había venido a pasar las fiestas de la Feria el año anterior y se había enamorado de Sevilla, y por eso el marqués había comprado "El Naranjal" para expansión y desahogo de su futura esposa, muchacha rica, hermosa y de muy buena fama en sus costumbres. Contaba además la duquesa con bastantes detalles la conducta de Angeles, ensalzando su virtud filial que la había llevado hasta las aras de aquel sacrificio tan heroico, y abogaba por ella, rogando a Antonio que la perdonase.

Esta carta coincidió con la conversación de Emilio sobre Pilita. Después recibió Antonio dos cartas de su madre, que no sospechaba siquiera la enfermedad de su hijo, y en ambas cartas, largas y afectuosas, le ponderaba las cualidades de Angeles, llegándole a decir en la primera de ellas: "Aprende, hijo mío, aprende de Angeles a tener

como mandato la voluntad de los padres. Ella por creer un mandato la voluntad del suyo, que iba extraviado, no dudó en ofrecerse como víctima a las miras interesadas de su padre. Tu madre, corazoncito mío, está segura de que no va alucinada por ningún interés bastardo, sino sólo porque te desea el mayor bien posible, y no te lo manda, solamente te ruega que lo pienses bien, con el talento que Dios te ha concedido, y mientras más lo pienses más te inclinarás a dar este gusto a tu viejecita”.

En la segunda carta se limitaba a contar la profundidad de la miseria en donde Angeles y su familia se habían despeñado. A tanta hondura habían venido que pensaban dejar la casa al finalizar el mes; vender los muebles que no les fuesen indispensables; despachar a las dos criadas, y echarse en manos de la Providencia. La madre de Antonio les había propuesto, y era un modo delicadísimo de salvarlas por de pronto del hambre, el poner casa de huéspedes, y la viejecita se había brindado a ser la primera pupila. Para ello, Angeles y María Victoria se marcharían con Clarita a Fuente Heridos, todo por cuenta y a ruegos de la bondadosa duquesita de las Atalayas, y la madre de Angeles vendría a cuidar de la de Antonio mientras encontraba casa para huéspedes y huéspedes para la casa.

Más de diez días llevaba Antonio de cama, y la fiebre había desaparecido: la convalecencia iba a dar comienzo. Pilita le había escrito una carta, en la cual lanzaba venablos contra el aviador, y como no quería encontrarse con él, por eso había

decidido no ir a visitarle; pero necesitaba hablar y esperaría a verle ya restablecido. Antonio no contestó.

Vino por fin un sobre abultado, una carta certificada, que Antonio esperaba con ansias: con tantas, que al ver el sobre, sentado como estaba en la cama, se abalanzó a él y lo arrebató de las manos de la criada, que se la traía. Había visto en el sobre la letra de Angeles. Casi podía afirmar que antes de ver la letra había oído el aroma especial que para él despedía la pureza de Angeles. La abrió y la devoró con los ojos. En ella le contaba todo lo sucedido en aquellos meses de lucha y de martirio o, como ella decía, le daba cuenta de conciencia como a su director o, si él lo creía más apropiado para su profesión, era un reo que se declaraba convicto y confeso delante del juez, esperando la sentencia.

Al llegar a la escena con Fuentes Claras en que le había despedido de aquel modo tan digno y tan en consonancia con su honradez de mujer sevillana, le decía así: "Después, con grande júbilo mío he recibido de ese canalla esta carta que te copio para que veas que todo ha terminado entre él y yo. La carta dice así textualmente: "Angeles, te has portado como una patricia romana de las más célebres por su orgullo. Te felicito, aunque lo siento por mí. La imbécil de tu madre se llegó a creer que había caído en casa una breva. Tú fuiste más avisada al comprender que un hombre de la posición que yo tengo no iba a cometer entre otras la majadería de cargar con una suegra del calibre de tu mamá. Has sido conmigo de-

masiado orgullosa, por no decir otra palabra. Yo siempre creí que, después de haberos perdonado todas las deudas de tu vicioso padre, de haber dado a tu madre dinero contante y sonante para seguir manteniendo vuestro ficticio boato y de las joyas que te he ido llevando cada día, merecía de ti, si no todo, cuando menos algo de lo que ambicionaba mi capricho. Eres idólatra de un orgullo que te conducirá a la ruina. Allá te las arregles. Sólo te pido un favor. Quédate con todo lo que tienes mío y quedan saldadas todas las cuentas a condición de que nada digas a Hortensia de lo que ha pasado entre nosotros dos.—*Fuentes Claras*".

Luego ponía Angeles esta postdata. "Por supuesto que todas sus joyas se las he devuelto para que las coma en ensalada. Tu mamá te dirá en la situación en que quedamos los de casa. No te sigo escribiendo porque María Victoria quiere escribirte en esta interminable carta para interesarte en mi favor, y luego María Josefa, que se ha portado conmigo como una verdadera amiga. Ya tiene concertada la boda con Fernando.

Adiós; no olvides lo que pusiste en mi devocionario en la Virgen Milagrosa. "El que ama mucho perdona pronto". Espera con ansia el saber los quilates de tu antiguo cariño, tu Angeles".

Antonio sintió renacer dentro de sus huesos todo el calor y el fuego de pasados días: besó la carta muchas veces, y sin dejar enfriar aquella hoguera que la carta de Angeles había encendido en el fondo de su alma, le escribió también largo, muy largo, hasta que, desvanecido por la

debilidad, tuvo que confesarle su falta de fuerzas que no querían seguir a las del cariño.

Le decía que había estado enfermo, que aún estaba en cama y que era preciso esperar unos días; pero que en cuanto se hallase con algún alivio volaría a Sevilla para probarle hasta dónde llegaba su amor cuando ni siquiera juzgaba necesario perdonar.

La convalecencia fué bastante larga y el médico militar muy duro y muy prudente en contener los ímpetus y las impacencias del abogado por volver a Sevilla.

Una de sus últimas visitas fué para don Fabián, pero no en su casa, sino en el gabinete de su oficina pública. El hombre honrado sabía algo pero nada más que algo de las locuras de su hija: había confiado la educación de aquella prole femenina a la prudencia de la esposa, porque él necesitaba el tiempo para matarse trabajando con toda su honradez y laboriosidad en el alto cargo a que estas virtudes cívicas le habían encumbrado, y contaba con que la esposa había de tomar sobre sí con la misma honradez y prudencia la formación de sus hijas.

No sólo no se ofendió don Fabián con la resolución de Antonio que le fué probando con verídicas anécdotas del aviador el precipicio en donde había despeñado a la Pilita la condescendencia de la madre, sino que agradeció las noticias y tomó buena nota para ordenar la conducta que en adelante había de seguir.

Antonio fué dado de alta por el médico. Emilio, que tenía las mismas ansias de volver a Se-

villa, le ofreció su máquina aérea donde volando por el espacio llegaría más pronto. El abogado aceptó.

Llegaron a la hermosa ciudad del Betis ya bastante tarde: los últimos pueblos del tránsito los distinguían por las hileras de luces eléctricas alineadas por las calles.

Antonio se dirigió a su casa con la esperanza de encontrar en ella a Angeles. No estaba en Sevilla. Había dado comienzo el plan de la duquesa de las Atalayas y vivía en la finca de Fuente Heridos con Victoria y con Clarita.

El buen hijo estrechó a su ancianita con delirio. Venía mucho más flaco; la enfermedad se le conocía en la cara; por eso la madre lo abrazó con más amor.

Al lado de la tullida estaba una mujer, que se puso de pie al entrar el abogado: era doña Cándida, la madre de Angeles. Iban a hablarse por vez primera en la vida ella y Antonio; por eso doña Cándida, a quien la conciencia en aquellos momentos agujoneaba cruelmente, quedóse de pie, esperando el partido que tomase el muchacho.

Antonio, después de despachar a su sabor con su viejecita, levantó la cara y se encontró frente a frente con aquella mujer que ni por cortesía le había querido permitir que entrara en su casa para unir sus plegarias a la de los amigos que venían a rezar el rosario por la salud del alma de don Ramiro. Las cuentas eran muchas y muy atrasadas.

El joven titubeó un instante, indeciso y perplejo sobre lo que había de hacer. En seguida ten-

dió los brazos a doña Cándida, como si fuese su madre, y le besó la frente.

Doña Cándida, llorando de emoción, decía, mientras abrazaba con fuerza el cuerpo del muchacho:

—¡Dios te lo pague, Antonio! ¡Dios te bendiga! ¡Tu amor a mi hija la ha salvado del deshonor y tu generoso corazón ha salvado a esta familia de la miseria!

Antonio rectificó, emocionado por aquel alarde de caballerosidad, que él mismo se admiraba de haberlo podido hacer:

—¡No! ¡Si soy yo el que tengo que estar agradecido! ¡Una mujer de la pureza de Angeles es un tesoro que no se paga con todas las riquezas del mundo! En Madrid me acaba de dar Pilita una lección de esta verdad. ¿Dónde está Angeles?

—Está con Victoria en una finca donde las ha llevado la duquesa de las Atalayas.

—¿En Fuente Heridos? ¿Y no podía ir yo esta noche a Fuente Heridos?

—No, vidita mía—le dijo su madre, tomándole una mano con cariño—. Lo que tienes que hacer esta noche es descansar, dormir bien, y mañana será otro día. ¿Es que yo no tengo derecho a tenerte conmigo lo mismo que pueda tenerlo esa niña? Siéntate; cuéntanos tu enfermedad. Estás flaquito y debes cuidarte. Mira que ya eres el astial de dos familias.

Aquellas caricias le detuvieron en su casa: pero el sol del día siguiente le lanzó a la calle. Fué al palacio de las Atalayas. La duquesa estaba en sus posesiones de Córdoba; sus hermanos, dos

chicos simpáticos de la edad de Antonio, estaban en Sevilla, pero no en su casa, y al fin decidió buscar al dueño de gran parte de las posesiones que lindan con "Fuente Heridos" por Aracena, al hijo de los marqueses de Sánchez Dávila.

Paquito, el hijo de los marqueses, no tenía que ir a Aracena para ningún negocio; pero era para él bastante motivo el acompañar a su amigo Antonio, y a las diez de la mañana el lujoso *Fiat* bebía los kilómetros de la asfaltada carretera que saliendo por Santiponce se va internando en las serranías que dividen las provincias de Huelva y de Sevilla.

Antonio iba afectadísimo: ni gozaba del paisaje, ni casi podía responder a las preguntas de su amigo; todo su ser iba embebido en una idea: "Voy a ver a Angeles; me voy acercando a los brazos de Angeles, y eso después de cerca de medio año en que no veo su cara ni oigo su voz ni gozo de los encantos de su risa franca y armoniosa..., y la voy a ver de nuevo, y ya soy yo el que va a dominar, porque ella se ha de poner en el sitio humilde de ofensora, de quererme desagraviar, de pedir un perdón que..., ¿de qué la voy a perdonar si yo sé que no ha dejado de quererme a mí, si esta nube que ha pasado por su alma no ha tenido más objeto que fecundar con las aguas de sus lágrimas el rosal del cariño? ¿Perdonar? ¡No! ¡Amar y respetar a la que se ha elevado en las muestras que ha dado de su pudor a la categoría de los que llevan su nombre!

Al llegar cerca de Aracena, Paco notó que su amigo se afectaba demasiado. Tal vez la debili-

dad. Su rostro estaba cubierto de una palidez que se iba pronunciando a medida que devoraban trozos de carretera.

No habían hecho más que tomar una taza de café en un alto que hicieron al proveerse de gasolina, y era preciso que antes de llegar a "Fuente Heridos" comiesen de un modo fuerte. Podían hacerlo en su castillo de recreo de Aracena, y sin decir nada a Antonio, dobló por una carreterita, lisa como la palma de la mano, cruzó el lindo y rico pueblo de Aracena, torció a la derecha y después de atravesar varios bosques de encinas y algunas alamedas de eucaliptus, se detuvo en la explanada del castillo, recién construído y con todas las bellezas del arte sevillano.

Comunicó desde allí con "Fuente Heridos" y le dijeron que la enfermita y su hermana habían salido poco antes para ver las cuevas de las Maravillas.

Paquito nada dijo a su amigo sobre esta noticia; lo que hizo fué encaminarle, después de comer sin decir dónde iban, a las famosas cuevas.

Angeles y María Victoria llevaban ya varios días en una casita de campo, colgada de las peñas y sombreada de corpulentos castaños, que más arriba del final de la calle de la Higuera dominaba el fantástico panorama de aquel trozo de Suiza española.

Los paseos eran moderados, pero diarios: habían bebido en uno de los doce caños que lanzan en la fuente de la plaza principal un caudal de agua fresca y cristalina, que bien pudiera formar un río.

Habían subido en *auto* hasta la ermita de la Virgen llamada Reina de los Angeles, y después de rezar a la Patrona que tiene como trono de su poderío las agrestes y selváticas alturas, cubiertas de eterna vegetación y cortadas por lucientes cintas de plata que forman los torrentes y regatos que se despeñan cantando y murmurando hacia los abismos, habían contemplado el sublime panorama que desde allí se disfruta. El pueblo de Alájar derrumbado a los pies de la Virgen como para rendirle pleitesía o implorar su clemencia. La cueva y los sitios que inmortalizó el célebre Arias Montano y la visita del rey don Felipe II.

Aquel día tocó la excursión al "Palacio de la nieve" o gruta de "las Maravillas". Es esta gruta un poema de piedra que los siglos han ido escribiendo silenciosa y pacientemente con esa lenta, lentísima monotonía del caer de las aguas, gota a gota, como el artista genial que no padece premuras del tiempo con tal que su obra salga perfecta y acabada de sus manos. Dentro de sus salones ¡qué pequeñas y qué pobres nos parecen las obras artísticas de los hombres!

Entraron por la calle del Pozo de la nieve. A primera vista, nadie puede creerse, cuando penetra en el moderno vestíbulo de piedra, que aquella es la antesala del palacio fantástico, cuyas galerías y lujosos salones y lagos azules se extiende por debajo de la montaña en una extensión de dos kilómetros.

Bajaron a mano derecha. La instalación eléctrica se ha estudiado y llevado a la realidad con refinado arte para que ninguna de aquellas mara-

villas deje sin lucir hasta el más mínimo de sus encantos. Una galería semiopaca, húmeda, tortuosa, donde comienzan a trechos los blancos encajes de estalactitas, llevó a los viajeros hasta el grande salón donde se bifurcan las dos arterias principales de la gruta.

Iban en la excursión gente toda conocida. Angeles y María Victoria; Fernando y María Josefa, que habían venido a pasar el día al lado de la enfermita, acompañados por experto guía, que daba fantásticos nombres a los regios salones, a los lagos en cuyo fondo las luces eléctricas de colores rojos y azules producían en las aguas serenas unas tonalidades desconocidas por los remansos de flor de tierra.

Todo aquello convidaba a soñar, a pensar en lo infinito, a concebirlo todo de un modo gigante, a remontarse con las alas de la imaginación a un mundo ideal. Victoria se había cansado de andar, y con Fernando, que tampoco era muy entusiasta de aquel paisaje subterráneo de ignotas arquitecturas, se sentó sobre una estalactita tronchada en el regio salón de los brillantes.

Angeles, Mari-pepa y el guía siguieron para contemplar la parte nueva, bajando y subiendo por empinados escalones fabricados en la misma roca calcárea, semejantes a graderías construídas con fino polvo de nácar.

Bajaron la escalera de hierro que descende hasta las últimas excavaciones. El regio templo de las hadas apareció ante los ojos deslumbrados de las dos niñas. Encajes de nieve por todos lados en forma de tapices; trozos de banderas plegadas,

como restos de una nación que ya ha pasado sin dejar su nombre en la historia de los seres que vivimos en la superficie de la tierra. Baños de alabastro donde tal vez jugaron y templaron sus ardores de estío invisibles ondinas. Trozos de palmeras y helechos arbóreos que surgían del suelo, donde se tendían alfombras de color lechoso con chispas de albor nacarino, y más allá el comienzo de otro salón fabricado con copos de nieve, y por una ventana que formaba dos fantásticos y lujosos colgantes, otra sala llena de luz, que se hería en brillantes encajes. Angeles recordó el tiempo del colegio, vino a su memoria el cuento de hadas de Anderson, y posada sobre una protuberancia que habían dejado los restos de alguna palmera de siglos lejanos, convertida en piedra marmórea, empezó a recitar los versos de sus sueños de colegiala.

De pronto llegó a sus oídos la voz de Fernando, que formaba eco en todas las cavernas de la gruta, dándole un sonido de misterio, evocación de algún gnomo de los que Angeles con los ojos de su fantasía estaba viendo cruzar, y bajar y subir por aquellas diminutas y blancas escalinatas.

—¡Angeles! ¡Ahí va una visita! Prepárate.

El corazón de la niña, sin saber ella por qué, efecto sin duda de esa telepatía que los hombres de ciencia quieren explicar sin llegar a dar razón alguna, sintió un vuelco dentro de su pecho; se puso ambas manos como pantalla sobre los labios, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Antonio! ¡Antoniooo!

Multitud de gnomos, que miraban ocultos en

las oquedades de la gruta la belleza de aquella joven mujer, iluminada como una visión por los focos eléctricos que sembraban el calado techo, repitieron para llevarlo más pronto a su destino:

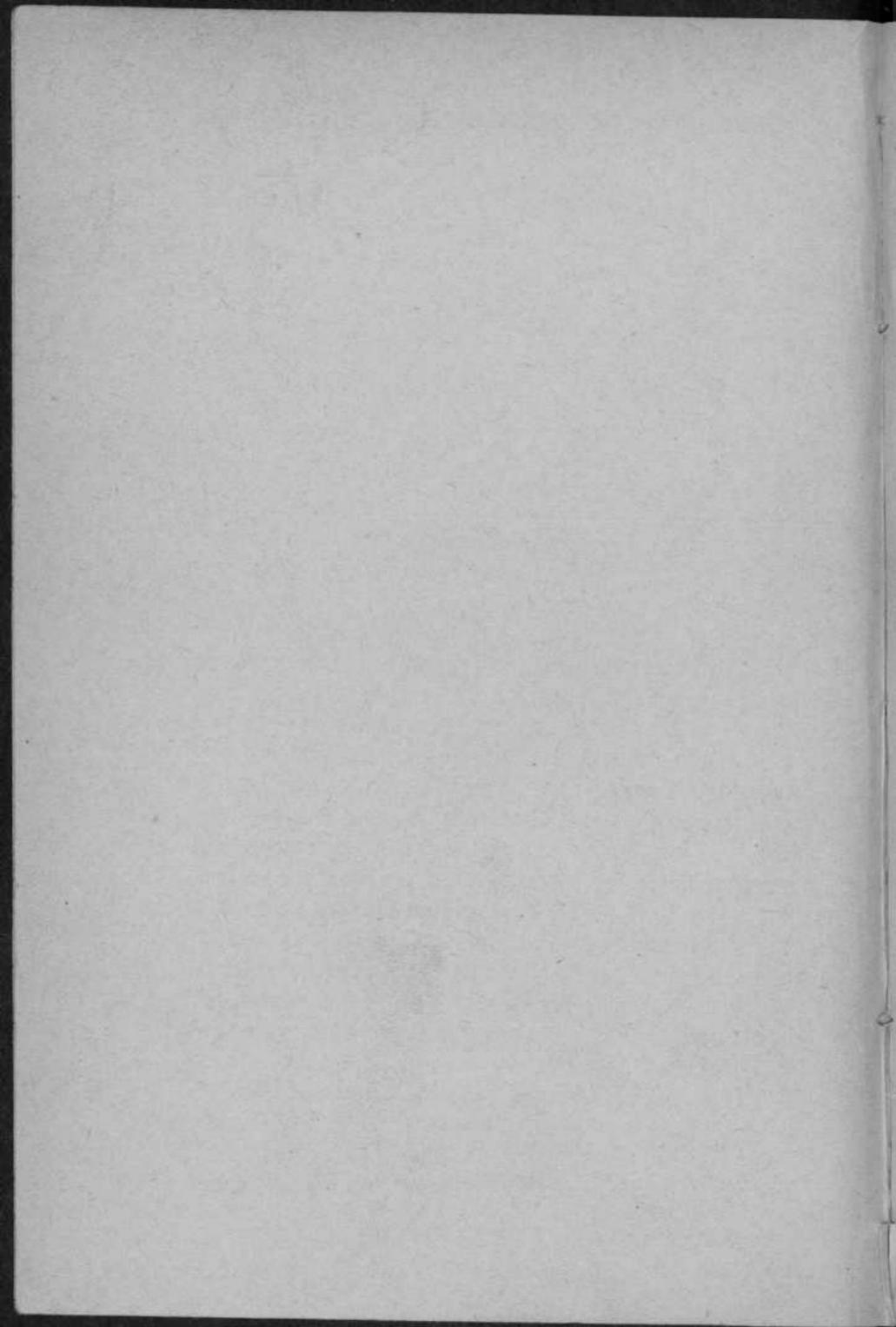
—¡Antonioooo!

Surgió del fondo del abismo otro grito, que llegó en seguida a los oídos de la niña, reflejado por el eco muchas veces:

—¡Angeles! ¡Angeleees!

Y la figura del muchacho se destacó muy pronto en la inmensurable altura donde comienza el zig-zag del sendero por donde se entra en aquellas montañas encantadas y misteriosas regiones de lo desconocido. María Josefa volvió prudentemente los pasos y se internó en uno de los salones. Los geniecillos moradores del salón repetían poco después los unos a los otros:

—“¡Cuando se ama mucho, se perdona pronto!” ¡Qué teoría más hermosa para poder vivir! ¡Los hombres la han aprendido sin duda en los labios del Dios que murió por ellos!



XX

CLAVELES SEVILLANOS

En "El Naranjal" se celebraba aquella tarde el santo de Angeles. La finca estaba desconocida. Cercábala por la carretera una tapia de ladrillo y piedra, y la verja de entrada con sus pilares de bloques oscuros era nueva. Tenía encima labrada en azulejos una Virgen Milagrosa, con dos faroles imitando dos candiles morunos, que por la noche se convertían en dos faros eléctricos de luz radiante para alumbrar la entrada.

El *auto* del famoso abogado entraba y salía por la anchurosa carretera, formada de fina y amarillenta arena, y a un lado y otro los crisantemos dobles, las dalias y los rosales formábanle dos tapias floridas.

En la parte del jardín que da hacia el río, y que termina hoy en un muelle, el cual sirve a la vez de muro de contención para las aguas, está sentada Angeles, en la mecedora de mimbres, arru-

llando a un chiquitín que le ha nacido hace seis meses.

La Angelita, ideal criatura de dos años, primer vástago de aquellos fogosos amores, está libando néctar de cariño en las rodillas de una momia que, arrellanada en un sillón de ruedas, apenas si tiene más movimiento que el de los brazos, flacos y sarmentosos, con los cuales acaricia los bucles de ébano de la niña. Es la madre de Antonio, a quien Dios ha conservado la vida para que goce aquellos idilios.

Dios, por el contrario, no ha permitido a la madre de Angeles el gozarlos en la tierra. Antes de cumplirse el año del matrimonio de su hija, la había dejado huérfana, aunque en otros brazos más buenos que los suyos.

Victoria tampoco estaba allí. Había seguido los pasos de su madre, volando al cielo, sin que los cuidados y ternuras de Angeles y de Antonio fuesen parte para detenerla.

Fernado y Mari-pepa habían venido a pasar el día con sus amigos trayendo a Fernandín para que corriese a su sabor, jugando con Angelita. Fernando ocupa el cargo de cajero en la fuerte casa naviera del conde de La Barra. Este rico prócer sevillano, a quien Antonio había puesto en antecedentes sobre la conducta de Fernando, y salido garante de su honradez, nublada tan sólo una mala hora por los estímulos del amor, le tomó para ocupar el puesto que dejaba vacío la muerte del que lo había desempeñado hasta entonces.

La familia del conde, modelo de religiosidad y de virtud, encontró en Fernando y en Mari-

pepa, más que un empleado fiel, unos auxiliares activos en las obras de caridad y de saneamiento moral, a las que ocultamente, sin decírselo a nadie más que a su conciencia, estaban entregados, sobre todo en el vecino pueblo donde tenían parte de sus fincas.

La duquesa de las Atalayas se presentó a media tarde en "El Naranjal" para felicitar a su amiga. Seguía tan rubia, tan encantadora de rostro y tan caritativa de corazón.

Hablóse del pasado como quien habla de una pesadilla, que desvaneció por fin la realidad del día: Antonio vivió en "El Naranjal" porque era suyo, porque era posesión de su mujer. El abogado lo había podido rescatar en pleito contra el comprador. Alegó, entre otras razones, que la finca formaba parte de los bienes parafernales de doña Cándida, y el contrato de venta, sin la firma de ella, había sido nulo. Además, aquel contrato se había estipulado en un momento de embriaguez, sin la cantidad suficiente de reflexión y de libertad, y para más abundamiento, se había firmado y hecho válido entre las sombras de un garito que, aunque muy lujoso, estaba prohibido por las leyes.

El marqués de Fuentes Claras, como sabedor de todas estas circunstancias que anulaban el contrato, en el cual había sido testigo, no pudo ni exigir siquiera una indemnización por las mejoras introducidas en el muelle y en la finca, la cual, tal y como estaba de beneficiada, pasó a las manos de Angeles.

El pleito de las cordobesitas había sido por el

contrario un fracaso para Antonio. Bastante bien librada salió doña Joaquina con obtener el sobreseimiento de la causa, pagando costas, y dejando que las dos muchachas, de las cuales nada pretendía ya el vicioso marqués, se marchasen al pueblo, donde vivían tranquilas al amparo del castillo de Las Atalayas que velaba por su inocencia.

—¿De modo que ese bribón—decía Maripapa indignada—se ha salido con la suya; y delante de los hombres aparece como un inocente calumniado por una mujer secuestradora?

—¿Y qué le vamos a hacer? A veces fallan de medio a medio las apreciaciones y juicios de los hombres—respondió Angeles mientras acariciaba a su niño con indecible dulzura.

—Al fin y al cabo—intervino la duquesa—eso para él era muy secundario. El perseguir a las cordobesitas no era más que un capricho para pasar el tiempo. Lo que hubiera sido para él un triunfo espléndido ¡eso!... ¡eso no lo pudo lograr! ¿Verdad, Angeles?

La esposa de Antonio clavó los ojos con intenso cariño en los de su bienhechora y sonrió. En efecto, aún les estaba cantando a las dos en el fondo del alma un himno de triunfo la voz de la conciencia. Angeles recalcó más y más el sabroso recuerdo de aquel triunfo, diciendo:

—Cierto que no, mi querida María; pero esa victoria propiamente la ganaste tú. Ayer mismo me escribió Hortensia desde Barcelona para felicitarme por mi santo, y me volvía a repetir por centésima vez lo mucho que nos agradece a las

dos el que la hubiéramos librado de caer en las garras de ese bandido.

—¿Y dónde está el marqués?—preguntó Fernando.

—¡Psh! Creo que anda por Monte Carlo—respondió Angeles, mientras se levantaba para salir al encuentro de Antonio, que venía de la ciudad y atravesaba a la sazón la avenida de crisantemos. Había dado la mañana al bufete, para compartir durante la tarde las alegrías del hogar y festejar el santo de su esposa. Antonio estaba más grueso. Seguía con su bigotito negro, más poblado, más lleno; pero el mismo de la función en que se dió a conocer por vez primera a su esposa durante *El paso del camello*. Traía en sus manos un número de *El Debate*.

Fernando, sin hacer caso del que entraba en "El Naranjal", preocupado con sus reflexiones filosóficas, que se habían acentuado con los años, comenzó a decir, sin más oyente que la duquesita:

—¡En fin! ¡Que las leyes de los hombres necesitan un arreglo a toda prisa! Un pobre diablo, como yo, cegado por los deseos de abrazarse con la felicidad, que le pide tres mil pesetas por el abrazo, las roba con la intención de irlas restituyendo poco a poco; y a ese pobre diablo se le mete en la cárcel, y se le trae y se le lleva como a un criminal de juzgado en juzgado... ¡Bien! ¡Está bien! ¡Al fin y al cabo, es un estafador! ¡La Ley es justa! Pero... Otro hombre degenerado, pone redes de iniquidad a la inocen-

cia de dos niñas, y... ¡al pobrecito se le declara inocente, y se le indemniza, y se le...

—¡Oye, Fernando, oye la noticia que trae Antonio! ¡Horrible! ¡Horrible!

Mari-pepa intentaba llamar la atención de su marido inútilmente. Fernando no era hombre que dejase a medio acabar ningún concepto que hubiese comenzado a desenvolver, y siguió impertérito, hablando con la duquesa de Las Atalayas:

—¡Y para colmo de sarcasmo, intenta robar, casi a mano armada, el pudor y la felicidad y la vida de una mujer honesta, y sin embargo, se pasea hoy tan tranquilo por el mundo con la frente más erguida que el muñeco de la Giralda!... ¡Que no hay derecho, hombre! ¡Que no hay derecho! ¡El código de los tribunales humanos tiene que reformarse en esta clase de crímenes!

Antonio llegó hasta él. Traía el rostro algo demudado por la impresión. Le puso el periódico delante de los ojos, y se limitó a decir:

—Lee, Fernando, lee aquí.

La noticia parecía una respuesta a la pregunta que acababa de formular el cajero contra los tribunales de los hombres. El marqués de Fuentes Claras había sido muerto, o más bien, había sido asesinado como un perro en un desafío, allá entre los barrancos que cercan a Monte Carlo.

Todos se miraron con estupor. Angeles movió la cabeza, dando a su semblante una expresión indefinida, y murmuró:

—Es la Justicia divina, que se encarga de llenar los huecos que deja en su Código la pobre

Justicia humana. Lo que quiso hacer conmigo era un crimen y Dios le ha juzgado ya.

La duquesa de las Atalayas, conmovida también por la noticia, pero movida al mismo tiempo por un ímpetu de la grandeza de su alma, rectificó:

—Es cierto, Angeles. Pero ese Dios que castiga, es también el Dios que no quiere la condenación eterna del culpable. ¿Qué sabemos si le habrá dado un instante de arrepentimiento para salvarle? Vamos al oratorio y recemos el rosario por él. ¡Esa sí que será una venganza digna de ti!

Y se rezó el rosario por el alma del marqués de Fuentes Claras, y se derramaron lágrimas de compasión y se elevaron al cielo sufragios desde el fondo de corazones cristianos.

Mientras rezaban fervorosamente las tres amigas, arrodilladas delante de la imagen de la Milagrosa, que presidía en el altar, llenaban el ambiente con su perfume de esencia de clavo otras tres flores naturales, hundiendo sus tallos en el agua cristalina de un vasito de vidrio.

¡Eran tres claveles sevillanos, que acababa de poner Angeles ante los pies de la Reina de la pureza!

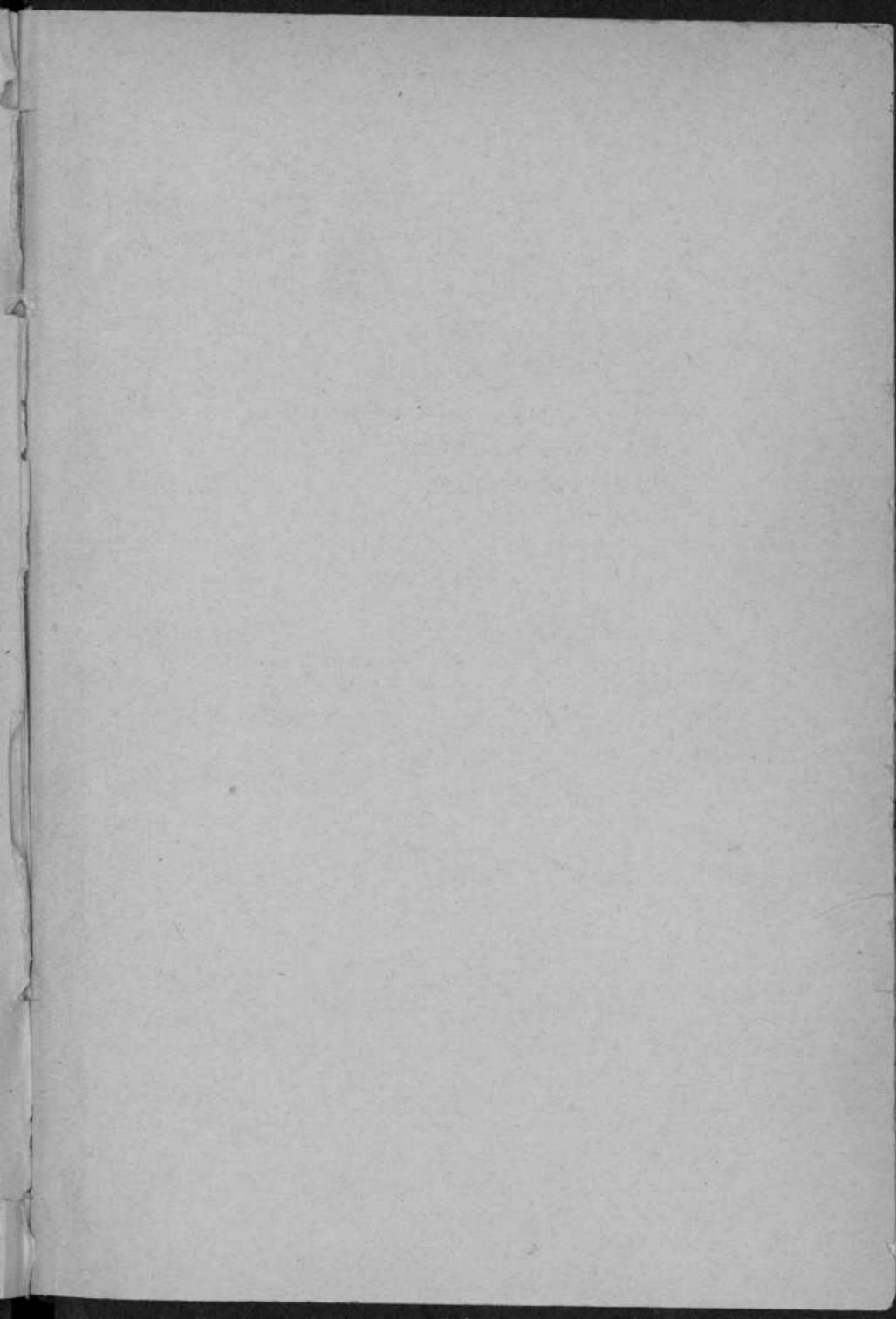
Terresa Creaas es
una cocina of
chicago

INDICE

	<u>Págs.</u>
I.—Las hijas de don Ramiro	3
II.—Curiosidad femenina	15
III.—El del bigote negro	29
IV.—El hogar de Arias de Pedraza	51
V.—El palacio de la condesa	67
VI.—En el Tomillar	79
VII.—Pensando en el nido	93
VIII.—Entre lobos	113
IX.—En la Virgen Milagrosa	135
X.—Un mal paso	153
XI.—El amor modernista	171
XII.—Cambio de decoración	203
XIII.—Esperanzas y zozobras	233

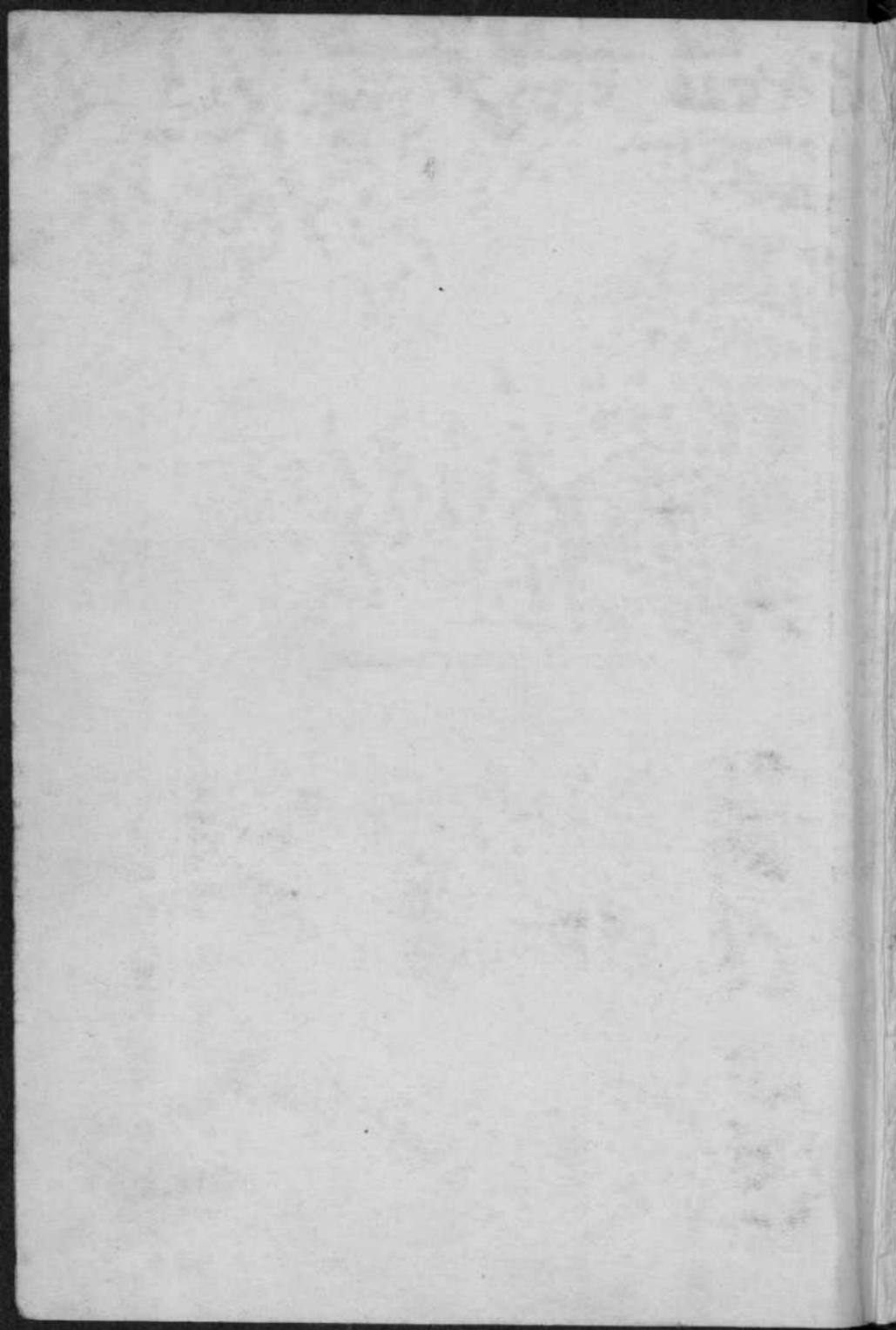
Quisiera decir que es una cocina

	<u>Págs.</u>
XIV.—La última súplica	249
XV.—Entre el amor y la conciencia	271
XVI.—Desorientación	289
XVII.—Treguas y luchas	301
XVIII.—La duquesa de las Atalayas	323
XIX.—La cueva de las maravillas.	345
XX.—Claveles sevillanos	363

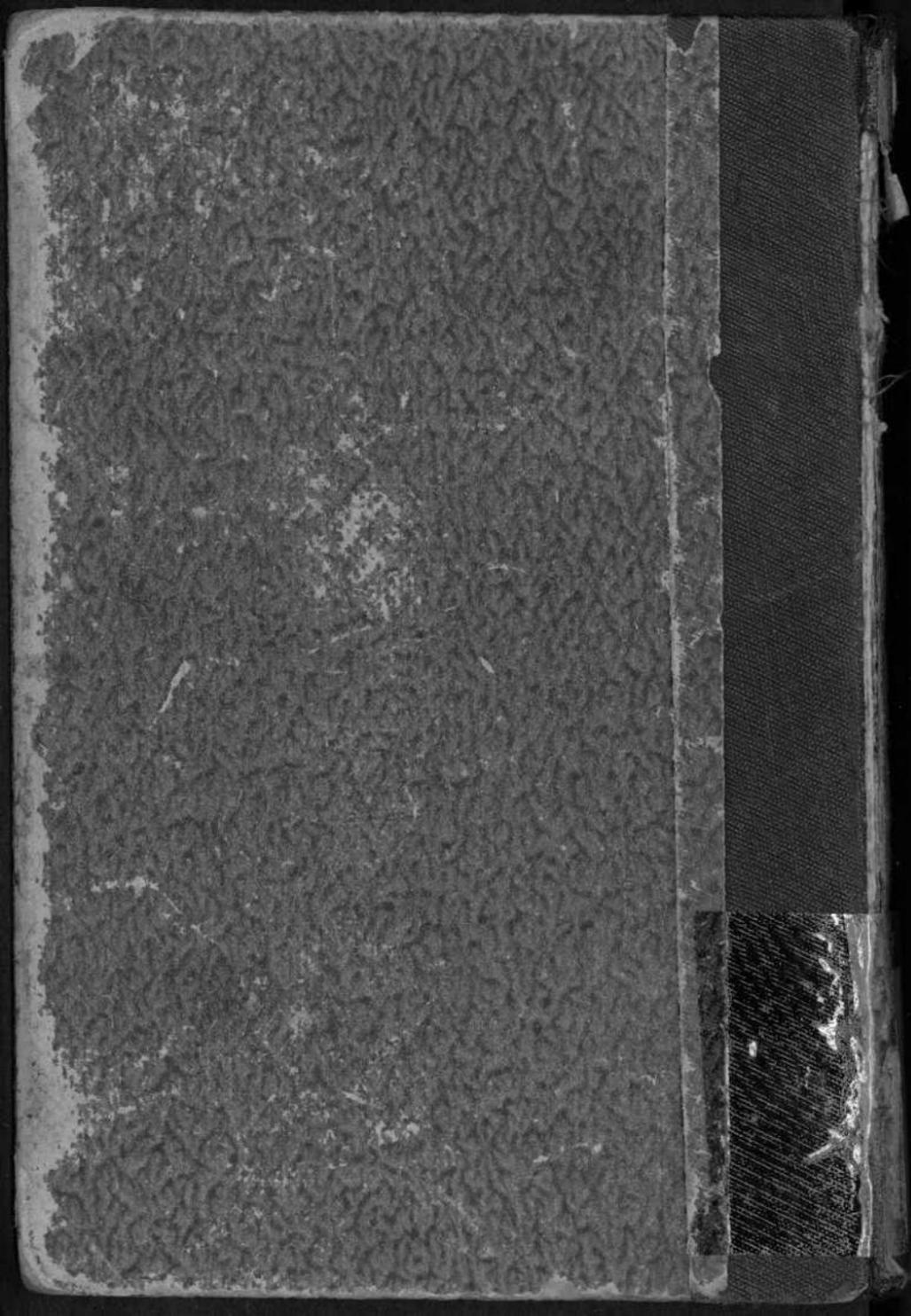


CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Jellalain



W. B. D., d. d. S. d. V. d. M. d. E.





DL
1261